

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER

Obreros de la Vida Eterna

La Vida en el Mundo Espiritual

POR EL ESPÍRITU

ANDRÉ LUIZ



INSTITUTO DE DIFUSÃO ESPÍRITA

Av. Otto Barreto, 1067 - Caixa Postal 110

CEP 13602-970 - Araras - SP - Brasil

Fone (19) 3541-0077 - Fax (19) 3541-0966

C.G.C. (MF) 44.220.101/0001-43

Inscrição Estadual 182.010.405.118

IDE EDITORA É APENAS UM NOME FANTASIA UTILIZADO
PELO INSTITUTO DE DIFUSÃO ESPÍRITA,
O QUAL DETÉM OS DIREITOS AUTORAIS DESTA OBRA.

www.ide.org.br
info@ide.org.br
vendas@ide.org.br

ISBN 978-85-7341-398-4

Título del original en portugués:
OBREIROS DA VIDA ETERNA
Derechos de autor cedidos gratuitamente por la
Federación Espírita Brasileña

Traducción:

Alipio González Hernández

Revisión:

*Blanca Flor González Medina
Chelita Fontaina
Nelson Li-Fo-Sjoe
Trinidad Blak*

Portada:

César França de Oliveira

Diagramación:

María Isabel Estéfano Rissi

© 1985, Instituto de Difusão Espírita

Nueva Traducción

4ª edición – junio/2008
10.000 ejemplares
(14.001 ao 24.000)



MENSAJE FRATERNAL

Apartado Postal 22 28 Caracas 1010-A - Venezuela.
Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.

Teléfono (58-212) 472 92 89

Celular (58-414) 183 16 15

www.mensajefraternal.org.br

mensajefraternal@telcel.net.ve

ÍNDICE

<i>Ante los tiempos nuevos</i>	9
1 - El psicógrafo	13
2 - La epíffisis	21
3 - Desarrollo mediúmnico	29
4 - Vampirismo	38
5 - Influencia	49
6 - La oración	62
7 - Socorro espiritual	71
8 - En el plano de los sueños	82
9 - Mediumnidad y fenómeno	96
10 - Materialización	109
11 - Intercesión	125
12 - Preparación de experiencias	156
13 - Reencarnación	181
14 - Protección	237
15 - Fracaso	252
16 - Incorporación	261
17 - Adoctrinamiento	279
18 - Obsesión	298
19 - Pases	320
20 - Adiós	342

RASGANDO VELOS

El hombre moderno, investigador de la estratosfera y del subsuelo, tropieza ante las puertas del sepulcro con la misma aflicción de los egipcios, de los griegos y de los romanos de épocas pasadas. Los siglos que barrieron civilizaciones y refundieron pueblos no transformaron la misteriosa fisonomía de la sepultura. Milenario punto de interrogación, la muerte continúa hiriendo sentimientos y torturando inteligencias.

En todas las escuelas religiosas, la Teología, —representando las directrices de patriarcas venerables de la fe— procura controlar el campo emotivo de los creyentes, acomodando intereses que ofrezcan ventajas inmediatas al alma encarnada. Para eso creó regiones definidas, intentando estandarizar las determinaciones de Dios con los decretos de los reyes medievales, labrados a base de audacia e ingenuidad.

Indudablemente, existen regiones de angustia punitiva y de dolor reparador en las más variadas dimensiones del Universo, así como vibran conciencias oscuras y terribles en los múltiples estratos sociales; no obstante, el servicio teológico —en ese sentido— aunque respetable, atento al dogmatismo tradicional y a los intereses del sacerdocio, establece el non plus ultra, que no atiende las exigencias del cerebro ni los anhelos del corazón.

¿Cómo transferir inmediatamente al Infierno a la mísera criatura que se enmarañó en el mal por la simple influencia de la ignorancia? ¿Qué se dará, en nombre de la Sabiduría Divina, al hombre primitivo sediento de dominación y de caza?, ¿la maldición o el alfabeto? ¿Por cuál proceso conducir al abismo tenebroso al espíritu infeliz, que apenas –en el momento justo de abandonar el cuerpo– obtuvo contacto con la verdad? Según las mismas razones, ¿cómo promover el discípulo del bien –que apenas se inició en la práctica de la virtud– al cielo, con carácter definitivo? ¿Qué clase de tarea caracterizará el movimiento de las almas redimidas, en la Corte Celestial? ¿Se formarían apóstoles tan sólo para la jubilación obligatoria? ¿Cómo se sentiría en el paraíso el padre cariñoso cuyos hijos fuesen entregados a Satanás? ¿Qué alegría se le reservará a la esposa dedicada y fiel, que tenga al esposo en las llamas consumidoras? ¿Estaría la Autoridad Divina –perfecta e ilimitada– tan pobre de recursos, al punto de impedir –más allá del plano carnal– el beneficio de la cooperación legítima, que las autoridades falibles y deficientes del mundo incentivan y protegen? ¿Se negarían las posibilidades de evolución a los que atraviesan la puerta del sepulcro, en plena vida mayor, cuando en la esfera terrestre, –bajo limitaciones de variado orden– hay caminos evolutivos para todas las formas y todos los seres? ¿La palabra “trabajo” sería desconocida en los cielos, cuando la Naturaleza terrena reparte claras misiones de servicio para todas las criaturas de la Corteza Planetaria, desde el gusano hasta el hombre? ¿Cómo justificar un Infierno donde las almas gimiesen distantes de cualquier esperanza, cuando entre los hombres imperfectos –al influjo renovador del Evangelio de Jesucristo– las penitenciarías son hoy grandes escuelas de regeneración y cura psíquica? ¿Y por qué medios admitir un cielo donde el egoísmo recibiese consagración absoluta en el gozo infinito de los contemplados por la gracia –sin ninguna compasión por los desheredados del favor– que cayeron ingenuos, en las trampas

del sufrimiento, sí—entre las más remotas colectividades de oscuras zonas carnales— se agrupan legiones de asistencia fraterna amparando a ignorantes e infelices?

Son interrogaciones oportunas para los sinceros teólogos de la actualidad. No, empero, para los que intentan conjugar esfuerzos en la solución del grande e impenetrable problema de la Humanidad.

El Espiritismo comenzó el inapreciable trabajo de mostrar fehacientemente la continuación de la vida más allá de la muerte, fenómeno natural del camino de ascensión. Múltiples esferas de actividad espiritual interactúan en los diversos sectores de la existencia. La muerte no extingue la colaboración amiga, el amparo mutuo, la intercesión confortadora, el servicio evolutivo. Las dimensiones vibratorias del Universo son infinitas como infinitos son los mundos que pueblan la Inmensidad.

Nadie muere. El perfeccionamiento prosigue en todas partes.

La vida renueva, purifica y amplía los múltiples cuadros de sus servidores, conduciéndolos, victoriosa y bella, a la Unión Suprema con la Divinidad.

Presentando el nuevo trabajo en que André Luiz comparece rasgando velos, nos acordamos de que Allan Kardec, el inolvidable codificador, en su obra, se refiere varias veces a la erraticidad, donde se estaciona considerable número de criaturas humanas desencarnadas. Sin embargo, hay que observar que la transferencia de alguien de la esfera carnal a la erraticidad no significa el ausentarse de la iniciativa o de la responsabilidad, ni vagar en un torbellino aéreo, sin directrices esenciales. En el mismo criterio, observaríamos a los que renacen en el plano denso como personas transferidas de la vida espiritual a la materialidad, no simbolizando semejante figura ninguna inmersión inconsciente y estúpida en las corrientes carnales. Como acontece a los que llegan

a la Corteza de la Tierra, los que salen de ella encuentran igualmente sociedades e instituciones, templos y hogares, donde el progreso continúa hacia lo Alto.

Por tanto, en el comienzo de este libro, nos corresponde declarar que André Luiz procuró suministrar algunas noticias de las zonas de erraticidad que, en todas direcciones, rodean la corteza del mundo, comentando los cuadros emocionales que se transportan del ambiente oscuro hacia las esferas inmediatas de las reflexiones y pasiones humanas; una vez más, aclara que la muerte es un campo de secuencias, que no es fuente milagrosa, que el hombre –aquí o en el más allá– es fruto de sí mismo, y que las leyes divinas son eternas organizaciones de justicia y orden, equilibrio y evolución.

Naturalmente, la perplejidad visitará a los compañeros no prevenidos y, sin duda, la sonrisa irónica surgirá en la boca, casi siempre brillante, de los impenitentes incorregibles. Pero, no importa. Jesús, que es el Cristo de Dios, recibió manifestaciones de sarcasmo de parte de la ignorancia y de la liviandad... ¿Por qué motivo, nosotros, simples cooperadores de “otro mundo”, tendríamos que ser intangibles?

Prosigamos, pues, en el servicio de la verdad y del bien, llenos de optimismo y de buen ánimo, camino a Jesús, con Jesús.

Pedro Leopoldo, 25 de marzo de 1946.

EMMANUEL

INVITACIÓN AL BIEN

Antes de dar inicio a los trabajos de nuestra expedición de socorro, el Asistente Jerónimo nos condujo al Templo de la Paz, en la zona consagrada al servicio de auxilio, donde un esclarecido Instructor comentaría las necesidades de cooperación junto a las entidades infelices, en los círculos más bajos de la vida espiritual que rodean la Corteza de la Tierra.

La maravillosa noche derramaba inspiraciones divinas.

A lo lejos, constelaciones centelleantes se asemejaban a perlas esmeradamente dispuestas en una suave colcha inmensamente azul. El paisaje lunar ofrecía detalles encantadores. Picos y cráteres, aunque a considerable distancia, sobresalían a nuestra vista, en un deslumbramiento de preciosa filigrana. Fulguraba la Gran Cruz del Sur como símbolo sublime, diseñada en el fondo azul oscuro del firmamento. Canopo, Sirio, Antares brillaban infinitamente, pareciéndonos balizas radiantes y significativas del Cielo. La Vía Láctea, dándonos la impresión de prodigioso nido de mundos, parecía un diluvio de monedas resplandecientes que se derramaban de una cornucopia gigantesca e invisible, invitándonos a meditar en los excelsos secretos de la Naturaleza divina. Y las suaves

vibraciones nocturnas –besándonos la mente en éxtasis– pasaban apresuradas, susurrándonos grandiosos pensamientos, antes de dirigirse a las esferas distantes...

El Templo, edificado en la falda de graciosa colina, presentaba un aspecto festivo, en virtud de la iluminación feérica que proyectaba singulares efectos en los caminos adyacentes. Las torres, a manera de agujas brillantes, se alargaban por el cielo, contrastando con el indefinible azul de la noche clara y, acá abajo, las flores de variados matices eran como copas luminosas, brindando luz y perfume, balanceándose suavemente en el follaje, al soplo incesante del viento.

No éramos los únicos interesados en la charla de la noche, porque numerosos grupos de hermanos se dirigían al interior, acomodándose en el recinto. Eran entidades de todas las condiciones, haciéndonos sentir el interés general por las lecciones en perspectiva.

El Asistente Jerónimo, el sacerdote Hipólito, la enfermera Luciana y yo los acompañábamos, constituyendo un pequeño grupo de trabajo, con la tarea de operar en la Corteza Planetaria durante treinta días, aproximadamente, en misión de auxilio y estudio, con vistas a nuestro desarrollo espiritual.

Jerónimo, el orientador de nuestras actividades por la nobleza de su posición, percibiendo mi curiosidad ante las animadas conversaciones a nuestro alrededor, explicó, con gentileza:

–Es muy justa la atención en torno al asunto. Admito que casi la totalidad de los interesados y estudiosos que acuden a la Casa integran comisiones y agrupaciones de socorro en las regiones menos evolucionadas.

Y observando detenidamente las filas de jóvenes y ancianos que arribaban al interior, añadió:

–La palabra del Instructor Albano Metelo merece la consideración excepcional de la noche. Se trata de un campeón

de las tareas de auxilio a los ignorantes y sufrientes de los círculos inmediatos a la Corteza Terrestre. Somos aquí diversos grupos de aprendices, y su experiencia nos proporcionará infinito bien.

Transcurrieron pocos minutos y penetramos en el radiante recinto.

Flotaban en el aire suaves melodías, precediendo a la palabra orientadora. Flores perfumadas, ornamentando el ambiente, embalsamaban la amplia nave.

Pasados algunos minutos de muy grata espera, el emisario apareció en la sencilla tribuna, magníficamente iluminada. Era un anciano de porte respetable, cuyos cabellos le tejían una corona de nieve luminosa. Sus ojos apacibles, espléndidamente lúcidos, irradiaban energías simpáticas que de inmediato invadieron nuestros corazones. Después de extender sobre nosotros su mano amiga, en un gesto de quien bendice, se oyó el coro del Templo entonando el himno “Gloria a los Siervos Fieles”:

*¡Oh, Señor!
Bendice a tus siervos fieles,
Mensajeros de tu paz,
Sembradores de tu esperanza.*

*¡Donde haya sombras de dolor,
Enciéndeles la lámpara de la alegría;
Donde domine el mal, amenazando la obra del bien,
Ábreles la puerta oculta de tu misericordia;
Donde surjan los espinos del odio,
Auxilianos para cultivar las flores bienaventuradas de tu
[sacrosanto amor!*

*¡Señor!, son ellos
Tus héroes anónimos, que remueven pantanos y espinares,
Cooperando en tu divina siembra...*

*Concédeles los júbilos interiores,
De la claridad sagrada en la que se bañan las almas redimidas.
Úngeles el corazón con la armonía celestial
Que reservas al oído santificado;
Muéstrales las visiones gloriosas
Que guardas para los ojos de los justos;
Condecórales el pecho con las estrellas de la virtud leal...*

*Llénales las manos de dádivas benditas
Para que repartan en tu nombre:
¡La ley del bien,
La luz de la perfección,
El alimento del amor,
Las galas de la sabiduría,
La alegría de la paz,
La fuerza de la fe,
El influjo del coraje,
La gracia de la esperanza,
El remedio rectificador...!*

*¡Oh, Señor!
¡Inspiración de nuestras vidas,
Maestro de nuestros corazones,
Refugio de los siglos terrestres!
¡Haz brillar tus divinos laureles
Y tus eternos dones,
En la frente lúcida de los buenos –
Tus siervos fieles!*

El Instructor oyó, en silencio, con lágrimas en los ojos, dejando traslucir íntimo júbilo, mientras la mayoría de la asamblea disimulaba discretamente los sollozos que los acentos armoniosos del cántico nos arrancaban del corazón. Y al irse perdiendo en el espacio las últimas notas de la melodía sublime, Metelo –sin ningún

exceso de gesticulación— nos saludó con expresiva sencillez, deseándonos la Paz del Señor, y continuó:

—Amigos, no merezco el homenaje de cariño de esta noche. No he servido fielmente a Aquél que nos ama desde el principio y, por eso, vuestro himno me confunde. Simple soldado de las luchas evangélicas, trabajo aún en el campo de mi propia redención.

Hizo una ligera pausa, nos miró paternalmente y continuó:

—Pero... mi personalidad no interesa. Vengo a hablaros de nuestros humildes trabajos, en las regiones espirituales unidas a la Corteza de la Tierra. ¡Oh, mis hermanos!, es necesario apelar a nuestras energías más recónditas. Las zonas purgatorias se multiplican, pavorosamente, alrededor de los hombres encarnados. A distancia de los teatros de angustia, vinculados a las realizaciones edificantes de nuestra colonia espiritual, preservando valiosas reservas de la vida infinita para esa misma Humanidad que se debate en el sufrimiento y en las tinieblas, no siempre nos hacemos una idea exacta de la ignorancia y del dolor que atormentan a la mente humana en cuanto a los problemas de la muerte. La felicidad hace que nazcan aquí las fuentes inagotables de la esperanza. Los que se preparan para los vuelos mayores de la Eternidad, traen los ojos vueltos hacia la Esfera Superior, en la contemplación del ilimitado porvenir, y los que se esfuerzan por merecer la bendición de la reencarnación en la Corteza Terrestre fijan sus aspiraciones más fuertes en el soberano propósito de redención, organizándose ante el futuro, osados en las solicitudes de trabajo y arrojados en el buen ánimo. Todos los pormenores de la vida, en esta ciudad, hablan alto de nuestros objetivos de equilibrio y elevación. No lejos de nosotros, comienzan a brillar los rayos de la alborada radiante de los mundos mejores, invitándonos a la visión beatífica del Universo y a la gloriosa unión con lo Divino. Pero... —el orador hizo un significativo intervalo, pareciendo escuchar voces y llamados de paisajes distantes— y prosiguió: —¿y nuestros hermanos que aún ignoran la luz?, ¿subiríamos hasta Dios, en un círculo cerrado?,

¿cómo realizar un aislamiento egoísta y partir camino hacia el Padre, Amoroso y Leal, que enciende el Sol para los santos y los criminales, para los justos e injustos?

Metelo mostró una llama de celo sagrado en la penetrante mirada y exclamó, después de una corta reflexión:

–Nosotros, que buscamos la santidad y la justicia, ¿alcanzaríamos acaso semejante orientación, si fuesen otras las circunstancias que nos condujeron hasta aquí? Constructores de nuestros propios destinos por delegación natural del Creador, ¿dónde permaneceríamos ahora sin los favores de la oportunidad y el obsequio de la protección de benefactores desvelados? Indudablemente, las ocasiones de elevación agradan a todas las personas, no obstante, es imprescindible ponderar que la bendición de la fuente, si la contenemos en un pozo incomunicable, puede convertirse en venenosa agua estancada. Las dádivas recibidas por nosotros son innumerables, y los dones que nos fueron distribuidos, inmensos... ¿Sería completo nuestro regocijo, habiendo lágrimas detrás de nuestros pasos?, ¿cómo entonar himnos de hosanna a la felicidad sobre un coro de llantos? Es muy noble todo impulso de alcanzar la cumbre, pero ¿qué veremos después de la ascensión? ¡Entre los júbilos de algunos identificaríamos la ruina y la miseria de incalculables multitudes...!

En ese momento, envuelto en vibraciones de profundo interés para los oyentes, imprimió un nuevo acento al verbo luminoso y con indefinible melancolía volvió a decir:

–También yo tuve en otro tiempo la obcecación de buscar, apresurado, la montaña. La Luz de lo alto me fascinaba y rompí todos los lazos que me retenían abajo, empezando la jornada con dificultad. Al principio me herí con las espinas puntiagudas del camino, sufrí atroces desengaños..., sin embargo, conseguí vencer algunos obstáculos inmediatos, y jubiloso logré alcanzar una pequeña eminencia. Pero mirando hacia atrás, me asombró la visión

terrífica del valle: el sufrimiento y la ignorancia dominaban en plenas tinieblas. Descarnados y encarnados luchaban unos contra otros, en gigantescos combates, disputando gratificaciones de los sentidos groseros. El odio creaba molestias repugnantes, el egoísmo sofocaba impulsos nobles, la vanidad construía una horrenda ceguera... Llegué a sentirme feliz, ante la posición que me distanciaba de tan enormes angustias. Con todo, cuando más me vanagloriaba dentro de mí mismo, arrullado en la expectativa de atravesar las más altas cumbres, he aquí que, cierta noche, noté que el valle se llenaba de refulgente luz. ¿Qué sol misericordioso visitaba el antro sombrío del dolor? Seres angélicos descendían, con celeridad, de radiantes pináculos, acudiendo a las zonas más bajas, obedeciendo al poder de atracción de la claridad bendita.

—¿Qué aconteció?—pregunté osadamente, interpelando a uno de los cortesanos celestiales.

—El Señor Jesús visita hoy a los que yerran en las tinieblas del mundo, liberando conciencias esclavizadas.

Ni una palabra más. El mensajero del Plano Divino no podía concederme más tiempo.

Urgía descender para colaborar con el Maestro del Amor, disminuyendo los desastres de las caídas morales, aliviando padecimientos, curando heridas, secando lágrimas, atenuando el mal, y, sobre todo, abriendo horizontes nuevos a la Ciencia y a la Religión, deshaciendo de ese modo la multimilenaria noche de la ignorancia. Nuevamente solo, en la peregrinación hacia lo Alto, reconsideraré la actitud que me causaba disconformidad. En verdad, ¿hacia dónde marchaba mi Espíritu, despreocupado de la inmensa familia humana, junto a la cual sorbiera mis más ricas adquisiciones para la vida inmortal?, ¿por qué me daba repulsión el valle, si Jesús mismo, que centralizaba mis aspiraciones, trabajaba solícito, para que la Luz de lo Alto penetrara en las entrañas de la Tierra?, ¿no practicaba yo un crimen execrable de usura, olvidando a aquellos entre los cuales adquiriera el derrotero destinado a mi

propia ascensión?, ¿cómo subir solo, organizando un cielo exclusivo para mi alma, lamentablemente abstraído de los valores de la cooperación que el mundo me prodigaba con generosidad y abundancia?

El Instructor se mostraba ahora intensamente conmovido.

–Me detuve, entonces –continuó– y regresé. Efectivamente, el camino vertical y purificador de la superioridad es el sublime destino de todos. La cumbre, acariciada por el resplandor solar, es siempre un desafío benéfico para los que vagan sin rumbo por la planicie. Naturalmente, lo alto polariza las supremas esperanzas de los que aún permanecen más abajo... Sin embargo, a medida que penetramos el dominio de las alturas, se nos van imprimiendo en la mente y en el corazón las leyes sublimes de fraternidad y misericordia. Los grandes orientadores de la Humanidad no midieron su propia grandeza sino por la capacidad de regresar a los círculos de la ignorancia para ejemplificar el amor y la sabiduría, la renuncia y el perdón a los semejantes. Es por ese motivo que necesitamos sazonar todo impulso de elevación con la sal del entendimiento, evitando la precipitación en los despeñaderos fatales del egoísmo y de la vanidad.

Metelo guardó un instante de silencio y ante la conmoción con que le acompañábamos la charla, retomó la palabra con otra inflexión de voz:

–En otro tiempo, cuando nos envolvíamos aún en los fluidos de la carne terrestre, equivocados, suponíamos que la vanidad y el egoísmo solamente podrían hacer víctimas entre los hombres encarnados. La Teología, a pesar del ministerio respetable que le corresponde, nos enclaustraba la mente en fantasiosas concepciones del reino de la verdad. Esperábamos un paraíso fácil de ser conquistado por la deficiencia humana y temíamos un infierno difícil para regenerarnos. Nuestras ideas alusivas a la muerte se confinaban a esas ridículas limitaciones. Pero hoy sabemos que

después del t́mulo, simplemente hay una continuaci3n de la vida. Cielo e Infierno residen dentro de nosotros mismos. La virtud y el defecto, la manifestaci3n sublime y el impulso animal, el equilibrio y la desarmonía, el esfuerzo de elevaci3n y la probabilidad de la caída perseveran aqú, después del tŕnsito por el sepulcro, obligándonos a la serenidad y a la prudencia. Tan s3lo nos encontramos en otro campo de la materia variada, en otros dominios vibratorios del propio Planeta en cuya Corteza tuvimos experiencias casi innumerables. Por tanto, ¿c3mo no equilibrar el coraz3n en el ejercicio efectivo de la solidaridad? L3gicamente no exhortamos a nadie a sumergirse nuevamente en el lodo antiguo, no deseamos que los compaÑeros cautelosos regresen a la posici3n de hijos pr3digos, distanciados voluntariamente del Padre Eterno, ni pretendemos interrumpir la marcha laboriosa de los servidores de buena voluntad, camino a las Cimas de la Vida. Apelamos tan s3lo en el sentido de que cooper3is en los trabajos de socorro a las esferas oscuras. Sois libres y dispon3is de tiempo para el desempeÑo de los deberes ennoblecedores a los que fuisteis llamados en nuestra colonia espiritual. Nada ḿs razonable que el aprovechamiento de la oportunidad en el planeamiento de la ascesis. No obstante, en calidad de viejo cooperador de las tareas de auxilio, osamos rogar vuestro inter3s en general por los que yerran “en el valle de la sombra y de la muerte”, aguardando la posible limosna de vuestro tiempo a favor de nuestros semejantes, confrontados ahora por situaciones infelices, no en virtud de los designios divinos, sino en raz3n de la imprevisi3n de ellos mismos. Sin embargo, ¿cuál de nosotros no fall3 alg3n d́a en la necesaria vigilancia?

El orador hizo una pausa ḿs larga y continu3:

–De nuestros amigos encarnados no podemos esperar, de momento, una mayor y ḿs eficiente cooperaci3n en este sentido. Presos en las rejas sensoriales, progresan lentamente en el aprendizaje de las leyes que rigen la materia y la energía. Cuando son invitados a visitar nuestros ćrculos de edificaci3n, fuera del instrumento fisiol3gico, regresan al cuerpo asombrados por las

rápidas visiones que les fue posible archivar, y al transmitir sus recuerdos a los contemporáneos, colorean el agua pura y simple de la verdad con sus “puntos de vista” y predilecciones personales en el terreno de la Ciencia, de la Filosofía y de la Religión. Bernardino de Saint-Pierre, el novelista traído por amigos a regiones vecinas de la Corteza Planetaria, vuelve a su medio de acción y traza aspectos que aseveró pertenecerían al Planeta Venus. Huyghens, el astrónomo, que recibe mentalmente algunas noticias de nuestras esferas de lucha, ensaya teorías referentes a la vida en otros mundos, afirmando que los procesos biológicos en los orbes distantes son absolutamente análogos a los de la Corteza de la Tierra. Teresa de Ávila, la religiosa santificada, se transporta al paisaje de nuestro plano donde se lamentan almas que sufren, y regresa al cuerpo carnal describiendo el Infierno para sus oyentes y lectores. Swedenborg, el gran médium, recorre algunos trechos de nuestras zonas de acción y pinta las costumbres de las “habitaciones astrales” como mejor le parece, imprimiendo a las narraciones las fuertes características de sus concepciones individuales. Casi todos los que vinieron momentáneamente a nuestro campo de trabajo vuelven al esfuerzo humano, exhibiendo la experiencia de la que fueron objeto, pincelándola con la tinta de sus inclinaciones y estados psíquicos. Como se encuentran profundamente arraigados al “suelo inferior” de su propio “yo”, creen divisar otros mundos en situaciones iguales a las de la Tierra, nuestro maravilloso templo, cuyas dependencias no se restringen a la Esfera de la Corteza sobre la cual los hombres de carne posan los pies. La Tierra es también nuestra gran madre, cuyos brazos acogedores se extienden más allá, por el espacio, ofreciéndonos otros campos de perfeccionamiento y redención.

Modificando la inflexión de la voz, prosiguió:

–Las criaturas atraviesan un breve período de existencia en el mundo carnal. Después, la mayoría se demora en estaciones expiatorias de difícil rescate y se confunde en vibraciones perturbadoras de sufrimiento y de miedo. Hacen de la muerte una

diosa siniestra. Presentan el fenómeno natural de la renovación con los más negros colores. Agarradas a las sensaciones del día que pasa, ignoran cómo dilatar la esperanza y transforman la separación provisional en una terrible noche de amargo adiós. Víctimas de la ignorancia en la que se complacen, se internan en florestas de sombras, donde pierden toda la paz, convirtiéndose en presas delirantes de los infiernos de horror creados por ellas mismas en los desvaríos pasionales. ¿Cómo esperar de ellas la colaboración precisa, con la extensión deseable, si, por la indiferencia con sus propios destinos, se sumergen diariamente en ríos de tinieblas, de desencanto y pavor? Por tanto, unámonos auxiliándolas según los preceptos evangélicos, mostrándoles nuevos horizontes y aclarándoles los caminos evolutivos.

Con los ojos fulgurantes y nublados de lágrimas, tal vez por la evocación de cuadros de las esferas sombrías, que no nos era dado conocer, Metelo se mantuvo varios segundos en silencio, volviendo a decir en tono de súplica:

–Recordemos al Divino Maestro y no desdeñemos la honra de servir, no de acuerdo con nuestros caprichos personales, sino de conformidad con sus designios y sus leyes. ¡Campos incommensurables de trabajo esperan por nuestra cooperación fraternal y la siembra del bien producirá nuestra felicidad sin fin...!

Todavía disertó conmovedoramente por algunos minutos más, y enseguida, invocó a las Fuerzas Divinas, arrancándonos lágrimas de intraducible alegría.

Rayos de claridad azul brillante llovieron en el recinto, proporcionándonos la respuesta del Plano Superior.

Transcurridos algunos segundos de meditación, Metelo hizo exhibir en un gran globo de sustancia lechosa, situado en la parte central del Templo, varios cuadros vivos de su campo de acción en las zonas inferiores. Se trataba de un tipo de fotografía, animada con la presentación de todos los sonidos y detalles anatómicos

inherentes a las escenas observadas por él, en su ministerio de bondad cristiana.

Infelices desencarnados, en abismos de dolor, imploraban piedad. Monstruos de variadas especies, desafiando las antiguas descripciones mitológicas, comparecían horripilantes al pie de víctimas desventuradas.

Los paisajes, analizados de tan cerca a través de avanzados procesos de fijación de imágenes, no sólo emocionaban: infundían terror. En el núcleo de la masa lechosa, en la que eran lanzadas, adquirirían expresiones de vivacidad indescriptibles. Aparecían lúgubres procesiones de seres humanos despojados del cuerpo, bajo cielos nublados y amenazadores, cortados por cataclismos de naturaleza magnética.

Por primera vez contemplaba yo semejante demostración, sin disfrazar la emoción. ¿Hacia dónde se dirigían aquellas inmensas filas de Espíritus sufridores?, ¿cómo se sustentarían los grandes grupos de almas desalentadas y semi inconscientes, que me era permitido divisar allí, ante mis ojos llenos de asombro, atolladas en pozos oscuros de lodo y padecimiento?

En un momento dado la voz del Instructor quebró el silencio.

Ante un cuadro extremadamente doloroso, exclamó con voz firme:

—Muchos de vosotros sabéis que tengo en esos centros expiatorios a los que fueron mis bien amados padres en la última experiencia vivida en la carne, prisioneros aún de torturantes recuerdos; no obstante, creed que no nos mueve cualquier propósito egoísta en las tareas de auxilio, porque hemos aprendido con el Señor que nuestra familia se encuentra en todas partes.

Observé que nadie se atrevió a volverse hacia Metelo en su testimonio de humildad. Conmovidísimo, a mi vez, ante aquella demostración de entendimiento evangélico a la que asistía, noté la

expresiva mirada que el Asistente Jerónimo me dirigió, al término del noticiario animado y sonoro, y procuré alejar de mí la preocupación de saber algo acerca del drama particular del orientador, anulando mis impulsos inferiores de simple curiosidad.

Terminados los trabajos, que ocuparon poco más de dos horas, incluyendo el instructivo discurso, varios grupos eran presentados al Instructor por uno de los dirigentes del Templo.

Tuve la impresión de que la asamblea, en su aspecto casi integral estaba constituida por legítimos interesados en los trabajos espontáneos de ayuda al prójimo. Por las saluciones y por las frases con las que se hacían acompañar, percibí que se aglomeraban en aquel recinto grandes y pequeños conjuntos de servidores en diversas misiones, con objetivos múltiples. Se consagraban algunos al amparo de criminales desencarnados, otros al cuidado de madres afligidas, alcanzadas inesperadamente por las renovaciones de la muerte, otros, aún, se interesaban por los ateos, por las conciencias encarceladas en el remordimiento, por los enfermos en la carne, por los agonizantes en la Corteza, por los dementes sin cuerpo físico, por los niños en dificultades en el plano invisible a los hombres, por las almas desanimadas y tristes, por los desequilibrados de todos los matices, por los misioneros perdidos o desviados, por las entidades unidas a las vísceras cadavéricas, por los trabajadores de la Naturaleza, necesitados de inspiración y de cariño.

Para todos, poseía el mentor una sentencia generosa de estímulo y admiración.

Llegada nuestra ocasión, Jerónimo nos presentó gentilmente:

–Metelo, tenemos aquí a tres compañeros que me acompañarán ahora, en misión de socorro.

–¡Muy bien!, ¡muy bien!, –exclamó el interpelado– que el Divino Servidor los inspire.

Nos abrazó con sencillez, y preguntó:

–¿Parten con alguna obligación especial?

–Sí –aclaró nuestro orientador–, en los próximos treinta días debemos atender a cinco dedicados colaboradores nuestros, que están prestos a desencarnar en la Corteza. Trabajaron fieles a la causa del bien, y nuestras autoridades nos encargaron de atender sus casos particulares.

–Preveo mucho éxito –comentó Albano Metelo, fijando en nosotros su mirada serena.

Reflejando una espontánea alegría por las palabras oídas, Jerónimo añadió, con delicadeza:

–Confío en la dedicación de mis compañeros. Van conmigo un ex sacerdote católico, una enfermera y un médico. Seremos cuatro siervos en acción activa.

–Comprendo –contestó el Instructor.

–Estamos autorizados para efectuar experiencias, estudios y auxilios eventuales, de conformidad con las circunstancias, en vista del carácter de nuestro trabajo, que nos prodigará oportunidades para diferentes observaciones.

Metelo nos dirigió una reconfortante sonrisa de optimismo y confianza, nos saludó individualmente, y después de abrazar a nuestro director, con intimidad, exclamó:

–Que el Maestro os ilumine y conduzca.

Eran las palabras de despedida. Otro grupo de socorristas se aproximó a él y nos retiramos del Templo de la Paz, repletos del pensamiento saludable de servir a los semejantes en nombre de Dios.

Allá afuera, la noche maravillosa era como una hermosa fiesta silenciosa, en la que el aroma de las flores invitaba al banquete celeste de la luz.

EN EL SANTUARIO DE LA BENDICIÓN

La víspera de la partida, el Asistente Jerónimo nos condujo al Santuario de la Bendición, situado en la zona dedicada a los servicios de auxilio, donde –según nos aclaró– recibiríamos la palabra de mentores iluminados, habitantes de regiones más puras y más felices que la nuestra.

El orientador no deseaba partir sin pronunciar una oración en el Santuario, lo que hacía habitualmente, antes de entregarse a los trabajos de asistencia, bajo su directa responsabilidad.

Así pues, al atardecer, siguiendo el programa trazado, nos encontrábamos todos en un enorme salón extraordinariamente distribuido, donde grandes aparatos eléctricos se destacaban, al fondo, atrayendo nuestra atención.

La reducida asamblea era selecta y distinguida.

La administración de la Casa no recibía a más de veinte expedicionarios a la vez. En razón de ese precepto, apenas tres grupos de socorristas, preparados para partir hacia regiones inferiores, aprovechaban la oportunidad.

Un conjunto de doce, que era presidido por una hermana de

porte venerable, de nombre Sempronio, se consagraría al amparo de albergues de niños desprotegidos; el grupo dirigido por Nicanor, un asistente muy culto y digno se dedicaría, por algún tiempo, a colaborar en tareas de asistencia a enfermos mentales de un antiguo hospicio, y nosotros, los compañeros encargados de auxiliar a algunos amigos en proceso de desencarnación, entre todos, componíamos el total de veinte entidades.

El Instructor Cornelio, director de la institución, atendido por un asesor, conversaba con nosotros, demostrando sencillez e hidalguía, magnanimidad y entendimiento.

–Desde el comienzo de nuestra administración –nos explicaba– procuramos establecer el máximo aprovechamiento del tiempo, aun en las más mínimas oportunidades. Para concretar esta disposición, desde hace mucho no recibimos indiscriminadamente a grupos socorristas. Reunimos a los conjuntos de servicio de acuerdo con las situaciones a las que se destinan. El día de recepción a los que van a prestar sus servicios en la Corteza Terrestre, no atendemos a otros colaboradores encargados de operar exclusivamente en zonas de desencarnados, como las estaciones purgatorias y otras que se clasifican como francamente tenebrosas. Hay que ordenar las palabras y seleccionarlas, creando un campo favorable a nuestros propósitos de servicio. La conversación crea el ambiente y coopera en definitiva para el éxito o para la negación. Aparte de esto, como esta Casa está consagrada a recibir el sublime auxilio de nuestros gobernantes que habitan en planos más elevados, no sería justo distraer la atención y sí, con todas las energías a nuestro alcance, consolidar bases espirituales para que puedan aquellos gobernantes emitir los recursos que buscamos. Comprendiendo la extensión de las tareas por hacer y el respeto que debemos a los que nos ayudan, somos del parecer que necesitamos sanar los viejos desequilibrios de las intromisiones verbales innecesarias, y muchas veces perturbadoras y disolventes.

Mientras oíamos encantados su explicación, detuvo un momento su discurso y continuó:

–Además, el profeta enunció hace muchos siglos que “la palabra dicha a su tiempo es como una manzana de oro en un cesto de plata”. Por lo tanto, si estamos verdaderamente interesados en nuestra elevación, constituye inalienable deber nuestro el conocimiento exacto del valor del “tiempo”, estimando su valía y definiendo cada cosa y situación en su propio lugar, para que el verbo, potencia divina, sea en nuestras acciones el colaborador del Padre.

Sonreímos satisfechos.

–Nada más razonable y constructivo –opinó Sempronía, la destacada orientadora que dirigía por primera vez una expedición de socorro a huerfanitos encarnados.

El dirigente del Santuario, tal vez reconociendo cómo nos sentíamos necesitados de esclarecimiento en cuanto al uso de la palabra, prosiguió:

–Es lamentable que en la Corteza de la Tierra, se dé tan escasa atención al poder del verbo, actualmente tan desmoralizado entre los hombres. Según informes fidedignos de las autoridades que nos rigen, en las más respetables instituciones del mundo, la mitad del tiempo es gastada inútilmente, a través de conversaciones ociosas e inoportunas... Eso, refiriéndonos solamente a las “más respetables”. No se percatan nuestros hermanos en Humanidad de que el verbo está creando imágenes vivas, que se desarrollan en el terreno mental al que son proyectadas, produciendo consecuencias buenas o malas según su origen. Estas formas naturalmente viven y proliferan, y considerando la inferioridad de los deseos y aspiraciones de las criaturas humanas, semejantes creaciones temporales sólo se destinan a servicios destructores, produciendo formidables obstáculos, si bien invisibles...por ahora.

Se notaba claramente el interés que sus definiciones despertaban en los oyentes. Después de una larga pausa, volvió, cuidadoso:

–Toda conversación prepara acontecimientos de conformidad con su naturaleza. Dentro de las leyes vibratorias que nos circundan por todos lados, es una fuerza indirecta de extraño y vigoroso poder, induciendo siempre a los objetivos velados de quien asume su dirección intencional. Al ser encargados de asumir la jefatura de esta casa, teníamos instrucciones de nuestros Mayores para suprimir todos los comentarios tendientes a la creación de elementos adversos a los júbilos de la Bendición Divina. Es por eso que, gracias al amor providencial de Jesús, hemos conseguido mantener una institución en la que nuestros mentores de lo Alto se hacen sentir. La ausencia de cualquier palabra indigna y la presencia continua de factores verbales edificantes facilitan la elaboración de fuerzas sutiles, en las que los orientadores divinos encuentran facilidades para adaptarse, de algún modo, a nuestras necesidades en el cometido común.

Hizo un gesto el narrador al recordar un detalle importante e informó:

–Empezando nuestro modesto trabajo, experimentamos considerables reacciones. Entonces, se buscaba el Santuario sin ninguna preparación íntima. Nuestros amigos proseguían repitiendo el escenario de la Corteza en el que los devotos procuran los templos, como los comerciantes que buscan los mercados. Debíamos administrar dones espirituales, como quien dirige un almacén de ventajas fáciles al personalismo inferior. Pero, desde el primer día, amparados en la delegación de competencia que nos fue concedida, golpeamos el viejo hábito a fondo. En esta primera etapa gastamos algún tiempo enseñando la reverencia debida al Señor, la necesidad de mantener la limpieza interna del pensamiento y la abolición de la fea costumbre de intentar el soborno de la Divinidad con promesas falaces. Y cuando sentimos concienzudamente que las lecciones estaban terminadas, iniciamos la aplicación de medidas rectificadoras. Fueron instalados registros vibratorios, que señalaban la

naturaleza de las palabras en movimiento. Desde ahí fue muy fácil identificar a los infractores e impedirles la entrada en la Cámara de Iluminación, donde realizamos nuestras oraciones...

Tal vez, observando que algunos de nosotros hacíamos ciertas consideraciones mentales, dijo sonriente:

–Creemos innecesaria cualquier alusión a la necesidad de mantener pensamientos limpios. Quien busca una casa especializada en bendecir, no puede hospedar ideas de odio o maldición.

Comprendimos inmediatamente la finalidad de la enseñanza indirecta y delicada y permanecemos en silencio, prevenidos en cuanto a la necesidad de resguardar la mente contra las viejas sugerencias del mal.

Deseando expresar las muestras de alegría y cordialidad, Cornelio miró fijamente un gran reloj en el mostrador, que presentaba simbólicamente la caprichosa forma de un ojo humano de grandes proporciones, en el que dos rayos luminosos indicaban las horas y los minutos, diciendo en tono fraternal:

–Según nos notificaron hace varios días, tendremos hoy la visita de un mensajero de elevada expresión jerárquica. Pero, antes de ese acontecimiento excepcional, disponemos de algún tiempo. Considerando el homenaje de amor que debemos a los que nos orientan del Plano Superior, no conviene emitir nuestra invocación de bendiciones ni antes ni después del horario establecido. Mientras tanto, los cooperadores pueden sentirse como en su casa.

Y, fijando la mirada en los tres encargados del servicio, añadió después de los sobreentendidos:

–Mientras me reúno en privado con los jefes de las misiones, tenemos casi una hora para el intercambio de ideas constructivas.

Cornelio pasó a dirigirse de modo confidencial a nuestros orientadores y nosotros, distribuidos en pequeños grupos, entablamos conversaciones cordiales.

Atendiendo a mis deseos, el sacerdote Hipólito, como lo llamábamos en la intimidad, me presentó al Asistente Barcelós, del grupo de servidores que asistía a enfermos mentales. Él había sido un dedicado profesor en el círculo carnal y se interesaba cariñosamente por la Psiquiatría bajo un nuevo prisma.

Me acogió, tratándome con hidalguía, y después de los primeros saludos preguntó bondadoso:

–¿Es la primera vez que integra una expedición socorrista?

–De hecho –aclaré–, es la primera. He acompañado diversas misiones de auxilio en la Corteza, pero en condición de estudiante, con reducidas posibilidades de cooperación. Pero ahora el Asistente Jerónimo aceptó mi ayuda y alegre, le seguí.

Me dirigió una cautivadora mirada, en la cual revelaba satisfacción y sorpresa, y observó:

–El trabajo beneficia siempre.

Interesado en sus informes y esclarecimientos dije, humildemente:

–Siguiendo expediciones de socorro, como aprendiz, tuve ocasión de visitar, por más de una vez, dos antiguos y grandes sanatorios de alienados en nuestro País y vi de cerca la extensión de los servicios reservados a los siervos de buena voluntad, en esas casas de purificación y dolor. A mi modo de ver, las actividades de enfermería son allí de las más meritorias.

–Innegablemente –convino él, apreciándome la atención– la locura es un campo doloroso de redención humana. Tengo motivos particulares para dedicarme a ese sector de la medicina espiritual

y le aseguro que difícilmente encontraríamos en otra parte tantos dramas angustiosos y problemas tan complejos.

—¿Y ha recogido muchos frutos nuevos a consecuencia de su esfuerzo? —pregunté curioso.

—Sí, vengo archivando reconfortantes conclusiones en ese sentido, concluyendo que, con excepción de rarísimos casos, todas las anomalías de orden mental se derivan de los desequilibrios del alma. Estamos lejos de contar con un número suficiente de servidores entrenados para socorrer eficazmente a los encarcelados en la prisión de las obsesiones terribles y amargas. En ese particular, es tan grande la cantidad de enfermos que no queda otro recurso más allá de la resignación. De ese modo, continuamos atendiendo superficialmente, esperando, sobre todo, por la Providencia Divina. En los casos de persecución sistemática por parte de entidades vengativas y crueles, pertenecientes al plano inaccesible a las percepciones del hombre vulgar, tenemos, invariablemente, una tragedia iniciada en el presente por la imprevisión de los interesados o que vienen del pasado cercano o remoto, a través de pesados compromisos. Si los psiquiatras modernos descubriesen el secreto de semejantes hechos, iniciarían la aplicación de una nueva terapia a base de sentimientos cristianos, antes de cualquier recurso de la hormonoterapia y de la electricidad.

Recordé los servicios de asistencia a obsesos que había acompañado atentamente, y aduje:

—Examiné algunos casos torturantes de obsesión y posesión que me impresionaron sobremedida, por la casi completa unión mental entre los verdugos y las víctimas.

Barcelos esbozó un significativo gesto y acentuó:

—Es la terrible historia viva de los crímenes cometidos en permanente secuencia. Los cómplices y personajes de esos dramas

silenciosos y muchas veces desconocidos por otros hombres, antecediendo a las comparsas en el camino de la muerte, vuelven amedrentados, a la convivencia con los suyos, ante las siniestras consecuencias con las que se enfrentan más allá del túmulo... Se agarran instintivamente a la organización magnética de los compañeros encarnados aún en la Corteza, viciándoles los centros de fuerza, relajándoles los nervios y abreviando el proceso de extinción del tono vital, porque tienen sed de las mismas compañías junto a las cuales se lanzaron al abismo. Exhiben siempre cuadros tristes y oscuros, donde se destaca la piedad de muchas almas redimidas que vienen de lo Alto en compasivos gestos de intercesión y socorro urgente.

Hizo una ligera pausa a las consideraciones y prosiguió:

—Entretanto, observo especialmente en la actualidad otro campo alusivo al asunto. Antes de mi regreso al plano espiritual, hambriento de nuevas informaciones referentes al psiquismo de la personalidad humana, examiné atento la doctrina de Freud, impresionado con las variaciones psicológicas de los caracteres juveniles bajo mi observación directa, y apasionado por la solución de los profundos enigmas que envuelven a la criatura terrestre, encontré en el psicoanálisis un mundo nuevo. Sin embargo, por más que estudiase la prodigiosa colección de los efectos, jamás alcancé la tranquilidad completa en la investigación de las causas, en el círculo de los fenómenos en examen. Discípulo espontáneo y distante del eminente profesor de Freiberg, solamente aquí pude reconocer los hilos que le faltan al sistema de detección de los orígenes de la psicosis y de otros desequilibrios. Los “complejos de inferioridad”, la “represión”, la “libido”, las “inmersiones en el subconsciente”, no constituyen factores adquiridos en el corto espacio de una existencia terrestre y sí, características de la personalidad egresada de las experiencias pasadas. De hecho, el subconsciente es el almacén dilatado de nuestros recuerdos y el repositorio de las emociones y deseos,

impulsos y tendencias que no se proyectaron en la pantalla de las realizaciones inmediatas, no obstante, se extiende mucho más allá de la zona limitada de tiempo en que se mueve un cuerpo físico. Representa la estratificación de todas las luchas con las adquisiciones mentales y emotivas que le fueron consecuentes, después de la utilización de varios cuerpos. Faltan, pues, a las teorías de Segismundo Freud y sus continuadores la noción de los principios reencarnacionistas y el conocimiento de la verdadera localización de los disturbios nerviosos, cuyo inicio es muy raro que se verifique en el campo biológico normal, pues, casi invariablemente, el portador de serias perturbaciones congénitas es el cuerpo periespiritual preexistente, en virtud de las deficiencias de naturaleza moral, cultivadas con desvariado apego por el reencarnante en las existencias transcurridas. Las psicosis del sexo, las tendencias innatas a la delincuencia, tan bien estudiadas por Lombroso, los deseos extravagantes, la excentricidad, muchas veces lamentable y peligrosa, representan modalidades del patrimonio espiritual de los enfermos, patrimonio que resurge de muy lejos, en virtud de la ignorancia o del relajamiento voluntario de la personalidad en círculos inarmónicos.

Se estableció entre nosotros una pausa feliz que aproveché atentamente, organizando mis razonamientos sobre el asunto, considerando los argumentos constructivos que el Asistente enunciara, en beneficio de mi propia iluminación.

Recordé mis escasos conocimientos de la doctrina freudiana y volví mentalmente al consultorio, donde muchas veces fuera buscado por amigos atacados por extrañas y desconocidas enfermedades mentales, tratando de que les socorriese con mis pobres nociones de Medicina, no obstante mi carencia de especialización en tal sentido. Eran maníacos, histéricos y esquizofrénicos de variados matices, en cuyos cerebros aún existía bastante luz para la peregrinación a través de libros científicos.

Habían devorado las enseñanzas de Freud; entretanto, si las teorías eran valiosas por los elementos de análisis, no ofrecían ninguna ayuda sustancial y efectiva al enfermo. Descubrían la herida sin traer un bálsamo curativo. Indicaban el quiste doloroso, pero omitían el bisturí de la intervención benéfica. Por eso, las explicaciones de Barcelós, si fueran aprovechadas por médicos cristianos en la Corteza Planetaria, podrían completar el trabajo benemérito que la tesis freudiana trajera a los círculos académicos. Pero, antes que formulase nuevas consideraciones íntimas, él siguió diciendo:

—Tengo mis responsabilidades junto a desequilibrados mentales; sin embargo, mi mayor esfuerzo últimamente se desarrolla en la región donde se inspira a los médicos humanitarios, para que los candidatos involuntarios a la perturbación sean auxiliados a tiempo. En la mayoría de los casos, después de verificada la locura propiamente dicha, terminó el proceso de la desarmonía psíquica. Es muy difícil conducir a la restauración perfecta a los alienados con ficha reconocida, aunque sea incesante nuestra batalla por el restablecimiento integral del mayor porcentaje posible de enfermos. Antes del desequilibrio completo, hubo un enorme período en que el socorro del psiquiatra podría haber sido providencial y eficiente. Por lo tanto, ¿no sería un gran trabajo orientar de manera indirecta al médico bien intencionado, para que ayude a tiempo al probable alienado, empleando la palabra confortadora y el cariño restaurador? Incalculable número de personas permanece en el plano carnal, intentando la solución de los profundos problemas relativos al propio ser. Relacionando las conclusiones de los tratadistas humanos, cuyos puntos de vista divergen en los pormenores, tenemos —en la esfera de perfeccionamiento terrestre— cinco clases de psicosis: las de naturaleza paranoica, perversa, mitomaníaca, ciclótica, e hiperemotiva, englobando, respectivamente, la manía de las persecuciones y el delirio de grandeza, los

desequilibrios y flaquezas de orden moral, la histeria y la mitomanía, los ataques melancólicos, y las fobias y crisis de angustia.

El interlocutor sonrió, hizo una pausa y continuó:

—Esta es la definición científica de nuestros amigos que, como nosotros antiguamente, tan sólo poseen el recurso de diagnosticar y analizar los detalles anatómicos. Arabescos de oro sobre la arena del Sahara no tornarían el desierto menos árido. Así es la terminología brillante sobre el cuadro oscuro del sufrimiento. Necesitamos divulgar en el mundo el concepto moralizador de la personalidad congénita, en proceso de mejoría gradual, esparciendo enunciados nuevos que atraviesen la zona de raciocinios falibles del hombre y le penetren el corazón, restaurándole la esperanza en el futuro eterno y revigorizándole el ser en sus bases esenciales. Las nociones reencarnacionistas renovarían el paisaje de la vida en la Corteza de la Tierra, confiriendo a la criatura no sólo las armas con las que debe guerrear los estados inferiores de sí misma, mas también suministrándole el remedio eficiente y salutífero. Hace muchos siglos, afirmó Plotino que toda la antigüedad aceptaba como cierta la doctrina de que, si el alma comete faltas, es compelida a expiarlas, padeciendo en regiones tenebrosas, regresando enseguida a otros cuerpos, a fin de reiniciar sus pruebas. De ese modo, falta lamentablemente a nuestros compañeros de Humanidad el conocimiento de la transitoriedad del cuerpo físico y el de la eternidad de la vida, del débito contraído y del necesario rescate en experiencias y recapitulaciones diversas.

Barcelós se calló por unos minutos, mientras yo ponderaba la extensión de su competencia. Con justificada razón, él poseía el título de Asistente, porque no era un simple hermano con la tarea de auxiliar, sino un profundo especialista en el asunto al que se dedicaba con fervor. Su conversación valía por un curso rápido de Psiquiatría bajo un nuevo aspecto, que me correspondía

aprovechar en beneficio propio, para las tareas complementarias del servicio común.

Deseando transmitir mi admiración y gozo, observé reconocido:

–Oyendo sus consideraciones, reconozco que el misionero del bien, donde se encuentre, es siempre un sembrador de luz.

Pero él pareció no oír mi referencia elogiosa y prosiguió en otro tono, después de larga pausa:

–Mi amigo, usted examinó algunos casos de obsesión entre agentes invisibles y pacientes encarnados, impresionándose con la imantación mental entre ellos. Es que de momento pisamos otro suelo. Nos referimos a las necesidades de esclarecimiento de los hombres ante sus propios compañeros de plano evolutivo. En el círculo de los recuerdos imprecisos, que se traducen como simpatía y antipatía, vemos el paisaje de las obsesiones transferido al cuerpo carnal, donde, en obediencia a las remembranzas vagas e innatas, los hombres y las mujeres, unidos unos a los otros por los lazos de la consanguinidad o por los compromisos morales, se transforman en perseguidores y verdugos inconscientes entre sí. Las disputas familiares, los temperamentos aparentemente irreconciliables entre padres e hijos, esposos y esposas, parientes y hermanos, resultan de los sucesivos choques de la subconciencia, conducida a recapitulaciones rectificadoras del pretérito distante. Congregados de nuevo en la lucha expiatoria o reparadora, los personajes de los dramas, que se fueron, pasan a sentir y ver –en la tela mental– dentro de sí mismos, situaciones complicadas y escabrosas de otra época, a pesar de los oscuros contornos de la reminiscencia, cargando consigo fardos pesados de incomprensión, definidos en la actualidad como “complejos de inferioridad”. Identificando en sí mismo cuestiones y situaciones íntimas, inapreciables a los demás, el Espíritu reencarnado que adquiere fuertes recuerdos de su pasado, aunque

no sean tan precisos, se hace inevitable candidato a la locura. Y en esa categoría, mi amigo, tenemos en la Corteza Planetaria un porcentaje cada vez mayor de posibles alienados, requiriendo el concurso de psiquiatras y neurólogos que, a su vez, se conservan en una posición opuesta a la verdad, presos a los conceptos académicos y a las rígidas convenciones de los preceptos oficiales. Estos son, en particular, los pacientes que para mis estudios personales más de cerca me interesan. Son víctimas anónimas de la ignorancia del mundo, los infortunados absolutamente incomprendidos que, de locos incipientes, prosiguen poco a poco, camino del hospicio o del lecho de enfermedades ignoradas, tan sólo porque les falta el agua viva de la comprensión y la luz mental que les revele la senda de la paciencia y de la tolerancia, a favor de su propia redención.

—¿Y semejantes casos angustiosos, son muchos? —indagué, por falta de argumentación a la altura de las consideraciones oídas.

El asistente sonrió y aclaró:

—¡Oh!, amigo mío, en ese sentido, la extensión del sufrimiento humano se confunde también con el infinito.

Barcelós iba a proseguir, pero repicó, sonora, una singular campanilla, convocándonos para los preparativos de la oración.

Se hacía necesario atender.

EL SUBLIME VISITANTE

Reunidos en un pequeño salón iluminado, observé que la atmósfera permanecía embalsamada con suave perfume.

Cornelio nos recomendó la oración fervorosa y el pensamiento puro. Guiándonos, el Instructor se paró frente a una reducida cámara elaborada de una sustancia análoga al vidrio puro y transparente.

La observé con atención. Se trataba de un cubo cristalino, en cuyo interior podrían acogerse, cómodamente, dos o tres personas.

Destacándose por la túnica muy blanca, el director de la Casa extendió la diestra hacia nosotros y exclamó con grave entonación:

—Los emisarios de la Providencia no deben sembrar la luz sin provecho; constituiría una falta grave para cualquiera recibir la Gracia Divina en vano. Pues al venir a encontrarse con nosotros, los Mensajeros del Padre ejercitan el sacrificio y la abnegación, sufren los choques vibratorios de estos planos más bajos, vuelven

a tomar la forma que abandonaron desde hace mucho tiempo, se hacen pequeños como nosotros para que nos hagamos tan elevados como ellos, y se dignan ignorar nuestras flaquezas, con el fin de que participemos de sus gloriosas experiencias...

Interrumpió el curso de las palabras, nos miró en silencio y prosiguió en otro tono.

–Comprendemos que allá afuera, ante los lazos morales que aún nos prenden a la esfera de la carne, es casi inevitable la recepción a distancia de las reminiscencias del pretérito. El recuerdo tañe las cuerdas de la sensibilidad y nos sintonizamos con el pasado inferior. Sin embargo, aquí, en el Santuario de la Bendición, es imprescindible observar una actitud firme de serenidad y respeto. El ambiente ofrece bases para la emisión de energías puras, y por esa razón responsabilizaremos a los compañeros presentes por cualquier pequeña desarmonía en el trabajo a realizar. ¡Así pues, formulemos los más elevados pensamientos a nuestro alcance, en lo que concierne a la veneración que debemos al Padre Altísimo...!

Para otra clase de observadores, el Instructor Cornelio podría parecer excesivamente metódico y riguroso; pero no para nosotros, que sentíamos su profunda sinceridad y el entrañable amor a las cosas santas.

Después de un largo intervalo, destinado a nuestra preparación mental, volvió a decirnos de la manera más natural.

–Proyectemos nuestras fuerzas mentales sobre la pantalla cristalina. El cuadro que habrá de formarse constará de un paisaje simbólico, en el que aguas mansas personificando la paz, alimentan a un vigoroso árbol que representa la vida; asumiré la responsabilidad de la creación del tronco, mientras los jefes de las misiones entrelazarán energías creadoras fijando el lago tranquilo.

Y dirigiéndose especialmente a nosotros, los colaboradores de menor jerarquía, añadió:

–Ustedes formarán las ramas del árbol y la vegetación que contorneará las aguas serenas, así como las características del trozo de firmamento que deberá cubrir la pintura mental.

Después de una ligera pausa, concluía:

–Este será el cuadro que ofreceremos al excepcional visitante que nos hablará en pocos minutos. Atendamos a las señales.

Dos auxiliares se colocaron al lado de la pequeña cámara, en posición de servicio, y –al acorde de armonioso aviso– nos pusimos todos en profunda concentración, emitiendo el potencial de nuestras fuerzas más íntimas.

Sentí, bajo la presión de mi propio esfuerzo, que mi mente se dislocaba en dirección al cubo de cristal, donde creí penetrar, colocando porciones de gramilla junto al diseño del lago que debería surgir... Utilizando las vigorosas energías de la imaginación, recordé la especie de planta que deseaba en aquella creación temporal, trayéndola del pasado terrestre hacia aquella hora sublime. Estructuré todos los detalles de las raíces, hojas y flores, y trabajé intensamente, a solas conmigo mismo, reviviendo el recuerdo y fijándolo en aquel cuadro, con toda la fidelidad posible...

Después de oír señal de interrupción volví a la posición natural de quien observa, con el fin de examinar los resultados de la experiencia, ¡y entonces contemplé aquella maravilla...! La cámara lucía profundamente transformada. Aguas de indescriptible belleza y admirable color azul celeste reflejaban una nesga del firmamento, bañando las raíces de venerable árbol, cuyo tronco mostraba silenciosamente su propia grandiosidad. Prodigiosas miniaturas de cúmulos y nimbos se estacionaban en el cielo, pareciendo fluctuar muy lejos de nosotros... Sin embargo,

las orillas del lago se figuraban casi desnudas y los gajos del tronco se presentaban escasamente vestidos.

Rápidamente, el Instructor tomó de nuevo la palabra y se dirigió a nosotros con firmeza:

–¡Mis amigos, vuestra obligación no fue cumplida integralmente! ¡Prestad atención a los detalles incompletos y exteriorizad vuestro poder con la eficiencia necesaria! Tenéis aún quince minutos para terminar la obra.

Sin mayores explicaciones entendimos lo que él deseaba decir y nos concentramos de nuevo para ajustar los detalles con los que debería revestirse el paisaje.

Traté de imprimir mayor energía a mi creación mental y con más presteza intenté colocar las pequeñas flores en el sencillo ramaje, recordando mis funciones de jardinero en el amado hogar que había dejado en la Tierra. Oré, pidiendo a Jesús que me enseñase a cumplir el deber de los que deseaban la bendición de su divino amor en aquel Santuario, y cuando la notificación sonó nuevamente confieso que lloré.

El diseño vivo de la gramilla que, en mi compañía en el mundo, tanto habían estimado mi esposa y mis pequeños hijos, adornaba las márgenes con un verde maravilloso, y delicadas flores azules, asemejándose a miosotis silvestres, surgieron abundantes...

El árbol, que se había cubierto de abundante follaje y de vegetación de singular hermosura, completaba el cuadro, que me pareció digno de un primoroso artista de la Tierra.

Cornelio sonrió, dando muestras de gran satisfacción, y determinó que los dos auxiliares conservasen la diestra unida al cubo de cristal. Desde ese momento, como si una operación magnética desconocida fuese puesta en acción, nuestra pintura colectiva comenzó a dar señales de vitalidad temporal. Algo leve e

imponderable, semejante a un soplo cariñoso de la Naturaleza, agitó suavemente al árbol respetable, balanceándose con los arbustos y la minúscula hierba, la cual se reflejaba en aguas muy azules, dulcemente encrespadas por momentos...

Mi gramilla estaba ahora tan viva y tan bella, que el pensamiento de angustiosa nostalgia de mi antiguo hogar amenazó de repente mi corazón todavía frágil. ¿No eran aquellas las flores menudas que mi esposa colocaba a diario en el estudio?, ¿no eran las mismas que integraban los delicados ramos que los hijos me ofrecían los domingos por la mañana? Vigorosas reminiscencias absorbieron mi ser, oprimiendo inesperadamente mi alma, y yo me preguntaba a mí mismo por qué misterio el Espíritu –enriquecido de observaciones y de nuevos valores, respirando en campos más elevados de la inteligencia– tiene necesidad de volver al pequeño círculo del corazón, como la floresta lujuriosa e imponente que no prescinde de la sencilla y reducida gota de agua para saciarle la sed a las raíces... Sentí el deseo mal disfrazado de arrebatarlos obligatoriamente de la Corteza, transportándolos junto a mí, deseoso de reunirlos a mi lado, en nuevo nido, sin separación y sin muerte, y hacerles experimentar los júbilos de la vida eterna... Mis lágrimas estaban a punto de caer. Sin embargo, bastó una mirada de Jerónimo para que me repusiese.

Arrojé muy lejos de mí toda idea angustiosa y conseguí recuperar la posición del cooperador decidido en los cometidos del momento.

Mientras permanecíamos sentados ante el paisaje vivo, Cornelio, de pie, extendió los brazos en dirección a lo Alto y suplicó:

–¡Padre de la Creación Infinita, permite una vez más, por misericordia, que tus excelsos mensajeros sean portadores de tu inspiración celeste para esta casa consagrada a los júbilos de tu

bendición...! Señor, fuente de toda Sabiduría, disipa las sombras que aún persisten en nuestros corazones, impidiéndonos la gloriosa visión del porvenir que nos reservaste; ¡haz vibrar, entre nosotros, el pensamiento augusto y soberano de la confianza sin impurezas y déjanos percibir la corriente benéfica de tu bondad infinita, que nos lava la mente adormecida y contaminada aún por oscuros recuerdos del mundo carnal...! ¡Ayúdanos a recibir dignamente a tus dedicados emisarios...!

Enfocando la mente en nuestros trabajos, el Instructor prosiguió diciendo, ahora con otra inflexión de voz:

—¡Sobre todo, oh Padre, bendice a tus hijos que parten rumbo a esferas inferiores, para sembrar el bien! ¡Comparte con ellos, pequeños representantes de tu grandeza, tus dones de infinito amor y de inagotable sabiduría, a fin de que se cumplan tus sagrados designios...! ¡Pero, por encima de todas las concesiones, proporcionales algo de tu divina tolerancia, de tu complacencia sublime, de tu ilimitada comprensión, para que satisfagan, sin desesperación y sin desánimo, los deberes fraternales que les corresponden ante los que aún ignoran tus leyes y sufren las consecuencias de los desvíos crueles...!

El orientador del Santuario guardó silencio y dentro de la imponente quietud de la cámara, vimos que el paisaje formado de sustancia mental, comenzó a iluminarse en sus mínimos contornos de manera inexplicable.

Tenía la idea de que en el singular cuadro surgiría a nuestra vista un reducido sol desde aquel resquicio del cielo. Rayos fulgurantes penetraban en el fondo esmeraldino y venían a reflejarse en las aguas.

Cornelio, con las manos erguidas hacia lo alto, pero sin ninguna expresión ritual, en vista de la sencillez espontánea de sus gestos, exclamó:

—¡Bienvenido sea el portavoz de Nuestro Amantísimo Padre!

En ese instante, bajo nuestros ojos atónitos, alguien apareció en el cubo, entre la vegetación y el cielo. Se asemejaba a un sacerdote de culto desconocido, vistiendo una túnica pura como los lirios. Su rostro simpático de anciano se presentaba nimbado de indescriptible luz, y su mirada nos mantenía extasiados y presos, en una mezcla de veneración y encantamiento, sin que nos fuese posible cualquier fuga mental de su presencia sublime.

De lleno apenas se le veía el busto, pareciéndome que sus miembros inferiores se ocultaban naturalmente en el abundante follaje. Sin embargo, sus brazos y manos se revelaban con todos sus detalles anatómicos, porque con la diestra nos bendecía con un gesto amplio, manteniendo en la otra mano un pequeño rollo de pergaminos brillantes, dejándonos percibir un cordón dorado atado a la cintura.

Visiblemente sensibilizado, el director de la Casa lo saludó por su nombre:

—¡Bienvenido, venerable Asclepios!

El emisario, con voz clara y seductora, nos deseó la Paz del Cristo, y enseguida, nos dirigió la palabra en un tono inexpresable en el lenguaje humano (absteniéndome aquí de cualquier traducción incompleta e imperfecta, atendiendo a imperativos de conciencia).

Lo oímos con infinita emoción, sin que ninguno de nosotros contuviese las lágrimas. El verbo del admirable mensajero que llegaba de Esferas Superiores, trayéndonos la bendición divina, nos caía en el alma de modo intraducible y nos despertaba el espíritu eterno para la infinita gloria de Dios y de la Vida Inmortal.

No conseguiría describir lo que pasaba en mí mismo. Jamás había escuchado a alguien con aquel misterioso y fascinante poder magnético para fijar las enseñanzas de las que era emisario.

Al bendecirnos, al término de la maravillosa alocución,

irradiaban de su diestra muy blanca pequeños focos de luz, en forma de minúsculas estrellas, que se proyectaban sobre nosotros, invadiéndonos el tórax y la frente, y haciéndonos experimentar el júbilo inenarrable de quien sorbe, feliz, vigorosos y renovadores alientos de vida.

Hubiésemos querido prolongar indefinidamente aquellos minutos divinos, pero todo hacía creer que el mensajero estaba presto a despedirse.

Pero, interpretando el pensamiento de la mayoría, Cornelio le dirigió la palabra e indagó, humildemente, si los hermanos presentes podrían hacerle algunas preguntas.

El mensajero celeste asintió, sonriendo en un gesto silencioso, dejándonos cómodos, dándome la impresión que aguardaba semejante pedido.

La hermana Sempronía, que dirigía por primera vez un grupo de socorro al servicio de amparo a los huérfanos, fue la primera en consultarlo:

–Venerable amigo –dijo con transparente sinceridad–, tenemos algunas cooperadoras en la Corteza que esperan de nosotros una palabra de orden y estímulo para proseguir en los servicios a los que se dedicaron con fidelidad en su corazón. Desde hace mucho tiempo experimentan persecuciones declaradas y toleran el sarcasmo continuo de adversarios gratuitos que hieren su espíritu sensible, atacando sus mejores esfuerzos, a través de innumerables maldades. Innegablemente, no ceden ante los fantasmas de la sombra y movilizan las energías en el trabajo de resistencia cristiana... Ejerciendo funciones de colaboradora, en esta expedición de socorro que ahora dirijo por primera vez, conozco de cerca la dedicación que nuestras amigas testimonian en la obra sublime del bien, pero no ignoro que padecen, heroicas y leales, hace casi treinta años sucesivos, ante el asedio de enemigos implacables y crueles.

Después de un corto silencio, que nadie se atrevió a interrumpir, la consultante concluyó, preguntando:

—¿Qué debemos decirles, respetable amigo?, ¿con qué palabras esclarecedoras y reconfortantes les sustentaremos el ánimo en tan larga batalla? Con el alma volcada hacia nuestro deber, aguardamos de vuestra generosidad el consejo oportuno.

Vimos entonces lo inesperado. El mensajero que oyó paciente y bondadosamente, revelando gran interés y cariño en la expresión del rostro, después que Sempronia dio por terminada la consulta, retiró de modo intencional una hoja entre los pergaminos muy blancos que traía y la abrió a nuestra vista, leyendo ante nosotros el versículo cuarenta y cuatro, del capítulo cinco, del Evangelio del Apóstol Mateo.

—Pero, yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen.

El proceso de esclarecimiento e información no podía ser más directo, ni más educativo.

Transcurridos algunos segundos, Sempronia exclamó humildemente:

—¡Comprendo, venerable amigo!

El emisario, sin ninguna afectación de los que enseñan por amor propio, comentó:

—Los adversarios, cuando se les comprende bien y se les recibe cristianamente, constituyen valioso auxilio en nuestra jornada hacia la Unión Divina.

La síntesis verbal condensaba explicaciones que solamente serían razonables en compactos discursos.

A mi modo de ver, no obstante la belleza y edificación de la

enseñanza recogida, el método no recomendaba la extensión de preguntas de nuestro lado, pero el Hermano Raymundo, del grupo de socorro dedicado a la asistencia a enfermos mentales, tomó la iniciativa e interrogó:

–Tolerante amigo, ¿qué hacer ante las dificultades que enfrentamos en los servicios marginales de la tarea? Dentro de la órbita de nuestros deberes, junto a los desequilibrados mentales de la Corteza Terrestre, vengo asistiendo a cierta agrupación de hermanos encarnados que no están interpretando las obligaciones evangélicas como debían. En verdad, nos convocan a la colaboración espiritual, pronunciando bellas palabras, pero en el terreno práctico se alejan de todas las actitudes verbales de la creencia consoladora. Estiman las discusiones injuriosas, fomentan el sectarismo, aprecian sobremanera el individualismo inferior que desdeña el esfuerzo ajeno, por más noble que este sea. Se entregan casi siempre a interminables riñas y gastan el tiempo estudiando medios para hacer valer sus propias limitaciones. Por más que les enseñemos humildad, recurriendo, no a nosotros, sino al eterno ejemplo de Cristo, más se convierten en críticos sin piedad, no sólo unos de los otros, sino de sectores y situaciones, personas y cosas que no les interesan, incentivando la malicia y la discordia, los celos y la negligencia espiritual. No obstante, se reúnen periódicamente y nos llaman a cooperar en sus trabajos. ¿Qué hacer, respetable orientador, para que no se establezcan mayores perturbaciones?

El mensajero esperó que el consultante se diese por satisfecho en sus indagaciones y enseguida con mucha calma, repitió la operación anterior, y tuvimos ante nuestros ojos, otro pergamino, con la inscripción del versículo once, del capítulo seis, de la Primera Epístola del Apóstol Pablo a Timoteo:

–Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre.

Raymundo permaneció a la expectativa, su actitud daba para pensar que no había interpretado la advertencia como debía, pero la explicación sintetizada del visitante no se hizo esperar:

–El discípulo que sigue las virtudes del Maestro, aplicándolas a sí mismo, huye de las inutilidades del plano exterior, acogién dose a su propio santuario interior, auxiliando a nuestros hermanos imprevisores, pendencieros e ingratos, sin contaminarse.

Registrando las sabias palabras de Asclepios, Raymundo pareció despertar a la verdad y murmuró, con cierta desilusión:

–Aprovecharé la lección.

Nuevo silencio se verificó entre nosotros.

Pero la hermana Luciana, que integraba nuestro pequeño grupo, tomó la palabra y preguntó:

–Esclarecido mentor, esta es la primera vez que voy a la Corteza en una definida tarea de socorro y, tal vez, podríais proporcionarme la orientación que necesito.

El emisario que parecía traer respuestas bíblicas preparadas de antemano, desdobló una nueva hoja y escuchamos, admirados, la lectura del versículo nueve, del capítulo cuatro, de la Primera Epístola del Apóstol de la Gentilidad a los Tesalonicenses:

–Pero, acerca de la caridad fraternal no necesitáis que os escriba, porque vosotros mismos estáis instruidos por Dios que os améis unos a los otros.

Luciana, un tanto confundida, observó, reverente:

–Comprendo, comprendo...

–El Evangelio aplicado –comentó el mensajero, delicadamente– nos enseña a improvisar los recursos del bien, en las situaciones más difíciles.

De nuevo se produjo una extrema quietud en la cámara. Tal vez por nuestro pésimo hábito, adquirido en la Corteza Planetaria, de oír y participar en largas conversaciones sin provecho, no encontrábamos gran encanto en aquellas respuestas francas y directas, sin ninguna lisonja a nuestro personalismo dominante.

Pasaban pesados segundos, cuando observamos la gentileza y la sensibilidad del director del Santuario de la Bendición. Notando que Sempronia, Raymundo y Luciana, eran blancos de nuestra indiscreta curiosidad, Cornelio preguntó a Asclepios como si fuera un simple aprendiz:

–¿Qué hacer para conservar la alegría en el trabajo, la perseverancia en el bien y la consagración a la verdad?

El mensajero lo contempló, con una sonrisa de aprobación y simpatía, identificando el acto de amor fraternal y desenrolló un nuevo pergamino, en el que se leía el versículo dieciséis, del capítulo cinco, de la Primera Carta del Apóstol Pablo a los Tesalonicenses:

–Regocijaos siempre.

Y enseguida dijo con mucha jovialidad:

–La confianza en el Poder Divino es la base del júbilo cristiano, que jamás debemos perder.

El Instructor Cornelio meditó brevemente y rogó, con humildad:

–¡Enseñanos siempre, venerable hermano...!

Como transcurrieron algunos minutos sin que los demás utilizasen la palabra, el sublime visitante, con actitud de despedirse, comentó afablemente:

–A medida que nos integramos con nuestras propias responsabilidades, comprendemos que la sugestión directa en las

dificultades y realizaciones del camino debe ser buscada ante el Supremo Orientador de la Tierra, pues cada Espíritu, heredero e hijo del Padre Altísimo, es un mundo por sí mismo, con sus leyes y características propias, y sólo el Maestro tiene bastante poder como para trazar directrices individuales a los discípulos.

Enseguida, nos bendijo cariñosamente, deseándonos buen ánimo.

Reconfortados y felices, vimos como se alejaba el mensajero, dejándonos envueltos en una ola de aromático e inexplicable perfume.

Ambos auxiliares, que se mantenían en sus puestos, retiraron las manos del cubo, y después de varias operaciones magnéticas efectuadas por ellos, desapareció la pintura, volviendo la pieza de cristal a su aspecto primitivo.

Retornando a la conversación libre, enormes indagaciones oprimían mi cerebro. No me contuve. Con el permiso de Jerónimo, y como líder de compañeros tan curiosos e investigadores como yo, me acerqué a Cornelio y susurré en su oído gran cantidad de interrogantes. Él, me acogió con benevolencia, e informó:

—Asclepios pertenece, en las regiones más elevadas de la zona espiritual de la Tierra, a las comunidades redimidas del Plano de los Inmortales. Vive muy por encima de nuestras nociones de forma, en condiciones inapreciables para nuestro concepto actual de la vida. Ya perdió todo contacto directo con la Corteza Terrestre y sólo podría hacerse sentir, por allá, a través de enviados y misioneros de gran poder. Es muy apreciable su sacrificio viniendo hasta nosotros, no obstante la mejoría de nuestra posición con relación a la de los hombres encarnados. Viene aquí excepcionalmente. Sin embargo, algunas veces nos visitan otros mentores de la misma categoría por piedad fraternal.

—¿No podríamos, a nuestra vez, alcanzar el plano de

Asclepios, con el fin de conocer su grandeza y sublimidad? – pregunté.

–Muchos compañeros nuestros –nos aseguró el Instructor–, por méritos naturales en el trabajo, alcanzan admirables premios de viajes, no sólo a las esferas superiores del Planeta que nos sirve de morada, sino también a círculos de otros mundos.

Sonrió y añadió:

–Sin embargo, no debemos olvidar que la mayoría efectúa semejantes excursiones solamente en calidad de viajeros, en proceso para el estímulo del esfuerzo personal, a la manera de jóvenes estudiantes de paso rápido por institutos técnicos y administrativos de las grandes naciones. Aún son muy raros los hijos del Planeta en condiciones de representarlo dignamente en otros orbes y círculos de vida de nuestro sistema.

No me dejé impresionar y proseguí preguntando.

–¿Acaso Asclepios, no reencarnará más en la Corteza?

El Instructor gesticuló significativamente y aclaró:

–Si quisiera podría reencarnar para realizar grandes y honrosas misiones, pero con intervalos de cinco a ocho siglos entre las reencarnaciones.

–¡Oh, Dios!, –exclamé– ¡cómo es grandioso semejante estado de elevación!

–Constituye un sagrado estímulo para todos nosotros – agregó el mentor, muy atento.

–¿Debemos creer –interrogué, admirado– que sea ese el más alto grado de desarrollo espiritual en el Universo?

El director de la casa sonrió, compasivo, ante mi ingenuidad y consideró:

–De ningún modo. Asclepios se cuenta entre los abnegados

mentores de la Humanidad Terrestre, comparte la soberana elevación de la colectividad a la que pertenece, pero, efectivamente, es aún una entidad de nuestro Planeta, eso sí, funcionando en los círculos más elevados de la vida. Nos compete peregrinar mucho tiempo, en el campo evolutivo, para alcanzarle los pasos; no obstante, creemos que nuestro sublime visitante suspira por integrar el cuadro de los representantes de nuestro orbe, junto a las gloriosas comunidades que habitan, por ejemplo, Júpiter y Saturno. A su vez, los componentes de esas colectividades esperan ansiosos el instante de ser convocados a las divinas asambleas que rigen nuestro sistema solar. Entre estas últimas están los que aguardan cuidadosos y vigilantes, el momento en que serán llamados a colaborar con los que sustentan la constelación de Hércules, a cuya familia pertenecemos. Los que orientan nuestro grupo de estrellas aspiran, naturalmente, a que un día puedan formar parte de la corona de genios celestiales que amparan la vida y la dirigen, en el sistema galáctico en el que nos movilizamos. Amigo mío, ¿acaso no sabe usted que nuestra Vía Láctea, vivero y fuente de millones de mundos, tan sólo es un detalle de la Creación Divina, un pedacito del Universo...?

Las nociones sobre el Infinito cerraron la encantadora reunión en el Santuario de la Bendición. Cornelio nos extendió la mano, deseándonos felicidad y paz, y nos despedimos, enormemente impresionados, entre sentimientos de nostalgia y de reconocimiento.

LA CASA TRANSITÓRIA

Después de hacer un viaje normal, a través de caminos comunes, alcanzamos una oscura región, donde parecía imperar, incesantemente, una asfixiante tristeza. En otras ocasiones ya había atravesado sitios semejantes, gastando apenas unos minutos. Pero ahora era obligado a una larga marcha en sentido horizontal. Atendiendo a imperativos de la misión, el Asistente Jerónimo procuraba cierta localidad, bajo la expresiva denominación de “Casa Transitoria de Fabiano”.

Se trataba de una gran institución piadosa, en el campo de los sufrimientos más duros, en la que se reúnen almas recién desencarnadas –en las cercanías de la Corteza Terrestre– la cual, según nos informó el jefe de la expedición, fue fundada por Fabiano de Cristo, dedicado siervo de la caridad entre los antiguos religiosos de Río de Janeiro, desencarnado hace muchos años. Organizada por él, era confiada, periódicamente, a otros benefactores de elevada condición en tarea de asistencia evangélica, junto a los Espíritus recién desligados del plano carnal.

–En la Casa Transitoria –proseguía explicándonos Jerónimo– prestaremos el auxilio que nos sea posible a la

organización, y acogeremos enseguida, a los hermanos que nos corresponda socorrer. Si no fuese por estos albergues de amor, se tornaría mucho más difícil nuestro trabajo. Es raro encontrar compañeros carnales en condiciones de atravesar semejante zona inmediatamente después de la muerte del cuerpo físico. Casi todos permanecen aturcidos en los primeros días. Si fuesen entregados a su propia suerte, serían fatalmente agredidos por las entidades perversas, o hábilmente desviados por ellas del buen camino de restauración gradual de las energías interiores. De ahí la necesidad de esas fraternas instituciones, en que almas heroicas y dedicadas al sumo bien se consagran a santificadas tareas de amparo y vigilancia.

Después de una breve pausa, concluyó:

–Aparte de todo eso, tendremos allí todo el equipo necesario para realizar los trabajos que nos corresponden.

Curioso, guardé silencio y esperé.

No pasó mucho tiempo, cuando nos encontramos ante un enorme caserón situado en plena sombra. No había nada allí que evidenciase preocupación artística y buen gusto en la construcción. Ni árboles, ni jardines a su alrededor. La edificación baja y sencilla casi no se destacaba en la densa oscuridad.

Seguramente, percibiendo mi extrañeza, Jerónimo aclaró:

–El nombre de la institución, André, habla por sí misma. Tenemos enfrente una acogedora casa de transición, destinada a prestar socorros urgentes. Aunque sea natural que se asombre, es un albergue móvil, que atiende según las circunstancias del ambiente. Sufre permanente cerco de Espíritus desesperados y sufridores que están condenados por su propia conciencia a la rebeldía y al dolor. Sus defensas magnéticas exigen un considerable número de servidores y los amigos de la piedad y de la renuncia, que atienden allí, pasan día y noche al lado del sufrimiento. Con

todo eso, el trabajo de esta Casa es de los más dignos y edificantes. En esta edificación de servicio cristiano se centralizan numerosas expediciones de hermanos leales al bien, que se dirigen a la Corteza Planetaria o a las esferas oscuras, donde, en tránsito prolongado por los abismos tenebrosos, seres angustiados e ignorantes se debaten en el dolor. Además, la Casa Transitoria de Fabiano, al igual que otras instituciones de ayuda que representan verdaderos templos de socorro en estas regiones, constituye también un precioso vínculo de unión con nuestras ciudades espirituales ubicadas en zonas superiores.

En ese instante, antes que Jerónimo pudiese proseguir con sus aclaraciones, alcanzamos las barreras magnéticas, situadas a pocos metros de distancia del portón de acceso al interior.

Atendidos por vigilantes trabajadores, que sin vacilar nos cedieron el paso, accionamos un pequeño aparato que nos comunicó enseguida con el atento portero.

No transcurrieron muchos minutos y nos hallábamos frente a una respetable figura. No suponía que la institución estuviese administrada por las sensibles manos de una mujer. Luciendo cabellos negros y aparentando rasgos de serena madurez, la Hermana Zenobia nos proporcionaba informaciones vivas de su energía y admirable capacidad de trabajo a través de sus ojos que transbordaban intensa luz.

Nos saludó con cortesía, sin dispendiar muchas palabras, dando paso inmediatamente al asunto que nuestra presencia sugería.

–Fui avisada ayer –dijo bondadosa– que la misión llegaría hoy y nos sentimos jubilosos por eso.

–Estamos a su disposición –le contestó Jerónimo, con gentileza. Este albergue de amor y paz cooperará con nosotros, acogiendo a algunos protegidos convalecientes y como es natural, deseamos de algún modo ser útiles a la casa.

Zenobia nos envolvió en una sonrisa de acogedora simpatía y después de guardar silencio por un momento, consideró:

–Aceptamos vuestra cooperación. Reconozco que ustedes constituyen un grupo armonioso; desde la semana pasada aguardaba esta ocasión, no sólo para beneficiar a la colectividad que sufre en el abismo próximo, sino también para socorrer a cierto hermano nuestro, muy infeliz. Se trata de una persona que me fue particularmente querida y que apenas ahora fue encontrada en una remota región de seres decaídos. Venciendo obstáculos la trajimos a la cercanía de la Casa; sin embargo, el peligroso estado en que se encuentra no nos autoriza a ofrecerle acogida, sino a darle una protección indirecta. Ya establecimos medidas a favor de la remoción de ese infortunado amigo hacia la zona de la Corteza, donde en poco tiempo será internado en una reencarnación expiatoria, con el auxilio divino. Mientras tanto, necesitaré personalmente de la fraterna colaboración de los compañeros, en beneficio de este extraviado...

–Cuenta con nosotros, –afirmó Jerónimo, con su natural sencillez–, poder ayudar será algo muy placentero.

Y señalando a la dedicada enfermera que nos acompañaba, agregó:

–Permanece en nuestra compañía la Hermana Luciana, que nos puede ser extremadamente útil en este caso particular, en virtud de sus avanzadas facultades de clarividencia.

La directora de la Casa Transitoria fijó su mirada serena en nuestra colaboradora, sonrió amable y prosiguió diciendo:

–Buena sugerencia. Algunos hermanos, tal y como le ocurre al que me he referido, descienden a un embrutecimiento moral tan grande, que sólo consiguen oír nuestra voz de modo imperfecto, y no siéndoles posible identificarnos por la visión, debido a los impedimentos vibratorios creados por ellos mismos, dudan de

nuestra amistad y de nuestros elevados propósitos de cooperación. En este caso la ayuda de Luciana será valiosa.

No podía disfrazar mi constreñimiento ante aquel pormenor de la conversación. ¿Por qué motivo la hermana Zenobia, orientando una institución como aquella, necesitaría de nuestra colaboración, especialmente en el capítulo de la clarividencia mencionada? ¿Acaso ella no podría escudriñar también, los problemas de almas sufriendoras y decaídas?

Incapaz de dominar la interrogación, observé, admirado:

—¡Oh!, ¿entonces los benefactores de aquí no pueden ver cuanto desean?

Fue el Asistente Jerónimo quien vino a mi encuentro.

—Ante todo, André —dijo compasivo— se hace necesario considerar que la Hermana Zenobia, no obstante su extensa visión espiritual, tendrá razones íntimas para pedir tal providencia. Además, no debemos olvidar los imperativos de la especialización.

La respuesta tuvo el efecto de una ducha helada. Enseguida me arrepentí de haber formulado la indiscreta pregunta. Pero, completando la enseñanza, Jerónimo continuó:

—Si no, veamos: el sacerdote Hipólito se consagra, actualmente, a la interpretación de las leyes divinas, en servicio educativo para aquellos que las desconocen, mientras la Hermana Zenobia atiende a la masa de sufriendores en esta Casa de amor cristiano. Claro que podrían ejercitar la clarividencia, con beneficios generalizados para el prójimo, pero con manifiesto perjuicio de los deberes inmediatos. Eso no ocurre con Luciana que, en actividad benéfica, por el contacto individual e intenso con los enfermos durante muchos años consecutivos, se especializó en penetrarles el mundo mental, sacando a luz sus ideas, acciones pasadas y proyectos íntimos. Si nosotros entrásemos de improviso en relación con sus pacientes, veríamos

“alguna cosa”, aunque no tanto ni tan bien como puede ser observado por ella, en vista de sus extensas experiencias. Por su parte, Luciana podría interpretar de inmediato las enseñanzas divinas y orientar “de algún modo” esta Casa, pero no tanto ni tan bien como el padre Hipólito y la Hermana Zenobia, considerando sus amplios conocimientos en ese sentido. Todas las adquisiciones espirituales exigen perseverancia en el estudio, en la observación y en el servicio aplicado. Y debemos considerar que eso no exime la necesidad de aprender siempre. El músico eximio podrá ser un incipiente aprendiz de la Química, destacándose, más tarde, en ese campo científico, como se verifica en el arte de los sonidos. Sin embargo, no alcanzará tal realización sin gastar tiempo, esfuerzo y buena voluntad. Además, el propio Maestro aseguró que el hombre encontrará aquello que busque.

Sonriendo por mi interrogación, que había provocado una enseñanza tan rudimentaria, concluyó:

–La búsqueda de dones espirituales para la vida eterna no representa un servicio igual al de la investigación de objetos perdidos en la Corteza.

Intervino entonces la Hermana Zenobia, añadiendo, fraternalmente:

–Sí, no podemos consolidar todas las cualidades nobles de una sola vez. Cada trabajador fiel a su deber posee un valor específico, incontestable. La Obra Divina es infinita.

Volviendo al rumbo primitivo de la conversación, prosiguió:

–Cuando disponemos de clarividentes en los servicios de socorro a los abismos y las circunstancias nos son favorables, conseguimos eficientes y preciosos resultados. Pero los servidores de esa naturaleza son pocos, en vista de la multiplicidad de las tareas, y raros son los que se disponen a servir en los paisajes oscuros de la angustia infernal.

Luciana, llamada a participar en la conversación, aclaró que sería muy satisfactorio para ella poder cooperar y nos contó que algún tiempo atrás había buscado desarrollar las facultades que portaba para socorrer al Espíritu de su padre, desencarnado en una guerra civil. Él había tenido una cierta preponderancia en el movimiento de insurrección pública y permanecía en las esferas inferiores, alucinado por pasiones políticas. Después de paciente auxilio reajustó sus emociones, obteniendo la posibilidad de reencarnar en una gran ciudad brasileña, hacia donde ella misma, Luciana, seguiría también, tan pronto su progenitor del pasado pudiese organizar un nuevo hogar, restableciéndose la alianza de cariño y de amor, según el proyecto establecido por ambos.

Zenobia oía con atención.

Tal vez, percibiendo que la charla tendía hacia el campo de la historia personal, consumiendo minutos en los que probablemente la directora de la Casa tendría otros compromisos, Jerónimo interfirió en la conversación y se dirigió a ella, amablemente:

–Estamos satisfechos, Hermana, por la perspectiva de participar a su lado en algún servicio activo. Comprendemos la grandeza de su ennobecedora misión, y si vamos a depender tanto de su generoso amparo en esta Casa, constituye nuestra honrosa obligación cooperar con usted en los trabajos en los que nuestra humilde colaboración pueda ser útil. Nosotros seguiremos mañana hacia la zona carnal. Pero, tan pronto como nos sea posible traer a esta Institución al primer hermano liberado, André y yo permaneceremos en tránsito, entre la Corteza y este asilo bendito, mientras Hipólito y Luciana permanecerán aquí, velando por los convalecientes y colaborando con usted en las tareas inmediatas.

–¡Me alegra mucho tal probabilidad!, –exclamó la directora, evidentemente satisfecha.

En ese instante, una campanilla invisible resonó con estridencia y extraña entonación.

No transcurrieron cinco segundos y alguien penetró en la sala, haciendo mucho ruido. Era determinado guardia de vigilancia, que anunció con precipitación:

–Hermana Zenobia, se aproximan entidades crueles. La aguja de aviso indicó la dirección norte. Deben estar a tres kilómetros, aproximadamente.

La jefa palideció ligeramente, pero no demostró ningún sentimiento o gesto que denotase flaqueza.

–¡Enciendan las luces exteriores!, –ordenó–, ¡todas las luces! Y accionen las fuerzas de defensa eléctrica, reforzando la zona de repulsión por el lado norte. Los invasores se desviarán.

El emisario se retiró apresuradamente, mientras pesado silencio se abatía sobre nosotros. Luciana se puso lívida. Jerónimo y Zenobia demostraban, a través de sus miradas, asfixiante preocupación. ¿Se registrarían hechos que yo ignoraba? ¿Sería que Espíritus reconocidamente malos también organizarían expediciones semejantes a las que realizábamos para hacer el bien? ¿Qué especie de entidades serían aquellas, para infundir tamaña preocupación en los esclarecidos y virtuosos dirigentes de nuestros trabajos y un terror tan grande en los subordinados de aquella casa de amor cristiano? Me había impresionado la expresión facial de dolor e incertidumbre del servidor que había traído la noticia. ¿Serían tantos los malhechores de las sombras para justificar semejante pavor? Sentía que mi razonamiento era extremadamente reducido para comportar la inmensidad de interrogaciones que afloraban a mi mente.

A través de minúscula abertura, noté que enormes proyectores se encendían súbitamente, en el exterior, como las luces de un gran navío asaltado por densa niebla en una zona peligrosa.

Ruidos característicos se hacían sentir a nuestros oídos, dándonos a entender que determinados aparatos eléctricos habían sido puestos en funcionamiento.

–Es lamentable –exclamó Zenobia, con la manifiesta intención de restaurar nuestra tranquilidad– que tantas inteligencias humanas, desviadas del bien y lanzadas al crimen, se consagren aquí a proseguir con sus actividades ruinosas y destructoras.

Ninguno de nosotros osó decir cualquier palabra.

Pero la directora, esforzándose en sonreír, continuó:

–La tragedia bíblica de la caída de los ángeles luminosos, en abismos de tinieblas, se repite todos los días, sin que lo percibamos en sentido directo. ¡Cuántos genios de la Filosofía y de la Ciencia dedicados a la opresión y a la tiranía! ¡Cuántas almas de profundo valor intelectual se precipitan en el despeñadero de fuerzas ciegas y fatales! Lanzados al precipicio por el desvío voluntario, esos infelices raramente se arrepienten e intentan un retroceso benéfico... La mayoría de las veces, dentro de la terrible insatisfacción del egoísmo y de la vanidad, se rebelan contra el propio Creador, envileciéndose en prolongada guerra contra sus divinas obras. Se agrupan en sombrías y devastadoras legiones, realizando movimientos perturbadores que desafían a la más astuta imaginación humana, confirmando las viejas descripciones mitológicas del infierno.

Posiblemente, observando mi angustia íntima, basada en sus consideraciones, la hermana Zenobia agregó:

–Pero llegará el día de la transformación de los genios perversos desencarnados en Espíritus iluminados por el bien divino. Todo mal, aunque perdure milenios, es transitorio. Apenas nos hallamos, ahora, en lucha por la victoria inmortal de Dios, contra la inferioridad del “yo” en nuestras vidas. Toda expresión de ignorancia es ficticia. Tan sólo la sabiduría es eterna.

Por mi parte, me hubiera gustado formular varias preguntas, pero la expectativa se hizo más pesada.

–Algunos siglos de reencarnaciones terrestres constituyen un tiempo demasiado corto para reeducar a las inteligencias pervertidas en el crimen, –prosiguió diciendo la directora. Es por eso que los trabajos rectificadores continúan vivos, más allá de la muerte del cuerpo físico, obligando a los siervos de la verdad y del bien a soportar a los hermanos infelices, hasta que se arrepientan y se conviertan...

Indefinibles ruidos alcanzaron nuestros oídos, y Zenobia, pálida, guardó silencio. En pocos segundos se tornaron más nítidos. Eran gritos aterradores, como si a corta distancia debiésemos enfrenar hordas de rabiosos animales feroces.

Entre nosotros, Luciana parecía la más atemorizada.

Torcía nerviosamente las manos, hasta que, no siéndole posible soportar por más tiempo la inquietud, se dirigió a la directora de la Casa, suplicando:

–Hermana, ¿no sería conveniente que hiciésemos una fervorosa plegaria a Dios? Conozco a los monstruos. ¡Muchas veces, intentaron arrebatar a mi padre del sitio donde se refugiaba!

Zenobia sonrió con benevolencia y respondió:

–Ya hice mis actos de devoción de hoy, preparándome para las eventuales acciones del trabajo en el transcurso del día. Además, amiga mía, nuestra ansiosa expectativa, en sí misma, vale por una súplica ardiente. Decidamos, pues, cualquier problema que sobrevenga, con resolución y confianza en Nuestro Padre y en nosotros mismos.

A esa altura, el vocerío se volvió muy fuerte. Me asomé al identificar estridentes rugidos de leones y panteras, unidos a ladridos de perros, silbidos de serpientes y aullidos de monos.

En un momento determinado, oímos explosiones ensordecedoras. Enseguida, cierto guardián entró al recinto y comunicó:

–Nos atacan con petardos magnéticos.

La directora oyó serena, y con firme resolución determinó:

–Emitan rayos fulminantes de choque, asestando las baterías.

Los arpones eléctricos debieron ser lanzados en silencio, ya que las explosiones disminuyeron hasta la extinción total, percibiéndose que la horda invasora se había desviado hacia otro rumbo, porque el ruido se perdía distante.

Respiramos aliviados.

Se estampó entonces una expresión reconfortante en la fisonomía de Zenobia, que dijo satisfecha:

–Ahora, pidamos al Maestro que conceda a los infelices el camino adecuado a sus necesidades.

Transcurrieron algunos minutos, en los cuales elevamos pensamientos de gratitud y júbilo al Cristo Salvador.

Volviendo a la conversación abierta y libre, consideré:

–¡Qué rugidos tan impresionantes los que oímos!, ¡no parecían lamentos de corazones sufridores, sino la algarabía de fieras sueltas! ¡Qué terrible perturbación!

–Pero esos bandos –observó la directora, sensatamente– son antiguos. Entre las narraciones evangélicas, en el tiempo en que Nuestro Señor pasó por las sendas humanas, leemos sobre sucesos alusivos a las legiones de los genios diabólicos.

Mientras concordábamos en silencio, prosiguió, compungida:

–Los pobrecitos se apegan tan intensamente a las ideas y

propósitos del mal, que crean su propia animalización con muchas máscaras, en virtud de la rebeldía y la desesperación que les consumen el alma, adquiriendo de hecho, la semejanza con la figura de horriblos monstruos, entre la humanidad y la irracionalidad.

Antes que pudiese continuar con las tristes observaciones, entró en el salón un asesor y se dirigió a la dirigente de la Institución:

–Hermana Zenobia, los dos desequilibrados a los que dimos acogida anteayer, rompieron las celdas e intentan huir.

La directora escuchó la notificación y expidió una orden:

–Deténgalos, inmediatamente, con la colaboración de los vigilantes. Somos responsables por ellos. La expedición que nos los confió regresará mañana, en las primeras horas.

Se encontraba el cooperador junto a la puerta de salida, cuando apareció otro auxiliar y con la mayor atención informó:

–Hermana –dijo respetuoso–, acaba de llegar esta noticia de la Corteza Terrestre: Figueiras, el jefe de la misión en servicio desde la semana pasada, pide que antes de mediodía sean acomodadas las habitaciones para tres recién desencarnados.

–Tomaré las medidas pertinentes –informó la directora sin inmutarse.

Íbamos a reiniciar la conversación, cuando se aproximó una joven de servicio, haciendo también su intervención:

–Hermana Zenobia, el grupo de vigilancia, que cumplió con sus tres días de descanso, volvió.

–Ordene que se incorporen a sus puestos –recomendó ella–, y que los hermanos exhaustos reposen convenientemente.

Se alejó la activa emisaria y cuando pretendía por mi parte

comentar el intenso movimiento de trabajo en la Casa, otro colaborador se asomó a la puerta y avisó:

–Hermana, la expedición de Fabrino pide auxilio desde la Corteza para los servicios de las reencarnaciones expiatorias de las que se encuentra encargada. El mensaje señala un servicio urgente para esta noche. ¿Qué debo responder?

La dirigente reflexionó un momento y ordenó:

–Transmita la comunicación a los hermanos Gotuzo y Hermes. Tal vez estén disponibles. Más tarde les expediremos la respuesta.

Pretendíamos regresar a la instructiva conversación, pero, al hacerse de nuevo silencio, otro ayudante con la fisonomía visiblemente alterada, surgió en la puerta para informar:

–Hermana Zenobia, la *Nota del Día*, venida del Plano Superior, ordena comunicarle que los desintegradores etéreos pasarán por aquí mañana.

–¡Oh, el fuego!... –replicó la directora, patentando, ahora intensa emoción. Bien que lo sospeché –ponderó, añadiendo–, nuestro ambiente está pesado. El paso de los monstruos es señal de que la limpieza será urgente.

Y fijando su penetrante mirada en el colaborador, prosiguió:

–Solicitemos la cooperación de los colegas más cercanos. Necesitamos pedir ayuda al Oratorio de Anátilde y a la Fundación Cristo. Intente comunicarse con ellos. Yo misma iré a hacer el pedido.

Alejándose el asesor, Zenobia se volvió hacia nosotros, llena de bondad:

–Según observan, mis amigos, esta vez debo levantarme y actuar. Cuando el fuego etéreo viene a quemar los residuos de la

región, estamos obligados a transportarnos con la Institución, rumbo a otra zona. Necesito movilizar recursos relacionados con la nueva localización y rogar la cooperación de otras casas especializadas.

Dirigiéndose particularmente a Jerónimo, añadió:

–Mi hermano, ya que lo inesperado nos sorprende, desearía visitar el abismo, hoy mismo, en compañía de los amigos. Además del servicio a la colectividad sufridora, conforme le notifiqué al principio, me intereso por un hermano nuestro en doloroso estado de ceguera espiritual, a favor de quien estoy autorizada a realizar servicios de intercesión por él.

–De perfecto acuerdo –respondió nuestro jefe, atentamente.

Después de realizar algunas señales de llamada, la directora de la Casa Transitoria de Fabiano nos confió al cuidado de Heraclio, abnegado cooperador de la Institución, y se alejó.

Entonces, fuimos invitados por el nuevo amigo a visitar el interior y enseguida se nos mostraron extensos dormitorios y estrechos cubículos, en los que se localizaban enfermos y necesitados de varios matices. Atravesamos, igualmente, largas salas de estudio y complicados laboratorios, notándose que allí todo el espacio era rigurosamente aprovechado.

En cierto punto de la conversación, el delicado compañero que nos acogía, percibiendo la curiosidad con la que examinábamos la parte interna del edificio, levantado a base de una sustancia singularmente liviana, esclareció:

–Es el tipo de construcción para movimiento aéreo. Se muda, sin mayores dificultades, de una región a otra, atendiendo a las circunstancias.

Y sonriendo, informó:

–Por eso, es denominada “Casa Transitoria”.

En pocos minutos, el Asistente Jerónimo era llamado por la hermana Zenobia para una conversación en particular.

Hipólito y Luciana solicitaron ingresar en la Sala Consagrada, donde conforme a las explicaciones de Heraclio, los administradores, los auxiliares y los albergados de aquel alojamiento de amor se reunían habitualmente, para los divinos servicios de la oración. Por mi parte, interesado en los trabajos médicos de la Institución, pregunté sobre la posibilidad de encontrar algún colega que me proporcionase nuevos elementos educativos.

Exponiendo mis deseos al servicial asesor, me respondió sin vacilar:

–Ya sé lo que pretende. De momento tenemos en la Casa al Hermano Gotuzo, cuyas informaciones tal vez satisfagan su curiosidad.

EL HERMANO GOTUZO

Esponánea satisfacción me alegró el espíritu cuando fui presentado al Hermano Gotuzo, pues de inmediato reconocí que vigorosos lazos de simpatía nos unían. En él, los vínculos con los servicios de la esfera carnal eran aún muy fuertes. Su conversación, sus gestos y pareceres le delataban esa condición. Impregnado de intensos recuerdos de la vida física, a la que se sentía imantado por incoercible atracción, no había subido, hasta ahora, a nuestros círculos de trabajo más elevado, contando apenas con unos pocos años de conciencia esclarecida, después de despertar en la existencia real.

Inicialmente me ofreció elementos para hacer un sumario de su posición. Había desencarnado antes que yo, peregrinando por mucho tiempo por sendas purgatorias, y aunque estuvo varios años semi inconsciente, entre sombras y luces, se presentaba al día con todos los conocimientos de Medicina propiamente humanos.

—Siempre supuse —me confió de buen humor, cuando nos vimos a solas— que después de la muerte del cuerpo no tendríamos nada más para hacer que cantar beatíficamente en el Cielo o rechinar los dientes en el Infierno, pero la situación real difiere mucho de lo supuesto.

Hizo un significativo paréntesis y continuó:

–Me refiero a la vieja definición teológica, porque nunca pude aceptar la tesis negativista, con carácter absoluto. Era imposible que la vida estuviese circunscrita al palco de carne, donde el hombre desempeña los más extravagantes papeles en múltiples actitudes escénicas, desde la infancia hasta la vejez. Siempre creí que debería existir algo más allá del cementerio y la tumba. Sin embargo, admitía que la muerte bien podría ser un maravilloso ardid de magia orientado a las almas que se dirigían al paraíso de paz imperecedera o a la región oscura de castigos eternos. Pero, no era nada de eso. Encontré la vida en sí misma, con el mismo sabor de belleza, intensidad y misterio divino. Nos mudamos de residencia, pura y sencillamente, y traemos para acá tanto indisposiciones y dolencias, como las investigaciones y los procesos para curarlas. Los enfermos y los médicos están aquí en mayor número. El cuerpo astral es una organización viva, tan viva como el aparato fisiológico en el que vivíamos en el plano carnal.

Tal vez percibiendo en mis ojos la silenciosa noticia de que en los círculos más elevados habría novedades referentes al asunto, agregó:

–Por lo menos, en nuestro plano, la situación es análoga.

Y continuó, sonriente:

–Nos enseñaban, en la Corteza Planetaria, que el hombre pertenece al género y orden de los primates, con estructura anatómica de los mamíferos superiores, con postura vertical, dimensiones considerables del cráneo y lenguaje articulado. Se referían los catedráticos a los hombres fósiles y prehistóricos adhiriéndonos afirmaciones dogmáticas de la ciencia oficial en nuestra cabeza, como se cuelgan avisos publicitarios en el techo de los tranvías. Por su parte, nos explicaba la Religión que el ser humano es un alma creada por Dios en el instante de la concepción materna, y que con la muerte regresa al seno divino para el definitivo

juicio durante toda la eternidad, en la hipótesis de que el paciente no fuera obligado a determinadas demoras en las desagradables estaciones del purgatorio.

Imprimió un nuevo acento a la conversación y consideró:

–De hecho, supongo que deban existir lugares más deliciosos que el edén imaginado por los sacerdotes humanos y, con mis ojos, he visto flagelaciones y sufrimientos que sobrepasan a todas las imágenes infernales ideadas por los inquisidores. No obstante, y es lamentable reconocerlo, ni la Ciencia ni la Religión nos preparan convenientemente para enfrentar los problemas del hombre desencarnado.

Entre nosotros se hizo un intervalo más largo.

Echando una rápida mirada por el amplio consultorio, observé el cuidado de Gotuzo, en la zona de su especialidad. Diversos mapas del cuerpo humano estaban colgados en las paredes, como si fuesen preciosos adornos. Pequeñas esculturas de distintos órganos asomaban alrededor. Pero, lo que más llamaba la atención era determinada imagen del sistema nervioso, estructurada en una delicadísima sustancia, algo luminosa, en posición vertical, con la altura aproximada de un hombre, en la cual se destacaban con extraordinaria perfección el cerebro, el cerebelo, la médula espinal, los nervios del tronco, el mediano, el radial, el plexo sagrado, el cúbito y el gran ciático.

Acariciando, extasiado, la obra maestra, observé:

–Tiene usted mucha razón, mi querido Gotuzo. ¡Si los hombres encarnados comprendiesen la importancia del estudio alusivo al cuerpo periespiritual...!

–¡Sí –confirmó con espontánea gracia, interrumpiendo mis consideraciones–, la ignorancia que nos acompaña hasta aquí es sencillamente deplorable! Entre las criaturas terrestres, la

personalidad humana es más desconocida que el Océano Pacífico. Por mi parte, fui católico militante y siempre esperé el sosiego beatífico después de la muerte.

Puso una expresión casi cómica y afirmó:

–Vine con todos los sacramentos y pasaportes de la política religiosa, pasados en solemnes exequias. Sin embargo, creo que el servicio diplomático de mi iglesia no está bien atendido en el cielo. No traje suficiente documentación que me garantizase paz en la transferencia. En vano reclamé derechos que nadie conocía y supliqué bendiciones indebidas. En vista del desconocimiento predominante aquí con respecto a mi persona, regresé al viejo templo, donde nadie me identificó. Entonces, en mi desesperación me sumergí por largos años en dolorosa ceguera espiritual. Y, francamente, recordando esos hechos, me río hasta hoy de la ingenua confianza con que cerré los ojos en el hogar, por última vez. Gustavo, nuestro sacerdote me prometía la convivencia con los ángeles –¡vea bien! –y aseveraba que yo sería llevado como triunfador a los pies del Señor, y eso porque legara una apreciable suma de dinero a nuestra antigua parroquia. Mis familiares acompañaban llorando nuestro diálogo final, en que, en la última hora del cuerpo, mi palabra sofocada participaba con monosílabos, sólo de tiempo en tiempo. No obstante, si me era casi imposible el comentario inteligente de la situación, el párroco hablaba por ambos, exponiendo la felicidad que me correspondería en el Reino de Dios. Médico de corta jornada, pero de intensa observación, la molestia no me engañó, pero, inexperto en los asuntos del alma, me confundieron plenamente las promesas religiosas. Penetrando el portón del sepulcro y no sintiéndome en la corte de los santos, regresé, copiando peligrosas actitudes de los sonámbulos, para interpelar al sacerdote que encomendara mi cadáver a las estaciones celestiales. Incomprendido y ciego peregriné por mucho tiempo, entre la

aflicción y la demencia, en las creaciones mentales engañosas que había traído del mundo físico.

–Seguramente no le faltaron buenos amigos. –Observé, en vista de la larga pausa que se hizo.

–Así es –asintió él. –Pero, gasté algunos años para volver al indispensable equilibrio, única condición con la que podemos comprender el auxilio y recibirlo.

–Pues, debe sentirse feliz, ahora.

–¡Sin duda!, –comentó Gotuzo, de buen humor– me reajusto con la tranquilidad posible. La mayor sorpresa para mí, actualmente, es el campo de trabajo que la vida espiritual nos revela. Tengo hoy profundísima compasión de todos los hombres y mujeres encarnados, que desean insistentemente la muerte física y la buscan, a través de varios modos, utilizando recursos indirectos imperceptibles a los demás, cuando les faltan disposiciones para el acto espectacular del suicidio. Nos esperan actividades y problemas de trabajo tan complejos, que la existencia totalmente desprovista de encanto, con pesadas disciplinas que les inhiban las divagaciones, les sería más venturosa.

Recordando la posición laboriosa de la dirigente de la Casa, en virtud de las explicaciones oídas, consideré:

–El volumen de nuestras tareas asombraría a cualquier hombre común, y nos corresponde reconocer que la necesidad de sacrificio en los trabajos de esta institución es enorme. Ahora mismo, me asombra la cantidad de deberes atribuidos a la Directora.

–¡Eso es innegable!, –asintió, modificando el tono de voz– la Hermana Zenobia, consagrada dirigente, de sublime corazón y pulso firme, invariablemente nos ofrece magníficas demostraciones de renuncia. Y tan grande es el servicio en este asilo, dedicado a diversos tipos de socorro, que la jefatura se ejerce de manera alterna

por un año. En este ejercicio la administración le compete a ella; el venidero, tendremos las directrices del Hermano Galba.

—¿Cada administrador recibe descanso de un año?—pregunté admirado.

—Sí, aprovechando su período de reposo, en esferas más elevadas, al contacto con experiencias y estudios que enriquezcan el espíritu del misionero y beneficien las obras generales de la institución con miras al futuro. Estoy informado que Zenobia y Galba dirigen esta casa hace precisamente veinte años consecutivos, ahora uno, después el otro. No obstante, diversos administradores han pasado por aquí dirigiéndose a otros rumbos en el plano de elevación... De cuando en cuando, vuelven a visitarnos, administrando sagrados incentivos a la comunidad de trabajadores del bien.

—¿Y usted, —interrogué, tal vez con indiscreción— dónde pasa los recreos y entretenimientos?

—De conformidad con los estatutos que nos rigen, poseo también mis horas de reposo. Sin embargo —y su voz se modificó por la velada tristeza— no puedo aún disfrutarlas en una esfera más elevada. Las disfruto en los campos de la Corteza Terrestre, respirando el aire puro y tonificante de los pomares y jardines silvestres. El oxígeno por allá, es más suave que el que absorbemos en estos círculos sofocantes de transición, donde hay que lidiar con los residuos del pensamiento humano. Los árboles y las aguas, las flores y los frutos de la Naturaleza terrestre, libres de emanaciones infectadas por multitudes ignorantes y caprichosas, permanecen repletos de sustancias divinas para todos los que empezamos a vivir efectivamente en espíritu. Las ciudades humanas son inmensos y benditos crisoles de purificación de las almas encarnadas, donde se forja el progreso real de la Humanidad, pero el campo sencillo y acogedor es siempre la estación directa de las bendiciones de Dios, garantizando las bases de la

manutención colectiva. Por lo tanto, no es de extrañar que recojamos allí grandes cosechas de energías de paz restauradora.

Conocía de sobra la veracidad de sus argumentos, rememorando algunas de mis experiencias anteriores. Sin embargo, objeté, con sinceridad:

–Pero, es una lástima que usted aún no haya podido visitar regiones más elevadas. Descubriría continentes de radiantes sorpresas, vigorizando, con eficiencia, el estímulo y la esperanza.

–Me prometieron, para dentro de poco, semejante júbilo – afirmó resignado.

–Oiga, mi amigo –pregunté con afectuoso interés–, ¿Cuál es la razón del aplazamiento?, ¿podiera interponer mi humilde influencia en el asunto?

El compañero, que se caracterizara por un sano optimismo desde la primera palabra, mostró inquietante emoción. Con el semblante trastornado, sus ojos inquietos y brillantes se nublaron de llanto, difícilmente contenido, y fijándolos quizás en el cuadro interior de sus propias reminiscencias, Gotuzo se explicó, con inflexión de amargura:

–Traigo aún la mente y el corazón presos en el nido doméstico que perdí con el cuerpo carnal. Me readapté al trabajo y por eso estoy siendo aprovechado, de algún modo, en actividades útiles; pero aún no me habitué con la muerte y sufro naturalmente los resultados de esa desarmonía. Me encuentro en un curso adelantado de preparación interior, en el cual progreso lentamente.

Esforzándose por asumir ante mí una actitud tranquilizadora, prosiguió después de una ligera pausa:

–Tomando de nuevo el control de mí mismo, después de largos años de semi inconsciencia, volvieron a mi mente la reflexión, el juicio y el equilibrio. ¡Oh, mi amigo!, ¡qué nostalgia torturante de mi hogar feliz! Marilia y los dos hijos, para entonces

jóvenes estudiantes de secundaria, eran los únicos habitantes de mi pequeño paraíso doméstico. La Medicina, ejercida desde temprana edad entre clientela pudiente, me confería extensos recursos financieros. Vivíamos plenamente despreocupados, entre las paredes acogedoras y cálidas de nuestro nido. Ningún sinsabor, ni la más leve nube. Nuestro primer dolor surgió con la positiva comprobación de la neumonía que me separó de la esfera física. A la primera nota de sufrimiento, movilizamos dinero y relaciones afectivas, inútilmente. Todas las circunstancias favorables de orden material se quebraron, frágiles, ante la muerte. A pesar de todo, Marilia me prometió fidelidad constante hasta el fin, sellando el juramento con amargas e inolvidables lágrimas. Me aproximaba a los cincuenta años, mientras mi querida esposa no pasaba de los treinta y seis. Me dolía en el alma dejarla casi sola en el mundo, sin el brazo del compañero; pero, confiando en las promesas religiosas, creí que pudiese velar por ella y por los hijos, desde la región celestial. Empero, la realidad fue muy diferente y después de las luchas purgatoriales, volviendo ansioso al hogar, no encontré rastros de los seres amados que había dejado allí. Mientras perseveraba en doloroso sonambulismo, buscando ayuda en la religión, nunca pude regresar al ámbito familiar, porque antes de intentarlo, fui arrebatado por un violento y oscuro torbellino que me lanzó en un terrible paisaje de tinieblas de indescriptible sufrimiento. Sin embargo, en el primer instante de liberación, fui sordo a toda especie de ponderación, rompí todos los obstáculos y sediento de afecto, finalmente los encontré... No obstante, la situación me desconcertó. Mi primo Carlos, que había envidiado siempre mi posición, aparecía asiduamente por casa con el pretexto de protegerme los intereses y terminó desposando a mi compañera, perturbando el futuro de mis hijos y disipando mis bienes, envolviéndose, de paso, en criminales aventuras comerciales. Analizando aquellos imprevistos acontecimientos, casi recaigo en mi primitivo estado de desequilibrio mental. Llorando por la posición de mis hijos, convertidos ahora en agentes de malos

negocios, encontré a Marilia, justamente al siguiente día del nacimiento del segundo hijo de su nuevo matrimonio. Me arrodillé sollozando al pie del lecho humilde en que reposaba y le pregunté por el patrimonio de paz, que confiando en su buen tino, había depositado en sus manos, al partir. La infeliz, profundamente desfigurada, no identificó mi presencia, ni oyó mi voz, pero se acordó intensamente de mí, contempló al pequeño que dormía tranquilamente y cayó en llanto convulsivo, provocando la presencia de Carlos, declarándose angustiada y nerviosa... Cuando vi llegar al invasor, irascible y detestado, retrocedí, muy horrorizado. No tuve fuerzas... Entonces, ¿era eso lo que me esperaba después de tan grande lucha? ¿Debería conformarme y bendecir a los que me herían? El cuadro era excesivamente negro para mí. Perjudicando a mi espíritu, había disfrutado de una existencia regular, con todos los deseos atendidos. No me había iniciado en el ministerio de la tolerancia, de la paciencia, del dolor. Y por ese motivo, mis sufrimientos asumieron asombrosas proporciones.

Gotuzo enjugó las abundantes lágrimas que le caían de los ojos, y en vista de la fuerte impresión que me causaba su llanto, terminó.

—Han transcurrido casi diez años y mi amargura continúa tan viva aún, como en la primera hora.

Mientras lo dejaba entregado a su desahogo, pasaron algunos tensos minutos.

—Gotuzo escúcheme —le dije, por fin—, no guarde semejantes cadenas de sombra en su corazón.

Enseguida le relaté, sucintamente, mi caso. Me oyó atento y quedó confortado.

Finalizando, consideré:

—¿Por qué razón condenar a la compañera de lucha? ¿Y si

fuésemos nosotros los viudos? ¿Quién podría asegurar que no seríamos padres de nuevo? No se apegue a esos episodios por más tiempo. El viejo egoísmo humano es creador de tenebrosas cárceles.

Percibiendo mi sinceridad guardó silencio, humildemente. Y como el ambiente se hacía un tanto desagradable, debido a la exposición de sus íntimos aborrecimientos, le pregunté, para modificar su impulso mental.

—¿Se circunscribe su trabajo de asistencia a los enfermos, al sector de tareas que le han atribuido?

—Tengo otros campos de actividad —informó.

Mirándome, con el rostro más relajado, interrogó:

—¿Ya cooperó en tareas reencarnacionistas?

Recordé la experiencia que había acompañado de cerca, en otra ocasión (1) y narré lo que sabía.

Mirándome atentamente, me dijo:

—Sí, usted conoce un caso de reencarnación, de naturaleza superior, un caso donde el interesado se había hecho acreedor de la gentileza de varios amigos que lo auxiliaron con desvelo. Pero aquí acompañamos situaciones dolorosas, a través de incidentes muy desagradables para la sensibilidad. Son trabajos reencarnacionistas de orden inferior, más difíciles y complejos. No calcula cuán laboriosos son. Hay una verdadera movilización de innumerables benefactores sabios y piadosos, de los planos más elevados, que nos trazan las directrices necesarias. A veces surgen problemas tortuosos de tal modo deplorables —en el esfuerzo de aproximación y vinculación de los interesados al ambiente en el que serán recibidos— que las situaciones se hacen muy angustiosas para nosotros, siendo imprescindible la cooperación de un elevado número de obreros. La reencarnación expiatoria va acompañada

(1) Véase *Misioneros de la Luz* (Nota del Autor espiritual)

de inenarrables padecimientos, por las contundentes vibraciones de odio y por las humillaciones punitivas. En la esfera venturosa en la que usted habita existen institutos para considerar las sugerencias de la elección personal. El libre albedrío, garante de créditos naturales, puede solicitar modificaciones y presentar exigencias justas, pero aquí las condiciones son diferentes... Almas toscas y endeudadas en virtud de la deliberada ignorancia en la que se complacen indefinidamente, no pueden ser atendidas en sus preferencias acerca de su propio futuro y, de acuerdo con aquellos que las tutelan desde la región superior, son obligadas a aceptar los derroteros establecidos por las autoridades competentes para sus casos individuales. Por nuestra parte, somos ejecutores de los respectivos mandatos y es nuestra obligación vencer los más extensos y oscuros obstáculos. En los cuadros de dolor vemos padres y madres que, instintivamente rechazan la influencia de los hijitos, aun antes de nacer, sirviendo de pasto a numerosas discordias, a antagonismos aparentemente injustificables, a molestias indefinibles, a abortos criminales. Mientras ocurre eso, los adversarios que reencarnan –en obediencia al trabajo redentor, programado por los mentores abnegados de esos personajes de dramas sombríos, con amplia representación en el escenario de la existencia humana– penetran en el campo psíquico de los ex enemigos y futuros progenitores, imponiéndoles sacrificios intensos y casi insoportables.

Interrumpió las consideraciones e hizo una corta pausa, para añadir enseguida:

–Observe que la diversidad entre sus informaciones y las mías es efectivamente considerable. Los Espíritus que se esfuerzan en las adquisiciones de la luz divina, a través del trabajo persistente en su propia iluminación, conquistan el intercambio directo con instructores más sabios, perfeccionándose consecuentemente, y por los actos meritorios a los que se consagran pueden escoger sus elementos para la nueva vida en la Corteza Terrestre, como el

trabajador digno que, por los créditos morales conquistados, puede exigir sus propias herramientas destinadas al trabajo. Así pues, los siervos del odio y del desequilibrio, de la intemperancia y de las pasiones que se preparen para las exigencias de la vida. Para los primeros la reencarnación será una verdadera bendición para un aprendizaje feliz; sin embargo, para los segundos constituirá una necesaria y legítima imposición del destino creado por ellos mismos, por el menosprecio que dieron a las dádivas de Nuestro Padre, en el espacio y en el tiempo.

Escuchando sus observaciones, bajo una gran expresión de alegría y encantamiento, no pude contener la conclusión que me salió espontánea y optimista de la boca:

—¿Será posible Gotuzo que usted, con tanta experiencia sobre los problemas de rescate espiritual, guarde tanta amargura por el hogar que se fue? ¿Cómo puede encarcelarse en el desaliento, aplazando esa enorme posibilidad de liberación?

El compañero fijó en mí sus ojos lúcidos e inteligentes, como diciéndome en silencio que sabía todo eso y esforzándose por parecer jovial respondió:

—No se preocupe, pues en vista de las dificultades para dominarme, estudio actualmente la posibilidad de reincorporarme al ambiente doméstico, enfrentando la difícil situación con la debida bendición del olvido provisional en la carne, a fin de reconstruir el amor en bases más sólidas junto aquellos que no he comprendido tanto como debería.

En ese instante, cierta enfermera se asomó en la puerta de entrada, pidiendo permiso para interrumpirnos y nos notificó que el grupo de centinelas, en tratamiento mental, esperaba en el salón contiguo.

Gotuzo le informó que iría de inmediato. De nuevo a solas, me explicó sonriendo:

–En la esfera carnal, en calidad de médicos, nuestras obligaciones se resumían al detenido examen de las enfermedades, con indicación clínica o intervención quirúrgica, y a la elaboración de diagnósticos técnicos que otros colegas confirmaban, casi siempre por espíritu de solidaridad entre la misma clase; pero aquí el paisaje se modifica. Me corresponde usar la lengua como estilete creador de nueva vida. La casa está repleta de cooperadores que trabajan, sirviendo en el programa de socorro, y simultáneamente se someten a nuestros cuidados de orientación médica. Pero no basta que les diga lo que sufren, como se hacía antiguamente. Por encima de todo debo funcionar como profesor de higiene mental, ayudándolos en la germinación y desarrollo de ideas reformadoras y constructivas, que les eleven el patrón de vida íntima. Distribuimos recursos magnéticos de restauración entre todos los necesitados, reanimándoles la organización con los elementos curativos a nuestro alcance; pero enseñando a cada enfermo algo nuevo que le reajuste el alma. En otro tiempo, teníamos el campo de acción en la célula física. Pero ahora, esa zona de actuación es la célula mental.

Observando la disposición activa del compañero, medité en el tiempo que había gastado, antes de participar en los servicios médicos de la región superior a la que había sido conducido, y me preguntaba a mí mismo la razón por la cual Gotuzo había sido utilizado tan deprisa, allí, en la esfera de socorro a los afligidos. Sin embargo, me di cuenta de que el nuevo amigo no captaba mis pensamientos, ni siquiera de manera parcial, demostrándose menos ejercitado en las facultades de penetración y al acompañarlo al recinto, donde lo esperaba una extensa fila de pacientes, noté que la asistencia allí era administrada en masa a los enfermos, dentro de las más toscas y lentas vibraciones, exigiendo la colaboración especializada de médicos desencarnados que, tal y como acontecía con Gotuzo, todavía conservaban regular sintonía con los intereses inmediatos de la Corteza Terrestre.

DENTRO DE LA NOCHE

La diferencia de atmósfera entre el día y la noche, era casi imperceptible en la Casa Transitoria de Fabiano. No conseguiría establecer comparaciones apreciables, debido a que, durante todo el tiempo de nuestra permanencia en la institución, estuvieron encendidas las luces artificiales. Densa niebla ocultaba el paisaje, bajo un cielo de plomo y según fui informado, funcionaban incesantemente en la Casa grandes aparatos destinados a la fabricación de aire puro, para la renovación general del ambiente. Veíamos el Sol, en pleno crepúsculo, de forma muy diferente. Se asemejaba a un disco de oro viejo, sin ninguna irradiación, perdiéndose en un océano de humo indefinible. Comparando la situación con los cuadros primaverales de la Corteza Planetaria, los ocasos de la esfera carnal parecían verdaderas decoraciones del paraíso.

Permanecíamos en una región entremezclada de principios mentales extremadamente viciados, donde la materia obedecía a otras leyes. Se congregaban allí extensos precipicios infernales y vastísimas zonas de purgatorio de las almas culpadas y arrepentidas.

En verdad, había viajado muchas veces entre nuestra feliz colonia y el plano superficial del planeta, atravesando lugares semejantes, pero nunca me había demorado tanto en un círculo tan desagradable y oscuro como este. En aquella zona desértica, la ausencia de vegetación, aliada a la sofocante y pesada niebla, infundía una profunda sensación de tristeza.

Pero los amigos, con la hermana Zenobia al frente, hacían todo lo posible para convertir el puesto de socorro en un oasis confortador. Alguien tuvo la gentileza de recordar lo oportuno de aquel cuadro externo, para que dirigiésemos el pensamiento hacia nuestro interior, pudiendo así obtener el provecho necesario.

—Sí, —asintió el Asistente Jerónimo—, en un puesto de socorro espiritual dedicado a atender urgencias, es conveniente que no haya facilidades que acarreen distracciones perjudiciales a nuestros deberes.

Y mostrando una franca sonrisa en los labios, afirmó:

—Por eso mismo, cuando estábamos en la Corteza de la Tierra, nunca tuvimos descripciones de infiernos floridos o de purgatorios bajo árboles acogedores. En ese punto, los escritores teológicos fueron coherentes y exactos. A los culpables y contumaces confesos no les conviene la fuga mental. A favor de ellos mismos, es más razonable que sean mantenidos en regiones desprovistas de encanto, para que permanezcan a solas con las creaciones mentales inferiores a las que se vincularon intensamente.

La conversación, rica en detalles interesantes, compensaba la aspereza exterior, valorando el tiempo, acerca del cual no se conseguía hacer ningún cálculo, a no ser por la observación de los cronómetros, que eran allí aparatos preciosos e indispensables.

Al sonar las diecinueve horas, orientados por la administradora de la Casa, nos preparamos para una pequeña jornada de servicio en el abismo.

Zenobia convocó a veinte cooperadores para las tareas de colaboración eventual e inmediata, tres mujeres y diecisiete hombres, que a primera vista no parecían personas de cultura y sensibilidad muy refinadas, pero que mostraban en la mirada serena y firme buena voluntad, dedicación leal y carácter resuelto en el espíritu de servicio. Más tarde, vine a saber que la Institución acoge constantemente a diversos grupos de entidades, repletas de características humanas primitivas, pero portadoras de apreciables virtudes y valores, que colaboran en la ejecución de las tareas generales y se educan al mismo tiempo, preparándose para reencarnaciones y experiencias de más elevada expresión.

Dirigiéndose al subalterno que había recibido las atribuciones de segundo jefe, le preguntó Zenobia, serenamente:

–Ananías, ¿tenemos el material de trabajo debidamente preparado? No debemos olvidar, principalmente, las fajas de socorro, las redes de defensa y los lanza-choques.

–Todo está listo –respondió, satisfecho, el colaborador.

Enseguida, dirigiéndose a nuestro Orientador, le dijo de buen humor:

–Entonces, Hermano Jerónimo, convendrá iniciar la marcha.

Y deteniéndose a nuestro lado, añadió:

–De antemano, ruego a todos que me disculpen si les tomo su tiempo para atender al desventurado hermano al que me referí, satisfaciendo a mi interés particular. Pero la clarividencia de Luciana y la oración de todos los amigos constituirán factores decisivos que beneficiarán su renovación, para que acepte los recursos redentores del futuro. Este es un servicio que me prestan a mí misma y por el cual seré una deudora agradecida.

Un ligero velo de inexplicable melancolía le cubrió repentinamente la mirada, pero recobrando de nuevo el ánimo, consideró:

–Además, el sacerdote Hipólito dirigirá llamamientos cristianos a los infelices que lloran en la zona abismal. El fuego purificador pasará mañana y podremos suministrarles edificantes advertencias.

El ex sacerdote comentó, animado:

–La cooperación será para nosotros un placer.

Dirigiéndose entonces a gran número de compañeros y subordinados en servicio, la Hermana Zenobia obtuvo la atención de todos hacia el desempeño del programa de trabajos que había planeado para tan significativa noche. La Casa debería permanecer atenta a la contribución que recibiría, al día siguiente por la mañana, de las instituciones congéneres; algunos trabajadores se trasladarían a la Corteza Terrestre para prestar apoyo a la expedición de Fabrino en algunos casos difíciles de reencarnación obligatoria; ciertos departamentos se abrirían a las visitas de desencarnados parcialmente liberados de la superficie terrena, en horas del sueño físico, para recibir beneficios magnéticos, de conformidad con las solicitudes autorizadas; determinadas dependencias serían debidamente preparadas para la eventual recepción de misioneros del bien, procedentes de esferas elevadas; se organizarían lechos para algunos desencarnados listos para ser traídos, según notificación recibida con anterioridad; dos enfermeras, orientadoras de colonias espirituales para la regeneración, traerían veinte niños recién liberados de los lazos carnales, con el propósito de entrevistarse con sus madres que vendrían desde la Corteza Terrestre, amparadas por amigos para un reencuentro vivificador, de carácter temporal; diversas delegaciones de trabajo espiritual que asisten a instituciones piadosas, se encontrarían en el albergue para coordinar providencias; dos nuevas misiones de socorro llegarían al albergue, dentro de pocas horas, partiendo por la mañana, conforme al aviso previo recibido; todos los trabajos preparatorios de la mudanza señalada para el día siguiente debían llevarse a cabo; fueron recomendadas otras medidas de menor

significación y finalmente la directora notificó que debían esperarla, a su regreso, en el recinto de oraciones, para dar inicio a las plegarias de reconocimiento de la noche, sin ninguna demora.

Yo no conseguía disimular la sorpresa, examinando semejante cuadro de obligaciones, porque, según los cálculos efectuados momentos antes, la Hermana Zenobia sólo estaría ausente por cuatro horas.

Ultimando los detalles, nos hizo un ademán, invitándonos a acompañarla. Saliendo de la institución nos explicó cuidadosamente:

–Durante el trayecto, conviene mantener apagado todo el material luminoso. –Y mirándonos resuelta, informó: –En cuanto a nosotros, sigamos en silencio, a pie, pues no sería razonable utilizar nuestra capacidad de volar para alcanzar una distancia tan corta; y es más justo que nos asemejemos a los pobres que habitan en estos sitios, ante los cuales, mientras dure esta pequeña caminata, debemos guardar la mayor cautela, pues cualquier descuido perjudicará nuestro objetivo.

Poco tiempo después atravesábamos las barreras magnéticas de defensa y nos poníamos en camino.

En otras circunstancias y en otro tiempo no hubiera dominado el pavor que infundía el paisaje oscuro y misterioso a nuestro frente. Vagaban por el espacio extraños sonidos. Se oían, perfectamente, gritos de seres salvajes y en medio de ellos dolorosos gemidos humanos emitidos, tal vez, a inmensa distancia... Aves de monstruosa configuración, más negras que la noche, de cuando en cuando se apartaban de nuestro camino, asustadizas. Y a pesar de la espesa sombra, se observaban rasgos de la infinita desolación del ambiente.

Después de algunos minutos de marcha surgió la Luna, como una bola sangrienta, esparciendo escasos rayos de luz a través de la espesa niebla.

Ahora podíamos identificar ciertas particularidades de aquel terreno áspero.

La Hermana Zenobia colocó delante de nosotros a un guía especializado en la travesía por aquellas estrechas sendas, y de acuerdo con la recomendación inicial, guardábamos riguroso silencio, marchando en fila por aquella senda hostil.

Alcanzamos una zona pantanosa, en la que sobresalía una vegetación rastrera. Yervas secas y arbustos marchitos asomaban indistintamente del suelo.

Marchaba profundamente asustado, cuando al rodear un inmenso charco oí sollozos próximos. Tenía la nítida impresión de que las voces procedían de personas atolladas en repelentes sustancias, tales eran las emanaciones desagradables que pululaban en el aire. ¡Oh! ¡A qué fuerzas nos enfrentábamos allí! Las tinieblas difusas no dejaban percibir los detalles; sin embargo, estaba convencido de la existencia de víctimas cercanas, esperando por nuestro amparo providencial. ¿Estaríamos ante el abismo al que se refería la administradora de la Casa Transitoria? Opté por la negativa, porque la expedición no se detuvo en tan angustioso lugar.

Jerónimo caminaba muy cerca y no contuve la pregunta que se me escapó, con rapidez:

—¿Yacen aquí almas humanas?

El interpelado, en actitud discreta, sólo respondió con un gesto mudo, en el que me pedía callar.

No obstante, bastaron mis cuatro palabras cortas para que los lamentos indiscriminados se transformasen de repente en conmovedoras y estertóreas rogativas:

—¡Por amor de Dios! ¡Ayúdenos!

—¡Por caridad, sálvennos!

—¡Auxilio, viajeros! ¡Socorro! ¡Socorro!

Se verificó entonces lo imprevisto. Ciertamente, las entidades suplicantes yacían en el mismo lugar, pero unas figuras rastreras de espíritus con formas animalizadas, recordando saurios de descomunales proporciones, avanzaron hacia nuestra caravana, alejándose de la zona más profunda de los charcos. Eran muchos y suficientes como para atemorizar al ánimo más templado. Experimenté el deseo de utilizar la capacidad de volar y huir de prisa. Pero la serenidad de los compañeros contagiaba y esperé, manteniéndome firme. Un estallido casi imperceptible partió de la diestra de la Hermana Zenobia, y aproximadamente diez auxiliares utilizaron minúsculos aparatos, emitiendo rayos eléctricos de choque, a través de insignificantes explosiones. A pesar de ser débil la detonación, la descarga de energía revelaba vigoroso poder, tanto que los monstruosos atacantes retrocedieron precipitados, refugiándose en el pantano, en espectacular caída sobre el grueso lodo.

Se multiplicaron las lamentaciones de los prisioneros invisibles en la viscosa sustancia.

–¡Libérennos! ¡Libérennos!

–¡Auxilio! ¡Socorro!

Aquellas imprecaciones pungentes y dolorosas herían mi sensibilidad, pero nadie se detuvo.

La expedición seguía su marcha, diligente y muda.

Comprendí que estaban en juego mayores intereses de trabajo y no insistí. Mi posición era la del subalterno llamado a cooperar.

Algunos minutos más y atravesamos la región de los charcos. Penetrando en un terreno de diferente configuración, se me alivió de algún modo el corazón apiadado. Pero ahora, bultos negros de entidades humanas se desviaban de nosotros. Se aproximaban con la visible disposición de atacar, pero, inesperadamente, retrocedían. Supuse que se replegaban al observar el tamaño de nuestro grupo de veinticinco personas. Nos temían por la cantidad numérica y huían apresurados.

Prosiguiendo la marcha, penetramos en una escarpada región, y atendiendo a la señal de la Hermana Zenobia, los veinte auxiliares que nos seguían se apostaron en determinado sitio, con la recomendación de que esperasen nuestro regreso.

Entonces, la directora de la Casa Transitoria nos condujo a los cuatro camino adentro, afirmando que haríamos por separado la primera parte del programa de servicio. En semejante paraje la atmósfera se enrarecía de manera sensible. La Luna parecía menos roja, el césped más suave, el aire más tranquilo.

—Estamos en un reducido oasis de paz, en medio de un extenso desierto de sufrimientos —aclaró Zenobia quebrando el largo silencio. —Ahora podemos hablar y atender a los objetivos de nuestra misión.

Enseguida, haciendo evidente su preocupación por sosegar nuestra angustia íntima referente a los anónimos sufridores que encontramos en el camino, nos explicó con delicadeza:

—No somos impermeables a las súplicas de nuestros hermanos que aún gimen en el charco de dolor al que se lanzaron voluntariamente. Nos dilaceran el espíritu las maldiciones de los infelices. No obstante, la Casa Transitoria de Fabiano les ha prestado el socorro posible, ayuda que hasta hoy viene siendo rechazada por nuestros desafortunados hermanos. En balde los liberamos, periódicamente, de los monstruos que los esclavizan, organizándoles un saludable refugio. Huyen de nuestra rectificadora influencia y vuelven espontáneamente al charco. Es imprescindible que el sufrimiento les fortalezca la voluntad para las benditas luchas del porvenir.

Establecida la salvedad, que percibí como formulada especialmente para mí, Zenobia continuó, bastante emocionada.

—Ahora me competen algunas aclaraciones. En este instante, debe esperarnos, en la margen del abismo, el hermano al que aludí, que desde otro tiempo es un dedicado amigo para mí, y por el cual

debo trabajar en la actualidad con todos los recursos legítimos a mi alcance. Desgraciadamente, el pobre se mantiene en un patrón vibratorio de los más inferiores. Creo necesarias estas explicaciones preliminares para facilitarles la obsequiosa colaboración de esta noche. Muchas veces, la sorpresa dolorosa nos obliga a dar una solución de continuidad en el servicio a hacer. De ahí mi justa preocupación en prestarles los informes debidos. Se trata del sacerdote Doménico, entidad a quien mucho debo. Él fue un infeliz clérigo, incapaz de mantenerse fiel al Señor hasta el fin de sus días. Se inició en las luchas humanas, lleno de sublimes esperanzas; pero, en su misma juventud, como los designios del Padre eran diferentes de los caprichos que alimentaba en su corazón de hombre apasionado y voluntarioso, en breve caía en despeñaderos, por los cuales sufre amargos padecimientos después del túmulo. Se aprovechó de las casas consagradas a la fe viva para realizar sus indignos propósitos, corrompiendo y maculando la paz de corazones sensibles y amorosos. Recibió todas las advertencias y avisos morales tendientes a modificar su conducta criminal y desvariada. Sin embargo, se internó profundamente en el lodazal oscuro de los errores voluntarios, despreciando toda clase de asistencia salvadora. Colaboré durante años consecutivos en los servicios de orientación que le eran administrados, pero por la intensa expresión de fragilidad que aún conservaba en mi alma, lo abandoné también a su propia suerte, absorbida por sentimientos de horror. Mi decisión estableció una larga pausa de tiempo en nuestras relaciones directas. Pasaron más de cuarenta años para nosotros. Pero de un tiempo a esta parte, sus sufrimientos se acentuaron de manera terrible, obligándome a movilizar mis humildes posibilidades a su favor. Desencarnado desde hace mucho tiempo, volvió de la superficie terrestre en angustiosas circunstancias, donde ocasionó desastres morales de muy difícil reparación; y aún permanece insensible a nuestras exhortaciones de amor y paz, manteniéndose en una posición psíquica negativa. Se precipitó en una temible aridez del corazón, dejándose envolver

por fuerzas que lo aniquilan y entorpecen cada vez más. Para que males mayores no le ocurran, a mi pedido, fui autorizada a incluirlo entre los protegidos externos de nuestra institución. De ese modo conseguí que algunos de nuestros cooperadores le atenuasen la facilidad de movimiento, sin que pudiese darse cuenta de nuestras operaciones fluídico-magnéticas, en ese sentido. Ha sufrido mucho. No obstante, a pesar de la postración, aún no modificó la mente, manteniéndose en pesadas sombras interiores, sustrayéndose, sistemáticamente, a cualquier esfuerzo para auto-examinarse, lo que, sin duda, le facilitaría algún reposo espiritual. Aparte de ese alivio que le es muy indispensable, el sacerdote Doménico necesita regresar a la experiencia constructiva de la superficie planetaria, corrigiendo el pretérito en servicio expiatorio. Mientras tanto, la situación mental en la que se demora le crea grandes obstáculos, dificultándonos la acción intercesora. Sin embargo, urge que regrese a la encarnación. Fieles y solícitos amigos nuestros me amparan y apoyan el pedido que hice en beneficio suyo y así Doménico volverá a unirse como hijo sufridor de una de sus víctimas de otro tiempo, víctima y verdugo, porque en un gesto de venganza cruel, el ofendido eliminó al ofensor con la muerte. Para reintegrarse en las preciosas y purificadoras corrientes carnales, el infortunado debe adquirir por lo menos la virtud de la resignación, para que no aniquile el organismo de aquella que, desempeñando la sublime tarea de madre, le conferirá cariñosamente la nueva personalidad. Para la obtención de ese resultado, es imprescindible que mejore interiormente. Si consiguiésemos que un rayo de luz penetre en lo más íntimo de su ser, si permitiésemos la eclosión de algunas lágrimas que le desahoguen el corazón, dilatando su entendimiento, experimentaría nuevas percepciones visuales, y probablemente conseguiría vislumbrar a aquella que fue su abnegada progenitora en la última peregrinación por los círculos carnales. Conseguido ese recurso creo que será conducido fácilmente a la indispensable conformación y a las medidas iniciales para la restitución terrestre.

Se estableció una pausa natural en las consideraciones de Zenobia. Ninguno de nosotros osó formular ninguna pregunta. Pero ella, con evidente humildad, prosiguió:

–Desde hace algunos días, Doménico oye nuestra voz, tal como un ciego que no consigue ver. No puedo identificarme ante él, para no perjudicar el trabajo de redención, pero anhelo que esta noche mucho podamos hacer a su favor, con los valores de la oración, esperando aun que los informes, detallados e instructivos, a ser prestados por la clarividencia de Luciana, le puedan elevar el *tono vibratorio*, y al ocurrir eso, como espero en Nuestro Señor, llamaré mentalmente a nuestra hermana Ernestina, quien fue su dedicada y compasiva madre, con el fin de que lo recoja y conduzca a la superficie de la Tierra para las correspondientes providencias. Estoy convencida de que al poder ver a su progenitora, Doménico se transformará en pocos días, preparándose para la próxima reencarnación, con el valor deseado.

Indicando determinado punto del paisaje informó:

–En vista del servicio que hay que realizar, recomendé que dos auxiliares lo trajesen al lugar adecuado, donde podamos orar libremente y auxiliarlo con nuestras palabras, sin interferencias extrañas.

Enseguida rogó, conmovida:

–Y ahora que iniciaremos este trabajo de tanta significación para mi alma, insisto para que me perdonen el carácter personal de la tarea. Es que la oportunidad de que nos reunamos cinco hermanos tan bien sintonizados no es bastante común y, en vista del programa señalado para mañana, siento que no debo retardarla, por cuanto la desintegración de residuos inferiores por el fuego *etérico* se hace acompañar, en estos sitios, de mucha renovación. Por lo tanto, podríamos Ernestina, Doménico y yo, perder esta sagrada ocasión, de incierta repetición.

De repente, la orientadora dejó de hablar, conservando la

actitud de quien medita, en silencio, con el corazón volcado hacia el Todopoderoso. Transcurridos algunos minutos, prosiguió afirmando:

–Estén seguros de que serán mis eternos acreedores.

Teniendo en cuenta la elevada posición de la directora de la Casa Transitoria, nos conmovía semejante demostración de humildad.

Un tanto constreñidos, ante su ejemplo cristiano, la seguimos hasta una pequeña colina, ligeramente iluminada, donde dos compañeros velaban delante de alguien extendido en decúbito dorsal. La benevolente mentora dispensó a ambos auxiliares, recomendándoles integrarse en la comisión de servicio, que se apostara distante. Enseguida, Zenobia se acercó, maternalmente, y, dejándonos sorprendidos, se sentó en la hierba rastrera, colocando la cabeza del infeliz en su acogedor regazo.

Aquel hombre, vistiendo un buriel negro desharrapado, exhibía horripilante *facies*. A pesar de la sombra, se le veían los trazos fisonómicos, que inspiraban compasión. Con los cabellos desaliñados, los ojos hundidos en la caverna de las órbitas, boca y nariz tumefactas en una horrible máscara de odio e indiferencia, daba la impresión de un facineroso común, a quien sólo la enfermedad consiguiera inmovilizar para la prestación de cuentas con la justicia. No acusó emoción alguna al contacto de aquel regazo amoroso y tampoco se dio cuenta de nuestra presencia amiga. Con la mirada fija en el espacio, en una mezcla de desesperación y burla, se asemejaba a una insensible estatua vestida de hediondos harapos.

–¡Doménico! ¡Doménico! –clamó la Hermana Zenobia, con ternura fraternal.

Debería sufrir el interpelado de extrema dificultad en la audición, porque sólo después que su nombre fue pronunciado

varias veces, como si registrase aquellos sonidos desde muy lejos, exclamó irritado:

–¿Quién me llama? ¿Quién me llama? ¡Oh poderes orgullosos que desconozco, dejadme en el infierno! ¡No atenderé a nadie, no deseo el Cielo reservado a predilectos... pertenezco a los demonios del abismo! ¡No me perturben...! ¡Odio y odiaré para siempre!

–¿Quién te llama? –consideró la directora, delicada y afectuosamente. –Somos nosotros que te deseamos el bien.

Pero el infeliz, por lo que observé, no se dio cuenta de la frase reconfortante, porque continuó maldiciendo, insensible:

–¡Malvados! ¡Gozan en el paraíso, mientras sufrimos dolores atroces! ¡Han de pagarnos! ¡Me dieron derechos en el mundo, me prometieron la paz celestial, me confirieron privilegios sacerdotales y me precipitaron en las tinieblas! ¡Desalmados! ¡Satanás es más benigno...!

Pero nuestra venerable hermana, lejos de irritarse, le habló pacientemente:

–Pediremos a Jesús que te restituya el don de oír, aunque sea por algunos minutos.

Solicitando que la acompañásemos en la rogativa, invocó:

–¡Señor, permite que podamos amparar a tu infeliz tutelado! ¡Tienes el pan que extingue el hambre de justicia, el agua eterna que sacia la sed de paz, el remedio que cura, el bálsamo que alivia, el verbo que esclarece, el amor que santifica, el recurso que salva, la luz que revela el bien, la providencia que rectifica, el manto acogedor que envuelve la esperanza en tu misericordia...! ¡Maestro, tú que haces descender la bendita luz de tu reino a los que lloran aún en las sombras, permite que tu discípulo extraviado pueda oír a aquellos que lo aman...! ¡Pastor Divino, compadécete de la oveja descarriada del aprisco de tu corazón! ¡Permite que sus oídos tengan

acceso a los ecos suaves de tu infinito amor...! ¡Concedéndonos semejante alegría, no por méritos que no poseemos, sino por la grandeza de tu inagotable bondad...!

¡Oh! ¡Una vez más reconocí que la oración es tal vez el máximo poder conferido por el Creador a la criatura!

Después de aquella súplica, observé sensibilizado que de todos nosotros se irradiaban energías brillantes que alcanzaban el tórax de Zenobia, como reforzando su potencia, y de sus manos cariñosas y dignas, iluminadas entonces de suave y tierna claridad, emanaban rayos diamantinos. La amorosa amiga las colocó sobre la frente del desventurado, ofreciéndonos la certeza de que en su beneficio se habían improvisado maravillosas energías.

Lo llamó de nuevo, circunspecta y tierna.

Revelando ahora el interpelado diferente capacidad auditiva, hizo un inmenso esfuerzo por levantarse, tanteó a su alrededor y gritó:

–¿Quién está aquí?

–Somos nosotros –respondió Zenobia, atenta–, que trabajamos a tu favor, para que obtengas paz y luz.

–¡Quimeras! –gritó el infortunado, acusando alguna transformación íntima. –¡Fui traicionado en mi ministerio sacerdotal, me negaron los derechos prometidos, fui humillado y herido! ¿Qué deseáis de mí? ¿Lastimarme? No necesito de la compasión ajena. ¿Aconsejarme? Imposible. ¡Estoy ciego y atormentado en el infierno por deliberado menosprecio de las fuerzas divinas que me desampararon totalmente!

–Doménico –le habló entonces Hipólito, por sugerencia de la directora, que le hizo un silencioso gesto de solicitud en ese sentido, dándonos la idea de que no deseaba emplear su propia voz, en la conversación que se iniciaba–, no te rebeles contra la determinación de la Justicia Divina.

–¿Justicia?, –replicó él, vibrando de emotividad– ¿y acaso no tengo yo hambre del derecho? ¿No poseía yo prerrogativas en el apostolado? ¿No fui un sacerdote fiel a la creencia? Hace muchos años que padezco en las tinieblas y nadie se acordó de hacerme justicia.

–¡Cálmate! –le dijo nuestro compañero con voz firme. –La conciencia es el juez de cada uno de nosotros. Posiblemente vestiste la sotana siendo fiel a la creencia, pero desleal al deber. Está con nosotros alguien con bastante poder de penetración en los escondrijos de tu vida mental. ¡Espera! Vamos a orar en silencio para que la bendición del Señor se haga sentir en tu corazón y enseguida pasaremos a auxiliarte para que releas, con la necesaria serenidad, el libro de tus propias acciones y comprendas la razón de tu larga permanencia en los despeñaderos fatales.

El infeliz enmudeció por momentos y, llenos de un fuerte deseo de auxilio, dirigimos una fervorosa súplica a la Esfera Superior, rogando lenitivo para el sufridor y bastante luz para nuestra hermana Luciana, para que pudiese ver aquella conciencia culpable con la eficiencia precisa.

LECTURA MENTAL

Después de la oración silenciosa, Jerónimo le hizo comprender a Luciana que había llegado el momento de la acción.

La enfermera clarividente, dando muestras de sentimientos de fraternal cariño, se acercó al infeliz y, después de observar su frente con sumo cuidado, comenzó diciendo:

—¡Sacerdote Doménico, vuestra mente revela el pasado distante y ese pretérito habla muy alto ante Dios y los hermanos de Humanidad! Dudáis de la Providencia Divina, alegáis que vuestro ministerio no fue debidamente remunerado con la salvación e imprecáis al Padre de Misericordia Infinita... ¡Vuestro dolor está repleto de blasfemias y desesperación, y debido a ello, proclamáis que las Fuerzas Celestiales os abandonaron en el fondo de un abismo tenebroso...!

—¿Y acaso no es así? —gritó el desventurado, interrumpiéndola. —Compelido por las circunstancias de la vida humana a servir en una iglesia que me engañó, ¿niegan mi derecho a reclamar? El Evangelio no tiene palabras de miel para el acto de Judas. ¿Debería alabar, a mi vez, a los que me traicionaron?

—No, Doménico. Vuestros amigos no piensan criticar instituciones. Tan sólo desean ampararos. ¿No admitís que os desviasteis de la conducta cristiana? ¿Habréis actuado, verdaderamente, como un sacerdote fiel a los principios que abrazasteis? ¿Esperabais un paraíso de ventajas inmediatas, al pasar por el túmulo, tan sólo por las insignias exteriores que os diferenciaban de los otros hombres? ¿No ponderasteis la extensión de las responsabilidades abandonadas?

—¡Oh, qué preguntas! —exclamó el interpelado, con evidente amargura. —La organización religiosa a la que serví me prometió honras definitivas. ¿No era yo el director de una gran colectividad social? ¿No administraba el Santísimo Sacramento? ¿No fui recomendado al Cielo...?

A pesar de tales protestas el sacerdote Doménico ya evidenciaba ciertas señales de transformación íntima. La voz se le había puesto más triste, denunciando su próxima capitulación. El hecho de sentirnos más cerca, a través de la audición, facilitaba nuestra actuación magnética de auxilio.

Al término de sus reticentes interrogaciones, Luciana observó:

—Amigo mío, las iglesias son siempre elevadas y bellas. Invariablemente, consolidan el derrotero de nuestro encuentro divino con el Padre de Amor Infinito. Enseñan la bondad universal, el perdón de las faltas, la solidaridad común. Pero, ¿y nuestros crímenes, flaquezas y defecciones? En general, todos nosotros, afiliados a variadas corrientes del pensamiento religioso en la Tierra, exigimos que se nos haga justicia, pero olvidamos que las nociones de justicia envuelven la existencia de la Ley. ¿Y cómo engañar a la Ley, soberana e inalterable, aunque muy compasiva en sus manifestaciones? ¿Acaso no estáis de acuerdo en que es absurdo reclamar determinado procedimiento de los demás, esperando para nuestro “yo” tiránico y desequilibrado las

compensaciones debidas tan sólo a los que observan las reglas de purificación, de las cuales no pasamos de ser simples expositores en el campo de la enseñanza?

–¡Oh! ¡Oh! ¿Y la confesión? –volvió a decir Doménico, visiblemente impresionado con las palabras oídas. –Monseñor Pardini me oyó, antes de la muerte, y me absolvió...

–¿Y confiasteis en semejante medida? Vuestro colega de sacerdocio podría induciros al buen ánimo y al coraje necesario ante el trabajo de la futura reparación, pero no conseguiría sustraeros de la conciencia los negros residuos mentales de los actos practicados. Vuestro corazón, Padre, es un libro abierto ante nuestros ojos. Envuelto en las tinieblas, injuriáis el nombre de Dios y su justicia; no obstante, la viva descripción de vuestras reminiscencias es bastante expresiva...

Debido a que Doménico se calló, humillado bajo la vigorosa influencia magnética de Zenobia, que lo mantenía en sus brazos, la clarividente prosiguió:

–Os veo en la última noche de la existencia carnal. Os acompaño en la fría noche, bajo fuertes ráfagas de viento en un cielo sin luna. Desviasteis vuestro camino del populoso centro y tomasteis por una senda sombría de un suburbio apartado. No sólo observo vuestra forma física. Siento igualmente vuestro estado emocional. Arrebatado por la visión embriagadora de los sentidos, penetrasteis en un hogar honesto, cegado por una pasión irrespetuosa hacia alguien que oyó, inocentemente, vuestras finas palabras de seducción y malicia. Arrojasteis la sotana oscura, como quien larga incómoda capa. Vestís ahora, en la intimidad del pequeño salón verde, un oloroso traje de casimir ceniza claro. Absorta por vuestras referencias gentiles, que apenas traducen propósitos de sensación, distantes de cualquier sentimiento edificante, cierta mujer cede a vuestras promesas. Pero alguien permanece vigilándoos. Es un hombre que verifica lo ocurrido y

se aleja alucinado, sin que os dieseis cuenta de su presencia. Se trata del esposo ofendido, en dolorosa crisis pasional. Se aleja rumbo a la pequeña y cercana ciudad, dominado por un dolor salvaje. Entra en una gran tienda de bebidas y adquiere un costoso litro de vino añejo. Se aleja angustiado y oculto bajo la sombra de acogedores árboles, añade al contenido de la botella una pequeña porción de sustancia venenosa, fulminante. Enseguida, os espera a lo lejos, acariciando la idea del asesinato. Pasada la media noche, regresáis a la casa presbiteral; y el adversario, como quien regresa de un corto viaje, os saluda agradablemente, con disimuladas demostraciones de estimación y confianza. Surge la invitación para tomar de aquel vino reconfortante en la fría madrugada y abris la puerta de la residencia parroquial. Entráis con toda calma. Ya en la calidez de la vivienda, frente a una mesa bien servida, probáis el vino viejo mezclado con el veneno destructor. No tuvisteis tiempo para explicaciones. Ante vuestros gemidos furiosos y roncós, entre gestos de sufrimiento, el asesino se ríe y pronuncia en vuestros oídos feás palabras de maldición. Cuando la respiración se volvió más opresiva, el homicida, después de inutilizar la prueba del crimen, pidió socorro a las dependencias de la casa, ante vuestros ojos asombrados. En vano se precipitan los criados. Un sacerdote anciano se aproxima con la intención de oíros. Debe ser el Monseñor Pardini de vuestras referencias. Comprendiendo vuestra dificultad para mantener cualquier conversación, interroga al criminal que se declara vuestro amigo íntimo y esclarece, fingiendo, que regresaba en vuestra compañía de su propio hogar, donde habíais tenido una consoladora y extensa charla con él y la esposa, demorándose ahí por insistencia de ambos. El criminal, revelando irónica piedad, asegura que en vista de lo avanzado de la hora os había acompañado hasta la casa parroquial y que pasara al interior por vuestra invitación, para reconfortarse y que en plena conversación amistosa, caísteis fulminado por un síncope singular. En balde, intentáis aclarar el suceso. Vuestra diestra se levanta y señala con el índice al criminal. Monseñor Pardini se aproxima. El

homicida os toma la mano casi inerte y exclama: “-¡Es necesario salvar al sacerdote Doménico! ¡Mi esposa y yo no nos conformaríamos con semejante pérdida!” El eclesiástico que os asiste permanece bajo fuerte emoción. Supone que el vengador sea el compañero desvelado de la víctima e inicia el servicio de los moribundos. Le dirigís una suprema mirada llena de impasible desesperación al adversario y comprendéis el próximo fin del cuerpo. Se os enfrían los miembros. Un sudor viscoso y abundante recorre vuestro rostro y en un esfuerzo tremendo, pronunciáis, de manera casi ininteligible, una frase: “-Yo, pecador, me... confieso...” Pero, el religioso que os acompaña, os cierra los labios, en un intento por ahorraros esfuerzos y asevera: “-¡Doménico, descansa en paz! ¡Al sacerdote recto no le hace falta la confesión en el último aliento; hoy mismo administraste la sagrada partícula! ¡Pide a Dios por nosotros en el Cielo!” Enseguida os concedió plena absolución de todos los pecados de la existencia humana, cuidándoos la personalidad espiritual lleno de santa confianza. Sin embargo, la palabra del colega os perturba la conciencia. En el fondo sabéis que la muerte os sorprende en doloroso abismo. En vano intentáis recibir la paz que Monseñor Pardini os desea; en balde procuráis desviar la mirada del envenenador que os sigue, mordaz. Vuestras manos caen inertes. El amigo religioso sostiene el crucifijo que ya no sentís. Vuestros ojos se detienen en la contemplación de la última cena. Se abre la puerta de la espaciosa alcoba y algunos siervos se arrodillan llorando. No distante, una campana toca un aviso fúnebre. Amanece. Entretanto, semiinconsciente, fustigado por el dolor y por la desesperación, no os veo disfrutando las claridades del nuevo día que surge. Afuera, hay cirios encendidos y actitudes respetuosas de los parroquianos que se multiplican, visitando vuestro despojo, después del diagnóstico de un bondadoso médico que, íntimamente, os cree suicida, pero da explicaciones de la “causa mortis”, como si hubiese sido un fulminante ataque de angina, con el fin de evitar escándalos y perturbaciones en el círculo siempre venerable de la religión.

Hay personas que lloran sinceramente y oigo comentarios elogiosos a vuestro pastoreo sacerdotal. Sin embargo, dentro de vos, prevalece la inmensa noche. Gritáis como el ciego abandonado en el primer instante de la inesperada ceguera. Pero nadie os oye. Relacionáis el crimen del cual fuiste víctima, rogáis medidas contra el asesino, pero ahora los oídos humanos permanecen en otras dimensiones. Buscáis el recurso de la huida, pero invencibles grilletes os unen al cadáver. Al crepúsculo se realiza el entierro. Se abre el templo suntuosamente decorado con flores rojas. Cánticos tristes parten desde el coro y toda la nave huele a incienso. Con gran pompa en todos los detalles de las exequias, vuestro cuerpo desciende al último refugio. No obstante, permaneceréis unido a las vísceras descompuestas...

La descripción de la enfermera me impresionaba profundamente. La infeliz entidad parecía tocada en las fibras más íntimas del ser. Poco tiempo después, Luciana continuó:

—Con la inhumación del cuerpo, comenzaron infinitos padecimientos para vuestra alma. Permanecéis atormentado por la ansiedad, por el hambre, por la sed, por el dolor... No puedo precisar cuanto tiempo gastáis en semejante angustia. Pero siento que la entidad sufridora de cierta mujer visita vuestro sepulcro. Os extiende sus horribles brazos, y bajo tremenda impresión de pavor, conseguisteis desatar el lazo que aún restaba y que os prendía al cuerpo deforme, vociferando mientras huíais. El cuadro de vuestra conciencia se modifica. Recordáis el drama de la infortunada que se os apareció, suplicando. ¡Oh! También fue víctima de vuestro poder de fascinación... La lectura mental de vuestros recuerdos revela las particularidades de la experiencia final de la enloquecida. ¡Pobre mujer crédula y confiada! La veo llegando al presbiterio en una noche tempestuosa. Experimentáis la emoción inferior del hombre indigno que siente el imperio absoluto sobre la presa... Sin embargo, la pobrecita llora y ruega vuestro auxilio. Pronuncia palabras que conmoverían corazones

de piedra, mostrando indefinible desaliento. Percibo lo que dice... Confío excesivamente en vuestras promesas y cedió a vuestros caprichos de hombre vulgar. Al principio creyó que no se producirían desagradables consecuencias, segura ante la posibilidad de huir de cualquier observación. Sabíais engatusarla por su inexperiencia en asuntos afectivos, y proclamabais la inocencia de semejantes relaciones. Pero ahora se anunciaba la llegada de un bebé, preocupándole el corazón. ¿Quién la socorrería? ¿Quién le restauraría la paz familiar? ¿No sería mejor la legalización de los lazos existentes? ¿No deberían esperar, honrosamente, la dádiva de un hijo bendecido por Dios? Escuchasteis aquellos ruegos sin remordimientos morales. Con la frialdad de los hombres de brillante oratoria, invocasteis el deber sacerdotal como justificativo de la imposibilidad, comentasteis las convenciones humanas, y finalmente propusisteis la conciliación del problema, con un casamiento apresurado e indigno entre la víctima y el último de vuestros siervos. La joven solloza convulsivamente, afirmando su justa repulsa. Continuasteis con la falsa argumentación signada por la belleza de estilo, pero la infeliz os abandona precipitadamente, con evidentes señales de locura, alcanzando la vía pública bajo la torrencial lluvia... La acompaño. Regresa al hogar paterno, profundamente desequilibrada por vuestro golpe cruel. ¡Ah! ¡Qué horror! La desventurada se vale de la noche solitaria y bulliciosa e ingiere una dosis muy grande de veneno para hormigas, intentando el acto final de su tragedia interior. Nadie oye los rugidos de sufrimiento atroz, porque los truenos retumban en el cielo. Pero, al amanecer, un padre afligido corre a vuestro retiro de reposo y os pone al corriente del hecho. Misteriosamente, se le muriera la hija. ¿Cómo aclarar la situación? ¿No procedía correctamente buscando el consejo sacerdotal? Recibisteis la noticia disimulando con dificultad la emoción, repitiendo textos evangélicos para consolar al confiado amigo. Preocupado os ponéis camino de la residencia enlutada. No obstante, siento perfectamente vuestro estado mental. No os aflige la pérdida de alguien que os

podría perturbar la tranquilidad, os preocupa descubrir algún recurso, aparentemente digno, que os conserve a salvo de cualquier sospecha en la imprevista situación. Pronunciando palabras consoladoras, montasteis guardia junto al cadáver y llamasteis a un médico amigo. ¡Y he aquí que llega! ¡Oh! ¡Es el mismo que os examinó, en el último día, creyéndos suicida! Después de una larga conversación con vos, en tono confidencial, el galeno asevera que hubo una muerte natural, debido a la ruptura de unos vasos del corazón. Recuperasteis cierta tranquilidad que se manifiesta de nuevo en el semblante. ¡Vuestras palabras de consuelo se tornan más vivas e inteligentes y seguís los funerales, sereno y contrito, mientras los ojos desorbitados y terribles de la suicida os contemplan desde el féretro, mientras otros bultos negros os acompañan en el cortejo sublime, desde el plano invisible a los hombres comunes. ¡Son almas vengativas y tenaces, que os siguen...!

Visiblemente conmovida, Luciana guardó silencio. Luego, dándonos a entender que el paisaje mental de Doménico se había modificado al influjo de otros recuerdos que la narración evocaba, transfirió el curso de las observaciones en el tiempo.

—¡Ah sí, veo bien...!—continuó, alarmada.—Se destaca ahora una infeliz entidad que, ciertamente, os consagró profundo afecto, pues os contempla con desesperación y ternura, simultáneas. Se parece mucho con usted. Ahora lo comprendo. No fue sólo vuestro amigo, fue vuestro padre. Reclama, con insistencia, determinada escritura que no presentasteis. ¿Qué veo? En torno a él hay imágenes vivas de recuerdos angustiosos. Contemplo la última noche a vuestro lado. Cariñoso y confiado os observa. La disnea le concede una tregua más larga y el moribundo os entrega un gran testamento, en que relaciona su última voluntad. Os habla afectuoso y humilde, de su pasado oculto. Sencillamente, no fue sólo el progenitor feliz de un sacerdote y de otros hijos que le honran el nombre, declara. Fue un joven arrojado y se comprometió en

diferentes aventuras. Poseía algunos hijos fuera del hogar, y no deseaba partir sin legitimarlos debidamente. Además, pretendía garantizarles un futuro próspero. Escucháis con patente interés. Enseguida, a petición del progenitor, lees la discriminación de pequeños legados a sus pupilos. El agonizante os acompaña atento, con la mirada. Tenéis ahora bellas palabras en los labios, justificando sus errores del pasado. Sabéis consolar con primorosos términos que provocan su admiración. Por fin, prometéis al corazón paterno exacto cumplimiento de sus últimos designios. Alentado, os confiesa los deslices que había omitido, os declara su arrepentimiento *in extremis* y os informa de su esperanza en el Cielo, donde Jesús le recibirá los sinceros deseos de reparación. Con palabras entrecortadas por suprema aflicción, os reitera la súplica de amparo constante a cierta mujer, rodeada de hijitos que esperan de él, el sustento necesario... Ayudado por vosotros, se abraza al crucifijo, que contempla con los ojos nublados. Recitáis larga y conmovedora oración, acariciando sus cabellos grisáceos. Algunos minutos más, esforzándose por veros por última vez, el moribundo cierra los ojos en el acto final del cuerpo. Estáis solo ante el cadáver. Conserváis el pulgar y el índice de la mano derecha sobre los ojos del muerto para imprimirle un apacible semblante. Pero, antes de cualquier comunicado al interior doméstico, sepultáis el documento en un pesado mueble, con intenciones francamente hostiles a los rectos propósitos del desencarnado. Tal parece que desde ese instante él os siguió, siempre de cerca, reclamando, reclamando... Permanece angustiado, en la tela mental de vuestros recuerdos vivos...

La clarividente se detiene de nuevo, observando diversas particularidades, mientras el infeliz Doménico demuestra inconsolable conmoción.

—¡Oh! ¡Ahora —prosiguió Luciana, dando cuenta de la tarea que le fuera encomendada— es otro perseguidor severo! Se destaca ante mi visión. Es un viejo eclesiástico, que dejó el cuerpo físico

dirigiéndoos intensas vibraciones de odio. Vuestras reminiscencias aclaran el hecho. Deseabais a cualquier precio el curato que le pertenecía. Variados intereses personales prendían vuestro pensamiento a la pequeña ciudad bajo la orientación del antiguo párroco. Intentasteis la realización del deseo por métodos persuasivos. En un extenso diálogo, le proponéis la compra de la parroquia, en forma particular. Alegáis disponer de bastante influencia política para efectuar la transferencia, sin conmoción, remunerándole la adhesión incondicional al proyecto. Pero el anciano se niega y se justifica. Dice que permanece junto a aquel rebaño, desde hace muchos años. Además, está viejo y enfermo. Sirviera a la Iglesia con las mejores fuerzas de sus buenos tiempos de salud física y espera la posibilidad de morir allí, respirando el aire amigo de su pequeño pomar. Reconoce vuestra superioridad en la cuestión, considerando vuestras prestigiosas relaciones en el seno del clero y de la administración pública y asegura que, si otras fuesen las condiciones, cedería el lugar sin ninguna remuneración o reluctancia. También, porque los médicos le recomiendan la residencia en el litoral, para que la atmósfera marina le facilite el esfuerzo del corazón. La rogativa conmovió a cualquiera. Oísteis, estuvisteis de acuerdo y os despedisteis, desarrollando un nuevo plan. De ahí mismo, sin ningún escrúpulo, partisteis en visita personal al obispo de la diócesis, al que expones, con fingida humildad, la solicitud que os preocupa. Engañado, el dignatario de la Iglesia oye, atentamente, y acepta lo que le propones, pero recomendando una audiencia previa con sus asesores directos. No tenéis dudas o ponderaciones de cualquier naturaleza. Gratificando a compañeros altamente colocados, conseguisteis que el antiguo sacerdote fuese removido, compulsivamente, para una lejana parroquia de montaña, donde el anciano murió, enseguida, odiándoos a muerte. Intoxicado por la cólera y por los reiterados deseos de venganza, está ciego a las manifestaciones de la espiritualidad superior, rodeándoos con implacable ira...

Nuevo intervalo de la clarividente. Sin embargo, Luciana, vuelve a comenzar la exposición, más alarmada aún:

—Ahora surge determinada mujer. Tal parece que desencarnó después de una delicada operación en los ojos. Sí, vuestra tela de reminiscencias habla muy alto. Fue víctima de vuestro fascinante poder de hombre dominador. Hela ahí a vuestro lado en el último encuentro, aún en la esfera carnal. Acabáis la opulenta refección, cuando alguien toca a la puerta parroquial. Se trata de una pobre mujer, envejecida prematuramente y casi ciega, conducida por un niño anémico de nueve a diez años, que suplica vuestra ayuda. Ante la frialdad con que la recibís, la infortunada, con palabras llenas de sentimientos, invoca el pasado de liviandades y pregunta si os habéis olvidado del hijo que le colocasteis en los brazos. Llora, gesticula y se explica. Trabajara sinceramente por su propia rehabilitación, pero, en todas partes, la acusaban de ejercer la prostitución y de mantenerse ociosa. Había luchado heroicamente por mantener al hijito, a costa de trabajo honesto, pero se había enfermado, sin ninguna protección, y allí estaba casi ciega, implorando socorro... Si pudiese le ahorraría al hijo, aún pequeño, la humillación de conocer a un padre desalmado; entretanto, el pequeño se acercaba a la muerte. Lo sorprendió la tuberculosis devoradora y os suplicaba auxilio financiero para el tratamiento indispensable. El niño os contempla, triste y confiado. Lo oís con indiferencia y ensayáis una extraña respuesta. Hacéis sonar la campanilla de una alarma y aparece determinado criado conduciendo unos perros bravos que amenazan a los pobres indigentes, forzándolos a huir, despavoridos. El chico, en el último grado de la anemia, muere sin recursos y la infeliz madre desencarna en un pabellón para pobres, con el siniestro deseo de vengarse de cualquier modo de vos.

De nuevo Luciana, interrumpe su relato, como si estuviese observando ciertos detalles visibles apenas a su escrutadora mirada. Y de repente exclama:

–¡Oh! ¡Qué horror! ¡Aún veo más! Ahora es otra mujer, vistiendo de negro y con profundas ojeras...

Pero, no pudo terminar la observación.

En ese instante, el desventurado profirió un grito terrible, se deshizo en lágrimas y exclamó, alucinado por el sufrimiento moral:

–¡Basta! ¡Basta ya...!

Atroces sollozos le reventaron del pecho oprimido. Zenobia, que le mantenía la cabeza en su amoroso regazo, nos tranquilizó en tono discreto:

–Doménico mejora, gracias a Nuestro Divino Médico. Para el Espíritu culpable que sufre, las lágrimas son también una lluvia benéfica que refresca el corazón.

Enseguida, guardó silencio, mientras la seguíamos, enternecidos, con la mente concentrada, orando.

Después de la larga crisis de llanto de Doménico, la directora de la Casa Transitoria solicitó al sacerdote Hipólito que sembrase nuevas ideas en el terreno de la conciencia arada por el dolor, notificándonos que se tomaría algunos minutos para convocar, mentalmente, a la que fue progenitora del antiguo párroco desencarnado, para que el miserable fuese reconducido a la Esfera de la Corteza, en el proceso inicial de la futura reencarnación.

La directora entró en profunda meditación, mientras Hipólito, dirigiéndose al mendigo de luz, afirmó:

–Hermano Doménico, el Señor Misericordioso oyó nuestro ruego. ¿Deseas, efectivamente, la redención?

Por lo que deduje, el interpelado, se despreocupó enteramente de responder a la pregunta y manteniendo una fuerte impresión a consecuencia de las afirmaciones que oyó, preguntó a su vez:

–¡Ah! Entonces... ¿existe la Justicia Divina, anotando

nuestras faltas? ¿Hay registros tan minuciosos así, para los hechos más secretos del Espíritu?

–Traemos en la propia conciencia el archivo indeleble de nuestros errores –comentó Hipólito, con inflexión de piedad– tal como los justos son portadores de las anotaciones íntimas que los glorifican ante el Altísimo Padre. Amigo mío: ¡Cierra para siempre la puerta del *ego inferior*! ¡Calla la vanidad y el orgullo! ¡Haz penitencia! La Iglesia que nos reunía, en el círculo carnal, es santa en sus fundamentos, pero nosotros fuimos malos siervos, desviándole los principios básicos para satisfacción de nuestros instintos dominantes. Procurábamos el reino transitorio del poder temporal, a través de simples manifestaciones del culto externo, aliado a la política corruptora, olvidando, deliberadamente, el Reino de Dios y su Justicia. ¿Acaso podríamos culpar por los crímenes voluntarios de los hijos a las madres consagradas a su deber? La iglesia universal de Jesucristo, que congrega a todos sus apóstoles, servidores, discípulos y aprendices, es una madre amorosa y fiel.

Sollozando de nuevo, el infortunado Espíritu se mostraba herido en las fibras más íntimas, provocando en nosotros conmoción y lágrimas.

–¡No condenes!, –prosiguió diciendo el compañero– ¡Cuántos de nuestros antiguos superiores expían en regiones tenebrosas! ¡Cuántos se engañaron, honrándose a sí mismos en el mundo, olvidándose del Señor que *pasó haciendo el bien*! ¡Muchos de los orgullosos dignatarios que nos dirigían las actividades, con su codicia personal presidiendo siempre sus deliberaciones, bajaron al sepulcro –en medio de solemnes exequias, adornadas de esplendores y pompas– para comparecer aquí sufriendo dolorosas necesidades del corazón, como miserables mendigos! Muchos aguardan por días mejores en el fondo de viscosos pantanos de odio destructor; otros imploran socorro, ansiosos de paz y renovación. ¿Por qué motivo no nos restauramos también,

movilizándonos en el necesario servicio del amor que redime siempre? ¡Levantémonos, mi hermano, para que seamos útiles a los compañeros de otro tiempo, conduciéndolos al puerto de salvación! Recordemos a Aquél en cuyo augusto nombre juramos fidelidad al Cielo, en la Tierra. ¿Te duele la penitencia? ¿Te hiere la humillación? ¿Y Él? ¿Acaso no recorrió la Vía Dolorosa, como un vulgar malhechor? ¿No aceptó la cruz que lo flagelaría hasta la muerte?

—¡Sí —asintió el interlocutor, con tristeza, -todo eso es verdad...!

Un significativo gesto de Zenobia compelió al sacerdote Hipólito a suspender las consideraciones.

Dándonos la certeza de que respondía al silencioso llamado de la directora, alguien compareció ante nuestra reducida asamblea. Era una simpática anciana, que de inmediato nos conquistó por la delicadeza y generosidad que irradiaba. Abrazó a la Hermana Zenobia, como si lo hiciese con una hija muy amada, saludándonos con cortesía y gratitud. No necesitábamos de ninguna presentación. Se trataba de Ernestina, la dedicada madre, quien se arrodilló junto al desventurado hijo, y empalmando las manos con reverencia, rogó la protección de los Cielos.

Bien fuese por la profunda renovación de aquella hora que le había modificado el patrón vibratorio, o porque fuerzas invisibles de orden superior manipulaban nuestras energías conjuntas en beneficio del infeliz, Doménico, que estaba ciego para vernos, consiguió reconocer a la recién llegada.

Conmovedores gritos nos alcanzaron en lo más íntimo.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Aquella criatura que se mostraba tan rígida e indiferente, el eclesiástico que se había burlado de tantos corazones en la Tierra, según la retrospectiva del pasado que Luciana había llevado a cabo,

de igual manera invocaba el nombre de madre, como si fuese una llorosa criatura desviada del hogar. Abrió ansioso los brazos buscando el regazo amigo, y Zenobia, con cariñoso cuidado, lo ayudó a refugiarse en los brazos maternos. Entonces Ernestina lo abrazó y me pareció que el infortunado sentía el contacto maternal, como si hubiese alcanzado el supremo reposo.

—¡Madre, madre mía!, —gritaba, acurrucando su cabeza en el tórax, inclinado hacia el frente, con el fin de hacerse sentir mejor. —¡Ayúdame! ¡Perdóname! —y tal vez recordando el trabajo de la clarividente que le había alterado el ser, añadió:

—La Justicia Divina me descubrió; soy un réprobo sin perdón, un malvado infernal. Un hediondo pasado está vivo dentro de mí. ¡Oh, madre! ¿Eres capaz de soportarme, cuando todos me detestan?

Ernestina lo aproximó aún más a su corazón, y dijo conmovida:

—¡Yo no sé, hijo mío, si fuiste un criminal; sé que te amo con toda el alma, sé también, que sentía profunda nostalgia de tu cariñosa presencia y enormes deseos de sentirte de nuevo junto a mí! ¿Qué habría de ser más bello para mi corazón que el dulce enternecimiento de esta hora? Deja que nazcan en ti pensamientos de júbilo y reconocimiento al Padre de inagotable bondad que nos reúne compasivamente. Medita un instante, Doménico, sobre la grandeza divina y convéncete que nadie permanece abandonado. Dentro de las tinieblas del sufrimiento, el pensamiento de gratitud a Dios es como un rayo brillante de la aurora, como un preludeo a la victoria plena del Sol sobre las sombras densas de la noche. ¿Cuál de nosotros no habrá sido enfrentado por la tormenta de la ignorancia? Todos hemos tenido piedras y espinas en la larga senda de la redención. ¡Caímos muchas veces; pero la mano invisible y misericordiosa del Señor nos arrebató del fondo del lodo o de las furnias del abismo! ¡Ten coraje y levántate íntimamente hacia el nuevo día!

El mísero la contemplaba extasiado, como si tuviese ante sus ojos la más hermosa visión de su vida.

–¡Pero soy un malhechor, un reo de crímenes sin perdón! – dijo con profunda tristeza.

–No, hijo mío –se alargó la palabra materna–, estuviste enfermo, como nosotros. Escuchaste las sugerencias del mal y cultivaste dolorosas úlceras. Desequilibraste el corazón, resbalando en el despeñadero. Pero no olvides que Jesús es el Médico Divino. Acepta el tratamiento necesario y dirígete a Él con la súplica sincera de quien desea la curación real para la vida eterna. Nosotros los que intentamos ayudarte, no llegamos aún a la posición de aquellos que todo lo pueden o que mucho saben. Somos trabajadores interesados en nuestra propia iluminación por el trabajo incesante, en la ejecución de la voluntad del Altísimo. Desarrollamos nuestras facultades superiores, sin conmociones y sin milagros, adquiriendo valores nuevos al precio de nuestro propio esfuerzo en la paciente edificación de nuestro espíritu hacia Dios. ¿Podrías creer que tu madre esté en el Paraíso, en gozo beatífico, enteramente olvidada de sus inmensos débitos para con todos aquellos que compartieron con ella el afecto y la lucha en los servicios salvadores de la carne terrestre? ¿Acaso admitirías que sólo el cariño materno me garantizaría una posición definitiva en el campo celestial? No, Doménico. Diversos horizontes se abren para nuestras almas en el Universo Infinito. Nuestras existencias son días benditos de trabajo, en los que al sol del noble deber y a las lluvias de la experiencia constructiva revientan y crecen nuestras facultades divinas hacia la Eternidad. Es verdad que los errores deliberados nos turban la conciencia, obligándonos a gastar valiosas posibilidades de tiempo en la lucha reparadora, pero el Señor jamás niega recursos para la necesaria rectificación a los que le ruegan ayuda, con el propósito fiel de reconquistar la armonía divina. Después de la travesía del túmulo, continuamos trabajando y edificando, iluminando y redimiendo... Por lo tanto, ¿no desearías adherirte a nuestro

servicio de elevación? ¿No anhelas huir del círculo de las sombras a fin de ganar los caminos bienaventurados de la luz?

La mirada del infeliz había adquirido una expresión diferente. La palabra incisiva y suave de Ernestina le transformaba, poco a poco, la mente. Reconociendo el efecto de sus saludables advertencias, prosiguió la dedicada benefactora:

—No dejes que los recuerdos angustiosos de los tiempos idos, sean obstáculos insuperables para la realización que necesitas en el presente. Todos aquellos a quienes heriste no desaparecieron para siempre. Prosiguen tan vivos como nosotros y podrás, en la condición de siervo humilde, buscar a los acreedores de otra época, atendiendo, en tu propio beneficio, la exigencia del rescate necesario. Entretanto, el éxito pide un corazón ardiente en la fe viva y un cerebro abierto, dispuesto a comprender el bien y a practicarlo. Sin esperanza y arrojo, y sin espíritu de servicio, difícilmente saldrás el débito pesado que prende tu alma a esferas toscas e inferiores. Con el fin de conquistar semejantes valores, considera la Eternidad y el infinito amor de Dios. No te encarceles en ponderaciones de naturaleza humana, viendo sacrificios donde sólo palpitan sublimes oportunidades de ventura y redención. ¡Si la conciencia te acusa, ruega a Jesús que rocíe tu universo interior con santificada esperanza! Basta una gota de ese rocío divino para que el desierto del alma florezca y fructifique en bendiciones de paz y felicidad para siempre. ¡No te desanimes, Doménico! Dios permite que la alborada siga a la oscura noche. ¿Por qué no confiar de manera absoluta en el Supremo Poder? No somos casi nada, hijo mío, pero el Padre Misericordioso todo lo puede.

La reconocida presencia de su madre sirvió para completar su benéfica modificación. El sufriente, como si fuese un náufrago desesperado alcanzando un puerto amigo reconfortante, olvidó las palabras odiosas y blasfemas de minutos antes y acurrucándose en el regazo materno, rogaba:

–¡Madre mía, el infortunio tomó mi desventurado espíritu...!
¡No me abandones!, ¡no me abandones...!

–¡Nunca! –dijo la noble matrona desencarnada, sofocando sus propias lágrimas. –¡Pero te pido, hijo mío, que jamás abandones a Jesús, nuestro Maestro y Señor!

Pasaron algunos minutos de silencio entre nosotros.

Con los ojos llenos de lágrimas, perdidos ahora en el espacio, tal vez, evocando paisajes muy lejanos, el ex sacerdote comentó:

–¡Oh, querida madre! ¡Qué nostalgia de aquellas oraciones de la infancia...! En ese tiempo tan lejano, me enseñabas a ver al Creador del Universo en todas las dádivas de la Naturaleza. ¡Mi corazón se bañaba feliz, en la fuente cristalina de la confianza y el amor a la sencillez habitaba en mi alma venturosa...! Después en el torbellino del mundo, me pervertí al contacto con los hombres ambiciosos y malos. ¡En vez de la piedad, cultivé la indiferencia; en lugar del amor fraterno, legítimo y altivo, sembré el odio inexorable a los semejantes; oculté el corazón y exhibí la máscara, huí de las verdades de Dios, fantaseando con humanas ilusiones! ¿Qué singulares flaquezas permiten al hombre operar semejantes cambios? ¿Por qué menospreciar tesoros de vida eterna y sumergirse en tan siniestros engaños? ¡Oh! ¡Tú que conservaste la dulce confianza del primer día; que nunca sorbiste el venenoso ajeno que me embriagó en la Tierra, por piedad, hazme olvidar al hombre cruel que fui...! ¡Anhele retornar a la serenidad ingenua de la cuna, me angustia la sed de volver a la verdadera fe! ¡Ayúdame a doblar nuevamente las rodillas y a orar con las manos empalmadas para que el Padre del Cielo me haga esperar sin aflicción y olvidar el mal sin omitir el bien...!

Ernestina, extremadamente emocionada, lo ayudó a prosternarse, amparándolo con infinita ternura.

Enseguida, copiando los gestos de las cuidadosas y dedicadas

madrecitas protegiendo a un tierno infante, le juntó las manos para la súplica y llorando por dentro, le dijo:

–Hijo, repite mis palabras.

En una escena conmovedora, que jamás se irá de mi memoria, la abnegada progenitora oró pausadamente, acompañando a Doménico, sentencia por sentencia:

–¡Señor Jesús!

–¡Señor Jesús!

–Heme aquí.

–Heme aquí.

–Enfermo y cansado a tus pies.

–Enfermo y cansado a tus pies.

–Compadécete de mí, bienamado pastor, de mí, oveja descarriada de tu rebaño... Me ofuscó el brillo falso de la vanidad humana, la ilusión terrestre embotó mi raciocinio, el egoísmo endureció mi corazón y caí en el precipicio de la ignorancia, como leproso del sentimiento. Señor, he llorado y sufrido amargamente mi defección espiritual. Pero yo sé que eres el Médico Divino, dedicado a los infelices y desviados del buen camino... ¡Por piedad, líbrame de la prisión de mí mismo, libérame del mal resultante de mis propias acciones, haz que mis ojos se abran a la luz divina! ¡Nútrame con tu verdad soberana, ampara mi esperanza de regeneración! Señor, dame fuerzas para resarcir todas las deudas, curar todas las llagas, corregir todos los errores que están vivos dentro de mí... ¡Perdóname, concediéndome recursos para el rescate, no me dejes entregado a los efectos de las pasiones que yo mismo creé, sin pensarlo; favoréceme con tus repreensiones silenciosas en las situaciones disciplinarias y, sobre todo, Sublime Benefactor, restituye a tus siervos que me auxilian en esta hora, confiriéndoles renovadas bendiciones de energía y paz, con el fin

de que ayuden a otros corazones tan extenuados y caídos como el mío! ¡Jesús, confiaremos para siempre en tu compasión! ¡Que así sea!

Doménico repitió la oración, frase por frase, cual niño dócil e interesado en aprender la lección. Por lo que dedujimos, la plegaria le hizo profundo bien. Se abrazó a Ernestina, más calmado, y mientras la directora de la Casa Transitoria seguía sus mínimos gestos, sin que él percibiese su presencia, preguntó, de improviso:

—Madre querida, ya que tu ternura vino a mi encuentro en el círculo de las tinieblas, dime: ¿dónde está Zenobia?, ¿me habrá abandonado para siempre?

Profundamente sorprendido, noté que la indagación era hecha con dolorosa inflexión de nostalgia y desencanto.

—Ciertamente, hijo mío —se apresuró Ernestina en responder— nuestra amiga te acompaña desde una esfera superior, implorando a Jesús que te bendiga los propósitos de redención.

—¡Oh! —volvió a decir él, triste. —Si la existencia humana nos hubiese unido, otro habría sido mi destino. Pero ella desposó a otro hombre cuando era mayor mi confianza en el futuro, obligándome al celibato sacerdotal, que se hizo acompañar de tan deplorables consecuencias para mí. Si hubiésemos organizado el nido doméstico, no me faltaría la confianza en Dios; tal vez hubiese sido un padre generoso y mis hijos serían mi sagrada corona de responsabilidad y alegría. Zenobia, madre mía, era el lente milagroso a través del cual yo sabía ver al mundo bajo otro prisma. En su compañía, habría adquirido el don de ver las oportunidades divinas que rodeaban mi corazón. Pero cuando la suerte me la arrebató, se esfumó todo sueño de construcción equilibrada en la Tierra... Dominado por el dolor de haberla perdido, creí que la Religión me ofrecería un refugio inexpugnable contra las tentaciones. ¡Qué terrible engaño! Sitiado en un mundo de convencionalismos que oprimía mi espíritu, y alejado de la sublime

influencia de la única mujer, que a mi manera de ver, me podría salvar, me despeñé, de abismo en abismo, convirtiéndome en un demonio insaciable, destruyendo y pervirtiendo... ¿Habría comprendido ella, algún día, cuán infeliz fui? ¿Sentiría piedad por mi dolor lleno de miseria y ruinas?

Ernestina le acarició la cabeza, maternalmente y exclamó:

—¡Calla, hijo mío! No presumas de ser el único sacrificado. Si hubieses aceptado la Voluntad Divina, el presente sería menos doloroso para nosotros. ¡No te apoyes en hechos humanos, naturales y necesarios, para justificar los desvaríos que te precipitaron en las sombras fatales! Zenobia fue siempre un verdadero ángel entre nosotros. ¡No comentes con amargura acontecimientos que ya fueron y que le costaron toda una existencia de santificadora renuncia por los padres, por el esposo, por los hijos y por nosotros!

—No obstante —la interrumpió él—, nosotros teníamos un sublime compromiso desde la infancia y nuestra primera juventud fue un paraíso de mutuas promesas...

Pero el cariño materno, no lo dejó terminar. Colocando el índice sobre sus labios, en un gesto compasivo de madre, Ernestina afirmó:

—¡Oye, Doménico! ¿Quién habrá sido mayor víctima?, ¿el hombre joven y fuerte que se acogió libremente a la organización religiosa que le facultaba mil procesos diferentes para practicar el bien, o la pobre niña forzada por las circunstancias de la lucha terrestre a desposar a un viudo, rodeado de hijos pequeños a los cuales debería dedicarse en calidad de madre? Buscaste voluntariamente la ordenación sacerdotal, mientras Zenobia, forzada por situaciones angustiosas, aceptó un camino de sacrificios contrario a los sueños de su juventud. Absolutamente entregado a tus propias creaciones individualistas, no fuiste fiel a los principios asumidos, mientras Zenobia perseveró hasta el fin con abnegación y fe viva, a pesar de estar abrumada en sus ideales de mujer por el

peso de las humillaciones diarias. Erraste para satisfacerte, incapaz de calmar las pasiones inferiores que ardían en tu pecho, mientras nuestra venerable amiga, durante muchos años, aceptaba humildemente las circunstancias que atormentaron su ser, luchando a beneficio de todos nosotros. ¡Calcula, Doménico! ¿Cuál habrá sido la verdadera víctima? ¿Acaso se puede comparar la abnegación con la insensatez?

Se percibía que la elevada benefactora se vinculaba a ambos, a través de los hilos de un doloroso romance que no nos era permitido conocer. Doménico escuchó compungido las observaciones, después se calló por un buen rato, tal vez internado en un plano de lejanos recuerdos y concluyó, tristemente:

–¡Es verdad...!

–Ahora nos compete avanzar para alcanzarla –dijo Ernestina, suavemente.

En ese instante, discretamente inclinada sobre él, Zenobia comenzó a llorar, contemplando su rostro, pues en obediencia al vigoroso deseo de la directora de la Casa Transitoria, Doménico sintió que algunas gotas calientes de su llanto caían en su melancólico rostro. Miró entonces a los ojos maternos con expresión indagadora y reconociendo que semejantes lágrimas no tenían su origen allí, preguntó, sorprendido:

–¡Oh, madre mía!, ¿quién estará llorando sobre mí?

La cariñosa benefactora, cuya mirada observaba todas las particularidades de la conmovedora escena, respondió bajo fuerte emoción:

–Los ángeles lloran de júbilo en las regiones celestiales, cuando un corazón que sufre se levanta del abismo...

El ex sacerdote meditó por varios minutos, dándonos la impresión de sentir gran alivio.

Comprendiendo la feliz oportunidad, Ernestina lo invitó:

–¡Vamos, hijo! Movido por la Misericordia Divina, el reloj del tiempo hizo sonar para tu espíritu la hora bendita de la redención. La puerta del rescate se abre de nuevo a tu alma oprimida. ¡Que el Cielo nos bendiga!

–Madre, iré contigo adonde quieras –respondió el infortunado, sin amargura.

La venturosa madre nos dirigió una expresiva mirada de agradecimiento, lo alzó en los brazos, como si fuese un niño enfermo, y partió en dirección a la Corteza Planetaria, llevando el valioso fardo, desafiando las densas sombras, jubilosa y feliz.

De nuevo a solas, observé que la Hermana Zenobia se mantenía transfigurada y dichosa. Secó sus lágrimas, revelando en sus ojos una alegría desconocida. Nos extendió la diestra, en señal de gratitud y alegría. Y tal vez contemplando el paisaje del futuro, se demoró en profunda meditación, en la cual, seguramente, enviara su himno interior de reconocimiento al Altísimo.

Enseguida, nos miró tranquila y dijo:

–Hermanos, que el Señor les recompense por su fraterna colaboración, repartiendo con todos la felicidad que he alcanzado. Gracias a Él y a los dedicados amigos, acabo de vencer una gran batalla en la guerra del amor contra el odio, de la luz contra las tinieblas, y del bien contra el mal, en la que me encuentro empeñada desde hace muchos años.

Enseguida, atendiendo al plan de trabajo organizado por la sabia directora, nos reuníamos con los diversos auxiliares, que se mantenían a cierta distancia, con el fin de comunicarnos con los hijos de la ignorancia y del infortunio, temporales habitantes del abismo.

TINIEBLAS Y SUFRIMIENTOS

Habiéndose completado la comisión de servicio que acompañaba a Zenobia, nos pusimos en marcha, aproximándonos a un valle de tinieblas y sufrimientos.

De nuevo la sombra se había vuelto muy densa y no se conseguía divisar el abrupto paisaje; mientras tanto, llegaban hasta nuestros oídos conmovedoras frases. Dolorosos lamentos, blasfemias, imprecaciones. Intuía que más abajo, una enorme agrupación de infelices se revolcaba en el suelo. Los improprios infundían recelo; pero los gemidos provocaban un eco angustioso en mi alma. Seguramente, los demás compañeros experimentaban emociones similares, porque la Hermana Zenobia tomó la palabra, aclarando:

—Los padecimientos que sentimos no se producen por abandono de la Protección Divina, pues incansables trabajadores de la verdad y del bien visitan constantemente estos sitios, convocando a los prisioneros de la rebeldía a la necesaria renovación espiritual; pero a pesar de nuestro esfuerzo, se retraen sublevados y endurecidos en el mal. Se lamentan, suplican y provocan compasión. Es muy raro que alguno de ellos escuche

nuestra llamada. A veces, intentamos imponerles el bien. Entonces, cuando son retirados compulsivamente del tenebroso valle, nos acusan de transgresores e ingratos, huyendo de nuestro contacto e influencia.

Aunque el contenido de la aclaración era triste, Zenobia nos la proporcionaba, inflamada en el espíritu de servicio, a juzgar por el buen ánimo que se reflejaba en sus gestos y palabras.

–La negación de ellos –continuó la orientadora– no es motivo para que nosotros asumamos una actitud similar. Recordemos el esfuerzo de la Naturaleza que convierte el carbón en diamante... Trabajemos en beneficio de todos los necesitados, procurando para nuestro espíritu la divina reflexión sobre los Supremos Designios. Háganse las obras de la vida, no como queremos, sino como el Señor lo determine. Grande es la bondad del Padre para con nosotros. Repartámosla en servicio de fraternidad y esclarecimiento, en la armonía común.

Enseguida, diez cooperadores obedeciendo sus órdenes, encendieron focos de intensa luz.

Entonces, contemplamos sensibilizados y sorprendidos aquel monstruoso cuadro vivo. Una gran legión de sufridores cubría el fondo, poco más abajo de nuestros pies. La rampa que nos separaba no era difícil de subir, pero estaba formada por un enorme y compacto lodazal.

En vista de la brusca claridad, muchas voces suplicaban socorro, en frases angustiosas que nos partían el alma. Pero otras se hacían oír de muy diferente forma: vociferaban blasfemias, ironías y reprobaciones.

Zenobia nos recomendó, como algo necesario para el éxito de nuestro trabajo, que nos congregásemos todos en un solo grupo para que infundiésemos más respeto y temor a las peligrosas entidades que se mezclaban allí con los infelices, añadiendo:

–También se encuentran aquí los adictos de la rebeldía y de la desesperación, obligándonos a una severa actividad defensiva. Son pobres desequilibrados que intentan inducir la desarmonía en la que viven a todas las situaciones.

Enseguida, solicitó al sacerdote Hipólito que, en nombre del Señor, dirigiese una exhortación general a las víctimas del infortunio, para que considerasen la necesidad de luchar por su transformación íntima.

El ex clérigo abrió un pequeño manual del Evangelio que llevaba consigo y leyó, en la relación del Apóstol Lucas, la parábola del hombre rico que se vestía de púrpura, en una cómoda existencia, mientras el mendigo lleno de llagas, en balde le tocaba la puerta de la sensibilidad. Pronunció, alta y pausadamente, todos los versículos, desde el número diecinueve al treinta y uno, en el capítulo dieciséis. Enseguida, llenando el expresivo silencio que se formó destacó la sentencia: “Recuerda que recibiste tus bienes en tu vida...”, que consta en el versículo veinticinco, y se disponía a comentarlos, cuando ciertos gritos blasfemos llegaron hasta nosotros, amenazadores y sarcásticos.

–¡Fuera! ¡Fuera! ¡Abajo las mentiras del altar!

–¡Ataquemos ya al presbítero!

–¡Estamos bien, somos felices! ¡No pedimos ningún auxilio, ni necesitamos de arengas!

–¡Tenemos aquí nuestro cielo! ¡Váyanse para los infiernos...!

Los adversarios gratuitos de nuestra actuación no se limitaron al vocerío perturbador. Pues, partiendo de varios puntos del abismo de dolor, comenzaron a caer a nuestro lado unas bolas de sustancia negra.

–¡Las redes! –exclamó Zenobia, dirigiéndose a algunos colaboradores. –Extiendan las redes de defensa aislando a nuestro grupo.

Las determinaciones fueron cumplidas rápidamente y frente a nosotros se desdoblaron varias redes luminosas de un material que debido a su elevado potencial magnético, era especial para el momento, porque las bolas y flechas, que nos eran lanzadas, se detenían allí, paralizadas por una misteriosa fuerza.

La directora de la Casa Transitoria, acostumbrada a enfrentar situaciones similares a aquella, brindaba un bello ejemplo de firmeza y serenidad. Después de organizar la defensiva, hizo una señal al predicador para que hablase; y el sacerdote Hipólito, sobreponiéndose a los ruidos y a los insultos, inició el comentario con cautivador acento:

—¡Hermanos! ¡Es nuestro deseo fraternal que os preparéis para la recepción de la Luz Divina! Se reúnen aquí varios centenares de infortunados compañeros en precarias condiciones espirituales. Con el alma desgarrada por el dolor, vencidos por la aflicción, soportando innumerables padecimientos, muchas veces os entregáis al desaliento, a la rebeldía y a la desesperación. Turbada y desdichada, vuestra mente sólo sabe fabricar pensamientos de angustia destructora. Alegáis que las Fuerzas Divinas os olvidaron en el valle profundo de las tinieblas, y de negación en negación os transformáis, gradual y naturalmente, en peligrosos genios de las sombras y del mal, personificando a figuras diabólicas y asediando, indistintamente, las obras edificantes de los mensajeros del Padre. Cruelles perversiones interiores modifican vuestro aspecto fisonómico. No os asemejáis a las criaturas humanas que fuisteis, repletas de dones divinos, y sí a imágenes vivas de las regiones infernales, infundiéndoles compasión a los buenos, recelo y pavor a los más tímidos. En la lamentable posición mental a la que os condujisteis y en la cual muchos de vosotros perseveráis apasionadamente, sois tan auténticos demonios de la perversidad y del crimen, que ni siquiera los latigazos de dolor consiguen modificar vuestra deforme boca. No obstante, sois nuestros hermanos más infelices,

sufriendo invalidez del sentimiento y del raciocinio, perdidos en dolorosos desiertos de ignorancia no por falta de amor de la Providencia Celestial, sino por vuestra imprevisión y por la indiferencia con que recibisteis en la Tierra todas las oportunidades de ascensión a la esfera superior del espíritu eterno. Por más que nos expulséis de vuestras congregaciones de sufrimiento, nunca escaseará, para con vosotros, nuestra sincera conmiseración. Visitaremos el siniestro paisaje de los abismos, cuantas veces sean necesarias. ¡Nunca nos cansaremos de proclamar la misericordia excelsa del Padre y jamás se inmovilizará nuestra mano fraternal en el sublime servicio de la siembra del bien y de la verdad!

Las palabras injuriosas que oímos antes, desaparecieron, poco a poco. Había triunfado la franqueza de Hipólito. El predicador hablaba con ardiente elocuencia y, poseído de angélicos pensamientos, todo él irradiaba luz. Ante el respetuoso silencio que su verbo inflamado había provocado, prosiguió, conmoviéndonos:

—Cuando no permanecéis aniquilados de terror supremo, os dominan la envidia y el despecho, la maldad y el sarcasmo. Manifestáis desordenadas pasiones, entre coros de ironías y lágrimas... Casi todos, recibís nuestros amorosos cuidados, reaccionando impenitentes. Creéis que somos agraciados por favores indebidos, que somos predilectos de los Cielos y afirmáis a la ligera que existen privilegios gratuitos que nos hacen la vida más feliz. ¡Oh, mis amigos! Por ventura, ¿no os hablará la inteligencia de la justicia infalible que rige toda la vida? Somos también batalladores a mucha distancia aún de la última victoria sobre nosotros mismos y nos encontramos, igualmente, en el mismo camino de redención. Trabajamos, luchamos, lloramos y sufrimos; apenas difiere nuestra posición de la vuestra, porque nosotros, que os dirigimos la palabra tranquila y fraternalmente, ya iniciamos el luminoso aprendizaje del reconocimiento a Dios, nuestro Padre,

todo poder, justicia y misericordia, agradeciendo al Cristo, el Divino Intermediario, la presente oportunidad de trabajo y realización. También sentimos nostalgia del hogar terrestre y de los suaves lazos afectivos que se aprecian ahora muy distantes, experimentando, como os acontece, el vivo deseo de regresar al pasado, a fin de poder rectificar los caminos recorridos, y casi siempre en balde buscamos a aquellos que nos dieron testimonio de su amor para besarles las manos y pedirles que se olviden de nuestras flaquezas. Sin embargo, poseemos la felicidad de comprender la extensión de nuestros débitos y desde hace mucho, nos pusimos camino al futuro redentor.

Pasando a la interpretación directa de la parábola, Hipólito modificó el tono de voz y prosiguió:

—¿Cuál de nosotros no habrá sido, en la Corteza del Mundo, aquel “rico vestido de púrpura y de lino fino”, de la enseñanza del Maestro? Exhibíamos la ropa vistosa y brillante del “yo” egoísta, dando mal ejemplo a nuestros semejantes y viviendo la bendita oportunidad de nuestra permanencia en los círculos carnales, “banqueteándonos con esplendidez”. Todos nosotros, los que nos asociamos en este paisaje de dolor, tuvimos a nuestro alrededor a mendigos de afecto y socorro espiritual, mostrándonos, en vano, las llagas de sus necesidades. Se llamaban ellos, familiares, parientes, compañeros de lucha, hermanos remotos de humanidad... Eran hijos hambrientos de orientación, padres necesitados de cariño, viandantes del camino evolutivo sedientos de auxilio que, inútilmente, se aproximaban a nosotros, implorando algo de consuelo y alegría. En general, siempre nos acordábamos tarde de sus heridas interiores, indiferentes al menosprecio de la sublime oportunidad que nos fue concedida para administrarles el bien. En el justo instante en que se recogían en el lecho mortuario, multiplicábamos afectos y caricias, después de haber gastado el tiempo sagrado de la vida humana entre la insensibilidad y la exigencia. Aquellos, más pobres que nosotros, deseaban alguna

pequeña parte de las migajas de nuestro permanente banquete de conocimientos y facilidades; frecuentaban nuestra compañía, como niños necesitados de iluminación y de ternura, y los mismos perros se inclinaban hacia ellos, con natural simpatía... Pero nosotros, orgullosos de nuestras conquistas, encarcelados en clamorosa apatía, amontonábamos expresiones de bienestar, creyéndonos superiores a todas las criaturas integrantes del cuadro de nuestro pasaje por la carne. Prisioneros de nuestras creaciones inferiores, la muerte nos precipitó en el despeñadero del purgatorio, semejante al tenebroso infierno de la teología mitológica. Envejecida y rota la rica vestidura de la oportunidad, al término del curso de perfeccionamiento espiritual en la universidad terrestre, somos, a veces, más pobres que el último de los miserables que confiados, nos tocaban a la puerta del corazón y para los cuales bien podríamos haber sido donadores de felicidad. Viajeros en la travesía del río sagrado de la elevación, huíamos de todos los compañeros necesitados, instituíamos servicios activos de vigilancia contra los naufragos sufridores, estimábamos, por encima de todo, el buen tiempo, las islas encantadas de placer, la camaradería de los más fuertes, para alcanzar la otra margen, humillados y pesarosos, con terribles necesidades del espíritu, incapaces de proseguir rumbo a los continentes divinos de la redención... Seamos razonables, mis hermanos, reconociendo que este infierno es una construcción mental en nosotros mismos. El estancamiento después del esfuerzo destructivo, establece un clima propicio para los fantasmas de todo tipo, fantasmas que torturan la mente que los generó, llevándola a crueles pesadillas. Perforamos pozos abismales de padecimientos torturantes, por la intensidad del remordimiento de nuestras miserias íntimas ante los beneficios de la Providencia, construyéndonos cárceles sombrías por esa negación voluntaria. Se extienden a nuestros pies, desiertos calcinantes de odio y rencor, que propician jornadas vacías de tristeza y de supremo desconsuelo. Nos asemejamos a los duendes vagabundos de la inquietud y del desaliento, por la amargura de lo que fuimos y por la dificultad

casi invencible de adquirir los recursos para lo que debemos llegar a ser. De un lado la quiebra escandalosa; del otro, el desafío de la vida eterna. Entretanto, como el rico infeliz de la parábola sabemos que muchas de nuestras víctimas de otro tiempo escalaron altas posiciones en el campo jerárquico de la eternidad; que muchos de aquellos mendigos de cariño de la senda humana fueron conducidos a fuentes de la Maravillosa Sabiduría y del Inagotable Amor, y así, ¿por qué no rogamus la ayuda de sus bendiciones para que intercedan por nosotros? ¿Por qué no doblamos humildemente la cerviz, considerando los desvíos del pasado, con el fin de recibir la sublime e indispensable cooperación del presente? ¡Sabemos, amigos, que muchos de vosotros padecéis, atormentados, la devoradora sed de agua viva del Espíritu inmortal, que afligidos y desanimados, en este valle de sombras, desearíais romper todos los obstáculos para la recepción de una gota apenas del precioso líquido prometido por Jesús a los sedientos que se consagrasen a Él de buena voluntad! ¡Ah! ¡Pero no basta la desordenada rogativa de dolor para que el rocío divino refresque el corazón adolorido y dilacerado! ¡Urge regenerar el vaso receptivo del alma enferma, limpiando el polvo venenoso de la Tierra, para que permanezca puro y reconfortante el rocío del Cielo! Es imprescindible el sufrimiento de función purificadora. ¡Los desvaríos mentales, a los que nos entregamos en la Corteza Planetaria, son energías que se manifiestan en el presente con la intensidad de las fuerzas liberadas después de un largo represamiento, y de ahí proviene la intraducible angustia del hambre, de la sed, de la aflicción y de la enfermedad que muchos de vosotros aún sentís, por la carencia de conformidad con la leyes establecidas por el Padre Eterno...!

Por el silencio del ambiente, me parecía que el sacerdote Hipólito era escuchado con respetuosa atención por las innumerables filas de sufridores congregados allí ante nosotros. Después de una ligera interrupción, continuó el predicador, bien inspirado:

–Ninguno de nosotros, los que rogamos por vuestra renovación, encontró hasta ahora la residencia de los ángeles. Somos compañeros en cuyo corazón palpita, plenamente, la Humanidad, con sus defectos y aspiraciones. Pero comprendemos el tormento que os consume y traemos para todos la invitación a renunciar a los impulsos egoístas, concitándoos también al reconocimiento debido al Señor y a la penitencia por nuestros errores voluntarios y criminales del pasado. Agradecemos a la Misericordia Divina y reunidos pidamos al Cristo el entendimiento de su voluntad sublime y sabia, con la fuerza precisa para ejecutarla, donde quiera que estemos. No roguemos, como el rico engañado de la narración evangélica, cualquier ventaja para nuestro individualismo o para el círculo personal de nuestros intereses particulares, y sí la suficiente comprensión de los deberes que nos corresponden, en la actual desventura, de acuerdo con sus directrices salvadoras. Y llenos de una nueva confianza, aguardemos el porvenir en que la Tierra, nuestra gran madre, nos ofrecerá, generosa, otras ocasiones fecundas de aprender y rescatar, santificar y redimir.

En ese momento, el ex sacerdote suspendió por varios minutos la predicación y pudimos examinar el cuadro exterior detenidamente.

Largas filas de sufridores acudían de todos los lugares, mirándonos bajo la claridad de las antorchas, a treinta metros de distancia, aproximadamente. Se extendían como una gran procesión de duendes silenciosos y tristes, que parecían guardar impresas en el cuerpo astral todas las características de las enfermedades físicas traídas de la Corteza Terrestre. Se veían allí a todo tipo de necesitados: lesionados, heridos, indigentes, que constriñéndonos los corazones se exhibían ante nosotros. Muchos de ellos, arrodillados, tal vez suponiendo que fuésemos embajadores del Poder Celestial de visita al desdichado purgatorio, se mantenían en una posición de supremo respeto, aunque dejando traslucir en

el rostro angustiado indescriptibles padecimientos. Con ansiedad en la mirada, hablaban sin palabras del intenso y secreto deseo de unirse a nosotros; pero algo les cohibía esa realización. Se asemejaban a prisioneros suspirando por la libertad. ¿Por qué no corrían a nuestro encuentro? ¿Por qué no se arrodillaban junto a nosotros, en señal de reconocimiento sincero a Dios? Deseando penetrar la causa de aquella inmovilidad obligatoria, comprendí, sin mayores explicaciones, lo que pasaba. Entre la compacta multitud y nosotros existía un profundo foso, y donde las posibilidades de tránsito surgían con mayor facilidad, se reunían pequeños grupos de entidades que se identificaban por la siniestra expresión de sus facciones. No podía guardar ninguna duda. Aquellos rostros agresivos y duros mantenían una severa vigilancia. ¿Qué hacían allí semejantes verdugos? ¿Permanecerían dirigidos por potencias vengadoras, con poderes transitorios en la zona de las tinieblas, o actuarían por cuenta propia, obedientes a desvariadas pasiones de mentes desequilibradas? Recordé antiguas leyendas del infierno esbozadas en la teología católico-romana, para concluir que la hoguera ardiente, donde Satanás se complacía en torturar a las almas, debía ser más bella que el paisaje de lodo, tinieblas y sufrimientos ante nuestra vista. Pero, al instante, recogí el hilo de las innecesarias consideraciones, comprendiendo que el minuto no admitía divagaciones, exigiendo una activa contribución.

Prolongándose la pausa del predicador, una criatura de rostro patibulario gritó, mostrando odiosos gestos:

—¡No pedimos ejércitos de salvación! ¡Huyan de aquí!

Bastó la solitaria manifestación para que estallasen otras expresiones de desagrado.

—¡No deseamos redención alguna! ¡Nada debemos! ¡Nos interesa el culto sistemático al odio, la rebeldía contra los dioses insensibles, el movimiento de resistencia a la repugnante aristocracia espiritual!

–¡Mueran los pregoneros de la virtud falsificada! ¡Caigan los oportunistas de ultratumba! ¡Viva nuestro movimiento de destrucción contra el viejo orden de los señores y de los esclavos! ¡Después de convertirlo todo en ruinas, edificaremos el nuevo mundo!

Un hombretón peludo, con todas las particularidades de un gigante, avanzó hasta el borde del foso, hizo un significativo gesto de provocación y preguntó, gritando:

–¿Ya se acabó la cháchara del sacerdote?

Se rió, diabólicamente y continuó:

–¡Pierden el tiempo! ¡Están completamente engañados! ¡También tenemos un programa y también sabemos querer! ¿Dónde está el Dios que nos prometieron? ¿Acaso podrían mostrarnos un mapa del Cielo? Ahora nuestros ídolos están quebrados. Somos hijos de la desesperación, intentando reorganizar la vida en el desierto que nos enfrenta. ¿Acaso habremos de volver a la primitiva ingenuidad, al punto de creer nuevamente en las mentiras religiosas? ¿En qué remota región se complace la beneficencia divina que no se conduele de nuestras necesidades? Se declaran felices y proclaman la compasión de un padre que no conocemos. ¿Lo vieron alguna vez?

Una fría carcajada remarcó sus últimas palabras. Encontrándose bajo una fuerte impresión, el sacerdote Hipólito respondió:

–El conocimiento de la Divinidad y el derrotero celestial serán encontrados dentro de nosotros mismos. ¿Por qué innombrable audacia cometeríamos el absurdo de aguardar una completa y rápida identificación de nuestra naturaleza egresada de la irracionalidad, hace tan pocos días, con la sublime plenitud de Dios? ¿Cómo se puede igualar el batracio con el Sol? Es verdad que las religiones antropomórficas de la Corteza Terrestre nos envenenaron la mente, instilando falsas concepciones de Dios en nuestros raciocinios. Sin

embargo, no podemos culparlas en sentido absoluto, porque el estancamiento espiritual nos caracterizaba a todos. Cuando los discípulos se integren efectivamente en el Evangelio del Maestro, con el cerebro y el corazón renovados, será imposible la interferencia sacerdotal negativa. El dogma, considerado imparcialmente, constituye un desafío y un castigo simultáneos. Un desafío a la inteligencia investigadora y constructiva, para que se amplíe en el mundo la noción del Universo Infinito, y castigo a las mentes ociosas que renuncian ligeramente al don de pensar y decidir por sí mismas sobre las cuestiones sagradas del destino. En todas partes encontraremos a la Sabiduría Operante e Invisible del Señor, extendiéndose en los ínfimos detalles de la Naturaleza. ¡Por tanto, callad la vanidad herida y el orgullo humillado que os dictan observaciones ingratas y criminales! ¡Deteneos en el santuario de la conciencia y no exigiréis visiones y revelaciones que no conseguiríais soportar! ¡Pues tomados de compasión por vuestra rebeldía e infortunio, rogamos al Señor que bendiga la esperanza de cuantos nos oyen, hambrientos, como nosotros, de la suprema redención, ante la grandeza inapreciable de la vida eterna!

Para otro público, las palabras del ex sacerdote serían vivas y convincentes, pero las entidades endurecidas y perversas, para las que fueron proferidas, se mostraban frías e insensibles.

Se hicieron oír otras voces, en un siniestro coro:

—¡Basta! ¡Basta!

—¡Fuera! ¡Fuera!

Sin embargo, entre los que seguían atentamente nuestro servicio, contemplamos innumerables rostros angustiados, revelando el pavor que le causaban aquellos compañeros. Se aumentó su número. Reconocí, entonces, que no había allí un solo niño, apenas adultos, jóvenes y ancianos de todos los aspectos. Se notaba que la disertación de Hipólito les había hecho enorme bien. Muchos de ellos vertían copioso llanto. A pesar de todo, aún

cruzaban el espacio maldiciones e impropiedades. Los malhechores impenitentes no toleraban nuestra presencia y cada uno era más fértil en las ironías seleccionadas, con el fin de despertar el humorismo sarcástico y el desprecio de la desventurada asamblea.

Al principio, afloraron en mi sorprendido espíritu impulsos de reacción. ¿No sería conveniente que nos organizásemos contra semejantes pandillas de criminales? ¿No sería mejor saltar el óbice visible y arrebatarles las víctimas indefensas? Contábamos a nuestro favor con la facilidad de vuelo. Y las nociones de caridad avivaban mi justificado instinto de reacción. Frente a nosotros, a algunas decenas de metros, se veían mujeres desfiguradas por el dolor, ancianos y jóvenes escuálidos y abatidos. Nadie huía del doloroso aspecto de supremo infortunio. Se asemejaban a cadáveres que retornaban inesperadamente a la vida, después de una larga permanencia en la tumba.

Bullían en mi cerebro pensamientos de rebeldía.

¿Por qué razón el sacerdote Hipólito no respondía a la altura de las circunstancias? ¿Por qué no se castigaba a aquellos sicarios de las sombras, que denunciaban refinada cultura intelectual y vigorosa inteligencia? ¿Acaso no poseíamos suficiente poder para la necesaria represión?

El Asistente Jerónimo, percibiendo el peligroso estado de mi alma, se acercó cautelosamente a mí y me dijo, discretamente:

—André, extinga su vibración de cólera injusta. Nadie auxilia a través de la irritación personal. No asuma el papel de crítico. Permanecemos aquí en calidad de hermanos más viejos en el conocimiento divino, intentando socorrer a los más jóvenes y más infelices que nosotros. Revistámonos de calma y paciencia. Responder a insultos absurdos es perder valioso tiempo en la obra de confraternización ante el Padre Eterno. Hipólito no debe mantener un duelo verbal con ellos, tampoco la Hermana Zenobia

autorizaría ningún tipo de violencia contra estos infortunados, so pena de que releguemos al olvido la sublime oportunidad de practicar el verdadero bien. Modifique su emisión mental para que no le falte la cooperación constructiva, y guardemos la voz para informar y edificar cristianamente, no para condenar.

Reajusté el campo emotivo, rogando a Jesús que me confiriese fuerzas para olvidar “al hombre viejo” que gritaba dentro de mí.

Con la invocación al Plano Superior, a través de la súplica, instantánea comprensión me brotó en la conciencia.

En verdad, ¿cómo interpretar las embestidas de aquellas criaturas ya de por sí tan desventuradas? Sí, ante todo, necesitaban de amparo y compasión. Pues, por incapacidad espiritual, no habían recibido aún, como aconteciera con nosotros, la bendición de la fe viva, de la conformidad a los designios de la Ley Eterna y del reconocimiento de las propias necesidades interiores. Blasfemaban y reían, sarcásticas. Despreciaban las dádivas de la Providencia. Injuriaban al Maestro. Olvidaban todas las consideraciones referentes al orden divino y al respeto humano. ¿Quiénes éramos nosotros para convertirlas, inopinadamente, si el propio Señor les toleraba, paciente y amigo, las palabras torpes sin represalias individuales? ¿No les bastaría la lamentable limitación a la que se entregaban? En el círculo estrecho del sufrimiento y castigados por la desesperación, no traspasaban la esfera de las sensaciones groseras e intentaban inútilmente combatir el bien. La verdad es que dolía verlos oprimiendo a miserables entidades que se arrodillaban, bajo nuestra mirada, implorando ayuda para su liberación; pero con toda seguridad existirían ponderables razones justificando la unión entre verdugos y víctimas, razones que naturalmente se me escapaban, en la hora en curso. Se me modificaron las apreciaciones del primer instante. Tomado de súbita piedad, noté que al serenarse las ironías de los malos y tal vez

observando que no transponíamos los obstáculos para liberarlos, se pintaba en el semblante de los sufridores confesos, la más pungente ansiedad.

Una pobre ancianita, que me pareció decidida en la fe, examinando los terribles factores circunstanciales, nos extendió los brazos y en su antigua concepción religiosa, nos suplicó:

–¡Santos mensajeros de Dios, nuestro Padre, dignaos retirarnos del purgatorio! ¡Estamos torturados por el fuego de los remordimientos y por los demonios que nos cercan! ¡Por piedad, salvadnos!

Fuertes sollozos le interceptaban la voz, pero la venerable anciana continuó:

–¡Nuestras faltas, mal pagadas en la Tierra, nos unieron a los Espíritus perversos del abismo! ¡Somos pecadores necesitados de purgación, pero no nos abandonéis a nuestra propia suerte! ¡Ayudadnos, en nombre de Jesús, por quien os suplicamos la gracia de la salvación! Erré mucho, es verdad... Pero mi espíritu arrepentido implora protección... Sé que no merezco el descanso del Paraíso, mas ¡oh, emisarios del Cielo!, por todo lo que sois, concededme recursos para rescatar mis deudas. ¡Estoy dispuesta! ¡Buscaré a quiénes ofendí en la vida terrestre, para humillarme y pedirles perdón...!

Con las manos juntas, nos miraba angustiada y concluía:

–¡No me desamparéis! ¡No me desamparéis!

Cambió de algún modo el cuadro. La valerosa pedigüeña dio valor a los demás compañeros de infortunio:

–¡Por los méritos de San Gerardo de Majela –gritó un infeliz, revelando su antigua condición de católico-romano- libérennos de aquí! ¡Sálvennos de este torbellino infernal! ¡Socórrannos, por el amor de Dios!

Destacándose unas de las otras, las súplicas proferidas evidenciaban la presencia de adeptos de variados credos religiosos conocidos en la Corteza Terrestre, y no faltaban los espiritistas en el triste concierto. Determinada señora, de porte respetable, cabellos rebeldes y profundas llagas en el rostro, exclamó, llorosa:

–¡Espíritus del bien, ayúdenme! Yo conocí a Bezerra de Menezes en la Tierra y acepté el Espiritismo. Pero, ¡ay de mí! Mi creencia no llegó a ser una fe renovadora. ¡Me dedicaba a la consolación, pero huía de la responsabilidad! ¡La muerte me lanzó aquí, donde he sufrido bastante las consecuencias de mi relajamiento espiritual! ¡Socórranme, por Jesús!

De todos los rincones sonaban ruegos conmovedores.

Jamás olvidaré la inflexión de las palabras oídas. Jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, en deplorables condiciones, postrados a pequeña distancia, respetuosos y confiados en virtud de las luces que encendiéramos en medio de la triste noche, imploraban el socorro divino, tratándonos con extrema veneración, como si fuésemos legítimos exponentes de santidad. Cuando los ruegos crecieron, partiendo de tantas bocas, los verdugos empuñaron látigos siniestros, repartiendo azotes casi indiscriminadamente... La mayoría de los pobres que se mantenían arrodillados se desbandó, a pasos tan rápidos como les fue posible, regresando a los ángulos sombríos del valle profundo. Pero algunos soportaban los golpes heroicamente, manteniéndose de rodillas y contemplándonos, ansiosos.

Cierto perseguidor, señalándonos sarcásticamente, vociferó desgañitándose:

–¿Están viendo? ¡Son benefactores relumbrones! ¡No se lanzan a la lucha a favor de nadie! Enseñan con los labios, pero en el fondo son mensajeros del infierno, insensibles y duros, como estatuas de piedra. ¡Ninguno de ellos osa atravesar la barrera para prestaros asistencia y socorro...!

Siguieron carcajeándose de forma tan escarnecedora que todo mi sentimiento de repulsa humana afloró de repente. ¿Qué estaba haciendo que no reprimía al provocador? ¿Por qué no castigarlo debidamente? Me acercaba de lleno al desequilibrio mental, cuando la Hermana Zenobia, tal vez, temiendo por nuestra reacción, se acercó y con la mayor tranquilidad nos recomendó:

–Amigos, conservémonos en calma para realizar nuestro trabajo con eficiencia. Nadie permanece en este abismo de dolor sin razón de ser.

Y posiblemente convencida de la necesidad de usar una argumentación más firme para convencernos, agregó:

–¿Qué sería del Cristianismo si Jesús hubiese abandonado el madero del testimonio, a medio camino, con el fin de entrar en pugilato con la multitud? No olvidemos que estamos aquí realizando una tarea consoladora y educativa. El trabajo del castigo a los culpables vendrá de lo más alto.

La referencia nos despertó, de pronto, para el carácter elevado de la investidura. Las almas efectivamente superiores poseen el don de proyectarnos el espíritu en zonas sagradas de la vida, reintegrándonos en la corriente de inspiración de las Fuerzas Divinas que sustentan el Universo.

La hora no admitía una larga disertación sobre las obligaciones que deberíamos desempeñar. Sin pérdida de tiempo, la directora de la Casa Transitoria se puso de acuerdo con los auxiliares que había traído, desplegando éstos extenso material de socorro.

Iban las providencias a medio camino, cuando varios grupos de infelices intentaron vencer los obstáculos, ansiosos por reunirse con nosotros; pero los verdugos actuando con astucia los golpearon cruelmente, empeñándose en la lucha para precipitarlos al fondo del tenebroso foso, del cual huían las víctimas llenas de visible terror.

Activa y delicada, Zenobia determinó que las fajas luminosas de salvación fuesen lanzadas al otro lado, con el propósito de retirar el mayor número posible de sufridores de tan amarga situación; sin embargo, a la orden siguió una odiosa represalia. Los genios diabólicos se hicieron más duros. Acudieron montones de míseras almas, buscando agarrarse a las extremidades resplandecientes posadas en la orilla opuesta, cual bordas de acogedor puente de luz. No obstante, se multiplicaron los golpes y manotazos. Gran número de entidades perversas contenían a los afligidos prisioneros, impidiéndoles el salvamento, con manifiesto recrudescimiento de maldad. Nuestro esfuerzo persistió por largo rato. Al final, observando que era inútil, pues sólo favorecía el aumento de la agresividad de los verdugos, la Hermana Zenobia, manteniéndose muy serena, determinó que fuese recogido el material utilizado para los trabajos de salvación.

Las rogativas llorosas de las víctimas se cruzaban con las frases injuriosas de los verdugos, oprimiéndonos el corazón.

Después de la recomposición del material, inútilmente utilizado, la dedicada orientadora llamó a uno de los servidores que le trajo un pequeño aparato, destinado a la ampliación de la voz, y habló pausadamente, en dirección del abismo:

—¡Hermanos en humanidad, reine con vosotros la Paz Divina!

Su palabra adquirió un impresionante poder de repercusión. Retumbaba lejos, como si fuese dirigida a las almas que, por ventura, estuviesen durmiendo a considerable distancia.

Sin ninguna demostración de impaciencia o desagrado, continuó:

—¡Regocijaos, corazones de buena voluntad! Sobre todo, confiad en la protección de Nuestro Señor Jesús. ¡Nos dilaceran vuestros dolores, nos tocan de cerca las incomprensiones y sufrimientos a los que os entregáis, apartados de la Ley Divina, y

si no atravesamos el foso negro, en la suprema tentativa de salvaros temporalmente del mal, es que somos igualmente compañeros de lucha, sin inmunidades angélicas, detentando limitadas posibilidades de amparo a los semejantes! Pero, alegraos y aguardad, confiados, porque a vuestro beneficio se manifestará el fuego consumidor, en esta región infeliz, donde tantas inteligencias perversas escarnecen los mandamientos del Padre y le menosprecian las bendiciones de luz. Mañana mismo, se demostrará el Supremo Poder.

Hizo una pequeña pausa y prosiguió:

–Hace más de un lustro que la Casa Transitoria de Fabiano persevera en estas zonas de tinieblas y sufrimiento, convocando almas perdidas al aprovechamiento de la bendita oportunidad de recomenzar a través del trabajo dignificante, en cuyas bendiciones hay siempre recursos para limpiar las manchas del pasado, regenerando los caminos del porvenir. Hace cerca de dos mil años que enseñamos el bien y la verdad, preparando corazones para el futuro redentor. Si es innegable que muchos hermanos se valieron de nuestra humilde ayuda, aceptando el remedio para la restauración, la mayoría de vosotros siempre huyó de nuestra influencia, desdeñando nuestro socorro, abjurando de nuestra colaboración, despreciando nuestros servicios, favoreciendo la discordia y la persecución y ofreciéndonos obstáculos de todo tipo. A pesar de todo, amigos míos, el albergue de Fabiano aún se pone a vuestra disposición, hasta las primeras horas de mañana.

Ante la grave inflexión de aquella voz y tal vez considerando el tenor del aviso, se callaron las bocas pervertidas y desequilibradas. Los más perversos pasaron a contemplarnos, entre el recelo y la interrogación.

Después de un corto intervalo, Zenobia prosiguió, profundamente emocionada:

–No luchamos cuerpo a cuerpo con la ignorancia temeraria

e infeliz, porque la delegación que el Maestro nos confió nos señala deberes de amor y no de porfía. Fuimos designados para administrar el bien y lamentamos que hermanos horriblemente desventurados nos ofrezcan resistencia, sumergiéndose en el pantano de la rebeldía personal. Pero no tenemos ninguna palabra condenatoria. Los que intentan escapar a las Leyes Eternas son bastante desafortunados por sí mismos. Amarga será la cosecha de su triste siembra. Gastarán largo tiempo extrayendo espinas envenenadas, introducidas por ellos mismos en el corazón. ¿Por qué combatirlos si están vencidos, desde el primer desafío a la Divinidad? ¿Por qué torturarlos si permanecen perseguidos por los fantasmas creados por su propia rebeldía e insensatez? Pero el Poderoso Señor, que ama a los justos y rectifica a los injustos, hará que mañana surja en este cielo la tempestad renovadora. El asilo de Fabiano recibirá a criaturas de buena voluntad, dentro de las próximas horas; pero será inútil buscar socorro allí sin modificación sustancial para el bien. Ningún sufriente será recogido tan sólo porque implore la acogida con los labios. Nuestra casa de paz cristiana es igualmente un templo de trabajo cristiano y la hipocresía no le puede alterar su santificante ministerio. Nuestras defensas magnéticas funcionarán rigurosamente y sólo los corazones sinceramente interesados en la renovación, con Cristo Jesús, serán portadores de la señal indispensable para el ingreso. En balde, rogarán socorro las entidades endurecidas en el crimen y en la indiferencia.

Los verdugos observaban a las víctimas con odiosa expresión.

Con todo, la Hermana Zenobia, prosiguió, intrépida, dirigiéndose especialmente a los infortunados:

–Soportad a los verdugos crueles por algunas horas más y valeos de la oración para que no os falten las energías interiores. No tenemos necesidad de lucha corporal, ni de defensiva destructora, y sí de la resistencia que el Divino Maestro ejemplificó. Tolerad a los enemigos gratuitos del bien, desesperados e infelices,

que os persiguen y maltratan, orando por ellos, porque el Poder Renovador se manifestará invitando, por intermedio del sufrimiento, a que se arrepientan y se conviertan.

Enseguida, expresando optimismo y felicidad en su lúcida mirada, la orientadora elevó una conmovedora súplica por los habitantes del abismo, la cual acompañamos con emotivas lágrimas.

Semblantes angustiados nos seguían atentos, en la otra margen, mientras los impenitentes adversarios de la luz guardaban silencio. Mientras tanto, los encarcelados en el dolor continuaron implorando auxilio, pero, atendiendo a las determinaciones de la Hermana Zenobia, apagamos las luces, disponiéndonos a la vuelta.

En otras ocasiones, al terminar los incidentes que me sorprendían, yo conservaba en mi cerebro ágil y curioso, una inmensidad de indagaciones. Pero ahora regresaba triste.

La extensión de la lucha me compungía. De hecho, los padecimientos provocados por la ignorancia no tenían límite y todo abuso del libre albedrío individual encontraba punición espontánea en las leyes universales. Seguro que, en diferentes lugares, otros abismos como aquel estarían repletos de víctimas y verdugos.

¡Ah! ¡Yo también guardaba en el vaso del corazón todos los resabios de las vicisitudes humanas! ¡Yo también había sufrido mucho y había hecho sufrir! Vigorosas reminiscencias de la existencia carnal yacían vivas en mí. En silencio, con el alma vuelta hacia el Cristo de Dios, medité sobre la grandeza de su sublime sacrificio, y pensando en los crueles perseguidores y en los pobres perseguidos del valle oscuro, preguntaba al Señor, en la intimidad de mi frágil y oprimido corazón, por quién debería yo llorar más intensamente.

LOOR Y GRATITUD

Aunque los resultados de nuestra visita al abismo habían sido aparentemente mínimos, nos sentíamos reconfortados y satisfechos.

De regreso, bordeando pantanos y guardando la misma actitud de severa vigilancia, considerando las posibles sorpresas del camino, hicimos todo el trayecto en profundo silencio.

Pero, al aproximarnos a la Institución, después de atravesar la zona peligrosa, la Hermana Zenobia tomó la palabra, agradeciéndonos en tono conmovedor. Después de pronunciar cariñosas expresiones de reconocimiento, afirmó, jubilosa:

–Felizmente, nuestro trabajo fue bendito y provechoso. Los nuevos cooperadores extrañarán tal vez mi afirmación, recordando, sin duda, que las redes de salvamento regresaron vacías. No obstante, ocurrió algo más importante que la eventualidad de haber traído compulsivamente con nosotros a algunos hermanos infelices. Me refiero a la siembra de las verdades eternas en los corazones ignorantes, administrando esperanzas a los desalentados y tristes. No somos apologistas de la violencia, y sí sembradores del bien, y la base natural de la cosecha segura es la sementera cuidadosa.

Las enseñanzas edificantes lanzadas al campo del entendimiento abren nuevos y claros horizontes a la investigación mental de los necesitados y sufridores. Esta misma noche, muchos de ellos cultivarán, en proceso intensivo en su campo interno, los principios renovadores recibidos y mañana, probablemente, estarán en condiciones vibratorias adecuadas para ser internados en nuestro asilo. Para nosotros es más deseable que todos caminen valiéndose de sus pies, para que en el futuro, en medio de los servicios naturales de regeneración, no se declaren víctimas de acciones coercitivas de arrastramiento. En todos los lugares encontramos la compasión y la Justicia de Dios.

Sonrió, benevolente, y añadió:

–La compasión, hija del Amor, deseará extender siempre el brazo que salva, pero la justicia, hija de la Ley, no prescinde de la acción que rectifica. Habrá recursos de la misericordia para las situaciones más deplorables. Pero, el orden legal del Universo se cumplirá, invariablemente. Así pues, en virtud de esa realidad, es justo que cada hijo de Dios asuma sus responsabilidades y tome por sí mismo sus resoluciones.

La explicación era lógica y reconfortante. Deseábamos que continuase aquella argumentación, pero nos acercábamos a la Casa Transitoria, que ahora, se encontraba ya a nuestra vista. Poco después habíamos alcanzado las cercanías del albergue admirándome del intenso movimiento que había a su alrededor.

Numerosas entidades iban y venían. Casi todas entraban o salían de la organización de socorro, en pequeños grupos. Ancianos amparaban a jóvenes que parecían indecisos, titubeantes. Niños nimbados de luz guiaban a adultos de rostros sombríos, asemejándose a pequeños y cariñosos conductores de ciegos.

El cuadro era hermoso y enternecedor. Posiblemente, examinando la extrañeza que se apoderara de mí, se adelantó la orientadora de la institución, explicando, atentamente:

–Nuestros amigos de la Corteza Terrestre, parcialmente liberados de la carne por la actuación del sueño, llegan hasta aquí, todas las noches, traídos por compañeros espirituales, con el fin de recibir auxilio o avisos necesarios. La Casa ofrece recursos para los encuentros oportunos.

No conseguí disimular la sorpresa ante la maravillosa escena, contemplando embelesado, el tierno cuidado de los benefactores desencarnados con todos aquellos que venían de los círculos más densos de la Tierra.

Atravesada la zona magnética de defensa, nos confundimos entre los que pasaban. No lejos de mí, un interesante niño, que aparentaba de nueve a diez años de edad, revestido de un gracioso halo de luz, guiaba a una señora de andar inestable. Parecía enferma e incapaz de controlarse. Pero el pequeño le tomaba con firmeza la mano, y después de saludar a la Hermana Zenobia, exclamó, respetuoso, dirigiéndose a la vacilante matrona:

–¡Por aquí, mamá! ¡Venga sin miedo, por aquí!

Oyéndolo, la interpelada parecía despertar de un buen sueño, mientras gritaba semi inconsciente:

–¡Hijito mío, hijito mío! ¡No me dejes regresar! ¡Siempre te he querido y siempre te querré!

Las expresiones de dulzura se mezclaban con su copioso llanto. Observé sus rasgos corporales. La pobre madre no nos podía ver. Seguía tímida e insegura de sí. Sus ojos, que vertían gruesas lágrimas, permanecían presos en la contemplación del niño, revelando suprema ternura de madre, exhausta por la nostalgia, al reencontrar al objeto de su amor, que creía haber perdido para siempre.

–¡Camine mamá! ¡No desfallezca! –clamaba el muchacho, exultante de júbilo.

–¡Ya voy, hijo mío!, ¡te seguiré, llévame contigo! – decía la madre, ahogada por sublime emoción.

Mis compañeros, seguramente, habituados a aquel espectáculo desde mucho tiempo atrás, conversaban distraídos entre sí; pero yo, seguí con los ojos humedecidos al cariñoso niño que amparaba a su madre, hasta que desaparecieron a través de una de las puertas laterales.

No contuve la sorpresa que me dominaba, y tocando el brazo del sacerdote Hipólito le pregunté:

–Amigo mío, ¿con que finalidad andan por aquí la señora y el niño?

Esbozando significativo gesto de asombro, observó:

–No los vi.

Entonces, le narré el cuadro que tanto me había enternecido, bordando mis informes de consideraciones afectivas.

El ex sacerdote sonrió compasivo y añadió:

–¡Bueno, André, son tantas las madres y tantos los niños que transitan por aquí...! Seguramente, el hijito, como tantos otros, conducirá a la progenitora a la cámara de auxilio.

No tuve tiempo para emitir nuevas impresiones.

Nuestro grupo alcanzó la puerta de entrada y dos amigos se acercaron, solícitos. Se trataba de Gotuzo y otro hermano con quien no había entrado en contacto personal.

Nos saludaron cortésmente.

De inmediato Gotuzo se dirigió a la directora, informándole de los servicios de colaboración con los técnicos que organizaban algunas reencarnaciones expiatorias en la Corteza Terrestre, los cuales habían sido ejecutados satisfactoriamente.

Zenobia agradeció y nos invitó a participar en las oraciones de loor y gratitud al Todopoderoso.

Entramos en la Sala Consagrada, donde la orientadora tomó

conocimiento de las medidas llevadas a cabo en su corta ausencia, y corroboró que todos los albergados habían comparecido a la reunión general de oraciones y auxilios magnéticos, realizada minutos antes.

Algunas señales sonoras convocaron a los colaboradores a la acción de gracias.

Zenobia, delicada y activa, nos dispuso en torno a una gran mesa, al fondo de la cual se erguía una pantalla transparente de grandes proporciones.

¡Era admirable la comunión de la casa! Todos los dirigentes de las múltiples secciones en las que se subdividían las actividades de la Institución, se encontraban presentes para la acción gratulatoria.

Afablemente, la directora nos informó que todas las noches se verificaban los trabajos de oración para los albergados y para el personal administrativo, destacando que se reunía en persona con todos los subjeses de la organización que no se encontrasen inhibidos por motivos de servicio. En aquella oportunidad estábamos allí treinta y cinco entidades, presas al dulce magnetismo de aquella mujer que sabía desempeñar tan bien la excelsa misión educativa. A la cabecera del gran mueble referido, rodeado por las poltronas confortables que ocupábamos en dos hileras, se sentó Zenobia, radiante, manifestándose en frente de la pantalla constituida por un tejido diáfano, semejante a una tenuísima gasa. Treinta y cinco mentes, interesadas en la adquisición de la luz divina, se unían a la suya para las vibraciones de reconocimiento y paz.

Gotuzo, cercano de mí, se entregó a profunda meditación.

Solicitando que acompañásemos mentalmente sus palabras, la instructora inició la conmovedora y sublime oración:

—¡Señor de la vida: nuestros corazones desbordados de júbilo te agradecen las bendiciones de cada día!

Permite que nos reunamos, en tu nombre, en esta noche bendita de felicidad y esperanza, para manifestarte nuestra eterna gratitud.

No te rogamos, Señor, ventajas y beneficios para nosotros, ricos como somos de tu luz y misericordia, mas suplicamos a tu corazón augusto que nos sean concedidos los dones del equilibrio y de la equidad, para que sepamos distribuir nuestra divina herencia y no disipemos, en vano, la gloria de tus dádivas. Fortifica nuestra noción de armonía para que seamos cooperadores leales de tus santos designios.

¡Nos levantamos del abismo del pasado, por tu bondad vigilante y nos encontramos aquí para servirte! Entretanto, Padre, abatidos por el peso de las inclinaciones humanas, cultivadas por nosotros durante milenios, con desvaríos emotivos, no prescindimos de tu disciplina y de tu fuerza paternal. ¡Danos el clima sano de la liberación de nosotros mismos! Magnetizados por nuestros recuerdos del pasado, no siempre comprendemos tu voluntad soberana y justa. Anúlanos el personalismo inferior para que la conciencia del Universo nos esclarezca el corazón. ¡Levántanos el raciocinio hacia un entendimiento más elevado; haznos vibrar en el campo de tus Divinos Pensamientos!

Pusiste en nuestra boca el verbo constructivo, nos henchiste el alma de luz y tranquilidad, con el fin de que colaboremos en tu obra. Nos diste en esta estancia de amor fraternal, compañeros dedicados al bien, y en torno a nuestra pequeñita tarea, colocaste una multitud de afligidos y sufridores.

¡Oh, Señor! ¡Cuán felices somos por la posibilidad de administrar en tu nombre consuelo y esclarecimiento! ¡Con todo eso, te imploramos nos des la inspiración y el derrotero, considerando las responsabilidades de los que reciben de ti los cuidados de la salvación! ¡Enséñanos a actuar desapasionadamente, infúndenos respeto por la autoridad que nos diste; ayúdanos a

desprender la mente de las creaciones individuales, para que te sintamos más cerca en el esfuerzo colectivo de la elevación común! Y cada vez que nuestros actos traduzcan interferencias indebidas del libre arbitrio en la ejecución de tus leyes, repréndenos, severamente, para que no persistamos en el desvío inconsciente. ¡Somos tus hijos frágiles, pero confiados! Todas tus resoluciones, a nuestro respecto, son excelentes y bellas. ¡Concédenos, pues, bastante visión, de manera que diviseemos nuestra ventura en tus designios, sean ellos cuales fueren!

¡Somos siervos humildes de tu gloriosa sabiduría!

En este granero de paz consoladora, recibimos a través de mil recursos diferentes, tu presencia indirecta, con la cual son atendidos los que lloran y padecen.

¡Oh, Padre Compasivo! ¿Qué felicidad mayor que ésta: la de esparcir, con Nuestro Señor Jesucristo, tus bendiciones redentoras y cariñosas? ¿Qué escuela puede ser más rica que la que se localiza en esta casa, donde aprendemos, jubilosos a ejercer el sublime don de dar?

La instructora debió interrumpir la oración, pues tenía la voz ahogada por la emoción con la que se dirigía a Dios, y aludiendo a la realización particular que efectuara aquella noche, prosiguió, después de hacer una larga pausa, conmoviéndonos a todos:

—¡Dilatándonos la alegría, estimulándonos al coraje, santificándonos la esperanza, aún permites, Señor, que podamos atender al corazón interesado en mitigar y confortar a Espíritus queridos, que se perdieron de nuestra compañía en el curso incesante del tiempo!”

La orientadora hizo una nueva pausa. Enseguida, imprimiendo suave entonación a las palabras que pronunciaba, la Hermana Zenobia concluyó:

—¡Con el alma orientada hacia tu magnanimidad, te dirigimos nuestro reconocimiento sin término!

¡Sé loado por todos los milenios de los milenios, sé glorificado por todos los seres de la Creación! Tus servidores en esta casa de edificación personal te agradecen las oportunidades preciosas de trabajo y esperan la continuidad de tus bendiciones. ¡Qué tu inagotable luz sea reflejada en todo el Universo Infinito! Que así sea.

Las últimas sentencias de la inolvidable oración fueron acuñadas de profunda emoción mezclada de júbilo. Aquella plegaria constituía uno de los más hermosos actos de adoración que yo había escuchado hasta entonces. Zenobia se regocijaba por la oportunidad del servicio, por la fortuna de contribuir con algo útil, por la ventura de compartir el bien.

Los minutos de adoración nos elevaron. Una suave luz se irradiaba de nuestras frentes sincronizadas en los mismos pensamientos.

Terminada la manifestación gratulatoria, la directora nos recomendó observación y silencio. No pasó mucho tiempo y la pantalla desdoblada ante nosotros, como si fuese un instrumento de respuesta al esfuerzo y la devoción expresados, se iluminó de repente, expidiendo rayos de un brillo maravillosamente azul, que se esparcieron sobre la diminuta asamblea, cual minúsculos zafiros etéreos. Parecía que ignotas energías divinas caían sobre nosotros, penetrándonos íntimamente y revitalizando nuestro ser.

Transcurridos algunos minutos, Zenobia, interpretando el sentimiento general, agradeció sensibilizada.

Una nueva quietud se asentó en toda la sala. Pero después de algunos minutos de intensa expectativa, Luciana tomó la palabra y se dirigió a la orientadora, en estos términos:

—En este momento veo en la pantalla de bendiciones a un respetable anciano, rodeado de luz verde plateada. Le extiende la diestra, bendiciéndola y me recomienda que le diga que se trata de Bernardino.

–¡Ah! Ya sé –respondió contenta la instructora-, es un mensajero de la Casa Redentora de Fabiano. Que Jesús lo recompense por el regocijo que nos trae.

–Asegura el iluminado visitante –volvió a decir la dedicada clarividente– que las vibraciones ambientales se inclinan ahora hacia las esferas inferiores y que a pesar de su deseo, no conseguirá hacerse visible a todos. Añade que los amigos de la institución velan por la marcha armoniosa de los servicios, y que la fuente de la Bondad Divina suplirá siempre de paz y recursos a todos los corazones de buena voluntad, en la siembra del bien.

Después de un ligero intervalo, que Luciana parecía aprovechar en meticulosa observación, informó, conmovida:

–El emisario nos contempla silenciosamente, y yergue los ojos hacia lo Alto, pidiendo para nosotros la luz de la comprensión divina.

Vimos una profusa emisión de rayos brillantes de luz verde, por intermedio de una sustancia diáfana, como nueva lluvia de pequeñas gotas celestes.

Terminada la exteriorización de la sublime energía, portadora de bienestar y finalizados algunos minutos de nuevo silencio, Luciana volvió a comunicarse con la directora:

–Hermana, la pantalla se ilumina de nuevo. Esta vez, tenemos la visita de una bienaventurada celestial. ¡Oh! ¡Su aspecto deslumbra! Lleva en su pecho un soberbio ramillete de lirios tan blancos como la nieve, exhalando embriagador perfume.

La informante no había concluido la notificación y en medio de alba claridad que se evaporaba de la pantalla, sentíamos todo el aroma característico de las mencionadas flores, envolviéndonos en ondas indescriptibles de alegría y paz.

Impresionada a su vez, Luciana prosiguió:

–La mensajera viste una suave túnica, entallada en un delicado tejido semejante a la seda, y parece estar haciendo una oración de agradecimiento...

–¡Ahora nos observa bondadosamente –continuó, volviendo a tomar la palabra–, y nos lanza las flores que trae consigo, revelando un intensísimo cariño! Dice algo... ¡Oh! ¡Sí, con el permiso de nuestros Mayores, desea comunicarse con el Hermano Gotuzo y solicita nuestra cooperación!

No pude ocultar la sorpresa, en vista del desenvolvimiento de los trabajos en curso, en aquel oficio de gratitud y loor.

La Hermana Zenobia, naturalmente experimentada en las actividades de intercambio, intervino añadiendo:

–Sí, Luciana, en lo que esté dentro de sus posibilidades, ceda su vehículo de manifestación, ya que el ambiente permanece pesadísimo. En otras circunstancias, este recurso no sería necesario, pero las sustancias densas del plano, cargado de fuerzas negativas, inciden sobre el aparato de las bendiciones, forzándonos a pedirle su participación personal. Estamos preparados para recibir a la dedicada emisaria de esta casa de paz. Gotuzo y nosotros nos colocamos a su disposición, para oír su mensaje de amor.

La enfermera, con la posibilidad de quien veía más que nosotros, observó, conmovida:

–Se identifica como Leticia, declara que desencarnó hace treinta y dos años y asevera que fue la progenitora del referido compañero.

Más emocionada y reverente, acentuó:

–¡Ah! Ahora sale de la pantalla y viene a nuestro encuentro. Se adelanta. De sus manos se desprenden rayos de sublime luz. ¡Me abraza! ¡Oh! ¡Cómo sois generosa abnegada benefactora...! ¡Sí! ¡Estoy dispuesta, cederé con placer...!

En ese instante el aspecto de Luciana se transformó. Una beatífica sonrisa se dibujó en sus labios. De su frente irradiaba hermosa luz. Con la voz altamente modificada, la emisaria comenzó a expresarse por su intermedio:

—¡Hermanos, sea con nosotros la paz del Cordero Divino! No deseamos perturbar la reunión que os congrega en el servicio impersonal de la verdad y del bien; sin embargo, con el permiso de nuestros Orientadores, vengo al encuentro de alguien que nos es muy querido, buscando despertarle la conciencia para horizontes más altos de la vida.

Sonrió, benévola y continuó:

—¡Excúsenos, pues, dedicados amigos! Nuestras experiencias más elevadas resultan del intercambio incesante de valores comunes. El corazón que ama en Cristo es como una laboriosa abeja que recoge la miel de la sabiduría en todas las flores de amor y trabajo. Recogeré, contenta, en el alma fraternal de esta asamblea de cooperadores de la Voluntad Divina, elementos de tolerancia y comprensión, y me sentiré feliz si pudiera ofrecerles algo del cariño materno que mantengo en el corazón hambriento de vida superior.

Hizo un pequeño intervalo entre la salutación y el objetivo de su permanencia entre nosotros. Enseguida, dirigiéndose en particular al colega que recibía su visita, expresó con acentuada inflexión de ternura:

—Gotuzo, hijo mío, seré breve. Antes de advertirlo, ya rogué al Señor para que lo bendiga e inspire siempre. Oiga, desapasionadamente, la palabra de su madre y vieja amiga. Despréndase de las antiguas ideas para que pueda comprender mejor. Las concepciones inferiores de nuestro “yo” también se cristalizan, impidiendo la penetración de la luz en nuestro campo interno. ¡Escuche, hijo mío! ¿Cómo puede menospreciar la santa

oportunidad de elevación? ¿Cómo puede permanecer en reposo, ante las necesidades primordiales del espíritu? El Maestro aprovecha las cualidades utilizables del discípulo, en determinado sector de aprendizaje, aplazando por misericordia, la mejoría y el perfeccionamiento de ciertas zonas oscuras de la personalidad. A veces, el aprendiz se retarda por meses, años o siglos... Jesús no es señor de la violencia y nunca impone resoluciones drásticas a la obra evolutiva. Es cultivador del trabajo, de la esperanza... Compasivo y bondadoso, aguardará siempre nuestras decisiones de colaborar en el apostolado redentor, soportará nuestras faltas muchas veces; no obstante, en nuestro propio interés, debemos estar atentos y vigilantes a sus enseñanzas, con la sincera disposición de aplicarlas. Sin duda, no nos fulminará con rayos destructores por nuestra demora en disculpar a alguien; no obstante, nos recomendó que perdonásemos setenta veces siete. Naturalmente, no nos perseguirá por nuestra dificultad en simpatizar con hermanos actualmente menos felices que nosotros. Pero, se esforzó para que nos amemos unos a los otros. No vendrá en persona a obligarnos a asumir determinada actitud evangélica, pero trazó todas las disposiciones necesarias para establecer derroteros para la práctica del bien. Su esfuerzo como médico, en esta casa, es de hecho apreciable. Compañeros dignos lo siguen con amistad y admiración. Se multiplican los valores que lo rodean, amontona usted maravillas y bendiciones, en la parte de las adquisiciones afectivas, pero... ¿y su propio destino? No obstante la luz que brilla en su carácter santificado, sus amigos no pueden sustituirlo en las realizaciones que lo esperan. Sus manifestaciones de naturaleza exterior instruyen y consuelan. Pero, sus pensamientos más íntimos nos dilaceran el corazón. ¿Cómo conducirá enfermos a la curación, si prosigue amargado con aquellos que aparentemente lo hirieron? ¿Cómo dará lecciones de buen ánimo a los tristes, si se demora tanto tiempo en la ilusión del desaliento? ¡Oh, hijo amado, nadie sirve a la obra del Padre con la mente embotada por el vino amargo de las pasiones! ¡Abra

el entendimiento al paso de las bendiciones divinas! No guarde gusanos destructores en el jardín de la esperanza... pues dañarían las más bellas flores, aniquilando la promesa de los frutos...

La mensajera, hizo un corto intervalo, como si coordinara la argumentación, luego prosiguió:

—Es razonable que usted se demore en este asilo de amor, colaborando en la curación de desequilibrados mentales, lejos de los círculos más densos. Pero, ¿no pretende ganar el más allá? ¿Admite, satisfecho, la cárcel del estancamiento, a pesar del carácter edificante del trabajo? ¿No desearía liberarse, para rescatar, efectivamente, a los prisioneros de la ignorancia? ¿No ascendería al plano superior para ser más útil a los que intentan subir por la escalera reveladora de la luz inmortal? No le hablo a usted ahora con la afectuosa insistencia de una madre. En el presente, nuestros lazos con relación al pasado son muy diversos. Somos ambos hijos del Padre Altísimo, y crea que mi devoción por usted no es menor. No lo abandonaré a las inclinaciones poco elevadas, aunque justificables en la tabla de las convenciones puramente humanas. Y, en razón de eso, vengo a oírlo sobre sus propósitos. Usted ha cooperado, espontánea y asiduamente en las tareas del bien. Es un trabajador con derecho a descubrir sus propios errores y a rectificar el camino que le compete. Pero, oiga, hijo mío, y compréndame: vengo intercediendo junto a las autoridades que nos rigen los destinos, para que su conciencia despierte hacia la luz divina. ¡El grupo doméstico, amado e inolvidable, espera por usted para la preparación de la felicidad del porvenir...!

Las palabras pronunciadas expresaban el enorme bagaje de consideraciones que quedarían por decir. Cada concepto se envolvía en significativa onda de pensamientos, que evidenciaban, de modo indirecto, los sagrados fines de la visita materna.

Después de una larga pausa. Leticia preguntó delicadamente:

—¿Qué responde, hijo mío?

Se hizo un conmovedor silencio; percibimos que Gotuzo lloraba, entre la respiración oprimida y los sollozos mal contenidos. Al término de algunos minutos, contestó, humilde:

–¡Madre mía! ¡Mi buena madre! ¡Estoy dispuesto!

La entidad comunicante, cuya presencia sentíamos, sin verla, volvió a decir, visiblemente emocionada:

–Rindo gracias al Señor por su comprensión. Sí, hijo mío, organizaremos todas las medidas indispensables. Usted volverá pronto al grupo familiar. Prepárese, considerando la lucha imprescindible para la iluminación. El instituto doméstico, legítimamente considerado, es un granero de supremos valores educativos para cuantos busquen los intereses divinos, por encima de las reflexiones humanas. El hogar terrestre es una forja de bendita redención. Reencontrará las simpatías y las antipatías de otro tiempo, ofreciendo posibilidades felices de reajuste emocional. Rememore las lecciones aprendidas, pida la inspiración de Jesús y dispóngase a partir, tranquilo. No se desanime ante el servicio a realizar. Somos millones de criaturas, disputando la oportunidad de santificar sentimientos. En el pasado, pocas veces procedíamos en obediencia a los dictámenes de la Ley. Si exteriorizábamos estimación por alguien, nos perdíamos en los excesos de pasión, como necesitados de afecto; si manifestábamos actitudes de corrección, cedíamos a la ceguera del odio, como cultores del exclusivismo feroz. Es menester regresar al curso, para conquistar el necesario equilibrio espiritual para la elevación.

Gotuzo, con lágrimas en los ojos, no conseguía hablar. Pero la ex progenitora, dándonos a entender que captaba sus más íntimos pensamientos, afirmó, después de una larga pausa:

–La dedicada esposa que dejó en la Corteza Terrestre no podrá servirle de madre; pero será su cariñosa y experimentada abuela. Su adversario gratuito, un pobre que se entregó a la envidia y a la ambición destructoras, recibirá sus besos infantiles y con ellos los

efluvios de su perdón renovador. ¿Qué corazón engañado por los malos sentimientos no se inclinará ante los cambios de la vida? El ex enemigo entra ahora en la declinación de las ilusiones. Su alma atraviesa actualmente el pórtico que da acceso a la vejez del cuerpo temporal. Y en vez de recuerdos dulces que le acaricien el espíritu, soportará aflictivas reminiscencias. Su presencia le atenuará los pesares. Mientras las dolencias del desequilibrio le castiguen la carne y los penosos recuerdos le hieran la mente, será usted el nieto consolador, mensajero de paz en forma de niño. Le ayudaremos a consagrarle atención y cariño. En el desencanto del cuerpo cansado y en la ternura infantil, el Espíritu consigue sublimes realizaciones para la vida eterna.

Nuevo intervalo de la visitante que continuó, enseguida:

—Su futuro padre, en la efímera existencia humana, corazón particularmente amado por el suyo, recibirá el apoyo amoroso y decisivo de un hijo muy querido, elevándose a ennoblecida altitud moral, por el sagrado estímulo de su compañía. Su retorno le infundirá más respeto al mundo y a los semejantes. Deseará cultivar virtudes y valores, para que usted bendiga su paternidad. Llorará con sus dolores, reirá con sus alegrías. Se sentirá como un hombre nuevo, al contacto de sus pequeñas manos. Su esfuerzo futuro, después de las realizaciones que viene llevando a efecto, beneficiará a todo el grupo familiar, en una bendita tarea que no pudo realizar en la condición por la que pasó. ¡Oh, hijo mío! ¿Habrà ventura mayor que la de liquidar nuestros débitos y partir unidos hacia los júbilos del cántico inmortal de integración con la Divinidad? ¡Otras escuelas más bellas esperan por nosotros, otras glorias nos harán felices para siempre! ¡Sigamos hacia Dios...!

En ese punto, tal vez absorta por la profunda emoción, tuvo que callarse.

Respetuoso y humilde, Gotuzo rogó a la Hermana Zenobia que le permitiese aproximarse. Obtenido el consentimiento, avanzó

hacia la poltrona en la que Luciana traducía a los otros la personalidad materna y se arrodilló, besándole las manos.

Leticia, bondadosa, le recomendó:

–Levántese, hijo mío... Sé que usted me ama intensamente. Sin embargo, hay hermanos nuestros que esperan por su estima y comprensión. No vengo sola a su encuentro. Mientras me disponía a visitarlo, solicité la comparecencia de alguien de los círculos más densos, para tener la certeza de sus disposiciones. Para nuestra completa felicidad no basta que usted me bese y admire. Es indispensable que se aproxime fraternalmente a aquellos a los que aún no sabe amar. Alguien conversará con nosotros, dentro de pocos minutos. Se abrirán las puertas de esta casa de bendiciones, en beneficio de nuestra congregación familiar. Espere.

Gotuzo se mantenía en ansiosa expectativa, en base de las singulares observaciones.

Sorprendiéndonos a todos, pocos segundos después dos señoras penetraron en el recinto. La que representaba mayor número de años, revelaba su elevada posición de orientadora, por la luz que la circundaba, pero la segunda mostraba la oscura condición de un alma encarnada, en temporal alejamiento del cuerpo, a través del sueño físico. Reconoció a Gotuzo de lejos, y evidenciando indiscutible deficiencia de disciplina emotiva, extendió los brazos, descontrolada e inquieta, gritando:

–¡Gotuzo! ¡Gotuzo!, ¡qué gran felicidad, la de este reencuentro!

Pero, quizás un tanto perturbada por el choque de los recuerdos relativos a la diferente situación que le trajera el desprendimiento del primer esposo, añadía afligida:

–¡No me quiera mal! ¡Ayúdeme por amor de Dios! ¡No me abandone, no me abandone...!

Dolorosos sollozos le reventaban del pecho.

El interpelado permaneció silencioso, quizás atendiendo a la íntima angustia que lo dominaba, pero Leticia intervino, generosa, e irguiéndose firme, recogió a la nuera en sus brazos y la tranquilizó:

–Venga, Marilia, venga a mi corazón. Sabemos cuanto ha sufrido, en la silenciosa depuración espiritual. Nunca fuimos sordos a sus ruegos y conocemos de cerca la extensión de las pruebas amargas que tomaron su alma sensible.

La visitante de la Corteza Terrestre contemplaba a la benefactora, extasiada y feliz, sintiéndose en presencia de un ángel bueno, ya que no conseguía coordinar sus pensamientos para comprender el fenómeno en curso. A través de la luminosidad de su mirada, observábamos la ventura que bañaba su Espíritu jubiloso por tan bello entendimiento. Después de acariciarla con dulzura materna, la venerable amiga se dirigió a nuestro compañero, afirmando:

–¡Hijo mío! ¿No quería usted abrazarme y besarme? ¿Cree que la esposa terrestre merezca menos que yo? ¿Admite aún, que la madre de sus queridos hijitos, nostálgica y dedicada, haya sido ingrata a su límpido amor? ¿Continuará olvidado del bien para agravar el mal? En muchas ocasiones, la viuda en la Tierra debe aceptar el segundo matrimonio como un sacrificio necesario, de supremo respeto al consorte que partió. Retire de los ojos la venda del egoísmo que viene interceptando su visión e interprete con naturalidad las exigencias de la vida terrena.

Y en un gesto conciliador, le confió a la esposa, agregando:

–Ayúdela para que usted pueda ser ayudado. No rechace la lección, porque el futuro la vendrá a aclarar enteramente.

Tal vez magnetizado por la cariñosa advertencia materna, Gotuzo abrió los brazos y la recogió, solícito, actuando como un hermano compadecido y cariñoso.

Marilia lo observaba extasiada.

–¡Oh!, ¡qué sueño tan bueno! –exclamó, bajo indefinible expresión de ventura.

Y, mirando de relance hacia el salón lleno de luz, se dirigió a nosotros, conmovida:

–¡Tengo miedo de volver a mi vieja casa!, ¡ah!, ¡por favor, enviados divinos no me dejéis regresar!, ¡nunca!, ¡nunca más...!

Comprendiendo que la nuera, liberada temporalmente del cuerpo, entraba en un dominio vibratorio perjudicial para su organización psíquica, en virtud de los deberes que la vinculaban a la esfera carnal, Leticia, volviendo a abrazarla, consideró:

–Oiga, hija: es necesario que usted no se detenga por más tiempo. Pues no puede permanecer entre nosotros, antes que los Eternos Designios se manifiesten en ese sentido. Pero, vuelva al hogar distante, convencida de nuestro immaculado cariño. Nuestra tranquilidad guardará sus días terrenales. No le faltará cooperación. Si no puede acompañar al esposo querido, por la inoportunidad de semejante deseo, alégrese y confíe en el Poder Divino, pues Gotuzo irá a su encuentro. Pronto, Marilia, sus besos rociarán de amor y ventura un pequeño rostro que sintetizará, para sus esperanzas de abuela, un verdadero mundo de felicidad redentora.

Emocionada por la alegría, interrogó la pobre alma:

–Gotuzo, ¿usted me perdona?

–Él nunca sufrió ninguna ofensa de su corazón dedicado – se adelantó Leticia, bondadosa–, y se acordará siempre, con afectuosa ternura, de la compañera fiel que cuidó a sus amados hijitos y le honró el nombre, entre renunciaciones y sacrificios ignorados.

–¡Oh! ¡Oh! ¡Qué felicidad! –repetía la interlocutora, ahogada en llanto de júbilo y reconocimiento.

Acariciando la frente del hijo, que también lloraba bajo fuerte emoción, Leticia le rogaba:

–¡Hijo mío, dígame cuánto la amamos! ¡Tranquile su alma sensible y afectuosa!

Tal como un niño vencido, nuestro hermano aseguró:

–¡Marilia, nunca rescataré mi deuda, ante su intensa dedicación! Ahora, regrese confiada, mientras preparo mi propio retorno. ¡Dentro de poco, con la ayuda de Dios y de nuestra bendita madre, estaremos, de nuevo, reunidos en la Tierra! En sus oraciones de sierva incomprendida, pida por mí. Usted está en vías de terminar una dolorosa prueba de rescate, mientras que yo voy a comenzarla. Por lo tanto, ahora soy yo quien suplica auxilio y protección... ¡Espéreme! ¡No desfallezca! Aprenderemos a refundir sentimientos, a purificar lazos afectivos, a santificar impulsos, y sobre todo, bendeciremos a quien, aparentemente, nos hirió, amparando al supuesto enemigo, a fin de que nos convirtamos en sinceros hermanos unos de otros...

Ambos lloraban enternecedoramente.

Enseguida, Leticia restituyó la nuera a los brazos amigos de la orientadora que la recondujo de vuelta al cuerpo físico, con la misma actitud silenciosa que había mantenido hasta entonces.

La ex progenitora de Gotuzo recomendó que volviese a tomar su primitivo lugar, y una vez recompuesto el ambiente, solicitó la ayuda de Zenobia para la futura realización filial.

La directora de la Casa, quizás rememorando el esfuerzo que se había llevado a cabo aquella misma noche, a beneficio de un corazón que le era particularmente amado, acusaba profunda emoción.

–Gotuzo cuenta en esta institución con amigos que le están infinitamente reconocidos –dijo Zenobia, sensibilizada. Es un compañero a quien mucho debemos. Por tanto, realizaremos, de

buen grado, todo cuanto esté a nuestro alcance para que la nueva experiencia le aporte luces y bendiciones. Hermana mía, la felicidad de él en otro sector, será igualmente la felicidad de esta casa. Lo seguiremos atentos y vigilantes en la rememoración terrestre, no como regalo, sino en obediencia al tributo de gratitud del cual somos deudores, por los varios años que cooperó con nosotros, con dedicación y asiduidad.

Leticia agradeció y partió, dejándonos preciosos efluvios de paz y encantamiento.

Otro iluminado mentor de la organización de socorro, identificado por Luciana, para entonces reintegrada ya a su propia personalidad, nos dictó, por ella, algunas palabras de estímulo, elevadas y santas, encauzando hacia nosotros una copiosa lluvia de rayos luminosos a través de la pantalla de las bendiciones, recomendando a Zenobia que cerrase los servicios de oración, en la paz del Señor.

La directora pronunció una tierna oración de reconocimiento y júbilo, cerrando la tarea.

Abrazándonos, esclarecidos y satisfechos por el éxito del momento, vimos que la Hermana Zenobia se acercaba a Gotuzo, enlazándolo maternalmente.

–¡Oh! ¡Mi venerable hermana! –dijo él, enternecido. –¡Cómo es grande el premio de la Misericordia Divina...! ¡No merezco tanto! ¡Ayúdeme a agradecer a Dios...!

–¡Regocijémonos, Gotuzo!, –respondió la interlocutora – y alabemos al Padre que tanto engrandece nuestro pequeño y oscuro esfuerzo. No sólo usted fue el agraciado de hoy. ¡También yo aumenté en mucho mis grandes débitos para con el Altísimo...!

Y con la voz embargada por la emoción, concluyó:

–¡También yo recibí una divina concesión en esta gran noche!

EL FUEGO PURIFICADOR

A la mañana siguiente, la administración de la Casa Transitoria se hallaba en posesión de la ruta a seguir.

Los cronómetros marcaban las seis horas; no obstante, las sombras densas y monótonas dominaban la región.

La Institución recibía ayuda de varios trabajadores de otras organizaciones de socorro de la misma naturaleza, mientras la Hermana Zenobia se mantenía absorbida por los quehaceres imperiosos del momento, rodeada de asesores, orientando las actividades alusivas a la próxima mudanza.

Ardiendo de ansiedad por obtener mayores esclarecimientos acerca de los trabajos en ejecución, acompañé al padre Hipólito, que me invitó a inspeccionar los movimientos del albergue.

Lo seguí gustosamente.

El servicio activo exigía la atención y el esfuerzo de gran número de colaboradores.

Instado por mis insistentes preguntas, el preciado compañero me informó:

–Las instituciones de socorro, como ésta, pueden ejecutar vuelos de gran alcance.

Y ante mi profunda admiración, continuó:

–Sin embargo, permanecemos en otros dominios vibratorios y no podemos tener grandes sorpresas. Las leyes de la materia densa, nuestras viejas conocidas de la Corteza Planetaria, no son las que presiden los fenómenos de la materia en su quinta esencia, que nos sirve de base para las manifestaciones también transitorias. El hombre encarnado sólo ahora comienza a percibir ciertos problemas inherentes a la energía atómica del plano denso, donde temporalmente sitúa la personalidad. Como usted no ignora, las descargas eléctricas del átomo etérico, en nuestra esfera de acción, propician realizaciones casi inconcebibles para la mente humana. En los círculos carnales, para que atendamos a nuestros enigmas evolutivos o redentores, somos débiles prisioneros del campo sensorial, prisioneros que apenas se comunican con la Vida Infinita por las estrechas ventanas de los cinco sentidos. A pesar del progreso de la investigación científica entre las criaturas terrenas, el hombre común apenas conoce, por ahora, una octava parte del plano donde pasa la existencia. La videncia y la audición, las dos puertas que le pueden dilatar la pesquisa intelectual, permanecen excesivamente limitadas. Veamos, por ejemplo, la luz solar, que condensa los colores básicos, susceptibles de ser observados por nuestros ojos cuando vivíamos en la Corteza de la Tierra. Pues bien, tan sólo percibimos los colores que van del rojo al violeta, y debe destacarse que la mayoría de las personas no puede ver nada más allá de los últimos cinco, que son: el azul, el verde, el amarillo, el naranja y el rojo, no registrando el índigo y el violeta. Sin embargo, existen otros colores en el espectro, correspondientes a vibraciones para los cuales el ojo humano no posee capacidad de sintonía. Se manifiestan rayos infrarrojos y ultravioletas, que el investigador humano consigue identificar imperfectamente, pero que no puede ver. Ocurre lo mismo con la potencia auditiva. El

oído de la mente encarnada apenas escucha los sonidos que se encuadran en la tabla de “16 a 40.000 vibraciones sonoras por segundo”. Las ondas más lentas o más rápidas se le escapan totalmente. En la zona de la materia densa hay que obedecer a las leyes de la gravitación y de la estructura de las formas, para que la vida alcance sus divinos objetivos espirituales.

El ex sacerdote hizo una breve pausa, sonrió afablemente y afirmó:

—Por tanto, los movimientos de trabajo en nuestra esfera de lucha, no pueden ser vistos con la misma deficiencia de examen que nos presidía las observaciones antiguamente. La materia y las leyes, en nuestro plano, permanecen bastante diferenciadas, aunque emanen del mismo Origen Divino.

Las consideraciones eran bastante interesantes para mí en tal coyuntura, a pesar de no ser ya un inexperto en el conocimiento de la aplicación de la energía eléctrica en la colonia espiritual en la que mantenía mi residencia. Las palabras de Hipólito tenían la virtud de aliviar mi cerebro, atestado aún por las abarrotadas reminiscencias de la Superficie de la Tierra.

El estimado amigo, no obstante de reconocer lo leve de la sustancia etérica, en comparación con los fluidos densos que constituyen los cuerpos terrenos, me llamó la atención para el esfuerzo hercúleo de los trabajadores que articulaban diversos servicios referidos a la próxima modificación. La tarea exigía decisión y buena voluntad, asombrando el ánimo más fuerte.

La utilización de recursos, allí, en aquella casa de servicio al prójimo, aislada en tan oscuro paisaje, costaba inauditos sacrificios. La densidad de la región, inequívocamente, influía en los trabajos, y los colaboradores emprendían actividades de gigantescas proporciones.

Todo el personal disponible había sido convocado al trabajo

de supervisión y funcionamiento de los motores y cuando me entregaba a admirar extasiado aquella maquinaria compleja, indescriptible para la técnica humana, la Hermana Zenobia, a través de Jerónimo, pidió nuestra colaboración en las defensas magnéticas, en vista de la necesidad de emplear el mayor número de cooperadores en la preparación activa del vuelo.

No teníamos tiempo que perder. El propio Asistente que nos orientaba, en un bello ejemplo de renuncia fraternal, tomó la delantera, encaminándose hacia las fajas de defensa.

No eran éstas altas y verticales como las murallas de las fortificaciones terrestres, sino horizontalmente extendidas, formadas por una sustancia oscura y emitían fuerzas eléctricas de expulsión en un radio de cinco metros de largo, aproximadamente, circundando toda la casa. Diversos focos de luz permanecían encendidos, y en pocos minutos, el responsable de la tarea nos ponía al corriente del trabajo a ejecutar.

Velaríamos por el funcionamiento regular de ciertos aparatos generadores de energía electromagnética, destinados a la emisión constante de fuerzas defensivas, y vigilaríamos el sector que nos había sido confiado, de manera que pudiésemos subsanar cualquier anomalía.

Finalizando las explicaciones, aseguró el colaborador:

—Se ha decidido recibir a todos los sufridores que se presenten renovados, permitiéndoles el ingreso al patio interno. En las últimas horas, la Hermana Zenobia y los demás administradores de la institución ordenaron acoger a todos los errabundos que se aproximasen a nosotros con auténticas señales de transformación moral hacia el bien.

Seguramente Jerónimo estaría informado en cuanto a las medidas necesarias a tomar, pero, dentro de mi ignorancia, no pude dejar de preguntar:

–Pero, ¿cómo nos aseguraremos de esa renovación?

El servicial Asistente no permitió que el interpelado me respondiese. Él mismo se adelantó e informó:

–Los sufridores ya modificados para el bien presentarán ciertos círculos luminosos característicos alrededor de sí, siempre que, donde quiera que estén, concentren su poder mental en el esfuerzo de lograr su propia rectificación. Los otros, los impenitentes y mentirosos sistemáticos, aunque pronuncien conmovedoras palabras, permanecerán confinados en las nubes de sombras que les rodean la mente endurecida en el crimen.

El esclarecimiento era bastante significativo; y guardé silencio, satisfecho, comprendiendo, una vez más, la grandeza de la purificación de la conciencia, en lugar de las protestas verbales que se hacen a través de brillantes juegos de palabras.

Nos entregábamos tranquilos al trabajo, cuando un indescriptible choque atmosférico estremeció el oscuro cielo. Un resplandor terrorífico y bello atravesó la niebla de arriba abajo, ofreciendo, por segundos, un asombroso espectáculo. No era similar al relámpago conocido en la Corteza de la Tierra en ocasión de las tempestades, por cuanto las descargas eléctricas de la Naturaleza, sobre el denso suelo, son menos precisas en lo que se refiere a la orientación técnica de orden invisible. Por el contrario, se observaba allí que la tormenta de fuego iba a comenzar metódica y mecánicamente.

Me dominó un angustioso pavor, pero el Asistente Jerónimo se mostraba tan sereno, que su tranquilidad era contagiosa.

–Este es el primer aviso del paso de los desintegradores –explicó solícito.

A muchos kilómetros de distancia, veíamos el fulgor de la hoguera atizada por las centellas eléctricas, en la desolada región.

Transcurridos algunos minutos, llegaron nuevos refuerzos para la guardia. Todos los servidores del bien, de paso por la Casa Transitoria, fueron llamados a cooperar en la vigilancia. El asesor que los distribuía en distintos sectores de servicio, aclaró que la Institución de socorro debería partir dentro de cuatro horas y que, en ese tiempo, en circunstancias como aquellas, habría un gran número de infortunados que intentarían cruzar sus puertas, afirmando que no se disponía de suficiente cantidad de colaboradores como para atender las tareas en el patio.

Pero antes de mayores explicaciones, retumbó un nuevo trueno en las alturas. El fuego apareció en diversas direcciones, muy lejos aún, como notificándonos de su aproximación gradual. Sin embargo, en esta oportunidad, recibí la nítida impresión de que la descarga eléctrica no se detenía en la superficie. Ella había penetrado la sustancia bajo nuestros pies, porque un espantoso rumor se hizo sentir en las profundidades.

Había oído muchas veces a viajeros que afrontaron siniestros del mar, y todos eran unánimes en asegurar la belleza cruel de las grandes tormentas en el dorso del abismo ecuóreo, y también como se afirmaba que ningún viajero, por más incrédulo que fuera, conseguía sustraerse a las ponderaciones místicas de la fe, ante el torbellino burbujeante de lo desconocido. Pero, allí, la emoción era más solemne, los factores más complejos, tal era el patetismo del fenómeno.

Tal vez, buscando tranquilizarme, el Asistente aseveró:

—El trabajo de los desintegradores etéricos, invisibles para nosotros por la densidad del ambiente, evita la aparición de tempestades magnéticas que surgen siempre, cada vez que los residuos inferiores de la materia mental se amontonan excesivamente en el plano.

Jerónimo, experimentado y bondadoso, intentaba sosegarme el corazón. Sin embargo, aunque supiese que no nos

encontrábamos aún ante la tormenta de fuerzas caóticas desencadenadas sin rumbo, confieso que sentía enorme dificultad para dar cumplimiento a las obligaciones asumidas, en virtud de mi absoluta preocupación por lo que ocurría fuera del ambiente de servicio.

Desde aquel segundo estampido aturridor del firmamento, la Casa Transitoria de Fabiano, entró en una fase anormal de trabajo.

Los servidores, si bien bajo impecable coordinación, iban y venían, apesurados. Allá dentro se planeaban las últimas medidas, con valioso aprovechamiento de los minutos. Diversos aparatos de comunicación funcionaban a un ritmo acelerado, anunciando el hecho en varias direcciones, avisando a los peregrinos de la espiritualidad superior que no se aproximasen a la zona en proceso de limpieza. Tres cuartas partes de los servidores de Zenobia cuidaban de las providencias alusivas al próximo vuelo y organizaban el alojamiento para los necesitados que llegarían en bandadas.

En efecto, se justificaron las medidas, porque oíamos ahora la ensordecedora algarabía de una gran multitud que se aproximaba.

Se sucedieron otros amenazadores estampidos, ardiendo fuego en la superficie y resurgentes energías desde el interior del suelo que pisábamos.

Oleadas macizas de sufridores aterrados comenzaron a alcanzar las defensas. Era dolorosa la contemplación de la turba amedrentada y expectante. Nos aproximamos a ella cuanto nos era posible.

—¡Socorro! ¡Socorro!—clamaban los infelices en agrupaciones compactas.

Otros, nos amenazaban.

–¡Huyan de aquí! ¡Atravesaremos la barrera de cualquier modo! ¡El albergue nos pertenece! ¡Lo tomaremos a la fuerza!

Y no se limitaban a las palabras. Avanzaban en masa, sobre las fajas horizontales, para retroceder después, despavoridos.

–¡Por amor de Dios, ayúdenos! –suplicaban los menos atrevidos. –¡Acójannos por caridad! ¡Seremos perseguidos por el fuego devorador...!

Pero, con mayor o menor intensidad, todos los sufridores exhibían oscuras emanaciones de sombras en torno suyo.

Uno de ellos alcanzó nuestro círculo de actividades y lo identifiqué. No había ninguna duda. Era el verdugo que la víspera me había provocado fuerte indignación. Se hincó de rodillas, no muy lejos de nosotros, implorando:

–¡Tengan piedad de mí...! ¡Las hogueras me amenazan! ¡Me confieso! ¡Me confieso! ¡Fui pecador, mas espero contar con vuestra ayuda para rehabilitarme!

Las súplicas sensibilizarían a cualquier cooperador poco precavido, pero, prevenidos en cuanto a la señal luminosa, notábamos que el solicitante estaba rodeado por un verdadero manto de sombras. Luciana se aproximó a él cuanto pudo. Lo observó bien, hizo un significativo gesto de asombro y exclamó, discretamente:

–¡Oh! ¡Cómo es horrible la actividad mental de este hermano! Se notan en su halo vital deplorables recuerdos y propósitos destructores. Está amedrentado, pero no convertido. Pretende alcanzar nuestra zona de trabajo para apropiarse de los beneficios divinos, sin mayor consideración. Su aura es demasiado expresiva...

Iba a decir alguna otra cosa, pero bastó una mirada del Asistente que nos dirigía para que ella, humildemente, callase, reintegrándose al complejo trabajo que teníamos entre manos.

Crecían enormes hogueras en diversas direcciones y fulgurantes rayos caían metódicamente desde el cielo.

Vasta dosis de paciencia era dispensada por todos nosotros para contener a la furiosa multitud. Nos impresionaban las formas monstruosas y miserables que se arrastraban vestidas de sombra, cuando comenzaron a llegar entidades con aureolas luminosas. Vestían harapos y traían conmovedoras señales de sufrimiento. Dando a entender que deseaban aislar la mente de los centenares de rebeldes que se congregaban allí en activo movimiento de insurrección, contemplaban lo Alto y cantaban himnos de reverencia al Señor, regocijados por la propia renovación, cánticos esos sofocados por la algarabía de los rebeldes agitados. Observaba, por la expresión de aquellos iluminados que se aproximaban a nosotros, que se esforzaban por mantener el pensamiento ajeno a la represión de los malos, temiendo tal vez que el interés mental por lo que ellos emitían, crease determinadas circunstancias para que surgiesen nuevos lazos magnéticos favorables para la dominación de los verdugos. Intentaban, por eso, alimentar el máximo desprendimiento de los apodos que les eran lanzados por la turba malévola e impenitente. Formaban agrupaciones de singular hermosura. ¡Sublimes cuadros del paraíso, en un infierno de atroces padecimientos! Venían con las manos entrelazadas para intercambiar energías que aumentasen sus fuerzas para la salvación, en el minuto supremo de la batalla que mantenían, tal vez desde mucho antes. Y ese proceso de cambio instintivo de valores magnéticos les infundía una prodigiosa renovación de poder, pues levitaban sobreponiéndose a la desvariada turba. Traían insertos en la frente bellos círculos de luz, con brillo más o menos uniforme. Mientras los tipos de semblante siniestro les dirigían insultos, ellas cantaban hosannas al Cristo, entonando loores, que ciertamente recordaban los júbilos de los primeros cristianos, perseguidos y flagelados en los circos, cuando se retiraban ante las burlas de los espectadores perversos.

Pero, para acogerse en el asilo de Fabiano, necesitaban tomar lugar a nuestro lado, por lo que plazeramente les abríamos paso. No obstante, para alcanzar el patio de la Institución, estaban obligadas a romper la recíproca corriente de energías magnéticas, manteniéndose con las manos separadas, y en su mayoría, las entidades recién llegadas, al soltarse, involuntariamente unas de otras, caían debilitadas después del prolongado esfuerzo, enseguida de dar los primeros pasos en los patios internos de la Casa Transitoria. Se asemejaban, así, a aves agotadas en laboriosa excursión, después de alcanzar el objetivo que las hiciera afrontar distancias y tormentas.

En calidad de un incipiente aprendiz, me angustiaba el espectáculo, pero todo había sido previsto por las autoridades administrativas de la Institución.

Enfermeros y camillas, en gran número, esperaban, no lejos de nosotros, promoviendo socorros inmediatos.

Pequeños y admirables grupos de entidades transformadas íntimamente por dolorosos baños de llanto purificador, llegaban ahora de todos lados. Y las hordas feroces e irónicas, rodeadas de sombras, se multiplicaban también, en turbas compactas, hiriendo nuestra audición con contundentes blasfemias e injurias. Mas, entre los ingratos y rebeldes, había también criaturas que, mostrándose afligidas, se arrodillaban, tocando nuestro corazón fraterno con sus gemidos de socorro y amargas quejas, pero a las que no podíamos aliviar con ningún beneficio precipitado, en virtud de la peligrosa condición mental en la que se mantenían, condición que les imponía sufrimientos reparadores.

Habían transcurrido casi cuatro horas difíciles, exigiéndonos delicada atención en la tarea. Y ahora, el paisaje era más sofocante, más terrible... Serpientes de fuego se desenrollaban de los cielos y penetraban en el suelo, que comenzó a temblar bajo nuestros pies. El calor asfixiaba. Sintiendo los elementos vacilantes que

nos rodeaban, recordé la antigua descripción del maremoto de Messina, cuando, ante un auge de pavor, frente a la Naturaleza perturbada, no sabían las víctimas cómo colocarse camino al salvamento, porque a su alrededor la tierra, el mar y el cielo se conjugaban en un ciclópico y sincrónico arrasamiento.

La Institución operaba a través de todos los administradores y auxiliares con indescriptible heroísmo. Sinceramente aguardaba ansioso la señal de regreso al interior, tal era la desagradable impresión de la que me sentía poseído. Desde el firmamento caían siempre cintas inflamadas, en medio de formidables explosiones, originadas por la desintegración de principios etéricos...

Cuando todo hacía suponer que no quedaban en las cercanías más entidades para socorrer, sonó un clarín anunciando el toque de recoger.

—¡Al fin! —Suspiré aliviado.

De acuerdo con las instrucciones recibidas, abandonamos los aparatos electromagnéticos defensivos, destinados para albos indiscriminados, y nos alejamos apresuradamente.

Surgían en las proximidades pavorosos remolinos de llamas que nos daban una perfecta imagen de la vasta floresta incendiada, desalojando fieras y monstruos de cavernas desconocidas, provocando, a su vez, un gran griterío alrededor de la Casa.

Atravesamos el pórtico del asilo seguidos de todos los compañeros que aún se encontraban en el exterior. Escuchábamos, ahora, el leve ruido de los motores. Allá afuera, espesas bandadas de entidades perversas aún intentaban romper las barreras, invadiendo el albergue ya presto para partir. Una aflictiva inquietud me dominaba.

—¿Qué sería de nosotros si la multitud asaltase el reducto? Por otro lado, la continua caída de centellas llameantes, a mi modo

de ver, ponía en peligro a la organización. ¿Por qué no despegábamos de inmediato?

Era forzoso considerar que dentro del asilo reinaba absoluto orden, a pesar del apresurado ritmo de trabajo. Sencillas, pero confortables dependencias, recibían a los extenuados sufridores. Y serena como siempre, como si estuviese habituada a las perturbaciones externas, la Hermana Zenobia controlaba la situación, organizándolo todo.

Todas las puertas de fácil acceso al interior fueron herméticamente cerradas.

De inmediato, la orientadora nos convocó a la enorme sala consagrada a la oración y explicitó que la Casa Transitoria, para alzar exitosamente el vuelo, no sólo necesitaba de fuerzas eléctricas, basadas en simples fenómenos de la materia diferenciada, sino, también, de nuestras emisiones magnético-mentales, que actuarían como refuerzo en el impulso inicial del despegue.

Zenobia fue breve, dada las circunstancias del momento. Con excepción de los compañeros que se hallaban en servicio de asistencia inmediata a los acogidos de las últimas horas y de cuantos se conservaban de centinelas junto a la maquinaria en funcionamiento, todos nos manteníamos concentrados en la cámara de oraciones, en ansiosa expectativa.

En todos los rostros se revelaba profunda emoción.

Allá fuera, rugían elementos en fricción.

La directora, después de invitarnos a transfundir vibraciones mentales, en un único acto de reconocimiento al Señor, tomó entre sus manos un lindo volumen. Inmediatamente, lo reconocí. Era “La Biblia”, nuestra conocida de tantos años. Abriéndola, atentamente, la orientadora comenzó a leer el Salmo, ciento cuatro, con voz alta, pausada y solemne:

*¡Bendice, oh, alma mía, al Señor...!
¡Señor, Dios mío, engrandecido
De majestad y de esplendor!
Revestido de luz, como de un manto,
Desdoblaste el cielo, como sagrada cortina de la vida...
Construiste las sublimes cámaras de las aguas,
Haces de las nubes su carroza
Y derramas tu hálito creador en las alas del viento.
Llenas el Universo de mensajeros
Y, a veces tomas como tu ministro al fuego devorador.
Fundaste la Casa Terrestre sobre bases seguras,
Garantizándonos la vida por los siglos de los siglos...
Le diste abismos y cumbres como vestidura,
Santificaste las aguas para que se eleven sobre los montes,
Pero, a tu voz de comando, todos los elementos se
[transforman,
Porque, si envías la música de la mañana, envías igualmente
[el trueno destructor...
Se elevan montañas, descienden valles
Al lugar que tú le marcaste,
Sin que sobrepasen sus límites.
Haces salir, Señor, las fuentes de los valles
Fertilizando los montes...
Das de beber a los animales del campo
Y sacias la sed de las plantaciones silvestres,
Donde las aves del cielo guardan su nido,
Adorándote día y noche...
Irrigas la cima de las montañas, manando agua del cielo,
Para que la Tierra sea harta de frutos.*

La lectura del Salmo iba por la mitad, cuando la Institución, cual vigorosa embarcación aérea, comenzó a elevarse.

La dedicada orientadora no sólo leía: pronunciaba los vocablos de loor, compilados hace tantos siglos, sintiéndolos intensamente. ¡Oh, qué maravilla! Tan grande era la conmoción con la que se dirigía, humilde y reverente, al Señor del Universo, que el tórax de Zenobia se parecía a un misterioso foco resplandeciente.

Contagiados por su ardiente fe, nos uníamos en la misma vibración.

El oratorio se hinchó de profusa claridad. La irradiante luz ganaba los compartimientos próximos y se esparcía, allá fuera, en el campo de sombras espesas.

Altamente conmovido, observé que la Casa Transitoria, que había iniciado el vuelo con lentitud, ahora avanzaba con gran rapidez.

No pude examinar las particularidades del fenómeno. La actitud de profundo recogimiento de Zenobia, en vigilante oración, nos compelmía a sustentar el mismo tono vibratorio que predominaba en aquel ambiente. Pero observaba que la institución ascendía siempre.

Transcurrida casi una hora de vuelo vertical, alcanzamos una región clara y brillante. La sonrisa del Sol nos trajo alivio.

La directora se puso de pie y siguiéndola, también nos levantamos, comprendiendo que la fase peligrosa había pasado.

Desde ese momento, la Institución se movió en sentido horizontal viajando sobre los elementos del plano. Desde las pequeñas ventanas, contemplábamos las coloridas aureolas del fuego devorador.

Diversos grupos charlaban y observaban.

La Hermana Zenobia, rodeada de asesores, comentaba las próximas medidas referentes a los servicios de readaptación.

Aproximándome al Asistente Jerónimo y al padre Hipólito, que intercambiaban ideas entre sí, pasamos a analizar la grandeza del trabajo bajo nuestra escrutadora mirada.

—¡Oh!, —exclamé—, ¡si los hombres encarnados entendiesen la suprema belleza de la vida!, ¡si aprendiesen, anticipadamente, algo sobre los horizontes sublimes que se nos presentan después de la muerte del cuerpo, ciertamente valorarían con mayor interés el tiempo, la existencia y el aprendizaje!

Jerónimo sonrió y ponderó:

—Sí, André. Sin embargo, es importante observar que el plano transitoriamente pisado por los hombres, también permanece lleno de misterio y de encanto. ¡Para los que aman la gloria de Dios, la Superficie Planetaria ofrece sublimes revelaciones, desde los estudios de lo infinitesimal hasta la contemplación de los grandes sistemas de mundos que se equilibran en la inmensidad!

Y meditando sobre las inolvidables horas que pasamos, desde nuestro descenso al abismo, oí a los compañeros intercambiar impresiones acerca de los problemas trascendentes de la vida, como son el perfeccionamiento del Espíritu y de la forma, el planeamiento de los destinos de orbes y seres, el gobierno místico de la Tierra en sus diferentes esferas de actividad y evolución, los diversos tipos de criaturas en la Humanidad, las leyes de progreso y de reencarnación, la extensión de las fuerzas condensadas en el átomo etérico, la energía de los elementos químicos en el campo físico de las manifestaciones planetarias, y el poder creador de los grandes mentores de la sabiduría.

Los escuchaba, entre el silencio y la humildad, como un aprendiz extasiado ante benévolos y experimentados maestros.

En breve, poco después de absorber lecciones que jamás olvidaré, observamos que la Casa Transitoria descendía suavemente. Regresábamos al círculo de sustancia densa, aunque

menos pesada y menos oscura. Pronto pudimos localizar el albergue de Fabiano en otra zona de servicio fraternal.

Una extensa legión de servidores aguardaba nuestra llegada, a fin de colaborar con nosotros en el esfuerzo de readaptación. Habíamos gastado en el viaje tres horas y treinta y cinco minutos.

Complejas actividades esperaban a los dedicados obreros.

Pero antes, la Hermana Zenobia, radiante, nos congregó para una jubilosa oración de agradecimiento, después de la cual Jerónimo nos invitó a salir. Cinco hermanos fieles al bien, ya en vísperas de su liberación de la carne, aguardaban por nuestra ayuda en la Superficie de la Tierra y era necesario partir.

NUEVOS AMIGOS

Conduciendo el equipo indispensable para el trabajo, nos despedimos de la Institución de socorro, poniéndonos en camino hacia la Corteza Terrestre.

Jerónimo tenía prisa por auscultar los diversos ambientes en los que se verificaría nuestra actuación.

Programó la tarea con sencillez y buen sentido. No nos distraeríamos en ninguna investigación, aparte de la misión previamente esbozada, y nos mantendríamos en contacto permanente con la Casa Transitoria, para mayor eficiencia en el deber a cumplir.

–Naturalmente –explicó– seremos forzados a realizar diversas actividades de asistencia a los amigos prestos a deshacerse de los hilos corporales del plano grosero, y la fundación de Fabiano será nuestro punto principal de referencia en el trabajo. En los instantes del sueño los conduciremos hasta allá, para que se habitúen lentamente a la idea de la definitiva separación.

Intrigado, al verificar tanta cautela, pregunté:

–Mi querido Asistente, ¿a todos los moribundos le son

asignadas misiones auxiliadoras?, ¿cada criatura que parte de la Corteza necesita de núcleos de amparo directo?

El amigo sonrió con indulgencia, dentro de la legítima superioridad de los que enseñan con sabiduría, y aclaró:

–Absolutamente. De modo general, tanto las reencarnaciones como las desencarnaciones, simplemente obedecen a la Ley. Hay principios biogenéticos orientando al mundo de las formas vivas en ocasión del renacimiento físico, y principios transformadores que presiden los fenómenos de la muerte, en obediencia a los ciclos de la energía vital, en todos los sectores de manifestación. En los múltiples círculos evolutivos, hay trabajadores para la generalidad, según los sabios designios del Eterno; entretanto, así como existen cooperadores que se esfuerzan con mayor intensidad en las edificaciones del progreso humano, hay misiones de orden particular para atender a éstos en sus necesidades.

Sintiendo mi extrañeza, Jerónimo prosiguió:

–No se trata de una prerrogativa injustificable, ni de compensaciones de favor. El hecho revela orden en los servicios y aprovechamiento de valores. Si determinado colaborador demuestra cualidades valiosas en el curso de la obra, merecerá, sin duda, la consideración de aquellos que lo supervisan, examinando la extensión del trabajo futuro. Por lo tanto, en el plano espiritual, es muy grande el cariño que se suministra al servidor fiel, para preservar al dedicado Espíritu de la acción maléfica de los elementos destructores, como el desánimo y la carencia de recursos estimulantes, permitiéndose, simultáneamente, que pueda ir analizando la magnitud de nuestro ministerio en la verdad y en el bien, frente al Universo Infinito.

Oyendo su explicación, me acordé instintivamente de los personajes apostólicos que conocí en la experiencia humana. ¿No sería contradictorio el esclarecimiento? Los padres virtuosos con

los que había mantenido contacto en el mundo, eran personas perseguidas por todos los flancos. Notaba que criaturas del más alto valor moral eran justamente las escogidas para el asedio de la calumnia constante. Sin relacionar tan sólo a los de mi intimidad, recordaba la propia historia del Cristianismo. ¿Acaso no estaba llena de ejemplos? Los temperamentos, por muchos años fervorosos en la fe, habían sido pasto de las fieras. Los continuadores del Maestro fueron víctimas de tremendas pruebas y Él mismo había alcanzado el Calvario con dolorosos esfuerzos...

El Asistente percibió el juego de razonamientos que se me desdoblaban en lo íntimo y aclaró:

–Sus objeciones mentales no tienen razón de ser. La concepción humana del socorro divino está viciada desde hace muchos siglos. La criatura presupone que el amparo de Dios es como el proteccionismo del sátrapa terrestre. Espera a perpetuidad favores materiales, injustificable fama entre los menos felices, dominación y loores permanentes. Acostumbra aguardar que le sirvan, que le estimen y que le entiendan, pero desdeña servir, estimar y entender, cuando no sea en retribución. El subsidio celestial se traduce como bendita oportunidad de trabajo y renovación; llega, muchas veces, al círculo de la criatura, como si fuesen gloriosas heridas, magníficos dolores, benditos suplicios. Mientras predominen en la Corteza Planetaria los impulsos de la animalidad primitiva, los agraciados por la bendición divina serán, en su mayor parte, representantes del poder espiritual, los cuales de ninguna manera quedarán exentos de testimonios difíciles en las imprescindibles demostraciones. No es que el Señor intente transformar discípulos en conejillos de indias, mas se impone de forma natural la obra educativa en la cual la lección del alumno atento y fiel debe interesar a la clase entera. Lo que casi siempre parece sufrimiento y tentación, constituye bienaventuranza transformando situaciones para el bien y para la felicidad eterna.

El argumento era lógico e incisivo. Y como el Asistente guardó silencio, pensando quizás en el objetivo fundamental que nos conducía al trabajo previsto, procuré retener mis impulsos indagadores.

Orientados por Jerónimo, alcanzamos una pequeña ciudad del interior y nos dirigimos a cierta casa humilde, en la cual, en pocos minutos, nos presentaba él a un determinado compañero, en lamentables condiciones, atacado de cirrosis hipertrófica.

—¡Es Dimas! —exclamó, indicando al enfermo—, asiduo colaborador de nuestros servicios de asistencia, desde hace muchos años. Vino de nuestra colonia espiritual, hace poco más de medio siglo, consagrándose a labores humildes para atender mejor a los designios divinos. Desarrolló apreciables facultades mediúnicas, colocándose al servicio de los necesitados y sufridores.

El modesto cuarto permanecía lleno de radiantes efluvios, denotando las incesantes visitas de Espíritus iluminados.

—Nuestro amigo —continuó el Asistente— se hizo feliz acreedor de innumerables cuidados por la renuncia con que siempre se condujo en el ministerio. Ahora, ha llegado para él el tiempo del descanso constructivo.

Agradablemente sorprendido, capté que el enfermo se dio cuenta de nuestra presencia. Cerró los ojos del cuerpo, y al observarnos con los ojos del alma se animó, sonriendo...

El debilitamiento físico había alcanzado su ápice, y de cierto modo Dimas conseguía abandonar el aparato corporal, con extraordinaria facilidad.

Viéndonos cerca del lecho, se puso a orar con mucho fervor, pidiendo nuestra colaboración. Estaba exhausto, decía; no obstante, se mantenía sereno y confiado.

Aconsejado por Jerónimo, me acerqué al enfermo,

aplicándole pases magnéticos de alivio sobre el tejido conjuntivo vascular. El abdomen se mantenía pesado y muy abultado. Pero, de inmediato, se mostraron sensaciones de mejoría.

Después de mi humilde auxilio, Jerónimo le dirigió palabras de coraje, prometiéndole volver más tarde.

Dimas, extasiado, dirigía al Cielo un conmovedor agradecimiento.

Pocos segundos después, dos amigos espirituales suyos vinieron hasta la habitación, saludándonos atentamente.

Nuestro dirigente nos invitó a retirarnos, explicándonos, después que nos habíamos alejado:

–Luego de una rápida visita a los interesados, los reuniremos en la Casa Transitoria, para una sesión de esclarecimiento, preparándolos para el fenómeno de la definitiva liberación. Esperaremos hasta la noche para tal fin.

De la pequeña ciudad en la que se localizaba el primer visitado, nos dirigimos a Río de Janeiro.

Placentera y felizmente, utilizábamos nuestra capacidad de vuelo.

Es muy difícil describir la sensación de ligereza y la alegría inherente a semejante estado, después de permanecer en la oscura región de la que procedíamos. Se habla muchas veces, entre los encarnados, de la posibilidad de crear un aparato para vuelo individual: pero, aunque se efectúe la nueva conquista, el peso del cuerpo físico, los cuidados exigidos por la máquina de propulsión y los riesgos del viaje, no pueden de ningún modo sustituir a la seguridad y la tranquilidad que nos llenan de gran bienestar. Después de una excursión normal, entre la Casa Transitoria de Fabiano y la Corteza Terrestre, en armoniosas condiciones, nos manteníamos descansados y bien dispuestos, operando muy

fácilmente nuestra capacidad de volar, a pesar de la densidad atmosférica.

Pocas veces se me presentaba tan bello el espectáculo del paisaje terreno. Sierras y valles, ríos y arroyos, demarcando ciudades y pueblos, bajo el espejo rutilante del Sol, me hablaban al corazón de la misericordia del Altísimo congregando a las criaturas en nidos floridos de trabajo pacífico.

Pensamientos de loor al Padre Eterno alegraban mi Espíritu.

El compacto caserío de Río de Janeiro, se hallaba ahora a nuestra vista.

No transcurrió mucho tiempo, hasta que entráramos en una singular residencia en un barrio no muy populoso, y deparamos un enternecedor paisaje doméstico.

Un caballero de edad madura, acostado en un pequeño diván, presentando terribles señales de tuberculosis avanzada, sostenía una conmovedora conversación, dirigiéndose a dos pequeños que aparentaban seis y ocho años, respectivamente. Hermosa expresión de luz brillaba en la mente del enfermo, que posaba en los niños su muy lúcida mirada, hablándoles paternalmente:

El propio Jerónimo, agradablemente sorprendido, se paró a nuestro lado para oírlo.

–Papá, ¿cree usted que nadie se muere? –indagó el hijo mayor.

–Sí, Carlindo, nadie desaparece para siempre y es por eso que deseo aconsejarlos, como padre que soy.

Y mostrando su más tierna mirada continuó, ante el interés y la agudeza de los niños:

–Creo que no me demoraré en partir...

–¿Para dónde, papá? – enfatizó el menor.

–Para un mundo mejor que este, para un lugar distinto, hijo

mío, donde vuestro padre pueda ayudarlos con un cuerpo sano, aunque diferente al actual.

Los niños con los ojos húmedos, protestaron, con cariño.

Se esforzó el progenitor, de modo visible, para dominarse y prosiguió:

–No deben manifestar semejantes recelos. Ya organicé todos los negocios y Mamá trabajará, sustituyéndome, hasta que ustedes crezcan y se hagan hombres. Si yo pudiese, me quedaría en casa, pero, ¿cómo se las arreglarían conmigo, así, inútil como estoy? Por esa razón, Dios me concederá otro cuerpo y yo estaré con ustedes, sin que me vean.

Sonrió, conformado, y agregó:

–Posiblemente, seremos hasta más felices... Hace muchos días que pretendo hablarles, como ahora, para que estén seguros de mi amor constante. Sé de antemano que poco después de mi partida, mucha gente procurará desanimarlos. Les dirán que me fui para nunca más volver, que la sepultura me aniquiló; pero, les prevengo que eso no es verdad. Viviremos por siempre y nos amaremos, unos a otros, cada vez más...

Observé que el progenitor enfermo sentía intensos deseos de acariciar a los muchachitos, pero controlándose ante la amenaza de contaminarlos, imponía inmovilidad a sus manos sedientas de contacto afectivo.

Los niños enjugaban las discretas lágrimas y después de una larga pausa, volvió a decir el enfermo, dirigiéndose al hijo mayor:

–Dígame, Carlindo, ¿cree usted que su padre vaya a desaparecer?, ¿acaso admite que nuestro amor y nuestra unión en casa, que nuestro cariño y entendimiento sean apenas cenizas y nada?

El pequeño se dominó, a fin de parecer valiente y respondió:

–Al igual que usted, también creo que la muerte no existe.

–Si cuando yo parta –afirmó el amoroso padre, –ustedes demuestran valor y confianza en Dios, vuestro padre se sentirá con mayor coraje y confianza, restaurando sus energías en poco tiempo...

Hubo una conmovedora pausa, que el Asistente Jerónimo no deseó romper, tal era la significación moral de la cariñosa escena.

Con los ojos fijos en los muchachitos, el afectuoso progenitor pasó a considerar:

–Va para tres años, instituímos nuestro culto del Evangelio de Jesús en el Hogar. Y ustedes saben hoy que nuestro Maestro no murió. Llevado al suplicio y a la muerte, volvió del sepulcro para orientar a los amigos y continuadores. Él, pues, nos auxiliará para que prosigamos unidos. Cuando yo haga el viaje renovador, tengan calma y optimismo. No lloren, ni desfallezcan, pues llorando no le serán útiles a mamá, que naturalmente precisará de todos nosotros. Dios espera que seamos alegres en las luchas de cada día, para que seamos hijos fieles a su divino amor.

En ese instante, apareció la dueña de la casa imponiendo un giro en la conversación.

Jerónimo se valió de la circunstancia para intervenir, presentándolo:

–Nuestro amigo Fabio, siempre colaboró con dedicación en las obras del bien; ahora se encuentra en vísperas de su liberación. No es un médium con tarea definida, en la acepción conocida de estos términos. Pero es un hombre equilibrado, amante de la meditación y de la espiritualidad superior, y por esa razón desde la juventud se volvió un excelente donador de energías magnéticas, colaborando con nosotros en relevantes servicios de asistencia oculta. Varios mentores de nuestra colonia tienen en alta estima su

cooperación. Hace muchos años que se consagra al estudio de las cuestiones trascendentales del alma, formándose en la academia del esfuerzo propio, a fin de sernos útil. Libre de sectarismo, adverso a las pasiones y amante del deber, nuestro hermano Fabio instituyó desde los primeros días del matrimonio el culto familiar de la fe viva, preparando a la esposa, a los hijos y a otros familiares en el esclarecimiento de los problemas esenciales de la comprensión de la vida eterna. En virtud de la perseverancia en el bien que le caracterizó en sus actitudes, su liberación será para él agradable y natural. Supo vivir bien, para morir bien.

Me aproximé al enfermo, auscultando su situación orgánica.

La tuberculosis le había minado los pulmones, impresionándome las formaciones cavitarias y otros síntomas clásicos de la terrible molestia.

Verdaderamente, Fabio no necesitaba apoyo para la fe que nutría. Se mostraba tranquilo y lleno de confianza, y a pesar del abatimiento, natural en su estado, iba enseñando a los suyos inolvidables lecciones de coraje y de valor moral.

–¡Vamos! –nos llamó el Asistente. –Nuestro compañero va bien y nos dispensa de mayor colaboración.

Salimos admirados con el ejemplo que vimos.

En pocos minutos, Jerónimo nos conducía a un confortable apartamento en un moderno rascacielos de una elegante urbanización.

Entramos.

En el lecho permanecía una respetable señora de edad avanzada, con evidentes señales de molestias en el corazón. La acompañaban, atentas, dos señoras jóvenes, que la colmaban de discretos cuidados.

–Es nuestra hermana Albina –nos explicó el dirigente amigo,

–que está afiliada a organizaciones superiores de nuestra colonia espiritual. Tiene innumerables admiradores en nuestra esfera de acción, por lo mucho que viene haciendo en el campo del Evangelio. Permanece actualmente, en servicio en los círculos evangélicos protestantes. Hizo profesión de fe en la Iglesia Presbiteriana y, al quedar viuda a temprana edad, se consagró a la labor educativa, formando a infantes y jóvenes en el ideal cristiano.

Una vez más me maravillaba la grandeza de la fraternidad legítima, imperante en la vida superior. No se examinaba el rótulo de las criaturas, no se pensaba en sentido particularista de sus títulos religiosos o sociales. Se buscaba el corazón fiel a Dios, se suministraba amparo reconfortante, sin ninguna preocupación exclusivista.

El Asistente Jerónimo se acercó a ella, le tocó la frente con la diestra, y Albina, con el semblante iluminado y feliz al contacto de aquella mano bondadosa y acariciadora, pidió a una de las compañeras que la asistían:

–Eunice, déme “La Biblia”, pues deseo meditar un poco.

–¡Oh, Mamá! –le respondió la hija. –¿No será mejor descansar? ¡Gracias a Jesús la disnea cedió, y usted ahora parece estar con tan buena disposición!

–¡Hija mía, la palabra del Señor da alegría al espíritu!

Tan suplicante y especial era la ternura que acompañó su expresión verbal que Eunice, vencida, tomó el volumen que estaba sobre la enorme cómoda y se lo entregó.

La respetable anciana asumió adecuada posición para la lectura, se recostó en grandes almohadas y, colocándose los lentes, tomó con firmeza el Testamento Divino. El Asistente Jerónimo la ayudó a abrirlo, en determinado lugar, sin que la interesada percibiese su cooperación. Entonces, se hizo patente el capítulo

once de la narración de Juan Evangelista, alusivo a la resurrección de Lázaro.

La simpática viejita leyó, pausadamente, en alta voz. Al terminar, exclamó conmovida:

–Agradezco a nuestro Divino Maestro por la alentadora lección que nos mandó. ¡Permitan los cielos que todas nosotras podamos encontrar la vida eterna, en Cristo Jesús! Que así sea.

Las hijas la acompañaban, respetuosas.

Jerónimo me recomendó aplicarle a la enferma pases reconfortantes.

Después de la operación magnética, le observé la insuficiencia cardiaca, originada por un aneurisma en condiciones amenazadoras.

El Asistente se disponía a conversar con nosotros para poner en evidencia las hermosas cualidades de la enferma, cuando alguien de nuestro plano asomó a la puerta de entrada. Era una dedicada amiga que venía a velar a la cabecera. Nos saludó, bondadosamente, con encantadora sencillez.

Jerónimo le explicó los objetivos de nuestra misión. La interlocutora sonriendo, consideró:

–Nos reconforta la protección que nuestra hermana viene recibiendo. No obstante, creo que se ha hecho un poderoso pedido de prórroga a su favor. Todos somos del parecer que debería ser llamada a nuestra esfera con urgencia, para recibir el premio que merece. Sin embargo, existen poderosas razones para que sea amparada convenientemente, con el fin de que permanezca por algunos meses más, en la Corteza de la Tierra, con la familia consanguínea.

–Nos placera participar a su favor en todo servicio fraterno –afirmó Jerónimo, con afabilidad. –Pasaremos por aquí

diariamente, hasta que la tarea concluya. De cualquier decisión, seremos debidamente informados.

La simpática visitante de Albina agradeció y partimos.

Para mí fue muy significativa la ponderación oída, pero observando que el Asistente seguía atento al trabajo que nos correspondía desarrollar, me abstuve de hacer cualquier pregunta.

En breve, arribábamos ante la amplia puerta de un agitado hospital, defendido por grandes grupos de trabajadores espirituales. Acaecía allí tanta actividad por parte de los encarnados, como por parte de los desencarnados. Pero, siguiendo los pasos de nuestro dirigente, no prestábamos mayor atención a los desconocidos.

Después de atravesar diversos corredores y salas, llegamos a una gran enfermería de atención gratuita. La mayoría de los lechos ocupados mostraba a los enfermos y a las entidades espirituales que los rodeaban, unas en carácter de asistencia defensiva, otras en obstinada persecución.

Ante nosotros se desarrollaban las más diversas escenas.

Alertándonos, quizás, más a mí que a los demás compañeros, el dirigente de nuestro grupo nos recomendó:

–No dispersen su atención.

Transcurridos algunos segundos, estábamos ante un caballero maduro, con el rostro profusamente arrugado y los cabellos blancos, a cuya cabecera vigilaba un excelente compañero espiritual.

Jerónimo nos presentó a este último. Se trataba del Hermano Bonifacio, que ayudaba al doliente.

Enseguida, nos indicó al enfermo envuelto en sábanas blancas y aclaró:

–Aquí tenemos a nuestro viejo amigo Cavalcante. Es católico romano, espíritu virtuoso, abnegado y de gran valor en los servicios

del bien al prójimo. Vino de nuestra colonia, hace más de sesenta años, y por sus dotes morales posee un gran círculo de amigos. Su existencia, llena de bellos sacrificios, habla al corazón. Se encuentra aquí, junto a los hijos de la indigencia, abandonado por la parentela, debido a sus ideales de renuncia a las riquezas materiales. Pero no se halla desamparado por la Divina Misericordia.

Finalizado un breve intervalo, se adelantó Bonifacio, informando:

–La intervención quirúrgica en el duodeno fue fijada para mañana.

Nuestro dirigente, dando a percibir que ya conocía el caso, comunicó:

–Lo asistiremos en el instante oportuno.

Obedeciendo a sus recomendaciones, hice aplicaciones magnéticas, deteniéndome en particular sobre el aparato digestivo, de la glándula parótida al recto, observando, aparte de la ulceración duodenal, la inflamación adelantada del apéndice, a punto de romperse.

Pero noté que Cavalcante estaba absolutamente ajeno a nuestra influencia. Nada percibía sobre nuestra presencia allí, verificando además, que a pesar de las elevadas cualidades morales que le adornaban el carácter, no poseía suficiente educación religiosa para el intercambio deseable.

De los cuadros que habíamos observado aquel día, sin duda era este el más triste. Aparte de las vibraciones del ambiente perturbado, el operando no facilitaba nuestra actuación.

–Ha sido difícil mantenerlo tranquilo –decía Bonifacio, inclinándose hacia el Asistente– debido al asedio incesante de parientes desencarnados. Pues a pesar de los trabajos de vigilancia y protección de este establecimiento, muchos de ellos consiguen escabullirse y lo incomodan. El pobrecito no se preparó

convenientemente para librarse del yugo de la carne, y sufre mucho debido a ciertas exageraciones de su sensibilidad. Aunque fue muy duro el abandono que sufrió, tiene pensamientos afectuosos que lo atan con excesiva fuerza a aquellos que ama. Semejante situación dificulta sobremanera nuestra actuación.

–Sí –asintió Jerónimo, –entendemos la lucha. En circunstancias como estas, la deficiencia de educación en la fe, incluso en los caracteres más admirables, origina deplorables desequilibrios del alma. Pero permaneceremos vigilantes, como retribución al dedicado amigo por los innumerables beneficios que recibimos de él.

Cuando nos despedimos, Bonifacio se mostró conmovido y grato.

Transcurridos escasos minutos, llegábamos al pórtico de un notable, sencillo y confortable edificio, en el que se albergaban numerosos niños, en nombre de Jesús. Se trataba de una loable institución espírita cristiana, donde se localizaba una compacta legión de trabajadores de nuestro plano.

Un bondadoso anciano nos recibió afablemente. Jubiloso, lo reconocí. Se hallaba allí Bezerra de Menezes, el dedicado hermano de los que sufren.

Con espontánea jovialidad, nos abrazó a todos.

Con sumo interés, oyó las explicaciones de Jerónimo y dijo sonriente:

–Ya esperábamos la comisión. Felizmente, nuestra querida Adelaida no dará trabajo. El ministerio mediúmnic, el servicio incesante a beneficio de los enfermos, el amparo material a los huérfanos en esta casa de paz, aliados a los profundos disgustos y duras pedradas que constituyen la bendita pero pesada obligación de las misiones del bien, prepararon su alma para esta hora...

Él mismo nos tomó la delantera, conduciéndonos a la modesta habitación, donde reposaba la médium.

En la cámara solitaria, no se veía a ningún hermano encarnado; no obstante, dos entidades con apariencia juvenil rodeadas de luz plateada permanecían allí, acariciándola.

Nos acercamos, respetuosamente, a la enferma. Sus cabellos grises se parecían a hermosos hilos de nieve. Indicándola, habló Bezerra, contento:

–Adelaida siempre fue una discípula leal del Maestro de los Maestros. Pues, a pesar de las dificultades, de los espinos y aflicciones, perseveró hasta el fin.

La digna señora, después de observar detalladamente los delicados ramos de rosas que adornaban el cuarto, comenzó a orar. De su mente equilibrada emanaban rayos brillantes. No nos divisó a su lado, a excepción del abnegado Bezerra de Menezes, a quien se unía por los sublimes lazos del corazón. Él la saludó, afable y bondadosamente, dirigiéndole palabras reconfortantes y cariñosas.

–Sé, mi venerable amigo, que he llegado al término de la jornada, –dijo la médium, en tono conmovedor, –y estoy preparada. Desde hace muchos años, ruego al Divino Señor que me revele el camino. No deseo adoptar otros designios que no pertenezcan a Él, nuestro Salvador. Sin embargo...

No pudo continuar. Una profunda emoción le estranguló la voz y poco después de dolorosa reticencia, copioso llanto comenzó a brotarle de los ojos hundidos.

Bezerra se acomodó junto a ella, con intimidad paternal, le acarició la frente abatida con su luminosa diestra y le dijo con optimismo:

–Ya sé. Usted piensa en los parientes, en los amigos, en los huerfanitos y en los trabajos que quedarán atrás. ¡Oh, Adelaida! Comprendo su devoción maternal a la obra de amor que le

consumió la vida. Pero usted está cansada, muy cansada y Jesús, que es el Médico Divino de nuestras almas, autorizó su reposo. Confíe a Él las penas que oprimen su espíritu afectuoso. Deposite el precioso fardo de sus responsabilidades en otras manos, vacíe el cáliz de su alma, aligerando amarguras y preocupaciones. Convierta saudades en esperanzas y desate los hilos más fuertes, atendiendo a la orden divina.

Adelaida posó en el benefactor sus lúcidos ojos, mostrándose consolada y después de una breve pausa, Becerra prosiguió:

–Su gran batalla está terminando. Usted es feliz, amiga mía, muy feliz, porque su Espíritu vendrá condecorado de cicatrices, después de resistir al mal durante muchos años, como centinela fiel, en la fortaleza de la fe viva... Enseñó a los que acompañaron su camino todas las lecciones del bien y de la verdad que fueron posibles a su esfuerzo... Entregue a sus parientes y amigos a Jesús y medite, ahora, en la Humanidad, nuestra bendita y gran familia. En cuanto a los servicios confiados por algún tiempo a su guarda, están fundamentalmente unidos a Cristo, quien proveerá las modificaciones que juzgue oportunas y necesarias. A usted le debe bastar el júbilo del deber bien cumplido... Consolide, pues, sus fuerzas y no se entristezca, porque ha llegado para su corazón la batalla final... ¡Coraje, mucho coraje y fe!

La respetable hermana sonrió, casi feliz.

Inmediatamente, una pequeña auxiliar del instituto quebró el coloquio espiritual, abriendo inesperadamente la puerta y anunciando visitas.

Doña Adelaida, debido a las circunstancias, centralizó la mente en el círculo de los encarnados y perdió de vista al benefactor.

El venerado médico de los pobres pasó a entenderse con Jerónimo acerca de varios problemas relacionados con nuestra misión, mientras nos retirábamos, discretamente, proporcionándoles mayor libertad para el intercambio de ideas.

EXCURSIÓN DE ADIESTRAMIENTO

Nuestro orientador estableció la sede de nuestra tarea en la Casa Transitoria de Fabiano, pero decidió también, que nuestras actividades en la Corteza Terrestre tomasen como punto de referencia el hogar colectivo de Adelaida, donde, realmente, los factores espirituales eran más valiosos.

—Aquí —explicó inicialmente— nos sentiremos a gusto. La organización es un campo propicio para las mejores siembras del espíritu y nos ofrece sosiego y seguridad. Permaneceremos en comunicación continua con el albergue de Fabiano, adonde conduciremos a los recién desencarnados y concentraremos todas las actividades posibles, concernientes a los demás amigos, en esa amorosa fundación.

De hecho, aquel refugio de legítima fraternidad era, sin duda, un vasto granero de bendiciones.

Diversas entidades amigas operaban en la Institución, prestando asistencia y cuidados. Se encontraba allí uno de los raros edificios de la Corteza de la Tierra, que, teniendo tan amplias proporciones, permanecía sin criaturas perversas de la esfera invisible.

A semejanza de la Casa Transitoria, de donde veníamos, la vigilancia era muy severa.

Fuimos abordados por varios sufrientes, criaturas de buenos sentimientos, que penetraban en el albergue con previa autorización.

Mientras el Asistente se demoraba conversando con el dedicado Bezerra, fuimos autorizados para visitar las dependencias.

El padre Hipólito, Luciana y yo, en compañía de Irene, joven colaboradora espiritual de la Casa, nos pusimos en acción.

En todos los compartimientos había luz espiritual de nuestro plano, indicando la abundancia de pensamientos saludables y constructivos de todas las mentes que se entrelazaban allí en la misma comunión de ideales.

Al llegar a la sala de reuniones populares, nuestra nueva amiga explicó:

–Esta es la zona del albergue que nos da un trabajo más arduo. Al ser receptora de emanaciones mentales y de pedidos silenciosos de toda la gente que nos visita en las asambleas públicas, estamos obligados, después de cada sesión, a minuciosas actividades de limpieza. Como saben, los pensamientos ejercen vigoroso contagio y se hace imprescindible aislar a los serviciales colaboradores de nuestra tarea, librándolos de ciertos principios destructores o disolventes.

Con la intención de intensificar la esclarecedora conversación, aduje:

–Imagino la extensión de los quehaceres... ¿Tienen suficiente personal cooperando?

–Sí –respondió, –la legión de colaboradores no es pequeña. Somos llamados a servir, día y noche, en turnos alternos. Tenemos secciones de asistencia a los adultos y a los niños.

Pero, vislumbraba allí a un número tan grande de trabajadores

de nuestro plano que, por momentos, graves reflexiones me afloraban a la mente. ¿Tanta gente contribuyendo apenas en el sentido de amparar a algunas decenas de niños desfavorecidos en el campo material? Establecía un paralelo entre la fundación de Adelaida y la Casa Transitoria de Fabiano, notando singular diferencia. Allí, los rigurosos servicios de centinela, la gesta de energía, la atención del personal, se verificaban en virtud de las necesidades improrrogables de cierta cantidad de infelices desencarnados, para los cuales la caridad constituía una lámpara encendida, indispensable para la transformación interior. Pero aquí, tan sólo veía a tiernas criaturas que reclamaban de inmediato, por encima de cualquier otra medida, leche y pan, las primeras letras y buenos consejos. ¿Valdría la pena el gasto de tanta energía de nuestra esfera?

Percibiendo en el acto mis más íntimas interrogaciones, la delicada colaboradora, ponderó:

—Sin embargo, nos corresponde reconocer que esta obra no se dedica exclusivamente a las necesidades del estómago y del intelecto de la infancia desamparada. Los imperativos de la evangelización predominan aquí sobre los demás. Para infundir espiritualidad superior a la mente humana urge aprovechar realizaciones como ésta, ya que es muy difícil obtener un espontáneo airmamiento de la esfera sentimental. Nos valemos de esta Casa, venerable en sus fundamentos de solidaridad, como núcleo difusor de sanas ideas. La fundación es mucho más de almas que de cuerpos, mucho más de pensamientos eternos que de cosas transitorias. El director, el cooperador y el albergado, recibiendo las responsabilidades inherentes al programa de Jesús, instintivamente se convierten en los instrumentos vivos de la Luz que vierte de Más Alto. Satisfaciendo necesidades corporales, solucionamos problemas espirituales. Entrelazando deberes y dividiéndolos con nuestros hermanos encarnados, en el sector de la asistencia, conseguimos crear bases más sólidas para la siembra de las verdades imperecederas. Realmente, las otras escuelas

religiosas no se olvidaron de materializar la bondad en obras de albañilería. La Iglesia Católica Romana, amparando a la infancia abandonada dispone de institutos avanzados, bajo el punto de vista material; pero no se desarrollan allí las concepciones espirituales, pues quedan estancadas en los moldes tiránicos de dogmas obsoletos, porque, el trabajo, en la mayoría de los casos, se circunscribe a simple almacenamiento de pan efímero. A su vez, las Iglesias Protestantes poseen grandes colegios y congregaciones, infundiendo valores educativos en la juventud; sin embargo, sus organizaciones se basan, casi siempre, más en la letra de los conceptos evangélicos que en los conceptos evangélicos de la letra...

Irene sonrió, hizo un ligero intervalo y continuó:

—No deseamos menospreciar los admirables servicios de los aprendices del Evangelio en los variados campos religiosos. Todos son respetables, si son llevados a efecto con devoción de sentimientos. Tan sólo deseamos destacar los valores iluminativos. En los primordios de la obra cristiana, no faltaban prestigiosas providencias de la política imperial de Roma, con el fin de que los hambrientos y desarraigados recibiesen trigo y agasajo y hasta preceptores selectos, afiliados a famosos centros culturales de los griegos y egipcios. Pero, con la intención de incentivar la obra de la legítima iluminación del espíritu, Simón Pedro y los compañeros de apostolado se comprometieron a cumplir con un amplio programa de socorro a los infortunados de toda suerte. No todos los seguidores del Evangelio procedían de los altos estratos sociales del Judaísmo, como Gamaliel, el venerado rabino cuyo intelecto desarrollado encontró al Maestro. La mayoría de los necesitados entraría en contacto con Jesús a través de la humilde sopa o del techo acogedor. Lavando leprosos, tratando enfermos mentales, asistiendo a huérfanos y a ancianos desamparados, los continuadores de Cristo se entregaban al trabajo voluntario, dedicándose a los infelices, abriendo sus mentes y ofreciendo

lecciones de sustancial interés a los legos de la fe viva. Como bien saben, estamos haciendo en el Espiritismo evangélico la recapitulación del Cristianismo.

El padre Hipólito aprobó, benévolo:

–Sí, innegablemente, precisamos estimular la formación de servicios que liberen el raciocinio hacia más altos vuelos.

–Dentro de nuestro esfuerzo –prosiguió Irene, con franqueza, –el imperativo primordial consiste en la iluminación del espíritu humano con vistas a la eternidad. No obstante, urge comprender que para la obtención del desiderátum es imprescindible “hacer alguna cosa”. Donde todos analizan, admiran o discuten, no se levantan obras útiles para atestiguar la superioridad de las ideas. Por eso, nuestros Mentores de la Vida Divina aprecian al siervo por la dedicación que manifieste ante la responsabilidad. El necesitado, el beneficiario, el creyente y el investigador vendrán siempre a nuestros centros de organización de la doctrina. Y cada vez que se ejerciten en los servicios cristianos, por la mediumnidad activa, por la asistencia fraterna, por los trabajos de solidaridad común, cualesquiera que sean, presentan caracteres más positivos de renovación, porque la responsabilidad en la realización del bien, voluntariamente aceptada, los transforma en delimitadores vivos entre dos mundos, el que da y el que recibe. Como ven, la luz divina prevalece sobre el servicio humano, porque éste, sin aquélla, puede degenerar, muchas veces, en personalismo devastador; comprendiéndose, en todo tiempo, que la fe sin obras es hermana de las obras sin fe.

Continuó Irene, en su brillante argumentación, enseñándonos, vivaz, la ciencia de la fraternidad y del entendimiento constructivo. Oyéndola, percibí, por encima de toda preocupación individualista, que la difusión de la luz espiritual en la Corteza Terrestre no es una acción milagrosa, sino el fruto de una edificación paciente y progresiva.

Las casas de servicio social, sobre las aguas pesadas del pensamiento humano, funcionan como grandes navíos de abastecimiento a la colectividad hambrienta de luz y necesitada de principios renovadores. Pasé a ver el estómago de los pequeños en un plano secundario, porque era la claridad positiva del Evangelio lo que ahora inundaba mi alma, invitándome a la contemplación feliz de un futuro mayor.

Caía la noche y continuábamos en compañía de la estimada hermana que nos mostraba la Institución, comentando su saludable programa, con oportunidad y sabiduría.

Observamos los servicios espirituales que se preparaban, ante la proximidad de la noche.

Aquí, eran cuidadosas preceptoras desencarnadas las que se reunirían con niños en horas del sueño físico, dándoles benéficas enseñanzas; allá, eran varios benefactores los que buscaban a hermanos para compartir experiencias y dádivas preciosas, en los círculos de nuestra movilización.

Refundí mi apreciación inicial, viendo, una vez más, en aquella Institución, a una bendita escuela de espiritualidad superior, por la oportunidad que proporcionaba a los misioneros de la luz para la divina siembra.

Transcurrido un buen rato, ya entrada la noche, el Asistente Jerónimo nos convocó al servicio.

Irene nos acompañó a la cámara de Adelaida, donde nuestro dirigente se encontraba conversando con otros amigos.

Fue breve en las determinaciones.

Después de oír a la nueva amiguita, que se ponía a nuestra disposición para cualquier cooperación fraterna, recomendó a Luciana y a Irene que trajesen a la hermana Albina, mientras que el padre Hipólito y yo deberíamos conducir a Dimas, a Fabio y a

Cavalcante a aquel compartimiento, de donde seguiríamos hacia la Casa Transitoria de Fabiano, en una excursión de aprendizaje y adiestramiento.

Ambos grupos partimos en diferentes direcciones.

Valiéndonos, con maestría, de nuestra capacidad de vuelo, Hipólito, con buen humor, me interrogó:

—¿Había participado antes en algún servicio similar al de hoy?

Le confesé que no, rogando que me esclareciera.

—Es fácil —volvió a decirme. —Los que se aproximan a la desencarnación, después de enfermedades prolongadas, comúnmente se desprenden del cuerpo por medio de una acción casi mecánica. A su vez, los familiares terrestres, cansados de vigilias, todo lo hacen para rodear a los enfermos de silencio y cuidados. De ese modo, no es difícil alejarlos para la tarea preparatoria. Generalmente, están vacilantes, debilitados y semi-inconscientes, pero nuestro auxilio magnético resolverá el problema. Nos conservaremos en las extremidades superiores, asegurándoles las manos e impulsados por nuestra energía, harán el vuelo con nosotros, sin mayores impedimentos.

Recibí la explicación con interés y poco después entrábamos en la modesta residencia de Dimas. Aliviado por la inyección de un calmante, no encontramos dificultad para sustraerlo a la atención de los parientes.

Notando nuestra presencia, sondeó nuestra disposición fraterna preguntando:

—¡Oh, amigos míos! ¿Será hoy el fin? ¡Como he suspirado por la liberación...!

—No, mi estimado —afirmó Hipólito, sonriendo— es necesario

que tolere un poco más... Pero el descanso no tardará mucho. Venga con nosotros. No tenemos tiempo que perder.

El ex sacerdote recomendó que tomase la delantera y agarrados de la mano los tres, nos dirigimos a Río de Janeiro, en busca de la morada de Fabio.

No se registraron obstáculos, y en pocos minutos lo tomamos a nuestra cuenta.

Placenteramente, el compañero se unió a la pequeña caravana.

Iba a tomar rumbo al hospital, para buscar al tercero, cuando Hipólito ponderó:

—No es conveniente conducirlos a todos de una sola vez. Cavalcante permanece en grave estado de desequilibrio, exigiendo una cooperación más sustancial. En vista de eso, lo llevaremos en el segundo viaje.

Recordando sus desvaríos, no tuve otro recurso sino asentir.

De regreso a la cámara de Adelaida, encontramos a los demás esperándonos. Irene y Luciana habían traído a Albina para los trabajos preparatorios.

Sin pérdida de tiempo, nos dirigimos a la gran casa de salud, en busca de Cavalcante.

Hipólito había adivinado.

El enfermo se mostraba muy afligido. A su lado Bonifacio, cooperaba abnegadamente con nosotros, para desprenderlo de manera temporal del cuerpo oprimido. Pero el enfermo se había dejado dominar por horribles impresiones de miedo, dificultando nuestros mejores esfuerzos.

Después de un arduo trabajo de magnetización del vago y de administrarle ciertos agentes calmantes, destinados a propiciarle

un sueño suave, lo retiramos del cuerpo, que permaneció bajo los cuidados de Bonifacio.

En pocos minutos iniciamos el regreso.

Con la aquiescencia de Jerónimo, algunos amigos de los enfermos nos acompañarían a la Casa Transitoria. De los cinco pacientes, Adelaida y Fabio eran los únicos que revelaban una conciencia más nítida de la situación. Los demás titubeaban, debilitados, carentes de una noción clara de lo que ocurría.

El Asistente organizó la corriente magnética, tomando la posición de guía. Cada hermano encarnado se ubicó entre dos de nosotros, almas liberadas del plano físico, más experimentadas en el campo espiritual. Con las manos entrelazadas, para intercambiar energías de asistencia mutua, utilizamos intensamente nuestra capacidad de vuelo, ganando alturas. Adelaida y Fabio, más habituados al desdoblamiento, asumieron una discreta actitud de observación y silencio. Pero los demás comentaban el acontecimiento a grandes voces.

–¡Oh, gran Dios! –exclamaba Albina, recordando pasajes bíblicos. –¿Estaremos en el glorioso carro de Elías?

–¡Dadme fuerzas, oh, Padre de Misericordia! –se expresaba Cavalcante, con el alma oprimida. –¡Me falta la confesión general! ¡No recibí aún el Viático! ¡Oh, no me dejes enfrentar vuestros juicios con la conciencia sumergida en el mal...!

Sus rogativas nos sensibilizaban los corazones.

Dimas, por su parte, balbuceaba exclamaciones que no se entendían, entre el asombro y la inquietud.

Atravesada la región estratosférica, la ionosfera surgía a nuestra vista, presentando una enorme diferencia, a causa del aflujo intenso de los rayos cósmicos en combinación con las emanaciones lunares.

Con asombro, Dimas preguntó en voz alta:

–¿Qué río es ese? ¡Ah, tengo miedo y no puedo atravesarlo!
¡No puedo, no puedo...!

Pero, ante tan débil resistencia, el impulso magnético inicial proporcionado por Jerónimo era excesivamente fuerte como para sufrir alguna interrupción en la continuidad del vuelo; y el grupo avanzó, avanzó sin retroceder, hasta que, mucho más allá, alcanzamos el albergue de Fabiano, donde la Hermana Zenobia nos acogió con los brazos abiertos.

Nos congregamos todos los componentes de la misión de socorro –los enfermos, más seis amigos de estos últimos, que poseían elevados conocimientos.

En una pequeña sala puesta a nuestra disposición, Gotuzo, por gentileza, aplicó vigorosos recursos fluídicos a nuestros tutelados, que los recibieron cual niños incapacitados para comprender de inmediato aquel beneficio, a excepción de Adelaida y Fabio, que se mantenían conscientes del fenómeno.

Enseguida, Jerónimo, servicial, tomó la palabra y se dirigió a ellos, comentando:

–Amigos, el auxilio recibido esta noche no se destina a la curación del cuerpo denso, que permanece ahora a distancia por las necesidades del momento. Intentamos revigorizaros el organismo espiritual preparando vuestro definitivo desligamiento, sin alarmas de dolor alucinatorio. Debo confesaros que al retomar el cuerpo físico, experimentaréis un natural empeoramiento de vuestras sensaciones, se os agravará la tortura, porque, en la presente situación, los remedios para el alma intensifican los males de la carne. Certifícaos, por lo tanto, que los recursos de esta hora constituyen una ayuda efectiva para vuestra liberación. De regreso al antiguo nido doméstico, concluida esta primera excursión de adiestramiento, encontraréis más tristeza en el terreno de la Corteza

Terrestre, mayor dolor en las células físicas, más inquietud en el corazón, porque vuestra mente en el proceso de los recuerdos instintivos, habrá fijado, con mayor o menor intensidad, la alegría sublime de este instante. ¡Preparaos, pues, para venir hasta nosotros; solucionad los últimos problemas terrestres y confiad en la Protección Divina!

A continuación, se hizo una breve pausa, durante la cual podíamos permanecer a gusto.

El Asistente había sido rápido en las explicaciones, aclarándonos que condensaba los asuntos en cortas sentencias, atendiendo a la incapacidad mental de los beneficiarios, impotentes aún para penetrar el sentido de las largas disertaciones. En efecto, los compañeros recibían parcialmente el alentador aviso. Se les impregnaba con socorro magnético positivo, pero las ideas que se hacían del hecho eran muy diversas entre sí.

Cavalcante, con la ingenua expresión de un niño, me llamó a solas, preguntando si estábamos en el paraíso. Se sentía aliviado, feliz. Enorme alegría le inundaba el corazón. Y, contento, reconfortado, afirmaba:

—¿No será aquí el cielo?

No conseguí hacerle sentir lo contrario.

Albina recordaba escenas bíblicas, en sus interpretaciones literales del texto sagrado. Después de observar la niebla exterior, circumspecta, preguntó a Luciana si aquella era la casa del Señor, mencionada en el capítulo octavo del primer libro de los Reyes, en vista de la nube de materia densa que cubría el paisaje.

Entre los espiritistas, Adelaida y Fabio se entregaban a la reserva feliz de la oración, pero Dimas, embriagado de felicidad por el provisorio alivio, se acercó, curioso, al padre Hipólito e inquirió si la zona representaba alguna dependencia venturosa de

Marte. El ex sacerdote esbozó una amplia sonrisa y respondió, complaciente:

–No, amigo mío, esto aquí aún es la Tierra. Estamos muy lejos de otros planetas...

Intercambiamos una inteligente mirada, que traducía buen humor. Antes de nuestras consideraciones, tal vez innecesarias, Jerónimo intervino, añadiendo:

–El plano de impresión de la mente graba las imágenes de los prejuicios y dogmas religiosos con singular consistencia. La transformación compulsoria por el deceso reintegrará a la criatura el patrimonio de sus facultades superiores. Pero el trabajo no puede ser brusco, bajo pena de ocasionar desastres emocionales de graves consecuencias. Urge considerar la necesidad de la medida, esto es, de la graduación.

Y, mirándonos con agudeza, prosiguió:

–No obstante, hay una observación valiosa que destacar. Como vemos no es el rótulo externo el que socorre al creyente en la supremas horas evolutivas. Es justamente la siembra por el propio esfuerzo, en los servicios de la sabiduría y del amor, lo que fructifica en el instante oportuno a través de providencias de intercesión o de compensaciones espontáneas de la ley que manda entregar las respuestas del Cielo “a cada uno según sus obras”. Por lo tanto, cualquier lugar del Universo puede ser convertido en santuario de luz eterna, siempre que la ejecución de los Divinos Designios sea con la alegría de nuestra propia voluntad.

Finalizada la cosecha de preciosas enseñanzas, comenzamos a regresar, terminando así nuestra feliz excursión.

Devolviendo los enfermos a los lechos de origen, verificamos las diferentes impresiones de cada uno. Fabio sentía infinito consuelo en el campo íntimo. Cavalcante despertó, en el organismo de la carne, pensando en recurrir a la eucaristía por la mañana, y

Dimas al despertar, junto a nosotros, llamó a la esposa y le afirmó en voz baja:

–¡Oh! ¡Cómo fue maravilloso el sueño que tuve ahora! ¡Me vi a la orilla de un río caudaloso y brillante, que atravesé con la ayuda de benefactores invisibles, llegando enseguida a una casa grande, llena de luz!

Pasó su descarnada mano por la frente sudorosa y exclamó:

–¡Ah! ¡Cómo desearía acordarme de todo! ¡Tengo la impresión de que visité un mundo feliz, recibiendo enseñanzas de gran significación, pero... me falla la cabeza...!

La compañera lo tranquilizó, exhortándolo a dormir.

Se había realizado la primera excursión de adiestramiento con los amigos, que dentro de poco estarían con nosotros.

Congregados de nuevo en la bendita Institución de Adelaida, decidió Jerónimo nuestro retorno a la Casa Transitoria de Fabiano, para descansar y servir en otros sectores, toda vez que la oportunidad de trabajo útil nos favoreciese con sus bendiciones.

COMPAÑERO LIBERADO

Después de varios preparativos, principalmente al lado de Cavalcante –que había empeorado luego de la intervención quirúrgica– Jerónimo tomó providencias referentes a la desencarnación de Dimas, cuya posición era de las más precarias.

De mañanita, después de entenderse con la Hermana Zenobia respecto a la localización del primer amigo que se liberaría de los lazos físicos, el Asistente nos invitó a iniciar la labor.

Comprendía, una vez más, que hay un tiempo de morir, como hay un tiempo de nacer. Dimas había alcanzado el período de renovación y por eso sería abstraído de la forma densa para que se transformara con el nuevo aprendizaje. El día exacto no había sido determinado. Él había alcanzado su tiempo. Pero, recordando mi caso particular y sediento de elucidaciones constructivas, osé interrogar a nuestro orientador, mientras regresábamos, por la mañana, al círculo carnal.

–Apreciado Asistente –pregunté, –disculpe mi deseo de conocer ciertas particularidades del servicio... ¿Podría informarme si Dimas desencarnará en la ocasión adecuada? ¿Vivió él toda la

cuota de tiempo susceptible de ser aprovechada por su Espíritu en la Corteza de la Tierra? ¿Completó la relación de servicios que trajo al renacer?

–No –respondió el interpelado, con firmeza, –no llegó a aprovechar todo el tiempo prefijado.

–¡Oh!, –consideré, de manera superficial– ¿habrá sido, como yo, un suicida inconsciente? Entré a nuestra colonia en esa condición y antes de obtener la gracia del refugio renovador, experimenté acerbos padecimientos.

Manifestando tal apreciación, ponderaba sobre la tarea especial de socorrerlo. Seguramente, poderosas razones motivarían el esfuerzo que se llevaba a efecto, pero la información del orientador me desconcertaba. Si el referido hermano no había completado el tiempo previsto en el derrotero de obligaciones que le fueron trazadas, ¿por qué tanta consideración? ¿Merecería aquel movimiento excepcional de asistencia individualizada? ¿Qué motivo impelería a la esfera superior a prestarle tanta atención?

Sin duda, Jerónimo comprendió la venenosa preocupación que me dominaba el pensamiento, pero se abstuvo de dar largas explicaciones, confirmando, simplemente:

–No André, nuestro amigo no es suicida.

Más acertado hubiera sido silenciar aquellos razonamientos sospechosos; pero mi inveterado instinto de pesquisa intelectual era demasiado fuerte para que yo me dominase.

Mirándolo algo confundido, volví a preguntar:

–Pero si Dimas no aprovechó todo el tiempo que disponía, ¿no habrá desperdiciado la oportunidad, tal como me aconteció a mí mismo?

Mi interlocutor mostró una leve sonrisa en el semblante y acentuó, compasivo:

—No conozco su pasado, André, y creo que las mejores intenciones habrán movido sus actividades en el pretérito. Pero la situación del amigo al que nos referimos es muy clara. En la existencia que finaliza, Dimas no consiguió llenar toda la cuota de tiempo que le era lícito utilizar, debido al ambiente de sacrificio que dominó sus días. Acostumbrado, desde la infancia, a la lucha cruenta, desarrolló el cuerpo, entre deberes y abnegaciones incesantes. Desfavorecido de cualquier ventaja material en el principio, conoció ásperas obligaciones para familiarizarse con las más sencillas lecturas. Entregado al servicio rudo, en el albor de la juventud, constituyó la familia, sudando la gota gorda en el sacrificio diario. Pasó la vida obediente a las normas, conquistando la subsistencia con enorme gasto de energía. Aun así, encontró recursos para dedicarse a los que gimen y sufren en los planos más bajos que el de él. Al recibir la mediumidad, la colocó al servicio del bien colectivo. Convivió con desalentados y afligidos de toda suerte. Y como su espíritu sensible encontraba placer en ser útil y los necesitados rara vez guardaban nociones de equilibrio, su existencia se convirtió en un refugio de enfermos del cuerpo y del alma. Perdió casi por completo las comodidades de la vida social, se privó de cursar edificantes estudios que le podrían prodigar las más amplias realizaciones a su idealismo de hombre de bien, perjudicando sus células físicas con el cúmulo de servicio obligatorio y acelerado en la causa del sufrimiento humano. Por las vigiliias obligatorias a altas horas de la noche, se le debilitó la resistencia nerviosa; por la inevitable irregularidad de las comidas, se distanció de la armoniosa salud del estómago; por las persecuciones gratuitas de las que fue objeto gastó fosfato en exceso, y por los reiterados choques con el dolor ajeno, que siempre le repercutió amargamente en el corazón, alojó destructoras vibraciones en el hígado, creando aflicciones morales que lo incapacitaron para las funciones regeneradoras de la sangre. Es verdad que no podemos loar al trabajador que pierde algún órgano fundamental de la vida física debido a los atritos de las

perturbaciones que crean e incentivan para sí mismos algunos compañeros encarnados; no obstante, se hace necesario considerar las circunstancias en juego. Dimas habría podido recibir con naturalidad semejantes emisiones destructivas, manteniéndose con la serenidad intangible del legítimo apóstol del Evangelio; sin embargo, no se organizan de un día para otro las defensas psíquicas contra el bombardeo de los rayos perturbadores de la mente ajena, como no es fácil improvisar muelles seguros ante la embestida del océano. Rodeado de exigencias sentimentales, poco y mal alimentado, sin descansar lo necesario, se transformaron las congestiones hepáticas crónicas en cirrosis hipertrófica, causante de la desintegración del cuerpo.

El orientador guardo silencio, y como me sentía profundamente avergonzado por la comparación que inadvertidamente establecí, Jerónimo afirmó:

–Según observamos, hay existencias que pierden en extensión, pero ganan en intensidad. La visión imperfecta de los hombres encarnados reclama el examen cuidadoso de los efectos, pero la visión divina jamás desprecia las minuciosas investigaciones sobre las causas...

Callé, humillado. Una vez más, el hábito de analizar personas y acontecimientos, unilateralmente, me imponía una ejemplarizante decepción. Claro que el Asistente conocía mi antigua posición y estaría bien informado sobre mis anteriores desvíos, pero se dignaba a evitarme desilusiones más profundas con referencias comparativas. Entonces, asomaron ciertos recuerdos nítidos y esclarecedores de mi pasado. Innegablemente, había conducido mi última experiencia física como mejor me pareció. Ingería mis comidas a sus horas, con toda calma y eran sustanciosas; pude estudiar la carrera de mi predilección; disponía de mi tiempo con rigurosa independencia en las decisiones; cerraba la puerta a los clientes antipáticos, cuando me faltaba disposición para soportarlos;

nunca me molestaba el hígado por sufrimientos ajenos, porque era pequeño para contener las vibraciones destructoras de mis propias irritaciones, al sentirme contrariado en mis puntos de vista personales; y sobre todo, aniquilaba el aparato gastrointestinal con excesos de comidas y bebidas, aliados a la sífilis, a la que yo mismo, por mi liviandad, había dado guarida. Por lo tanto, existían muchas diferencias entre el caso de Dimas y el mío. El dedicado servidor del bien había empleado las posibilidades que el Cielo le confió en beneficio de otros. En cuanto a mí, centrado en mí mismo, había gozado de esas posibilidades hasta el clímax, perdiéndome por la abusiva saciedad.

Pero Jerónimo era lo suficientemente bueno como para no comentar realidades tan duras. Reafirmando la generosidad espontánea que lo caracterizaba, desarticuló mis desagradables impresiones, cambiando de tema.

En breve tiempo llegábamos a la residencia del enfermo, cuyo estado era gravísimo.

Algunos amigos desencarnados velaban atentos.

Una luminosa entidad, que mostraba gran interés por el agonizante, se acercó al Asistente, preguntando si el deceso había sido marcado para aquel día.

—Sí— aclaró el interpelado, —la resistencia orgánica se agotó. Estamos autorizados para aliviarlo, lo que haremos hoy, liberándolo del fardo pesado de materia densa.

La interlocutora lo consultó también sobre la conveniencia de reunir allí a un grupo de los beneficiados por el moribundo que, en la misión ya casi por cumplirse, deseaban testimoniarse su cariñoso aprecio en el último día de vida en la carne.

—Amiga mía, comprenda las dificultades inherentes al asunto —respondió nuestro dirigente con gentileza. —Si Dimas tuviese pleno control de sus emociones, no surgiría ningún inconveniente. Pero,

por ahora, permanece bajo agitaciones psíquicas muy fuertes. Conoce el próximo fin de su cuerpo carnal, pero no puede sustraerse súbitamente de las cadenas domésticas. Teme por el futuro de los suyos, no mantiene el control de los nervios y se sintoniza con las emisiones de inquietud de la esposa y de los hijos. Creemos que sería inoportuna esa compacta visita en el transcurso de las actividades propias de la desencarnación, aun tratándose de los mejores amigos del enfermo, para que no se le agrave el descontrol mental. Sin embargo, Dimas podrá ser amparado por el afecto de cuantos le quieren, tan pronto como se deshaga del cuerpo denso. Sugiero también que la manifestación de cariño, merecida y justa, le sea prestada por cuantos lo estiman el día que lo traslademos de la Casa Transitoria de Fabiano, hacia regiones más elevadas. Nuestro hermano y cooperador descansará, allí, bajo atentos cuidados, junto a otros amigos en condiciones análogas. No dejaremos de avisarles previamente sobre su partida, para que sus amigos se congreguen junto a nosotros en la oración de reconocimiento que elevaremos al Todopoderoso.

La consultante manifestó sincera satisfacción y añadió:

—¡Buena decisión! Esperaremos la comunicación en el instante oportuno.

Después se despidió, marchándose con otros visitantes de nuestra esfera, que nos dejaban ahora el campo libre para nuestra necesaria actuación.

Sin duda, el trance era delicado.

La esposa del médium, a los pies de él, a pesar de las prolongadas vigiliias y fatigantes sacrificios que mostraba su semblante, se mantenía firme a su lado, con los ojos enrojecidos de tanto llorar, emitiendo fuerzas de retención amorosa que prendían al moribundo en un vasto enmarañado de hilos grises, dándonos la impresión de ser un pez encarcelado en la caprichosa red.

Jerónimo la señaló, bondadoso, y explicó:

–Nuestra pobre amiga es el primer obstáculo a superar. Improvisemos una mejoría temporal para el agonizante, a fin de sosegar su mente afligida. Sólo después de semejante medida conseguiremos retirarlo sin mayores impedimentos. Las corrientes de fuerza, exteriorizadas por ella, infunden vida aparente a los centros de energía vital, ya en adelantado proceso de desintegración.

Recomendó el Asistente que Luciana e Hipólito se mantuviesen al lado de la señora, modificando sus vibraciones mentales, instruyéndome para coadyuvar en la influencia como se hacía menester.

Mientras mantenía las manos sobre la cabeza de Dimas, propiciando la renovación general de sus fuerzas, Jerónimo le aplicaba pases longitudinales, deshaciendo los hilos magnéticos que se entrecruzaban sobre el cuerpo abatido.

Observé que el moribundo se encontraba ya en dolorosas condiciones. El hígado, completamente desorganizado, comenzaba su definitiva paralización de funciones. El estómago, el páncreas y el duodeno presentaban extrañas anomalías. Los riñones parecían prácticamente muertos. Los glomérulos se prendían a los ramos arteriales como pequeños botones enrojecidos; los tubos colectores se habían puesto rígidos, anunciado el fin del cuerpo. Síntomas de gangrena pesaban en toda la atmósfera orgánica.

Pero lo que más impresionaba, era la invasión de la fauna microscópica. Corpúsculos de las más variadas especies nadaban en los líquidos acumulados en el vientre, concentrándose particularmente en el ángulo hepático, como si buscasen con avidez alguna cosa, en las cercanías de la vesícula.

El corazón trabajaba con dificultad. En fin, el debilitamiento alcanzó su auge.

–Necesitamos proporcionarle mejorías ficticias –aseveró el

dirigente de nuestras actividades— para tranquilizar a sus afligidos parientes. La habitación está repleta de sustancias mentales torturantes.

El Asistente comenzó, entonces, a ejercer intensivamente su influencia.

Dimas, con la razón obnubilada por el dolor, no divisaba nuestra presencia. Los atritos celulares, por el rápido desarrollo de los virus portadores del coma, le impedían tener percepciones claras. Las provechosas facultades mediúnicas que poseía habían caído en declive temporal ante los choques del sufrimiento. Pero era extremadamente sensible a la actuación magnética.

Poco a poco, con la interferencia de Jerónimo, el amigo se calmó, respirando a ritmo casi normal, abrió los ojos hundidos y exclamó, reconfortado:

—¡Gracias a Dios! ¡Loado sea Dios!

Uno de los hijos, al contemplarlo, con los ojos suplicantes, siguió sus palabras, ansioso, preguntando con un gesto de alivio:

—¿Está mejor, papá?

—¡Oh sí, hijo mío, ahora respiro con más libertad...!

—¿Siente a los amigos espirituales a su lado? —volvió a decir el joven, lleno de fe.

El enfermo sonrió algo triste, y respondió:

—No. Quiero creer que el sufrimiento físico cerró la puerta que me comunicaba con la esfera invisible. Aun así, estoy muy confiado. Jesús no nos desampara.

Miró a la compañera que estaba llorando y añadió:

—Todos nosotros experimentaremos la soledad en los grandes momentos de la evaluación de los valores espirituales. Estoy convencido que nuestros Guías del Plano Superior no se

olvidarán de mis necesidades... pero... no debo esperar que se tomen cuidados permanentes conmigo...

Hablaba con la voz casi imperceptible, en virtud del abatimiento, entrecortando las palabras con la respiración oprimida.

La señora, vacilante, estaba enteramente amparada por Luciana, que la abrazaba, afectuosa. Se le veían las señales de angustioso cansancio. Lágrimas espesas corrían por sus congestionados ojos.

Jerónimo, ahora, posaba la diestra en la frente del moribundo, proporcionándole fuerza, inspiración e ideas favorables para el desarrollo de nuestros servicios. Dimas mostró un nuevo brillo en la mirada, miró de frente a la compañera, esforzándose por parecer tranquilo, y le rogó:

–¡Querida, vaya a descansar...! Se lo ruego... Tantas noches seguidas de guardia, acabarán por aniquilarla. ¿Qué será de mí, enfermo y exhausto, si el desánimo nos sorprende a todos?

Hizo un intervalo más largo y prosiguió:

–Acepte mi petición de reposar. Quedaría tan satisfecho si la viese más fuerte... No se retarde. Me siento mucho mejor y sé que el día será de reconfortante calma.

Cediendo a la insistencia del esposo y dulcemente constreñida por la influencia de Luciana e Hipólito, la matrona se recogió al cuarto.

En vista de las mejoras obtenidas, hubo una expansión de júbilo familiar. El médico fue llamado. Radiante, el clínico aseveró que los pronósticos contrariaban las suposiciones anteriores. Renovó las indicaciones, dispensó los anestésicos y recomendó al personal doméstico que dejaran al enfermo en absoluto reposo. Dimas acusaba una mejoría sorprendente. Por lo tanto, era

razonable que la alcoba fuese dejada en silencio para que él tuviese un sueño reparador.

El galeno atendía a nuestro deseo.

En pocos minutos, la habitación quedó vacía, salvo por nuestra presencia y la del enfermo, lo cual facilitó nuestro servicio.

El Asistente distribuyó trabajo a todos nosotros.

Hipólito y Luciana, después de tejer una red fluídica, alrededor del lecho, para que las vibraciones mentales inferiores fuesen absorbidas, permanecieron en oración al lado, mientras yo mantenía la diestra sobre el plexo solar del agonizante.

–Iniciaremos ahora las operaciones decisivas –afirmó Jerónimo, resuelto, –pero antes permitamos a nuestro amigo la oportunidad de hacer la oración final.

El Asistente lo tocó, detenidamente, en la parte posterior del cerebro. Vimos que el agonizante comenzó a emitir pensamientos luminosos y bellos. No nos veía, ni nos oía, de manera directa, pero conservaba la intuición clara y activa. Bajo el control de Jerónimo, experimentó una imperiosa necesidad de orar y aunque los labios cansados prosiguiesen inmóviles, distinguimos la rogativa mental que dirigía al Divino Maestro:

–Señor Jesucristo, creo que alcancé el fin de mi cuerpo, del cuerpo que me diste, por algún tiempo, como dádiva preciosa y bendita. Yo no sé, Señor, cuántas veces herí la máquina fisiológica que me confiaste. Inconscientemente, quebré las piezas con mi descuido, menospreciando patrimonios sagrados, cuyo valor estoy reconociendo en más de doce meses de sufrimiento carnal incesante. No te puedo implorar la bendición de la muerte pacífica, porque nada hice de bueno o de útil para merecerla. ¡Pero si es posible, Amado Médico, socórreme con tu compasivo y desvelado amor! Curaste parálíticos, ciegos y leprosos... ¿Por qué no te compadecerías de mí, miserable peregrino de la Tierra...?

Sus ojos dejaban escapar abundantes lágrimas.

Después de algunos minutos, observamos que el agonizante recordaba la distante niñez. En la pantalla milagrosa de la memoria, regresaba al regazo y sentía sed del cariño de su madre. ¡Oh! ¡Si pudiese contar con la ayuda de la bendita anciana que la muerte le arrebatara hace tantos años! –reflexionaba. Apremiado por las dulces reminiscencias, modificó el cuadro de la súplica, recordó la escena de la crucifixión de Jesús, insistió mentalmente en vislumbrar la imagen sublime de María y sintiéndose de rodillas frente a ella, imploró:

–¡Madre de los Cielos, madre de las madres humanas, refugio de los huérfanos de la Tierra, en esta hora suprema, soy también un niño frágil con hambre de afecto maternal! ¡Oh! ¡Señora Divina, madre de mi Maestro y de mi Señor, dignate bendecirme! ¡Recuerda que tu divino hijo pudo verte en el último instante e intercede por mí, mísero siervo, para que tenga a mi santa madre a mi lado en el minuto de partir...! ¡Ayúdame! ¡No me abandones, ángel tutelar de la Humanidad, bendita entre las mujeres!

¡Oh! ¡Qué providencia maravillosa del Cielo! El corazón del moribundo se había convertido en un foco radiante y la puerta de acceso dio entrada a una venerable anciana, coronada de luz semeñando nieve luminosa. Ella se aproximó a Jerónimo e informó, después de desearnos la paz divina:

–Soy su madre...

El Asistente comentó la urgencia de la tarea que nos aguardaba y le confió el depósito querido.

En pocos segundos, teníamos ante los ojos un inolvidable cuadro afectivo. La anciana se sentó en el lecho, poniendo la cabeza del moribundo en su regazo acogedor, acariciándola con las manos cariñosas.

En virtud del valioso refuerzo en el sector de la colaboración,

Hipólito y Luciana, atendiendo a nuestro dirigente, fueron a velar por el sueño de la esposa, para que sus emisiones mentales no alterasen nuestro esfuerzo.

En el recinto, sólo permanecíamos los tres.

Dimas, experimentando indefinible bienestar en el regazo materno, parecía olvidar ahora, todas las amarguras, sintiéndose amparado como un niño semi inconsciente, casi feliz. Jerónimo ordenó que me mantuviese alerta, con las manos puestas sobre la frente del enfermo, pasando, de inmediato, al servicio complejo y silencioso de la magnetización. En primer lugar insensibilizó enteramente el vago, para facilitar el desligamiento en las vísceras. A continuación, utilizando pases longitudinales, aisló todo el sistema nervioso simpático, neutralizando, más tarde, las fibras inhibitoras del cerebro. Descansando algunos segundos, aseveró:

–No conviene que Dimas hable a los parientes ahora. Tal vez, formularía peticiones inoportunas.

Indicando al agonizante comentó, sonriendo:

–En otro tiempo, André, los antiguos creían que ciertas entidades mitológicas cortaban los hilos de la vida humana. Nosotros somos auténticas Parcas, efectuando semejante operación...

Y como yo pregunté, tímidamente, por dónde iríamos a comenzar, el orientador explicó:

–Como se sabe, hay tres regiones orgánicas fundamentales que requieren extremo cuidado en los servicios de liberación del alma: el centro vegetativo, ligado al vientre, como sede de las manifestaciones fisiológicas; el centro emocional, zona de los sentimientos y deseos, ubicado en el tórax; y el centro mental, más importante por su excelencia, situado en el cerebro.

Mi curiosidad intelectual era enorme. Pero, entendiendo que

la hora no admitía extensas explicaciones, me abstuve de hacer nuevas preguntas.

Sin embargo, Jerónimo, gentil como siempre, percibiendo mi propósito de pesquisa, añadió:

—André, en otra ocasión estudiará usted el trascendente problema de las diversas zonas vitales de la individualidad.

Aconsejándome cautela en el suministro de energías magnéticas a la mente del moribundo, comenzó a operar sobre el plexo solar, desatando los lazos en los que se localizan las fuerzas físicas. Asombrado, noté que cierta porción de sustancia lechosa se rebosaba del ombligo, flotando cerca. Se le estiraron los miembros inferiores, con síntomas de enfriamiento.

Dimas, semi inconsciente, gimió, en voz alta.

Acudieron los amigos, asustados. Bolsas de agua caliente le fueron puestas en los pies. Pero, antes que los familiares entrasen en escena, Jerónimo, con pases concentrados sobre el tórax, aflojó los hilos que mantenían la cohesión celular en el centro emotivo, operando sobre un determinado punto del corazón, que pasó a funcionar como una bomba mecánica, sin regulación. Una nueva porción de sustancia se desprendía del cuerpo, del epigastrio a la garganta, pero observé que todos los músculos trabajaban fuertemente contra la partida del alma, oponiéndose a la liberación de las fuerzas motrices, en un esfuerzo desesperado, ocasionándole angustiosa aflicción al paciente. El campo físico nos ofrecía cierta resistencia, insistiendo en la retención del señor espiritual.

Con la fuga del pulso, fueron llamados los parientes y el médico, que acudieron apresurados. Pero, acogido en el regazo maternal y bajo nuestra influencia directa, Dimas no consiguió articular palabras o concatenar ideas.

Habíamos alcanzado el coma, en buenas condiciones.

El Asistente estableció un reducido tiempo de descanso, pero

volvió a intervenir en el cerebro. Era la última etapa. Concentrando todo su potencial de energía en la fosa romboidal, Jerónimo quebró alguna cosa que no pude percibir en detalle y una brillante llama violeta-dorada se desprendió de la región craneal, absorbiendo, instantáneamente, la vasta porción de sustancia lechosa ya exteriorizada. Quise mirar la brillante luz, pero confieso que era difícil fijarla, con rigor. Pero enseguida noté que las fuerzas que examinábamos estaban dotadas de un movimiento de gran plasticidad. La mencionada llama se transformó en una maravillosa cabeza, totalmente idéntica a la de nuestro amigo en avanzado proceso de desencarnación, constituyéndose, después de ella, todo el cuerpo periespiritual de Dimas, miembro a miembro, trazo a trazo. Y a medida que el nuevo organismo surgía a nuestra mirada, la luz violeta-dorada, fulgurante en el cerebro, palidecía gradualmente, hasta desaparecer del todo, como si representase el conjunto de los principios superiores de la personalidad, momentáneamente recogidos en un solo punto, explayándose enseguida a través de todos los vericuetos del organismo periespirítico, asegurando, de ese modo, la cohesión de los diferentes átomos, de las nuevas dimensiones vibratorias.

Dimas-desencarnado se elevó algunos palmos por encima de Dimas-cadáver, ligado ahora al cuerpo apenas por un leve cordón plateado, semejante a un sutil elástico, entre el cerebro de materia densa, abandonado, y el cerebro de materia depurada del organismo liberado.

La progenitora abandonó enseguida el cuerpo carnal y recibió la nueva forma, envolviéndola en una túnica de tejido muy blanco, que traía consigo.

Para nuestros amigos encarnados, Dimas había muerto, enteramente. Pero para nosotros, la operación estaba aún incompleta. El Asistente decidió que el cordón fluídico debería permanecer hasta el siguiente día, considerando las necesidades

del “muerto”, aún sin la preparación debida para un desenlace más rápido.

Y mientras el médico suministraba explicaciones técnicas a los llorosos parientes, Jerónimo invitó a retirarnos, confiando antes al recién desencarnado a aquella que fuera su dedicada madrecita en el mundo físico:

–Nuestra hermana puede mantener a su hijo bajo sus cuidados hasta mañana, cuando cortaremos el último hilo que lo liga al despojo, antes de conducirlo a un conveniente albergue. Mientras tanto, reposará en la contemplación del pasado, que se le muestra en una visión panorámica en el campo interior. Además, acusa una extrema debilidad, después del laborioso esfuerzo del momento. Por esa razón, solamente podrá partir, en nuestra compañía, terminado el enterramiento de los envoltorios pesados, a los cuales se une aún por los últimos residuos.

La anciana agradeció con emoción y dando a entender que respondía a todo lo que argüía mentalmente, el Asistente concluyó:

–Conviene montar guardia aquí, vigilante, para que los amigos apasionados y los enemigos gratuitos no le perturben el reposo forzado por algunas horas.

La madre de Dimas se mostró muy agradecida y partimos, en grupo, camino a la fundación de Fabiano, de donde nuestra expedición de socorro regresaría a la Corteza Planetaria, al día siguiente.

PRESTANDO ASISTENCIA

Mis compañeros de misión, incluso Jerónimo, parecían menos interesados en seguir el caso de Dimas durante la noche, reservándose para la continuidad del esfuerzo al día siguiente, cuando nos correspondería transportarlo hasta el bendito albergue de Fabiano.

No sucedía lo mismo conmigo.

Habiéndome desembarazado de los lazos físicos en otro período, no conseguí efectuar observaciones educativas para mi acerbo de conocimientos. Para mi personalidad, aún desatenta ante las cuestiones del espíritu eterno, el choque sensorial en el trance, me había impedido un análisis minucioso del asunto. Pero, ahora, la oportunidad podría traer mayores luces a mi alma en cuanto a la posición de los recién desencarnados, antes de la inhumación del envoltorio denso.

Exponiendo al Asistente mi propósito de aprender, recibí de él la más amplia autorización. Podría visitar la residencia de Dimas cuando quisiera, permaneciendo allá durante las horas que desease.

La aquiescencia de Jerónimo me henchía de placer. No sólo

por la ocasión de enriquecerme en la esfera práctica, sino también porque el hecho, en sí, era bastante expresivo. Por primera vez, un compañero de trabajo, con suficiente autoridad, estaba de acuerdo con mis deseos de humildísimo operario. Por lo tanto, el consentimiento representaba una preciosa conquista. Constituía la libertad instructiva, con la responsabilidad de mi conciencia y la confianza de mis superiores jerárquicos.

Dejando la Casa Transitoria, en plena noche, llegaba poco tiempo después al ambiente doméstico, donde el amigo se había desprendido de los hilos de materia más espesa.

Entré. La casa estaba llena de amigos y simpatizantes, encarnados y desencarnados. No se apreciaba ningún servicio de defensa. Noté que había libre tránsito para los grupos de cualquier procedencia.

En una apartada habitación, ligado aún a las vísceras inertes por el cordón plateado, permanecía Dimas en el regazo de la progenitora, asistido de cerca por dos cuidadosos amigos.

La noble matrona me reconoció, conmovida, presentándome a los compañeros.

Uno de ellos, Fabriciano, me acogió, servicial, interesándose por los informes relacionados con el desenlace. Le relaté pormenorizadamente las labores. Enseguida, el interlocutor pasó a explicarse:

—Siempre tuve por Dimas sincera admiración por la provechosa ayuda que supo ofrecernos. Desde hace seis años integro la comisión espiritual de servicio que viene atendiendo a los necesitados, por mediación de él. Siempre fue asiduo en las obligaciones, buen compañero, leal hermano.

Sorprendido con las referencias, pregunté:

—¿Existen, entonces, comisiones que colaboran permanentemente con los médiums en general?

–No me refiero a la generalidad –respondió el interlocutor, – porque la mediumnidad es un título de servicio como cualquier otro. Y hay personas que pugnan por la obtención de los títulos, pero desestiman las obligaciones que les corresponden. Gustarían, por cierto, del intercambio con nuestro plano, pero no piensan en las responsabilidades y finalidades. Debido a eso no se establecen conjuntos de cooperación para los médiums en general, sino apenas para aquellos que estén dispuestos al trabajo activo. Hay muchos aprendices que no traspasan la frontera de la tentativa y de la observación. Desearían el camino bien aplanado, exigiendo la convivencia exclusiva de los Espíritus genuinamente bondadosos. Practican la lucha constructiva a través de pesquisas superficiales y a la primera dificultad abandonan los compromisos asumidos. En la adquisición de la fortaleza moral no se prescinde de pruebas arriesgadas y angustiosas. Pero, frente a las exigencias naturales del aprendizaje, se sienten heridos en su dignidad personal. No soportan la aproximación de infelices encarnados o desencarnados, estacionándose al menor aguijonazo de dolor. Para semejantes practicantes, sería extremadamente difícil la formación de equipos eficientes, representativos de nuestro plano. No se sabe cuando están dispuestos a servir. Si reciben facultades intuitivas, piden la incorporación; si cuentan con la videncia, quieren la posibilidad de exteriorizar fluidos vitales para los fenómenos de materialización.

Escuché las sensatas observaciones del nuevo amigo y registrando la nobleza de su alma, pasé a considerar íntimamente lo relacionado con la tarea que nos había llevado hasta allí.

¿Por qué se había formado una expedición destinada al socorro de un servidor que disponía de amigos de tan alta competencia moral? Fabriciano demostraba conocimientos elevados y una condición superior. Pero el obsequioso amigo, evidenciando una extrema agudeza perceptiva, antes que yo hiciese alguna pregunta inoportuna, añadió:

—A pesar de nuestra amistad con el médium, no nos fue posible acompañarlo en el trance de la desencarnación. Tenemos delegación de trabajo para ello, pero, en este asunto, entró en juego la autoridad de superiores nuestros, que resolvieron proporcionarle reposo, el cual no nos habría sido posible prodigarle, en caso de que viniese directamente en nuestra compañía.

La conversación conducía a interesantes ángulos del problema de la muerte. Seducido por las consideraciones, interrogué sobre lo que más o menos ya sabía, a fin de poder penetrar en particularidades más significativas:

—¿No todas las desencarnaciones de personas dignas cuentan con el amparo de grupos socorristas?

—No todas, —confirmó el interlocutor, y afirmó, —todos los fenómenos de deceso cuentan con la protección de la caridad dependiente de las organizaciones de asistencia indiscriminada; pero, la misión especializada no puede ser concedida a quien no se distinguió en el esfuerzo perseverante del bien.

—Sin embargo —objeté curioso, tañendo la cuerda que más me interesaba en el asunto, —¿no existen criaturas, esencialmente bondadosas, que se liberan de los lazos físicos, más o menos conectadas con comisiones de servicio espiritual de naturaleza superior, sin que haya misiones de salvamento, previamente designadas para socorrerlas?

Después de una breve pausa, añadí para que me entendieran mejor:

—Supongamos que Dimas estuviese en contacto reciente con su comisión de trabajo y desencarnase sin los cuidados de un grupo de socorristas, ¿sería dejado a merced de las circunstancias?

Fabriciano se rió con toda franqueza y respondió:

—Eso podría suceder. Tenemos precedentes. De manera general, ocurren semejantes casos con trabajadores angustiados

por conseguir de cualquier modo su desencarnación, alegando necesidades de reposo. Muchas veces son, en el fondo, criaturas bondadosas, pero ilógicas y poco inteligentes. Por ejemplo, la semana pasada observamos un caso de esa naturaleza. Una respetable señora, joven aún, se vinculó, por las sanas disposiciones que demostró en el campo de la beneficencia social, a una dedicada asociación de servicio, organizada por amigos nuestros. Sin embargo, al verificarse pequeñas contiendas entre ella y el esposo, y teniendo conocimiento de la inmortalidad de la vida, más allá del sepulcro, la pobre criatura deseó ardientemente morir. Tontos devaneos del marido fueron suficientes para que maldijese al mundo y a la Humanidad. No supo quebrar la concha del personalismo inferior y ponerse en camino hacia la vida mayor. Debido a la cólera y a la intemperancia mental, creó la idea fija de liberarse de cualquier manera del cuerpo, pero sin recurrir al suicidio directo. Conocía a determinados amigos espirituales a los que se había unido, pero, lejos de asimilar juiciosamente sus consejos, repelía sus fraternas advertencias, aceptando tan sólo las palabras de consuelo que eran de su agrado, dentro de las sanas amonestaciones que le dirigían. Y tanto pidió la muerte, insistiendo en ella entre la amargura y la irritación persistente, que desencarnó debido a una manifestación de ictericia complicada con un simple brote gripal. Se trataba de un verdadero suicidio inconsciente, pero la señora era, en el fondo, extraordinariamente caritativa e ingenua. No se recibió ninguna autorización para concederle descanso y mucho menos auxilio especial. Los benefactores de nuestra esfera, a pesar de la eficiente intercesión a beneficio de la infeliz, sólo pudieron apartarla de las vísceras cadavéricas, en condiciones impresionantes y tristes, hace dos días. No existiendo ninguna determinación de asistencia individual por parte de las autoridades superiores, y como no era aconsejable entregarla al sabor de su propia suerte, debido a las potenciales virtudes de las que era portadora, el director de la

comisión de servicio a la que se afiliara la imprevisora amiga, la recogió, por espíritu de compasión, en plena lucha y ella se puso precipitadamente a trabajar por ahí en forma activa, en condiciones mucho más serias y complicadas.

La elucidación me tocaba profundamente.

Me había informado sobre lo que deseaba. De hecho, la ley divina, perfecta en sus fundamentos, es igualmente armoniosa en sus aplicaciones.

Fabriciano, estampando una bella sonrisa, adujo:

–No fructifica la paz legítima sin la siembra necesaria. Para que alguien goce del descanso, ante todo, necesita merecerlo. Las almas inquietas se entregan fácilmente a la desesperación, generando causas de sufrimiento cruel.

Luego, contemplando al recién desencarnado, como si indicara que deberíamos centralizar todo el interés del momento en su bienestar, consideró, acariciándole la frente:

–Ahora, nuestro amigo reposa. Para él ha terminado la tormenta de pruebas incesantes. El pobrecito está debilitado. La sensibilidad, puesta al servicio de la obligación bien cumplida, le castigó el alma, hasta el fin; sin embargo, plantó la fe, la serenidad, el optimismo y la alegría en millares de corazones, estableciendo sólidas causas de felicidad futura. Por el momento, permanecerá en la posición de un ave frágil, incapaz de volar lejos del nido.

–Felizmente –expuso la progenitora, satisfecha, –viene mejorando de modo visible. Los residuos que le unen al cadáver están casi extinguidos.

Pasando la mirada por los ángulos de la modesta residencia añadió:

–Si fuese posible recibir mayor cooperación de los amigos encarnados, sería mucho más fácil su restablecimiento integral. Pero, cada vez que los parientes se inclinan, llorando, sobre los

restos mortales, él es llamado al cadáver, perjudicando su restauración más rápida.

–Pero, lamentablemente, –dijo Fabriciano–, nuestros hermanos encarnados no poseen la llave de los conocimientos reales para organizar la acción adecuada para esta hora.

–Debido a eso –replicó la progenitora, resignada, –insisto en que Dimas duerma, aunque el sueño, que podría ser sereno y dulce, esté poblado de pesadillas.

Ante la sorpresa que me absorbía, el compañero se apresuró a explicarme:

–Las imágenes contenidas en las evocaciones de las pláticas inciden sobre la mente del desencarnado, mantenido en reposo después de una rápida inmersión en la contemplación de los hechos alusivos a la existencia que ha finalizado. No sólo las imágenes. A veces nuestros amigos presentes, fecundos en conversaciones sin provecho, desentierran, con enorme calor, los recuerdos de ciertos hechos, que atraen hasta aquí a algunos de los protagonistas ya desencarnados.

Las afirmaciones oídas incitaron mi curiosidad. Pero Fabriciano, deseando enriquecer mi experiencia directa, aconsejó:

–Permanezca algunos minutos en la sala contigua, donde es visitado el cadáver.

Obedecí.

El velatorio presentaba el aspecto usual. Flores perfumadas, semblantes consternados y conversaciones discretas.

Al propio pie del cadáver, los amigos mantenían reserva y circunspección. Sin embargo, a pocos pasos, se daba vuelo a vibrantes anécdotas, en torno al amigo en tránsito para el “otro mundo”. Pequeños y grandes hechos de la vida del “muerto” eran recordados con gracia y vivacidad.

Me acerqué al círculo compacto en el que se hablaba sobre él.

Cierto joven se dirigió a un caballero muy longevo, preguntando:

–Coronel, ¿ya recibió el pago de la cuenta pendiente?

–Todavía no –respondió el vetusto interpelado, preparando a la moda antigua, un anillo de humo, con su tabaco, –pero no me preocupo por la demora. Dimas fue siempre un buen camarada y los hijos no olvidarán el compromiso paterno. Es cuestión de tiempo...

Interesado en resaltar las cualidades distinguidas del “fallecido” y revelando sus buenas disposiciones de historiador municipal, prosiguió:

–Dimas era un hombre interesante y excepcional. Siempre envidié su serenidad. En materia de prudencia, pocas personas conocí semejantes a él. Es verdad que nunca me di a estudios espiritistas, pero confieso que, al observar su manera de proceder, siempre deseé conocer la doctrina que formaba su carácter.

Hasta ahí, iba todo muy bien. A pesar de la invocación de los débitos del “muerto”, el acreedor apenas pronunciaba palabras de estímulo y paz.

Sin embargo, en el estado actual de la educación humana, es muy difícil sostener, por más de cinco minutos, una conversación digna y cristalina en una asamblea superior a tres criaturas encarnadas.

El comentarista modificó el diapason de su voz, miró en dirección al cadáver y observó, en tono confidencial:

–Pocos hombres fueron de boca tan cautelosa como éste. Conocí a Dimas hace muchos años, y estoy seguro de que fue

testigo ocular de un pavoroso crimen que los jueces de la Tierra nunca resolvieron.

Después de una ligera pausa, encendió el tabaco y preguntó, incitando la curiosidad de los oyentes:

–¿Nunca lo supieron?

Los presentes mostraron una silenciosa negativa.

–Va para treinta años –continuó el narrador, –Dimas residía al lado de una noble familia que guardaba consigo valiosos patrimonios de la colectividad, relativos a la administración pública. De esa agrupación local muy conceptuada en la apreciación general, emanaban órdenes y beneficios de la más elevada expresión para el bienestar de todos. Como no ignoran, hace tres decenios la vida en el interior aún conservaba la expresiva herencia del Brasil imperial. La economía centralizada mantenía la “casa grande” simbólica, donde se trazaban los derroteros para el servicio popular. Situado en la vecindad de una residencia feudal como esa, nuestro amigo llevaba la existencia humilde de un trabajador, organizando su futuro de hombre de bien.

El caballero, desconociendo los problemas del espíritu, enunció nombres, relacionó fechas y recordó imprudentemente ciertos pormenores, prosiguiendo con maliciosa jocosidad:

–Cierta noche, por la madrugada, un conocido jefe político salía del palacete residencial por el fondo, acompañando a una señora que aparentaba excesiva despreocupación consigo misma, despidiéndose con una intempestiva manifestación de afecto. Terminado el extraño adiós y viéndose solito, el “Don Juan” dio algunos pasos para la retirada, espío, cauteloso, a su alrededor, e iba a continuar la marcha, cuando reparó que alguien había observado su intimidad con la esposa de un respetable amigo. Era un modestísimo operario, que tal vez estaría allí por fuerza de circunstancias inapreciables. El político lo alcanzó de un salto.

Hombre de complexión robusta y pasiones violentas, se aproximó al inesperado espectador y lo interpeló brutalmente, a lo que el mísero respondió, humildemente:

–¡Doctor, no estoy espiándolo, se lo juro!

–Pues, de cualquier forma, morirás –adelantó el atlético agresor, con voz sumida en cólera.

Lo agarró por la chaqueta y afirmó, con los dientes cerrados:

–Los gusanos que perturban deben morir.

–¡No me mate, doctor! ¡No me mate!, –rogó el infeliz, – ¡tengo mujer e hijos!, ¡sabré respetarlo...!

No le valió a la víctima doblarse de rodillas en la súplica, porque el hombre terrible, ciego de furia, tomó el arma y le descargó un certero disparo en el corazón, alejándose precipitadamente.

Dimas, habiendo observado los hechos a corta distancia, gritó, haciéndose oír por el asesino, que lo reconoció por las exclamaciones. Enseguida, corrió con el deseo de amparar al herido, que ya ni siquiera llegó a gemir. Habiéndose aproximado al asesinado, cuando otras personas, en pijama, corrían igualmente aprisa para verificar lo ocurrido, se mantuvo por sobre cualquier actitud de sospecha; y aun así, llamado por las autoridades para que aclarara lo sucedido él, que todo lo sabía, nada reveló. Protegió al muerto en los funerales, dispensándole extremos desvelos, extensivos a la familia; se portó como un cristiano fiel, pero esquivando suministrar cualquier indicio para que el criminal fuese capturado, alegando desconocer cualquier detalle de los hechos que dieron motivo al acontecimiento. Y el caso policial fue cerrado, suponiéndole víctima de un atraco. El único testigo, que era él, consideraba preferible el silencio al escándalo que traería enormes disidencias domésticas y sociales.

El narrador miraba el cadáver y acentuaba:

–¡Boca cerrada! No conocí hombre más discreto...

Cierto oyente indagó, maliciosamente:

–Pero, Coronel, ¿cómo pudo saber de las particularidades del hecho, si Dimas no llegó a denunciar a nadie?

El interpelado hizo un gesto de franca satisfacción y agregó:

–Ventajas de la buena amistad con los sacerdotes. Mi viejo amigo, el Padre F..., que Dios lo guarde, me contó el hecho, sumamente impresionado. Oyó al asesino, en confesión, antes de su muerte y obtuvo todos los pormenores del oscuro suceso. El homicida cuidadoso en la exposición de las faltas, no se olvidó de mencionar a Dimas como exclusivo testigo del pecado mortal cometido. Pero el clérigo, excelente amigo, lleno de experiencia del mundo, no puso el caso en conocimiento público. Las personas envueltas en el drama dejaron descendientes y sería cruel rememorar un acontecimiento tan triste.

El narrador mostró una curiosa expresión en el rostro y remató, apagando el tabaco:

–Todo pasa... Murieron la víctima, la adúltera, el asesino, el confesor y ahora, el testigo. Seguramente, habrá lugar fuera de este mundo para hacer justicia.

En ese momento, una horrible figura, seguida de otras no menos monstruosas, surgió inesperadamente. Y acercándose al que relataba el suceso, aún oyó sus últimas palabras y sacudiéndolo, gritó:

–¡Yo soy el asesino! ¿Qué quiere usted de mí? ¿Por qué me llama? ¿Acaso es juez?

El narrador no divisaba lo que yo veía, pero su cuerpo fue alcanzado por un involuntario estremecimiento, que arrancó disimuladas risas de los presentes.

Enseguida, el homicida desencarnado, tal vez atraído por

el fuerte olor de las flores reunidas en el improvisado catafalco, tuvo la perfecta noción del velatorio. Se abalanzó, precipitado, poniéndose a contemplar al difunto.

Al reconocerlo, estampó en su rostro un gesto de profunda sorpresa y arrodillándose, gritó:

–Dimas, Dimas, ¿pues también tú vienes a enfrentarte con la verdad? ¿Dónde estás, buen amigo, que cubriste mi falta con el velo de la caridad sin límites? ¡Ayúdame!, ¡estoy desesperado!, ¿dónde encontraré a mi víctima para suplicarle el perdón que tanto necesito?, ¡continúa amparándome! ¡Ten compasión de mí! ¡Debes saber lo que ignoro! ¡Socórreme! ¡Socórreme...!

Al lado del infeliz, en rogativa, diversas entidades sufridoras permanecían estáticas.

Pero Fabriciano surgió inesperadamente y ordenó a los invasores que se alejasen inmediatamente.

Desalojada la cámara, el nuevo amigo se dirigió a mí, diciendo:

–Garantizo que este grupo entró en esta casa por invocación directa.

Le narré, impresionado, lo que había visto.

Me oyó sereno y ponderó:

–Siempre es más valiosa la observación hecha por nosotros mismos. Aunque estuvo dedicado a la causa del bien y obligado a realizar un gran esfuerzo de cooperación en la obra colectiva, Dimas se descuidó de incentivar la práctica metódica de la oración en familia, en el santuario del hogar. Por eso, él tiene defensas personales, pero la residencia se conserva a merced de cualquier clase de visitantes.

La elucidación era significativa. Comencé a comprender la

razón del sentimentalismo perjudicial de la familia que se rebelaba, sin resignarse. Pero, deseando fijar el aprendizaje de la noche sobre asuntos con la desencarnación, pregunté:

–¿Oiría, nuestro amigo recién liberado, la súplica del desventurado hermano?

–Gime en los brazos maternos, bajo una terrible pesadilla, al recordar el hecho relatado. Desde hace algunos minutos acompañamos su agitación, observando que recibía a través del cordón final, desagradables choques.

–¿Oyendo y viendo los cuadros invocados? –insistí, preguntando.

–No llegó a ver, ni a oír, integralmente, debido a la perturbación espontánea, pero vislumbró, sintió, se oprimió y se torturó, perjudicando la reconquista de sí mismo. Las fuerzas mentales están revestidas de maravilloso poder.

Indicando a los grupos que continuaban conversando, acentué sin aspereza:

–Nuestros amigos de la esfera carnal son aún muy ignorantes en el trato con la muerte. En vez de traer pensamientos amigos y reconfortantes, oraciones de auxilio y vibraciones fraternales, lanzan a los recién desencarnados las piedras y los espinos que dejaron en los caminos recorridos. Así, por ahora, los muertos que entregan sus cadáveres a los solitarios cementerios de la indigencia son mucho más felices.

Él aún no había terminado las consideraciones del todo, cuando la esposa de Dimas, en un acceso de llanto, se levantó del lecho en que reposaba y avanzó hacia el cadáver, repitiendo su nombre, conmovedoramente:

–¡Dimas! ¡Dimas! ¿Cómo quedaré? ¿Entonces, estaremos separados para siempre...?

Como Fabriciano se dirigió apresuradamente al humilde cuarto en que permanecía el desencarnado, lo acompañé. La madre del médium, en balde hacía esfuerzos para contenerlo. Por el hilo plateado se estableció un vigoroso contacto entre él y la compañera, porque Dimas se irguió, tambaleante, a pesar del cariño materno. Estaba lívido y medio loco. Avanzó hacia la sala mortuoria, rogando paz, pero antes que pudiese aproximarse mucho al cadáver, Fabriciano aplicó energías de postración a la imprudente esposa, que fue conducida de nuevo al lecho, ahora sin sentido, mientras que Dimas volvía al regazo materno, menos afligido.

El amigo me aclaró, sereno:

–Hay situaciones en las que lo drástico debe ser la medida inicial. Nuestro hermano hizo mucho por la armonía de los demás, durante la existencia, y merece la liberación pacífica. Así, pues, siento el deber de protegerlo para que se libere de los últimos residuos que aún lo inclinan hacia la materia densa.

Otros amigos y afines del médium llegaron al hogar, interesados en ayudarlo y como la noche había avanzado mucho, me despedí de los compañeros, poniéndome en marcha hacia el acogedor albergue de Fabiano.

Al otro día, al avistarme, me dijo el Asistente Jerónimo, después del saludo inicial:

–Espero, André, que el velatorio le haya traído útiles e instructivas enseñanzas.

Sí, el estimado Asistente hablaba con mucha propiedad y razón. Había aprendido mucho durante la noche. Aprendí que las cámaras mortuorias no deben ser puntos para referirse a la vida social, sino recintos consagrados a la oración y al silencio.

APRENDIENDO SIEMPRE

Dos horas antes de que se organizara el cortejo fúnebre, estábamos en nuestros puestos.

La residencia de Dimas estaba atestada de personas de todas las categorías, además de una apreciable cantidad de entidades espirituales.

Jerónimo entró resuelto en la casa, seguido por nosotros, y se encaminó hacia el rincón donde el recién desencarnado permanecía abatido y somnoliento, amparado por la solicitud de su madre. Observé que el médium liberado tenía ahora el cuerpo periespiritual más perfeccionado, más concreto. Tuve la nítida impresión de que a través del cordón fluídico, del cerebro muerto al cerebro vivo, el desencarnado absorbía los principios vitales restantes del campo fisiológico. Nuestro dirigente lo contempló, enternecido, y pidió informes a la progenitora, que los suministró, satisfecha:

—Gracias a Jesús, mejoró sensiblemente. Es visible el resultado de nuestra influencia restauradora y creo que bastará el desligamiento del último lazo para que tome conciencia de sí mismo.

Jerónimo lo examinó y auscultó, como clínico experimentado. Enseguida, cortó el último lazo, verificándose que Dimas, desencarnado, hacía ahora el esfuerzo del convaleciente al despertar, atontado, al término de un largo sueño.

Sólo entonces noté que si el organismo periespíritico recibía las últimas fuerzas del cuerpo inanimado, éste, a su vez, absorbía también alguna energía del otro, que lo mantenía sin notables alteraciones. El apéndice plateado era una verdadera arteria fluídica, sustentando el flujo y el reflujo de los principios vitales en readaptación. Retirada la última vía de intercambio, el cadáver, casi de inmediato, mostró señales de avanzada descomposición.

El análisis de los restos mortales de Dimas causaba tristeza.

Innumerables gérmenes microscópicos entraban, como ejércitos voraces, en combate abierto, liberando gases ocultos que revelaban la putrefacción de los tejidos y líquidos en general. Los rasgos fisonómicos del difunto se hallaban alterados, degenerándose también la estructura de los miembros. A su vez, los órganos autónomos, ya tumefactos e inmóviles, perdían su aspecto característico.

En compensación, Dimas-libre, Dimas-espíritu, despertaba. Amparado por la progenitora, abrió los ojos, miró a su alrededor, como en un impulso de niño alarmado y llamó a la esposa, aflictivamente. Había dormido en exceso, pero alcanzó sensible mejoría. Sentía la casa llena de gente y deseaba saber algo al respecto. Pero, la madrecita, acariciándolo suavemente, lo calmó, aclarando:

—Oiga Dimas: la puerta por la cual usted se comunicaba con el plano carnal, somático, se cerró con sus ojos físicos. Tenga serenidad y confianza, porque su existencia, en el cuerpo físico, terminó.

El desencarnado no disimuló la penosa impresión de angustia

y la miró con amargo espanto, identificándola por la voz, un tanto vagamente.

—¿No me reconoce, hijo?

Bastó la cariñosa pregunta, pronunciada con especial inflexión de dulzura, para que el desencarnado se abrazase a la ancianita, gritando, con una mezcla de júbilo y sufrimiento:

—¡Madre!, ¡madre mía!..., ¡será posible!

La progenitora lo retuvo tiernamente en los brazos y dijo:

—¡Escuche! Refrene su emoción que será extremadamente perjudicial para usted. Sustente el equilibrio frente al hecho consumado. Ahora, estamos juntos en una vida más feliz. No tenga preocupaciones acerca de los que quedaron. Todo será remediado, en el momento oportuno, como conviene. Por encima de cualquier pensamiento que le incline a permanecer prisionero en el círculo que acaba de dejar, haga valer la confianza sincera y firme en nuestro Padre Celestial.

—¡Oh, madre mía! ¿Y la esposa, y los hijos?

Sin embargo, la sabia benefactora, le cortó las palabras, consolándolo:

—Los lazos terrenales entre usted y ellos fueron interrumpidos. Restitúyase los a Dios, en la seguridad de que el Eterno Señor de la Vida, a quien de hecho pertenecemos, siempre permitirá que nos amemos unos a los otros.

Dimas la contempló a través de un espeso velo de llanto, y antes que enunciase nuevas interrogaciones, la progenitora presentándole a Jerónimo —que observaba la escena, conmovido—, dijo cariñosamente:

—He aquí al amigo que lo desligó de las cadenas transitorias. En breve partirá usted en su compañía, buscando el socorro eficiente que necesita.

Aunque estaba aturdido, el hijo esbozó un silencioso gesto de contrariedad, ante la perspectiva de la nueva separación de la convivencia materna, pero la anciana intervino, agregando:

–Vine hasta aquí porque usted me llamó, recurriendo a la Madre Divina; sin embargo, por el momento no estoy habilitada para proporcionarle ingreso en mis trabajos. Pero el hermano Jerónimo es un dedicado orientador que conducirá el servicio de su restauración. Tenga confianza. Iré a verle cuantas veces me sea posible, hasta que nos podamos reunir en otro venturoso hogar, sin las lágrimas de la separación y sin las sombras de la muerte.

Enseguida, susurró algunas palabras que sólo Dimas pudo escuchar y bajo profunda emoción lo vi desvencijarse de los brazos maternos y avanzar, tambaleante, hacia Jerónimo, besándole respetuosamente las manos. El Asistente agradeció el cariñoso gesto de reconocimiento y amor, y con los ojos llenos de lágrimas, explicó:

–Nada efectuamos aquí, sino el deber que nos trajo. Guarde su agradecimiento para Jesús, nuestro Benefactor Divino.

El trabajador recién liberado traía la mirada nublada por el llanto, entre la alegría y el dolor, la nostalgia y la esperanza.

Una vez más, la dedicada madre lo amparó, animándolo:

–Dimas, se congregan aquí diversos amigos suyos, manifestándole su regocijo inicial. Pero su posición es la del convaleciente, lleno de cicatrices que exigen cuidado. Hable poco y ore mucho. No se aflija, ni se lamente. Por hoy, ya no pregunte nada más, hijo mío. Sea dócil, sobre todo, para que nuestro auxilio no sea mal interpretado por la visión deficiente que trae de la esfera oscura. Acompañaremos su cadáver hasta la última morada, con el fin de que usted haga un ejercicio preliminar para el gran viaje que, dentro de pocos minutos, llevará a efecto, sustentado por nuestros amigos, camino a su restablecimiento. No tema pues,

usted, sembrando el bien en largos años de actividades espiritistas, ya está preparado para recibir nuestra cooperación. No le dé guarida al miedo, que siempre establece peligrosas vibraciones de caída en transiciones como en la que usted se encuentra.

Enseguida, conduciéndolo a la cámara mortuoria, donde el cuerpo yacía inmóvil, presto para partir, añadió la anciana bajo la mirada de aprobación que Jerónimo le dirigía:

–Venga a ver el organismo que le sirvió fielmente durante tantos años. Contéplelo con gratitud y respeto. Fue su mejor amigo, compañero de su extensa batalla redentora.

Y como la viuda y los hijos llorasen lamentándose, advirtió:

–Deploro los sentimientos negativos a los que dan cabida sus entes amados, ignorando las realidades del Espíritu. No se detenga, Dimas, en las lágrimas que derraman, absortos en devastadora incompreensión. Este llanto y estas exclamaciones angustiosas no traducen la verdad de los hechos. Más que nunca, usted sabe ahora que la inmortalidad es sublime. Nunca hubo adiós para siempre, en la sinfonía imperecedera de la vida. Así pues, por lo pronto, absténgase de responder a los conceptos que su mujer y sus hijos dirigen al cadáver. Cuando usted se reponga, volverá a auxiliarlos, consagrándoles siempre inestimable amor.

Dimas procuró contenerse ante la perturbación general del ambiente hogareño y, vacilante, se inclinó sobre el ataúd, vertiendo gruesas lágrimas. Se notaba el inaudito esfuerzo que hacía para mantener la serenidad en aquella hora. Muy cerca de él, la esposa profería frases de intensa amargura. Sin embargo, en obediencia a las recomendaciones maternas, guardaba una discreta actitud de tristeza y enternecimiento.

Noté que Dimas tenía dificultades para concatenar raciocinios, porque intentó en vano articular una oración en voz alta. Percibiendo su intenso deseo, se aproximó Jerónimo a un

sensible hermano encarnado, allí presente, le tocó la frente con la diestra luminosa y el compañero, declarando sentirse inspirado, se levantó y pidió permiso para pronunciar una breve súplica, en lo que fue atendido y acompañado por todos.

Bajo la influencia del orientador espiritual, el compañero oró con mucho sentimiento. Verifiqué entonces que Dimas experimentaba un inmenso consuelo, gracias al gesto amigable de Jerónimo.

De inmediato, ante las dolorosas exclamaciones de los familiares, el ataúd fue cerrado y dio comienzo la silenciosa procesión.

Seguíamos, al final del cortejo, más de veinte entidades desencarnadas, incluso el hermano recién liberado.

Abrazado a la progenitora, Dimas, con pasos inseguros y lentos, oía sus discretas exhortaciones y sabios consejos.

Entre muchos de los amigos del círculo carnal, reinaba una profunda presión, pero, entre nosotros, imperaba afectiva y espontánea tranquilidad.

Proseguíamos con las mejores calificaciones de calma, cuando nos acercamos al camposanto.

De repente, una extraña sorpresa me dominó. Ninguno de mis compañeros, a excepción de Dimas, que hacía un visible esfuerzo para sosegar, exteriorizó alguna emoción ante el cuadro que veíamos. Pero no pude refrenar el asombro que tomó mi corazón. Las rejas del cementerio estaban llenas de gente de la esfera invisible, que gritaba ensordecedoramente. Una verdadera concentración de vagabundos sin cuerpo físico se apiñaba en la puerta. Le dirigían dieterios y bromas a la larga fila de amigos del muerto. No obstante, al percibir nuestra presencia mostraron gestualmente su enfado, y uno de ellos, más decidido, después de mirarnos desilusionado, gritó a los demás:

–¡Perdemos el tiempo! Es un protegido...

Preocupado, me volví y le pregunté al padre Hipólito que significaba todo aquello.

El ex sacerdote no se hizo de rogar.

–Nuestra función, acompañando a los restos mortales – esclareció él afablemente, –no sólo se verifica con el fin de ejercitar al desencarnado en los movimientos iniciales de su liberación. Se destina también a su defensa. En los cementerios acostumbra congregarse una compacta fila de malhechores, que atacan las vísceras cadavéricas para sustraerles residuos vitales.

Ante mi extrañeza, Hipólito consideró:

–No es de admirar. El Evangelio, describiendo el encuentro de Jesús con los endemoniados se refiere a Espíritus perturbados que habitan entre los sepulcros.

Reconociendo mi inexperiencia en el trato con la materia religiosa, Hipólito continuó:

–Como usted no ignora, las iglesias dogmáticas de la Corteza Planetaria poseen erradas nociones acerca del diablo, pero, innegablemente, los diablos existen. Somos nosotros mismos cuando, desviados de los designios divinos, pervertimos el corazón y la inteligencia, en la satisfacción de caprichos criminales...

–¡Oh!, ¡pero que paisaje más repugnante! –exclamé sorprendido, interrumpiendo la instructiva explicación.

–Es verdad –asintió el interlocutor, –es un cuadro verdaderamente asqueroso; pero es un reflejo del mundo, donde también nosotros no siempre fuimos leales hijos de Dios.

La observación me satisfizo integralmente.

Entramos.

Enseguida, ante mis atónitos ojos, Jerónimo se inclinó

piadosamente sobre el cadáver en el ataúd momentáneamente abierto antes de la inhumación, y, a través de pases magnéticos longitudinales, extrajo todos los residuos de vitalidad, dispersándolos, inmediatamente, en la atmósfera común, a través de un proceso indescriptible en el lenguaje humano por la inexistencia de una comparación análoga, para que las entidades inferiores sin escrúpulos no se apropiasen de ellos.

Terminada la curiosa operación, volví mi atención hacia unos gemidos lancinantes, emitidos desde diversas zonas de aquella morada respetable, ahora semejante a vasta morgue de almas.

Jerónimo entró a conversar con varios colegas, mientras la mayoría de los compañeros encarnados lanzaban la clásica palada de cal o de tierra sobre el envoltorio entregado a la profunda sepultura.

Impresionado con los sollozos que oía en un sepulcro próximo, fui irresistiblemente llevado a hacer una observación directa.

Sentada sobre la tierra removida, una infeliz mujer desencarnada – aparentando unos treinta y seis años, aproximadamente– sumergía la cabeza en las manos, quejándose en un tono conmovedor.

Compadecido, le toqué en la espalda e interrogué:

–¿Qué siente, hermana?

–¿Qué siento? –gritó ella, fijando en mí sus grandes ojos de demente, –¿no lo sabe? ¡Oh! Usted me llamó hermana... ¡Quién sabe si me auxiliará para que mi conciencia vuelva a sí misma! ¡Si es posible ayúdeme por piedad! No sé diferenciar lo real de lo ilusorio... Me condujeron a un hospital y caí en esta pesadilla que usted está viendo.

En vano, intentaba erguirse e imploraba, extendiéndome las manos:

–¡Caballero, necesito regresar!, ¡condúzcame, por favor, a mi residencia! ¡Necesito volver con mi esposo y mi hijo...! ¡Si esta pesadilla se prolonga, soy capaz de morir...! ¡Despiérteme, despiérteme...!

–¡Pobre criatura! –exclamé, distraído de toda curiosidad, frente a la compasión que el triste cuadro provocaba –¡ignora que su cuerpo volvió al lecho de cenizas! No podrá ser útil al esposo y al hijito, en semejantes condiciones de desesperación.

Me miró angustiada, como si quisiese deshacerse en un ataque de rebeldía inútil. Pero antes de que explotase en rugidos de dolor, agregué:

–¿Ya oró, amiga mía?, ¿ya se acordó de la Providencia Divina?

–¡Quiero un médico, deprisa! ¡Sólo oigo sacerdotes! –gritó irritada. –¡No puedo morir... despiértenme! ¡Despiértenme...!

–Jesús es nuestro Médico Infalible –volví a decir– y le sugiero que recurra a la oración como un remedio providencial para que Él la asista y la cure.

Pero la infeliz parecía distante de cualquier noción de espiritualidad. Intentando agarrarme con las manos llenas de extrañas manchas, aunque no me alcanzase, gritó estertórea:

–¡Llamen a mi marido! ¡No soporto más! ¡Me estoy pudriendo...! ¡Oh! ¡¿Quién me despertará?!

De la furia afligida, pasó al llanto humilde, hiriendo mi sensibilidad. Comprendí, entonces, que la desventurada sentía todos los fenómenos de la descomposición cadavérica y examinándola detenidamente, observé que un hilo singular, sin la luz plateada que lo caracterizaba en Dimas, le pendía de la cabeza, penetrando suelo adentro.

Iba a exhortarla de nuevo, recordándole los recursos sublimes

de la oración, cuando se acercó a mí una simpática figura de trabajador, informándome, con espontánea bondad:

–Amigo, no se aflija.

La advertencia no me sonó bien en los oídos. ¿Cómo no preocuparme, ante la infortunada mujer que se declaraba esposa y madre? ¿Cómo no intentar arrancarla de la peligrosa ilusión? ¿No sería justo consolarla y esclarecerla? No contuve la serie de interrogaciones que me afluían de la mente a la boca.

El interpelado, lejos de perturbarse, me respondió tranquilamente:

–Comprendo su extrañeza. Debe ser la primera vez que frecuenta un cementerio como este. Le falta experiencia. En cuanto a mí, formo parte del personal del puesto de asistencia espiritual de la necrópolis.

Desarmado por la serenidad del interlocutor, volví a la primera actitud. Reconocí que el local, a pesar de estar repleto de entidades vagabundas, no estaba desprovisto de servidores del bien.

–Apenas somos cuatro compañeros –prosiguió el informante, –y en verdad no podemos atender a todas las necesidades aparentes del servicio. Pero crea que velamos por la solución de todos los problemas fundamentales. Pero, a pesar de nuestro cuidado, no podemos olvidar el imperativo del sufrimiento benéfico para todos aquellos que vienen a dar hasta aquí, después de nutrir un deliberado desprecio por los sublimes patrimonios de la vida humana.

Comprendí el sentido oculto de las explicaciones. Naturalmente, el cooperador quería decir que la presencia, allí, de malhechores y ociosos desencarnados se justificaba, en vista del gran número de ociosos y malhechores que se apartan diariamente de la Superficie de la Tierra. Era el *similia similibus* en acción, cumpliendo con los dictámenes de la ley del progreso. Castigándose

y flagelándose mutuamente, los desviados alcanzarían la noción del verdadero camino salvador.

Miré a la infeliz y expuse mi propósito de auxiliarla.

–Es inútil, –explicó el guardia servicial, equilibrado por sus conocimientos de justicia y seguro en la práctica por su convivencia diaria con el dolor, –nuestra desventurada hermana permanece bajo gran desorden emocional. Completamente loca. Vivió treinta y tantos años en la carne, absolutamente distraída de los problemas espirituales que nos atañen. Gozó, a la saciedad, en el cuerpo físico. Después de un feliz casamiento, realizado sin ninguna preparación de orden moral, quedó en estado de gravidez, situación, ésta, que mereció su integral menosprecio. Comparaba el fenómeno orgánico en el que se encontraba con una ocasión corriente, y acentuando sus extravagancias, para demostrar una falsa superioridad, se precipitó en condiciones fatales. Llamada al testimonio edificante de la abeja laboriosa, en la colmena del hogar, prefirió la posición de la mariposa voluble, sedienta de novedades efímeras. El resultado fue funesto. Terminado el difícil parto, sobrevinieron infecciones y fiebre maligna, aniquilándole el organismo. Supimos que, en los últimos instantes, los vahídos del bebé despertaron sus instintos de madre y que la infortunada combatió ferozmente contra la muerte, pero era tarde. Atada al despojo para su propia conveniencia, se ha destacado aquí por la inconformidad. Varios amigos visitantes, en sacrificada tarea de beneficio a los recién desencarnados, han venido a la necrópolis intentando liberarla. Pero la pobrecita, después de atravesar existencias de sólido materialismo, no sabe asumir la menor actitud favorable al estado receptivo de auxilio superior. Exige que se reviva el cadáver y se supone en atroz pesadilla, y todo esto sólo agrava su desesperación. Debido a lo cual, los benefactores han optado por esperar manifestaciones que indiquen mejoras íntimas, porque sería peligroso forzar la liberación, por las probabilidades que tiene la infeliz de entregarse a malhechores desencarnados.

Con todo, indiqué el lazo fluídico que la ligaba al cadáver sepulto y observé:

–Pero se ve que la miserable sufre terribles tormentos por la desintegración del cuerpo denso, conservando la impresión de estar unida a la materia putrefacta. ¿No tenemos recursos para aliviarla?

Tomé la actitud espontánea de quien deseaba intentar la medida libertadora y pregunté:

–¿Quién sabe si llegó el momento? ¿No será razonable cortar el grillete?

–¿Qué dice? –objetó sorprendido, el interlocutor, –¡No, no puede ser! Tenemos órdenes.

–¿Por qué tantas exigencias? –insistí.

–Si desatásemos la cadena benéfica, ella regresaría intempestivamente a la residencia abandonada, como poseída por la rebeldía, a destruir todo lo que encontrase. Como madre infiel al deber, no tiene derecho a flagelar con su pasión desvariada el tierno cuerpecito del hijo pequeñito, y como esposa desatenta a las obligaciones no puede perturbar el trabajo de recomposición psíquica del honesto compañero que le ofreció en el mundo todo lo mejor que poseía. Es de ley natural que el labrador recoja de acuerdo con lo que ha sembrado. Cuando ella calme las pasiones volcánicas que consumen su alma, cuando humille su corazón voluntarioso, de manera que respete la paz de los entes amados que dejó en el mundo, entonces será liberada y dormirá un sueño reparador, en una de las estancias de paz, de las que nunca faltan para el necesitado que agradezca las bendiciones de Dios.

La lección era dura, pero lógica.

La infortunada criatura, ajena a nuestra conversación, proseguía gritando, cual demente hospitalizada en dolorosa prisión.

Intenté ampliar mis observaciones, pero el servidor me llamó a otras zonas, de donde partían estridentes gemidos.

–Son varios los infelices en vigilia por la locura –dijo con calma.

Y designando a un anciano desencarnado que se mantenía de cuclillas sobre la propia sepultura, agregó:

–Venga y escúchelo.

Acompañando a mi nuevo amigo, observé que el sufridor también se mantenía ligado al fondo de la tumba.

–¡Ay, Dios mío! –decía, –¿Quién guardará mi dinero?

Observando que nos aproximábamos, rogaba y suplicaba:

–¿Quiénes son? ¿Quieren robarme? ¡Ayúdenme, ayúdenme...!

En balde le dirigí palabras de coraje y de consuelo.

–No oye –informó el centinela, obsequioso, –su mente está poblada de imágenes de monedas, letras de cambio, cédulas hipotecarias y escrituras. Va a demorarse bastante en la presente situación y como ve no podemos, en sana conciencia, facilitarle la retirada, porque iría a castigar a los herederos, azotándolos diariamente.

Y como no pude disimular el asombro que había invadido mi corazón, el servidor, optimista, afirmó:

–No existen motivos para tanto asombro. Estamos ante infelices a los que no les falta la protección y la esperanza, por cuanto existen otros tan acentuadamente furiosos y perversos que, desde el fondo oscuro del sepulcro, se precipitan en los tenebrosos despeñaderos de las esferas situadas bajo la Superficie de la Tierra, tal es el estado deplorable de sus conciencias, atraídas hacia tinieblas más densas.

Sin huir del patrón de tranquilidad del colaborador consciente del servicio a realizar, añadió:

–Según concluimos, si hay alegría para todos los gustos, hay también sufrimiento para todas las necesidades.

En ese instante, Jerónimo me llamó para que reasumiera mis responsabilidades en el grupo.

Agradecí al amable informante, profundamente reconocido por lo que había visto y me despedí de inmediato. Todos los compañeros encarnados se habían marchado del cementerio y hasta el mismo sepulturero se dirigía a la salida.

Fue conmovedor el adiós entre Dimas y la progenitora, que prometió visitarlo, siempre que fuese posible.

Después de los agradecimientos mutuos y recíprocos votos de paz, nos sentimos, al fin, en condiciones de partir.

Pero, antes, mi curiosidad inquisitiva deseaba entrar en acción. ¿Cómo se sentiría Dimas, ahora? ¿No sería interesante consultar las opiniones y los informes? Su valioso testimonio podría suministrarme luces para cualquier futura eventualidad de esclarecer a otros.

En mi esfera personal de observación, no pude recoger los pormenores, pues la muerte me había sorprendido en absoluto alejamiento de las tesis de la vida eterna y así, en el último trance carnal, mi inconsciencia fue completa.

Nuestro dirigente percibió mi propósito y habló de buen humor:

–Puede preguntar a Dimas lo que usted desee saber.

Le manifesté mi reconocimiento, mientras el recién liberado accedía, bondadoso, a mis deseos.

–¿Siente aún los fenómenos del dolor físico? –comenté.

–Guardo la impresión integral del cuerpo que acabo de dejar
–respondió él, delicadamente. –Pero, noto que al desear permanecer
junto a los míos y continuar donde siempre estuve durante muchos
años, vuelvo a experimentar los padecimientos que sufrí; no
obstante, al conformarme con los designios superiores, me siento
más leve y reconfortado después. A pesar de la reducida fracción
de tiempo en la que me siento despierto, ya puedo hacer esta
observación.

–¿Y los cinco sentidos?

–Los tengo en perfecta función.

–¿Siente hambre?

–Tengo el estómago algo vacío y me sentiría satisfecho si
recibiese algo de comer, pero ese deseo no es incómodo o torturante.

–¿Y sed?

–Sí, aunque no sufro por eso.

Iba a continuar el curioso interrogatorio, pero Jerónimo,
sonriente, me desarmó la investigación, aseverando:

–Usted puede intensificar el relato de las impresiones cuanto
lo desee, interesado como está en colaborar en la creación de la
técnica descriptiva de la muerte, pero se puede asegurar que no se
verifican dos desencarnaciones rigurosamente iguales. El plano a
seguir depende de la posición espiritual de cada uno.

Todos sonreímos ante mis impulsos juveniles de saber, y
amparando cariñosamente a Dimas, efectuamos satisfechos el viaje
de vuelta.

EJEMPLO CRISTIANO

De acuerdo con el programa de trabajo trazado por el Asistente, Hipólito y Luciana permanecerían en la Casa Transitoria, atendiendo a las apremiantes necesidades de Dimas, recién liberado, mientras nosotros dos acompañaríamos a Fabio en su proceso de desencarnación.

–Fabio permanece en excelente forma –aclaró nuestro orientador, –y no exigirá una cooperación compleja. Con relación al acontecimiento, no sólo se preparó a sí mismo, también lo hizo con los parientes, que en vez de preocuparse, como generalmente acontece, serán útiles colaboradores de nuestra tarea.

Hablaba Jerónimo con sólidas razones porque, en verdad, Dimas mostraba un lastimoso abatimiento. A pesar de la fe que le avivaba el espíritu, las saudades del hogar le infundían inexpresable angustia. A veces, finalizada la conversación serena en la que se mostraba calmado y seguro en las palabras, se ponía a gemir dolorosamente, inquieto, llamando a la esposa y a los hijos. En tales momentos, volvía a los síntomas de la molestia que le había aniquilado el cuerpo denso, y con dificultad conseguíamos sustraerlo a la extraña psicosis, haciéndolo regresar a la posición

normal. Intentaba sustraerse de nuestra influencia amiga, como si hubiera enloquecido repentinamente, deseando huir sin rumbo cierto. Gritaba, gesticulaba, se afligía, como un sonámbulo inconsciente.

No pude disimular la sorpresa que me asaltó ante lo inusitado del hecho. Si estuviésemos tratando con una criatura ajena a los servicios de la espiritualidad superior sería comprensible el cuadro que se desarrollaba ante nuestros ojos; pero Dimas había sido un instrumento dedicado del Espiritismo Evangélico, que consagró su existencia a las benditas realizaciones de la consoladora doctrina que desmitificó para siempre la terrorífica creencia que se tenía de la hora suprema. De antemano sabía en la esfera carnal que sería sometido a las lecciones de la muerte, y que no le faltarían preciosas posibilidades de continuar junto a la parentela, ahora separada de él, según el simple punto de vista material. ¿Por qué semejantes disturbios? ¿No había merecido él una atención excepcional por parte de nuestros superiores jerárquicos?

En el momento adecuado expuse a nuestro dirigente las preguntas que absorbían mi pensamiento. Sin denotar admiración alguna, Jerónimo me respondió con buen humor:

—Usted debe saber, André, que cada uno de nosotros es, por sí mismo, todo un mundo. Esclarecimientos y consuelos son dádivas de Dios, Nuestro Padre, pero convicciones y realizaciones constituyen obra nuestra. Cada servidor tiene su propia escala de edificaciones en la tabla de valores inmortales. La asamblea de aprendices recibirá el mismo bagaje de enseñanzas, organizado de manera general para todos los individuos que la integran. Pero los alumnos se diferencian en la serie del aprovechamiento particular. El mérito no es un patrimonio común, aunque la conquista de la cumbre sea la gloria que desafía a todos los caminantes de la vida para la suprema elevación. Dimas fue un destacado discípulo del Evangelio, principalmente en el sector de la asistencia y de la

difusión, pero, en cuanto a sí mismo, no hizo un aprovechamiento integral de las lecciones recibidas. Esparció semillas de la luz y de la verdad, se dedicó ampliamente a la causa del bien, mereciendo, por ello, una ayuda muy especial. Con todo, en el ámbito personal, no se preparó suficientemente. Tal y como ocurre con la mayoría de los hombres sin mayor entendimiento, se aferró en demasía al círculo doméstico. Confió excesivo cariño al grupo familiar en el camino terrestre, sin noción de equidad. Ciertamente, bajo el punto de vista humano, se consagró lo necesario a la compañera y a los retoños del hogar; pero, si bien es verdad que prodigó mucha ternura, no les proporcionó todo el esclarecimiento de que disponía, liberándolos de la esfera pesada de la incomprensión. Y ahora es muy natural que sufra su asedio. La inquietud de los parientes lo alcanza, a través de los hilos invisibles de la sintonía magnética.

Sonrió benévolo y continuó:

—Innegablemente, nuestro hermano se hizo merecedor del auxilio de nuestro plano, pues consiguió alinear a prestigiosos amigos que le dedican valiosos servicios de intercesión, pero no se preparó interiormente, considerando las necesidades del desapego constructivo. Por ese motivo, gastará algunos días edificando sus resistencias.

La enseñanza significaba mucho para mí, que veía a tan dedicado servidor, rodeado de la más honrosa consideración por parte de las autoridades de nuestro plano, en porfiada lucha consigo mismo para restaurar su propio equilibrio. Y concluí, una vez más, que el amor puede improvisar infinitos recursos de asistencia y cariño, despertando facultades superiores del Espíritu, pero que la ley divina es siempre la misma para todos. Ser servicial es oficio sublime en el culto activo de la cooperación fraternal; sin embargo, cada hombre, por sí mismo, se elevará al cielo o descenderá a los infiernos transitorios, con obediencia a las disposiciones mentales a las que se prende.

Atravesando un corto período de provechosas observaciones y marcada la liberación del nuevo amigo, Jerónimo y yo volvimos a la Corteza Terrestre para cumplir con otra incumbencia.

Nos acercamos al barrio pobre en el que Fabio había situado su hogar. La sencilla casita encantaba. Rodeada de follajes y flores, se veía que todo el espacio había merecido el cuidado y la ternura de los moradores.

De lejos, llegaba el barullo de la enorme ciudad. Espíritus vagabundos pasaban de largo, en lamentable promiscuidad. En las adyacencias se erguían algunas moradas nuevas, que les ofrecían libre acceso haciéndonos adivinar la triste influencia de las que eran objeto. No obstante, en aquella residencia, pequeña y humilde, se disfrutaba de paz y silencio, armonía y bienestar. En nuestra apreciación parecía un delicado oasis en medio de un vasto desierto.

Entramos.

Tres amigos espirituales nos recibieron. Uno de ellos, Aristeo Fraga, conocido personal de Jerónimo, nos abrazó, alegre, anunciando que efectuaban una visita al enfermo, entonces pasando las últimas horas del cuerpo material. Agradeció nuestro interés por el desencarnante y nos presentó al hermano Silveira, progenitor de Fabio en la Tierra, que deseaba colaborar con nosotros, a favor del querido hijo. Informó que estaba satisfecho. El hijo había tomado todas las medidas relacionadas con su próxima liberación, sometiéndose dócilmente a los designios superiores. Había tenido una modesta existencia, limitando el vuelo de las ambiciones más nobles, en el culto de la espiritualidad redentora; se había esforzado lo suficiente por la tranquilidad familiar; había sido acicateado por innumerables dificultades, en el transcurso de la experiencia que terminaba; dejaba a la esposa y a los dos hijitos amparados en la fe viva, y aunque no les legase facilidades económicas, se apartaba del cuerpo físico, jubiloso y confortado, con la gloria de haber aprovechado todos los recursos que la Esfera Superior le había

concedido. Aparte de haberse compenetrado con el Evangelio de Cristo –viviendo sus principios renovadores, con todas las posibilidades a su alcance–, Fabio consiguió iluminar la mente de la compañera y construir sólidas bases en el espíritu de los hijitos, orientándolos hacia el futuro.

De tal forma se elogiaba al compañero, que al ser admitido en la conversación, me atreví a hacer una pregunta:

–¿Desencarnará Fabio en la ocasión prevista?

–Sí, -aclaró Jerónimo, con gentileza, –estamos en posesión de las instrucciones. Nuestro amigo desencarnará a su debido tiempo.

–Es verdad –confirmó el padre emocionado, –él aprovechó todos los recursos que se le confirieron, a pesar de tener el cuerpo débil y enfermo desde la infancia.

Traicionando la condición de médico siempre interesado en estudiar, consideré:

–Es lamentable que haya nacido en semejante organismo quien sabe servir con tanto valor a la causa del bien...

El progenitor se sintió en la necesidad de explicarme el asunto, porque prosiguió, sereno:

–De hecho, este es un argumento humano de los más ponderables. Cuando estaba en la carne, en frecuentes ocasiones me sorprendí con la frágil salud de Fabio, niño. Desde entonces noté sus innatas virtudes, su inclinación a la rectitud y a la justicia, también las disposiciones congénitas para los trabajos de la fe viva. Pasé largas noches en la justa preocupación de padre, en vista del incierto porvenir. ¿Cómo podría nacer un alma tan sensible y hermosa como la de él, en un cuerpo tan imperfecto? A los doce años fue atacado por una neumonía doble, que casi le arrebató la vida material. Un clínico amigo me llamó la atención sobre la debilidad del muchacho. No obstante, éramos demasiado pobres

para intentar tratamientos costosos en estancias de reposo. Antes de los catorce años, terminado el curso de letras primarias, lo conduje al trabajo por la exigencia imperiosa de ganar el pan. Sabía, como padre, que Fabio deseaba continuar estudiando para el perfeccionamiento de sus facultades intelectuales, en base a su vocación para el diseño y para la literatura, porque, no pocas veces, lo sorprendí apasionado por el colegio vecino de nuestra casa, atormentado por la envidia al ver a los alumnos en bandos festivos. No obstante, nuestras condiciones de vida reclamaban ingente esfuerzo; y mi hijo, lanzado a la lucha, desde muy joven, no encontró ocasión para ejecutar las producciones artísticas que ideaba. Segregándose en un taller mecánico, en un ambiente demasiado pesado para su constitución física, él no lo toleró por mucho tiempo, contrayendo con facilidad la tuberculosis pulmonar.

–Pero, al regresar al plano espiritual, ¿llegó a saber la causa determinante de la posición física de Fabio? –pregunté.

–Eso representó uno de los primeros problemas que procuré entender. Pasado algún tiempo, fui debidamente esclarecido. Mi hijo y yo fuimos destacados hacendados en la antigua nobleza rural fluminense. En esa época, no muy lejana, Fabio, con otro nombre y con otra forma, era igualmente mi hijo. Lo eduqué con desvelo y cariño, y por más de una vez lo envié a Europa, ansioso por elevarle el patrón intelectual y celoso de nuestra superioridad financiera. Pero ambos cometimos graves errores, principalmente en el trato directo con los descendientes de africanos esclavos. Mi hijo era sensible y generoso, pero excesivamente austero con los trabajadores que realizaban las tareas más duras. Los hacinaba en la barraca, con rigurosa severidad y perdimos gran número de cooperadores debido al aire viciado por la deficiente construcción que Fabio conservó inalterable, simplemente para mantener su punto de vista personal.

Los ojos del narrador brillaban intensamente. Parecía sentirse mal al recordar y afirmó con melancolía:

–La historia es larga y pido permiso para interrumpirla.

Sentí remordimiento por haber provocado la dificultad, pero Jerónimo intervino en mi ayuda.

–No pensemos más en eso –exclamó el Asistente de buen humor, –nunca me conformo con la exhumación de cadáveres...

Y mientras la alegría retornaba al ambiente, mi orientador añadió:

–Prestemos al enfermo toda la asistencia que nos sea posible. Esta noche lo desprenderemos definitivamente del cuerpo carnal.

Y levantándonos, entramos al cuarto.

Fabio, profundamente abatido, respiraba con dificultad, acusando indefinible malestar. Junto a él, la esposa velaba atenta.

A través de la ventana abierta, el enfermo observó que la ciudad encendía las luces. Irguió los ojos tristes hacia la compañera y acotó:

–Es interesante verificar como la aflicción se agrava por la noche...

–Es un fenómeno pasajero, Fabio –afirmó la esposa, intentando sonreír.

Sin embargo, entre nosotros se iniciaban las providencias para el socorro inmediato. El padre del enfermo se dirigió a Jerónimo:

–Sé que la liberación de Fabio exige gran esfuerzo. Pero deseo asistirlo en el último culto del Evangelio en el Hogar, en el que tomará parte físicamente, al lado de la familia. Por regla general, las últimas conversaciones de los moribundos son grabadas con más cariño por la memoria de los que quedan. En razón de eso,

sería sumamente agradable ayudarlo a que dirigiese algunas palabras de aviso y estímulo a la compañera.

–Con mucha satisfacción –asintió el Asistente – colaboraremos también en la ejecución de ese noble propósito. Es más conveniente que la familia esté a solas.

–¡Excelente idea! –dijo el progenitor, agradecido.

Entonces, vi como Jerónimo y Aristeo comenzaron a aplicar pases longitudinales al enfermo, observando que dejaban las sustancias nocivas a flor de la epidermis, absteniéndose de un mayor esfuerzo para descargarlas de una vez. Terminada la operación, pregunté por los motivos que los llevaban a tomar semejante medida.

–Está muy debilitado, casi agonizando –informó mi dirigente –y hacemos lo posible por beneficiarlo, sin aumentar su cansancio. Las sustancias retenidas en las paredes de la piel serán absorbidas por el agua magnetizada del baño, que será usado en pocos minutos.

Efectivamente, atendiendo a las influencias de los amigos espirituales, que indirectamente lo intuían, Fabio se dirigió a la esposa, expresando el deseo de tomar un suave y tibio baño, en lo que fue atendido en pocos minutos.

Jerónimo y Aristeo administraron al agua pura ciertos agentes de absorción y ampararon a la dedicada señora, que a su vez, ayudó al marido a bañarse, como si estuviese satisfaciendo el deseo de un niño.

Noté, admirado, que la operación se había hecho acompañar de muy saludables efectos, sorprendiéndome, una vez más, ante la capacidad absorbente del agua común. La materia fluídica perjudicial fue integralmente retirada de las glándulas sudoríparas.

Terminado el baño, el enfermo volvió al lecho, en pijama, con el semblante reconfortado y el espíritu bien dispuesto. Algunas

fricciones de alcohol, llevadas a cabo, completaron la mejoría ficticia.

El reloj marcaba algunos minutos más de las diecinueve horas.

Silveira, que se había ausentado, volvió de prisa, hablando en particular con Jerónimo, a quien informó:

–Todo está listo. Conseguimos que la reunión sea exclusiva de la familia.

El Asistente mostró su satisfacción destacando la necesidad de acelerar el ritmo de trabajo. El bondadoso padre desencarnado se movilizó. La tecla más sensible para nuestra actuación ocurrió cuando Fabio se dirigió a la esposa, ponderando:

–Creo que no debemos retardar el servicio de la oración. Me siento inexplicablemente mejor y desearía aprovechar la pausa del reposo.

Doña Mercedes, la abnegada señora, trajo a los dos niños, que se sentaron en posición respetuosa como oyentes. Y mientras la esposa se acomodaba al lado de los pequeños, el enfermo, auxiliado por su padre, abrió el Nuevo Testamento, en la Primera Epístola del Apóstol Pablo de Tarso a los Corintios y leyó el versículo cuarenta y cuatro del capítulo quince:

–“Se siembra cuerpo animal y resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual”.

Se hizo un corto silencio, que el enfermo interrumpió, iniciando la oración, conmovido:

–Ruego a Dios, nuestro Padre Eterno, que me inspire en la noche de hoy, para que conversemos íntimamente y espero que la Divina Providencia, por intermedio de sus benditos mensajeros, me ayude con la facilidad necesaria a enunciar lo que deseo. Mientras poseemos plena salud física, mientras los días y las noches

corren serenos, suponemos que el cuerpo sea propiedad nuestra. Creemos que todo gira en la órbita de nuestros impulsos, pero... al llegar la enfermedad, verificamos que la salud es un tesoro que Dios nos presta, confiando en nosotros.

Sonrió, sosegado y conforme. Hasta allí, bien se veía que era Fabio el exclusivo exponente de las palabras. Se expresaba valiéndose del lenguaje usual, pero sin calor ni entusiasmo, dada su situación de extrema debilidad.

Terminado un intervalo más largo, el progenitor descansó la diestra en su frente, manteniéndose en la actitud de quien ora con profunda devoción. Observé, sorprendido que se había establecido una luminosa corriente en el débil organismo, desde la masa encefálica hasta el corazón, inflamando las células nerviosas, semejantes entonces a minúsculos puntos de luz condensada y radiante. Poco a poco, los ojos de Fabio adquirieron más brillo y su voz se hizo oír, de nuevo, con diferente inflexión. Dirigiendo a la esposa y a los hijitos una tierna mirada, ahora optimista y penetrante, pasó a decir, inspirado:

–Estoy satisfecho por la oportunidad de intercambiar ideas a solas, dentro de la fe que nos identifica. Es significativa la ausencia de los viejos amigos que nos acompañan en las oraciones familiares, desde hace muchos años. No es sin razón. Precisamos comentar nuestras necesidades, llenos de buen ánimo, dentro de la noción de la próxima despedida. La palabra del apóstol de los gentiles es simbólica en la presente situación. Así como hay cuerpos animales, hay también cuerpos espirituales. Y no ignoramos que mi cuerpo animal, en breve tiempo, será restituido a la tierra acogedora, madre común de las formas percederas, en las que nos movemos en la faz del mundo. Algo me dice al corazón que esta será tal vez la última noche que me reuniré con ustedes, en este cuerpo... En las horas en que el sueño me bendice, me siento en la víspera de la gran libertad... Veo que amigos iluminados preparan mi corazón y

estoy seguro que partiré en la primera oportunidad. Creo que todas las providencias ya fueron llevadas a efecto, en beneficio de nuestra tranquilidad, en estos minutos de separación. En verdad, no les dejo dinero, pero me conforta la certeza de que construimos un hogar espiritual de nuestra unión sublime, punto indeleble de referencia para la felicidad imperecedera...

Miró particularmente a la esposa, y lleno de una gran emoción, prosiguió:

–Usted, Mercedes, no tema a los obstáculos de la sombra. El trabajo digno será nuestra fuente bendita de realización. Crea que la saudade edificante estará siempre en mi espíritu, sea donde fuere, saudade de su convivencia, de su afectuosa dedicación. Sin embargo, esto no constituirá pesadas cadenas, porque nosotros dos aprendimos en la escuela de la sencillez y del equilibrio que el amor legítimo y purificado no prescinde de la comprensión santificadora. En verdad, necesitaré de mucha paz, a fin de readaptarme a la vida diferente y, por eso, pretendo dejarlos con suficiente tranquilidad para que todos nos ajustemos a los designios de Dios. Conozco su heroica nobleza de mujer amiga del trabajo, desde muy temprana edad, y entiendo la pureza de sus ideales de esposa y madre. No obstante, Mercedes, permíteme la franqueza en este instante expresivo de la experiencia actual: sé que mi ausencia se hará seguir de problemas tal vez angustiosos para su espíritu sensible. La soledad se torna aflictiva para la mujer joven, sin la cercanía de los cariñosos lazos de los padres y hermanos consanguíneos, que ya no poseemos en este mundo, cuando ya no es posible conservar la misma vibración de fe, a través de las diversas circunstancias del camino... No puedo exigir de usted fidelidad absoluta a los hilos materiales que nos unen, porque sería ejercer cruel opresión pretextando amor. Por lo demás, nada quebrará nuestra alianza espiritual, definitiva y eterna.

Observé que Fabio tosía, fuertemente emocionado.

Transcurridos algunos segundos de breve pausa, continuó irradiando verdadero amor y sinceridad fiel de sus ojos.

—Por eso, Mercedes, aunque tengamos prevista su posición futura en el trabajo honesto, quiero decirle a usted que estaré muy satisfecho si Jesús le envía a un compañero digno y leal hermano. Si eso aconteciese, querida, no lo rechace. Felizmente, cultivamos para nosotros la unión eterna del alma, sin que el monstruo de los celos desvariados nos guarde el castillo afectivo... No sabemos cuantos años le restan de peregrinación por este mundo. Es probable que la Voluntad Divina prolongue por más tiempo su permanencia en la Tierra, y, si me fuere posible, cooperaré para que no esté solita. Nuestros hijos, frágiles aún, necesitan del amparo amigo en la orientación de la vida práctica...

Doña Mercedes, enjugando los ojos llenos de lágrimas, esbozó el gesto de quien iba a protestar, pero se adelantó el enfermo, añadiendo:

—Ya sé lo que dirá. Nunca dudé de su virtud incorruptible, de su amor puro. Ni estoy desinteresándome de la abnegada compañera de lucha que el Señor me confió. Pero, reconozca que hemos vivido en profunda comunión espiritual y debemos encarar, con sinceridad y lógica, mi próxima partida. Si usted consigue triunfar en todas las necesidades de la vida humana, manteniéndose a la altura de las exigencias naturales de la existencia terrestre, ciertamente Jesús compensará su esfuerzo con la corona de los bienaventurados. Pero no procure alcanzar la cumbre gloriosa de la plena victoria espiritual en un solo vuelo. Nuestros corazones, Mercedes, son como las aves: algunos ya conquistaron la prodigiosa fuerza del águila; pero otros guardan aún la fragilidad del colibrí. Por mi parte, sufriría mucho si la viese afrontando la montaña redentora con falsa energía. No tenga miedo. Criaturas perversas no amedrentan a las almas prudentes. El Señor nos concedió suficiente luz espiritual para discernir. Usted jamás podrá ser víctima de aventureros

inconscientes, porque el Evangelio de Jesús está colocado ante sus ojos para iluminar el camino escogido. Por lo tanto, la observación y el juicio, el ejercicio espiritual y la inspiración de orden superior, permanecerán al servicio de sus decisiones sentimentales. Y crea que haré todo, en espíritu, por ayudarla en ese sentido.

Sonrió con esfuerzo, mientras la esposa lloraba discretamente. Después de una larga pausa, destacó:

–Si puedo, le traeré estrellas del firmamento para adornar sus esperanzas. Usted estará cada vez más viva en mi corazón; amaré también a todos aquellos que fueren elegidos por su afecto ennoblecedor.

Enseguida, después de observar detenidamente a los hijitos, recalcó:

–La palabra apostólica en el Evangelio nos reconforta y nos esclarece como se hace indispensable. En poco tiempo, me reuniré con los nuestros en la Vida Mayor. Perderé mi cuerpo animal, pero conquistaré la resurrección en el cuerpo espiritual, para esperarlos, alegremente.

Se verificaba que el enfermo había consumido mucho esfuerzo. Se había fatigado.

El progenitor retiró la diestra de la frente de Fabio, desapareciendo la corriente fluídica luminosa que lo había ayudado a pronunciar aquella impresionante alocución de amor acrisolado.

Demostrando una sublime serenidad en sus brillantes ojos, se recostó en los voluminosos almohadones, algo abatido.

Doña Mercedes recompuso su semblante, alejando los vestigios de lágrimas, y pidió al hijito más viejo:

–Carlindo, usted hará la oración final.

Fabio mostró satisfacción en el rostro, mientras el muchachito se erguía, obediente a la recomendación oída. Con naturalidad, recitó la oración que había aprendido de los labios maternos:

–Poderoso Padre de los Cielos, bendícenos concediéndonos la fuerza precisa para la ejecución de tu ley, traída al mundo con el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Haznos mejores en el día de hoy para que podamos encontrarte mañana. Si lo permites, ¡oh, Dios mío!, nosotros te pedimos por la salud de papá, de acuerdo con tu soberana voluntad. ¡Así sea...!

Terminada la plegaria y cuando los pequeños besaban a su mamá, antes del sueño tranquilo, el enfermo pidió a la esposa, con humildad:

–Mercedes, si usted está de acuerdo, me sentiría feliz de besar hoy a los niños...

La señora asintió, conmovida.

–Tráigame un pañuelo nuevo –solicitó el esposo, enternecido.

En pocos segundos, la dueña de la casa le traía un albo fragmento de lino. Emocionado, vi que el padre cristiano puso el blanquísimo paño sobre la cabeza de los niños y besó el lino en vez de dar ósculos a los cabellos. Con todo, había tanta alma, tanto fervor afectivo en aquel gesto, que reparé en el foco de luz que le salía de la boca, alcanzando la mente de los pequeñitos. El beso se saturaba de magnetismo santificante. Jerónimo, especialmente conmovido, se dirigió a mí, con voz susurrante:

–Otros verán microbios; nosotros vemos amor...

Después, la pequeña familia se recogió. El enfermo se sentía singularmente mejorado, bien dispuesto.

En nuestro grupo la alegría era general.

Los niños se durmieron sin demora y fueron conducidos por

Aristeo fuera del cuerpo físico, a un paisaje alegre, de manera que se entretuvieran, relajados...

A solas con el enfermo y la esposa, que intentaba conciliar el sueño, iniciamos el trabajo de liberación.

Mientras Silverio amparaba al hijo, con indefinible cariño, Jerónimo aplicó al enfermo pases anestésicos. Fabio se sintió favorecido por deliciosas sensaciones de reposo. Enseguida, el Asistente se detuvo en una complicada operación magnética sobre los órganos vitales de la respiración y observé la ruptura de un importante vaso. El paciente tosió, y rápidamente la sangre fluyó a borbotones a la boca.

Doña Mercedes se levantó, asustada, pero el esposo, hablando con dificultad, la tranquilizó:

–Puede llamar al médico... sin embargo, Mercedes,... no se preocupe... justamente, es el fin...

Mientras Jerónimo proseguía separando el organismo periespiritual del cuerpo ya debilitado. Doña Mercedes pidió la ayuda de un vecino, que salió, servicial, en busca del clínico especializado.

El médico no tardó, traído apresuradamente en automóvil, pero en balde aplicaron la solución de adrenalina, la sangría en el brazo, los sinapismos en los pies y las ventosas secas en el pecho. La sangre, a borbotones rojos, fluía siempre, siempre...

Observé que Jerónimo repetía el proceso de liberación practicado con Dimas, pero con asombrosa facilidad. Después de la acción llevada a cabo sobre el plexo solar, el corazón y el cerebro, desatado el *nudo vital*, Fabio fue completamente apartado del cuerpo físico. Por fin brillaba el cordón fluídico plateado, con hermosa luz. Amparado por el progenitor, el recién liberado descansaba, somnoliento, sin tener conciencia exacta de la situación.

Supuse que el caso de Dimas se repetiría, allí, detalle a detalle; sin embargo, una hora después de la desencarnación, Jerónimo cortó el apéndice luminoso.

–Está completamente libre –declaró mi orientador, satisfecho.

El enternecido padre depositó sobre la frente del hijo desencarnado en tranquilo sueño, un beso impregnado de amor y lo entregó a Jerónimo, aseverando:

–De momento no deseo que me reconozca. No sería aprovechable llevarlo ahora a recuerdos del pasado. Lo encontraré más tarde, cuando deba partir de la institución de socorro hacia las zonas más altas. Puede conducirlo sin pérdida de tiempo. Me incumbiré de velar por el cadáver, inutilizando los últimos residuos vitales contra el abuso de cualquier entidad inconsciente y perversa.

El Asistente agradeció emocionado, y partimos conduciendo el sagrado depósito que nos había sido confiado.

Mientras proseguíamos, subiendo por el espacio, contemplé, respetuoso, el primer anuncio de la aurora y, observando a Fabio adormecido, tuve la impresión de que gloriosos puertos del Cielo se iluminaban de sol para recibir a aquel hombre, de sublime ejemplo cristiano, que subía victorioso, de la Tierra.

SINGULAR ROGATIVA

Mientras Dimas se restablecía paulatinamente, Fabio cobraba fuerzas con notable rapidez. Los largos y difíciles ejercicios de espiritualidad superior, llevados a tal efecto en la Corteza Terrestre, fructificaban ahora en bendiciones de serenidad y comprensión. Ambos reposaban en la Casa Transitoria, amparados por la simpatía general de la institución que dirigía la Hermana Zenobia. Al mismo tiempo, proseguíamos junto a los demás amigos, cuidándoles constantemente, en especial a Cavalcante, cuya situación orgánica, en la medida en que se acercaba al fin, empeoraba siempre.

Dimas, con el ejemplo de Fabio, cobrara nuevo ánimo. Reaccionaba, con más calor, frente a las exigencias de la familia terrena y consolidaba su propia serenidad, con la eficiencia precisa. El ex tuberculoso, iluminado y feliz, notaba que otros horizontes se le abrían al espíritu sensible y bondadoso. Podía levantarse cuando le pluguiese, transitar por las diversas secciones en que se subdividían los trabajos de la Institución, y daba gusto de verlo interesado en los estudios referentes a los planos elevados del Universo infinito. Experimentaba tranquilidad. No era un genio

de las alturas. No había completado sus necesidades de sabiduría y amor; pero era un siervo distinguido, en una posición envidiable por los débitos pagados y por la venturosa posibilidad de proseguir rumbo a elevadas y gloriosas cumbres del conocimiento. La Hermana Zenobia se daba al placer de oírlo en los escasos minutos de su recreación, y con frecuencia le manifestaba a Jerónimo agradables impresiones sobre él.

Tanta alegría provocó el discípulo fiel, con la disciplina emotiva de la que daba buen testimonio, que nuestro Asistente tomó la iniciativa de traer a su esposa, en una corta visita. Recuerdo la conmoción de Mercedes al penetrar el pórtico de la Institución, llevada por el brazo amigo de nuestro orientador. Estaba atónita, deslumbrada y extática. No tenía perfecta conciencia de la situación, pero demostraba un sublime agradecimiento. Conducida a la cámara en la que el compañero la esperaba, se arrodilló instintivamente, tocando nuestra fibra sensible ante el gesto de espontánea humildad.

Fabio, sonriente, disimulando la fuerte emoción, le dirigió la palabra, exclamando:

—¡Levántese, Mercedes! ¡Ahora comulgamos en la felicidad inmortal!

Pero la esposa, embriagada de ventura, se mantenía en comprensible silencio. El amigo se adelantó y alzándola, la abrazó con infinito cariño.

—¡No se amedrente con la viudez, querida mía! —continuó. —
¡Siempre estaremos juntos! ¿Recuerda nuestra última reunión?

Mercedes entreabrió los labios e hizo una señal afirmativa.

—¡Déme noticias de los niños! —pidió el consorte desencarnado, sonriendo. —No ha dicho nada aún... ¿Por qué?
¡Hable Mercedes, hable! ¡Muéstreme su alegría victoriosa!

La esposa fijó en él, con la mayor atención, sus ojos tiernos y brillantes, y le dijo, llorando de júbilo:

–¡Fabio, estoy agradeciendo a Jesús la gracia que me concede...! ¡Y soy tan feliz por poder verlo...!

Copiosas lágrimas le corrían por el rostro.

Enseguida, después de un corto intervalo, informó:

–Nuestros pequeños están bien. Constantemente, nos acordamos de usted... Todas las noches nos reunimos en oración, implorando a Dios, nuestro Padre, que le conceda a usted alegría y paz en la diferente vida que fue llamado a experimentar.

Otra pausa en que la noble señora intentó contener el llanto.

–Quiero informarlo –prosiguió, –de que ya estoy trabajando. El señor Federico, nuestro viejo amigo, me dio empleo. Carlindo cuida a su hermano mientras me ausento, y creo que nada nos falta en el sentido material. Tenemos apenas...

Y la delicada esposa interrumpió su coloquio con expresivas reticencias, tal vez recelosa de ofenderlo.

–¡Continúe! –habló el compañero sensibilizado.

–¿No se molestará –dijo Mercedes reanimándose, –si reclamo contra las inmensas saudades que sentimos? En nuestras comidas y oraciones hay un lugar vacío que es el suyo. Pero, crea que hacemos todo lo posible por no herirlo. Coloqué mentalmente la presencia de Jesús, nuestro Maestro invisible, donde siempre estuvo usted. De este modo, su ausencia de casa está llena de confianza fervorosa en este Verdadero Amigo que usted me enseñó a encontrar...

Observé entonces que el esposo a pesar de la elevación que lo caracterizaba, debió hacer un gran esfuerzo para no llorar. Pero, manteniendo su optimismo, aseveró:

–No apague la luz de la esperanza. No me enfado por saberlos nostálgicos, pues también yo siento la falta de su presencia, de su ternura, de las caricias de nuestros hijos, pero quedaría contrariado si supiese que la tristeza absorbió nuestro nido alegre. Tenga valor y no desfallezca. Tan pronto como sea posible, volveré a tomar mi puesto como espíritu. Estaré con usted en el trabajo diario, la asistiré en los ejercicios de la oración y respiraré la atmósfera de su cariño. Para eso, por el momento, es necesario apoyarme en su fortaleza de ánimo y no dispense de su amoroso auxilio. Me siento rodeado de buenos amigos que no nos olvidan y, ¿quién sabe si estaremos juntos de nuevo, en un porvenir no remoto? Me avisaron de que la Bondad Divina me concedió ingreso en una colonia de trabajo santificador, a fin de proseguir en mis servicios de elevación. Quizás podré tejer un nuevo y más bello nido para guardarla. Oigo decir, Mercedes, que el Sol es mucho más lindo en este paisaje de encantadora luz, y que por la noche, los árboles floridos se asemejan a hermosos candelabros, porque sus flores maravillosas retienen el resplandor divino.

En ese instante, una pregunta interrumpió mi razonamiento. Si Fabio había hecho tantos amigos en nuestro núcleo de servicio, desde otro tiempo, al punto de merecer especial consideración, ¿cómo se mostraba tan desinformado sobre las noticias de nuestra esfera? Sintetizando extensas indagaciones en una pequeña pregunta al Asistente Jerónimo, respondió el orientador con dos cortas sentencias:

–La muerte no hace milagros. Volver a tomar todos los recuerdos es también un servicio gradual, como cualquier otro que envuelva actividades divinas de la Naturaleza.

Callé, atento.

Mirando tiernamente a la visitante, ponderaba el marido recién liberado:

—¿Acaso cree que no vale la pena sufrir, de algún modo, para conseguir tan sagrado patrimonio? Nuestros hijos crecerán deprisa, las luchas serán breves, las situaciones carnales transitorias. Por lo tanto, no se desanime. La Providencia jamás se empobrece y nos enriquecerá de bendiciones.

Entonces, mostró a la esposa una hermosa expresión de bienestar reflejada en su feliz semblante y, movilizandoo las más íntimas energías del alma humilde, se mantuvo, por algunos instantes, con las manos juntas, como agradeciendo a Dios el inmenso júbilo de aquella hora.

Jerónimo hizo una significativa señal, avisando en silencio que había finalizado el tiempo de la visita.

La Hermana Zenobia, que acompañó la escena, junto a nosotros, conmovida, tomó una flor semejante a una gran camelia dorada y se la dio a Fabio, para que se la regalase a la compañera.

Mercedes recibió la dádiva, ciñéndola sobre su corazón.

Nuestro dirigente se acercó y me dijo:

—André, acompañenos a la Corteza Terrestre. Nuestra amiga con la emoción perdió una porción muy grande de fuerzas y su cooperación será muy útil en la vuelta a casa.

Se despidió la viuda y en poco tiempo era reconducida al hogar. Y aún ahora, al relatar la experiencia, recuerdo la extraña sensación de felicidad que Mercedes sintió, al despertar en el lecho con la perfecta impresión de guardar la delicada flor entre los dedos.

Así pues, todo transcurría bien en el círculo de los trabajos que nos fueron encomendados, cuando nuestro mentor fue llamado por la autoridad superior de nuestra colonia. Esperé impaciente su regreso, porque Jerónimo, en obediencia a determinaciones recibidas, debería partir de inmediato, para una reunión improrrogable.

Nos recomendó esperarlo trabajando en la Casa Transitoria, destacando que su ausencia sería corta.

De hecho, no se demoró más de un día. Al regresar, nos informó sobre la novedad. La hermana Albina había sido autorizada a permanecer en la Corteza Planetaria por más tiempo, razón por la cual la desencarnación había sido aplazada hasta una fecha no determinada. Cierta rogativa había influido decisivamente en el asunto. Había entrado en juego una imperiosa exigencia que nuestra colonia examinó con la debida consideración. Debido a ello, el programa de la misión que traíamos se había renovado. Por lo que en vez del auxilio para la liberación, la anciana educadora recibiría nuevas fuerzas para permanecer un tiempo más en la Corteza. Sin pérdida de tiempo, debíamos ir hasta su residencia, propiciando a su organismo los posibles recursos magnéticos a nuestro alcance.

Quise preguntar algo, enterarme de los detalles. Sin embargo, Jerónimo acostumbraba a decir con provecho todo lo que necesitábamos saber, y no me correspondía obligarlo a que me diera alguna información anticipada. ¿Por qué se había modificado una decisión de tanta importancia? A fin de cuentas ¿quién tendría tanto poder en su oración, como para influir en las resoluciones de nuestra colonia espiritual? ¿Sería justo el aplazamiento? ¿Por qué motivo una determinada súplica imponía cierta rectificación al programa a seguir?

El Asistente, percibiendo las preguntas que entrecruzaban mi mente, informó:

–No se torture, André. Sabrá todo en el momento oportuno.

Y, trazando una sintética programación de servicio, añadió:

–Vamos. Hipólito y Luciana velarán por los convalecientes.

Pero, en el camino no resistí. Pedí permiso para oírlo, de manera sumaria, sobre la nueva deliberación y Jerónimo asintió, explicando:

–La medida no debe provocar admiración. Sólo Dios posee poderes absolutos. Todos nosotros, en el desarrollo de las tareas conferidas a nuestras responsabilidades, experimentamos limitaciones en los atributos o en el acrecimiento de los deberes, según los designios superiores. El futuro puede ser calculado en líneas generales, pero no podemos prejuzgar sobre el sector de la interferencia divina. El Padre efectúa la organización universal con independencia ilimitada en el campo de la Sabiduría Infalible. Nosotros cooperamos con relativa libertad en la obra del mundo, sujetos a la necesaria y esclarecedora interdependencia, en virtud de la imperfección de nuestra individualidad. Dios sabe, mientras nosotros ni siquiera nos imaginamos lo que es saber.

Y con un expresivo gesto de buen humor, prosiguió:

–Por lo tanto, no existe ninguna novedad, propiamente dicha. Además, es justo considerar que la desencarnación de Albina no es susceptible de ser aplazada por mucho tiempo. El organismo que le sirve está gastado y la nueva resolución se destina apenas a remediar una difícil situación, para traer beneficios a mucha gente. En cualquier circunstancia, la oración mejora, corrige, eleva y santifica. Pero sólo cuando establece modificaciones al derrotero, igual a la de hoy, es que por encima de las circunstancias comunes prevalece el interés colectivo. Aún así, la medida se mantendrá por poco tiempo, sólo mientras dure la causa que la motiva.

Recordé una experiencia anterior (1), en la que había observado a cierto hermano recibiendo algunos días de añadidura a la experiencia del cuerpo para poder solucionar problemas particulares, y comprendí cuán valiosa era la alteración. Pero, de cualquier modo, mi sorpresa no era disparatada, porque constituíamos una comisión con trabajo definido, y con actividades trazadas por superiores jerárquicos. En el caso que me ocupaba, había visto a amigos de nuestra esfera intercediendo

(1) Véase el Capítulo 7 de *Misioneros de la Luz*. Nota del Autor Espiritual.

junto a otros amigos, en beneficio de terceros. Sin embargo, en la cuestión examinada, se trataba de un pedido de la Corteza Terrestre, actuando directamente en nuestro núcleo distante.

Así pues, conservando mi curiosidad insatisfecha, acompañé al Asistente hasta el confortable apartamento en el que residía la interesada.

Los pronósticos acerca del estado físico de la enferma eran desalentadores. No obstante, su espíritu se mantenía sereno y confiado, a pesar de la profunda perturbación orgánica.

No sólo el corazón y las arterias presentaban síntomas graves: también el hígado, los riñones, el aparato gastrointestinal. La disnea la castigaba intensamente.

Llegamos en el instante en que un gracioso grupo de jóvenes, catorce en total, hacía el Culto del Evangelio en el Hogar, alrededor de la enferma. Mientras oraban, antes de los comentarios constructivos, con el alma vuelta hacia la sublime fuente de la fe viva, nos lanzamos al trabajo, seguidos de cerca, por otros amigos de nuestro plano, vinculados a la misión de la noble educadora.

El ambiente equilibrado por la oración y por los pensamientos de elevación moral, contribuía con eficacia a la ejecución de nuestros propósitos.

La zona peligrosa del cuerpo abatido era justamente en la que estaba situado el neurisma, probable portador de la liberación. El tumor había provocado la degeneración del músculo cardíaco y amenazaba con la ruptura inmediata. Entretanto, Jerónimo se reveló una vez más como un médico experimentado y competente de nuestro plano de acción. Comenzó aplicando pases de restauración al sistema de conducción del estímulo, demorándose atento sobre los nervios del tono. Enseguida, suministró cierta cantidad de fuerzas al pericardio, así como a las estrías tendinosas,

asegurando la resistencia del órgano. Después, mi orientador magnetizó, largamente, la zona en que se localizaba el tumor bastante desarrollado, aislando ciertos complejos celulares, y aclaró:

–Podemos confiar en una gran mejoría, que persistirá por algunos meses.

En efecto, terminada la compleja operación magnética observé que el corazón enfermo funcionaba con diferente equilibrio. Las válvulas cardíacas pasaron a denotar regularidad. Cesó la aflicción, lo que fue atribuido, y de hecho con poderosas razones, a los efectos de la oración.

Albina se sintió reconfortada, más serena. Miró, conmovida, a las discípulas que se hallaban presentes en afectuoso homenaje a ella, y consideró, satisfecha:

–¡Cómo me siento mejor! ¡Fuertes motivos poseía el apóstol Santiago, recomendando la oración a los enfermos!

Las alumnas y las hijas rieron alegres y elevaron, enseguida, una hermosa oración congratulatoria, emocionándonos el corazón.

Contrariando la expectativa general, la enferma aceptó el ofrecimiento de un caldo reconfortante.

Viendo la alegría que dominaba el espíritu de todos, pregunté de súbito al Asistente:

–¿Habría sido la súplica de las discípulas el móvil de la alteración? ¿Quién sabe? Tal vez les hiciese falta la venerable profesora...

–No, no es eso –elucidó el mentor, –la intercesión de las niñas le trajo una cuota natural de beneficios comunes; no obstante, hay que destacar que Albina ya cumplió su tarea junto a ellas. Les

dio lo que pudo, se consagró cuanto debía. En virtud de la abnegación de la enferma, los aprendices traen el cerebro lleno de buenas simientes... Compete ahora a las interesadas organizar las condiciones favorables para el desenvolvimiento intensivo de los tesoros espirituales de los que son portadoras.

Curioso, arriesgué:

—¿Acaso estaríamos ante el resultado de un requerimiento sentimental de las hijas?

Jerónimo miró a las dos señoras que asistían a la enferma con dedicación y ternura, movió la cabeza con un gesto negativo y respondió:

—Tampoco. No se trata de una respuesta a semejante rogativa. En el desempeño de los sagrados deberes de madre, Albina hizo todo por el bienestar de las hijas. Se esforzó todo cuanto pudo por cuidarlas. Por ellas perdió largas noches de vigilia y colmó laboriosos días con absorbentes y redentoras preocupaciones. Las educó cariñosamente, encaminándolas hacia la senda de la santificación y, sobre todo, al prepararlas para la vida, las entregó al Padre Eterno, sin egoísmo destructor. El trabajo materno fue completamente satisfecho. De ahora en adelante, corresponde a las hijas seguir el ejemplo, imitando su conducta cristiana. Los buenos pensamientos de Loide y Eunice la envuelven totalmente en una reposada atmósfera de amor. Entretanto, no serían los ruegos filiales, en circunstancias como esta, los que modificarían el derrotero de las autoridades superiores en el cumplimiento de las leyes divinas. Las súplicas de ellas parten de esferas de servicio perfectamente atendidas por la misionera en proceso de liberación y de ningún modo las hijas podrían retenerla.

En ese instante, sintiéndose la enferma confortada por la inesperada mejoría, se dirigió a la hija mayor, preguntando:

–Loide, ¿sería posible traer a Juancito hasta aquí?

A la tierna interrogación, siguió la plena aprobación de la hija y el teléfono repicó llamando a alguien.

Mientras la señora se entendía con el esposo, a cierta distancia, mi orientador anunció, de buen humor:

–En pocos minutos, recibirá usted la clave del problema.

Continuamos socorriendo la organización fisiológica de la enferma, observando la alegría sincera de las discípulas, que se retiraban contentas. Madre e hijas volvieron a permanecer a solas con nosotros, junto a otros amigos espirituales que se dedicaban, en el compartimiento, a la tarea de auxilio, incluso la simpática hermana que nos había acogido en la visita inicial, comentándonos sobre la probabilidad de una prórroga.

Se procesaban con extremado cariño los servicios de asistencia, cuando un caballero bien fornido hizo su entrada, conduciendo a un niño delgado, de unos 8 años.

Entrando al cuarto, el pequeño se mostró consciente del lugar en el que se hallaba, saludó a las señoras, respetuoso, y yendo hacia la enferma con la mirada ansiosa, le besó la diestra con indescriptible ternura.

Albina rogó a Dios que lo bendijese y el niño preguntó:

–¿Cómo se siente, Abuela?

Señalándolo, el Asistente aclaró:

–La súplica de este niño alcanzó nuestra colonia espiritual y modificó nuestro derrotero.

–¿Qué...? –interrogué, sumamente sorprendido.

Pero Jerónimo, continuó:

–No es un nieto consanguíneo de la enferma, aunque se

considere como tal. Es un huérfano que abandonaron a su puerta, después del nacimiento, y que Loide, desde que nuestra hermana se recogió a la cama, mantiene en el hogar. A pesar de la prueba, Juancito es un gran y abnegado siervo de Jesús, reencarnado con la misión de difundir y ejemplificar el Evangelio. Tiene amplios créditos en la retaguardia. Ligado a la familia de Albina, desde hace algunos siglos, torna al seno de criaturas muy amadas, camino al servicio apostólico del porvenir.

Iba a formular nuevas preguntas, pero mi orientador indicando a la enferma que se abrazara al niño, me aconsejó, solícito:

–Observe por sí mismo...

El diálogo entre ella y el pequeño había adquirido una suavidad encantadora.

–Me he sentido mal, hijo mío –exclamaba la respetable señora desahogándose.

–¡Oh! ¡Abuela! –volvió a decir el muchachito, con los ojos radiantes de fe. –He orado siempre para que usted se ponga bien, rápidamente.

–¿Tiene fe?

–Confío en Jesús. La última vez que estuve en la iglesia, pedí a todos que me ayudasen rogando al Cielo por su salud.

–¿Y si Dios me llamase?

Los ojos se le humedecieron, pero acentuó con la voz firme:

–Necesitamos de usted en este mundo.

Albina lo abrazó y lo besó con cariño maternal, prosiguiendo:

–Juan, he sentido mucha nostalgia de sus himnos de la escuela. ¿Ha loado al Señor con puntualidad?

–Sí.

–Cante para mí, hijo querido.

El pequeño sonrió, jubiloso, por haber encontrado un motivo para alegrar a la enferma tan amada y preguntó, con naturalidad:

–¿Cuál?

La paciente pensó, pensó y dijo:

–*Siendo Jesús mío.*

El niño modificó la expresión del rostro, se entristeció instantáneamente, pero colocándose junto al lecho, en la posición del creyente sumiso, elevó sus ojos a lo alto y comenzó a cantar el antiguo y delicado himno de las iglesias evangélicas:

Siendo Jesús mío,

Soy muy feliz,

Y voy para el Cielo,

Mi lindo país...

Se expresaba con una voz tan dolida que el himno parecía un amargo lamento. Terminada la primera estrofa, se esforzó para continuar, pero no lo consiguió. Una profunda emoción le sofocó la garganta, las lágrimas le saltaron, espontáneas; en balde intentó mirar a Loide para ganar valor, y dándose cuenta que su conmoción había contagiado a la familia, se precipitó en los brazos de la enferma y gritó, con fuerza:

–¡No Abuela, no! ¡Usted no puede irse ahora para el Cielo!
¡No puede! ¡Dios no la dejará...!

Albina lo acogió, cariñosa y feliz.

–¿Qué es esto, Juan? –Preguntó, buscando sonreír.

Me observé y sólo entonces reconocí que yo también lloraba...

Sin embargo, Jerónimo se mantenía firme y riéndose, bondadoso, acotó:

–El niño tiene razón. Por lo menos esta vez Albina no se irá...

Atendiendo a mi curiosidad, entró en explicaciones finales, advirtiéndome:

–¿Qué nota usted de particular en Loide?

Recurriendo a las observaciones que ya había llevado a efecto, respondí sin vacilar:

–Observo que espera a alguien; a una hijita que ya entrevimos... desde el primer encuentro, pues verifiqué que está en período activo de maternidad, en la víspera del parto.

–Eso mismo –confirmó el mentor amigo. –La oración de Juan es importante porque se reviste de profunda significación para el futuro. La niña, en proceso reencarnacionista, es su bendita compañera de muchos siglos. Ambos poseen admirable record de servicio en la Corteza Planetaria y escogieron nueva tarea con plena conciencia del deber a cumplir. Fueron asociados de Albina en varias misiones y muy pronto serán sus continuadores en la obra de educación evangélica. No son Espíritus purificados, ni están redimidos, pero son valiosos trabajadores, con suficiente crédito moral para la obtención de oportunidades más elevadas. A pesar de su condición infantil, el siervo reencarnado, por las ricas percepciones que lo caracterizan fuera de la esfera física, tuvo conocimiento de la muerte próxima de nuestra venerable hermana. Comprendió de antemano que el hecho repercutiría angustiosamente en el organismo de Loide, compeliéndola tal vez a claudicar en el trabajo gestatorio en curso. Efectivamente,

la carga de dolor moral la conduciría al aborto, imprimiendo profundas transformaciones en el rumbo de la misión de la que Juan es feliz portador. Entonces se valió de todos los valores de intercesión en los instantes en que su alma lúcida puede operar sin el instrumento denso de carne y triunfó con sus insistentes súplicas, obteniendo un corto aplazamiento del momento fijado para la desencarnación de Albina.

Siempre comedido en las informaciones, Jerónimo se calló preparando la retirada.

Este singular acontecimiento me henchía de encanto y sorpresa. Y contemplando, bajo fuerte embeleso, a la pequeña familia en santificado júbilo doméstico, llegué a la conclusión de que incluso allí, en un aposento donde las molestias graves regían, la oración, hija del trabajo con amor, vencía al vigoroso poder de la muerte.

DIFICIL DESPRENDIMIENTO

Ahora teníamos ante nuestra mirada el caso Cavalcante en proceso final.

El pobre amigo permanecía aferrado al cuerpo por la vigorosa voluntad de proseguir unido a la carne. La intervención en el apéndice inflamado, que también buscaba remediar la situación del duodeno, se había hecho demasiado tarde. La supuración se había extendido al peritoneo y en balde se combatía la rápida y espantosa infección.

El enfermo perdía fuerzas y, debido a que no conseguía alimentarse como correspondía, no encontraba recursos para compensar las cuantiosas pérdidas.

El intestino inspiraba repugnancia y compasión. Cual extraño recipiente destinado a la fermentación, el ciego contenía trillones de bacilos de variadas especies. Un profundo desequilibrio afectaba las funciones de los vasos sanguíneos y linfáticos en el intestino delgado. El colon transverso y descendente se asemejaba a pequeños túneles, repletos de las más diversas colectividades microbianas. Las vellosidades permanecían llenas de sangre

purulenta, y –de cuando en cuando– se abrían algunas de las venas más frágiles, provocando una abundante hemorragia. En todo el aparato intestinal se verificaba la desaparición gradual del tono de las fibras. El páncreas no toleraba más ningún trabajo en la desintegración de los alimentos, y el estómago dejaba percibir una avanzada incapacidad. Las glándulas gástricas yacían casi inertes. Disturbios destructivos campeaban en el hígado, donde animalculos voraces se valían de la progresiva ausencia de control psíquico, manifestándose a voluntad, como microscópicos salteadores en saña festiva.

Finalmente, el enfermo ya no soportaba ninguna alimentación. El estómago expulsaba incluso el agua, dejándolo exhausto, en vista del terrible esfuerzo gastado en los reiterados accesos de vómito.

El sistema nervioso central y el abdominal, al igual que los sistemas autónomos, acusaban una creciente desarmonía.

Sin embargo, reconocía allí, en aquel agonizante –que, a pesar de ello, insistía en vivir en el cuerpo físico– el gigantesco poder de la mente, que, en admirable decreto de la voluntad, establecía todo el dominio posible en los órganos y centros vitales en franca decadencia.

Transcurridos más de cuatro días, en los que habíamos atendido cuidadosamente al moribundo, Jerónimo decidió que fuesen desatados los lazos que lo retenían a la esfera densa.

Bonifacio, servicial y gentil, nos ayudaba en el trabajo.

Informándose de modo vago de nuestra resolución, a través de los canales intuitivos, el enfermo por la mañana llamó al capellán, con la finalidad de oírlo, y después de una breve confesión, que el sacerdote redujo al mínimo tiempo posible, debido a las desagradables emanaciones que se desprendían de la organización fisiológica en declinación, el pobre Cavalcante,

sin sospechar el estado de paz que le aguardaría después de la muerte, procuró retener al eclesiástico, en una entristecedora conversación:

–Padre –decía él, con la voz suplicante, –sé que me muero, sé que he llegado al fin...

–Entréguese a Dios, amigo mío. Sólo Él puede saber en definitiva lo que surgirá. ¿Quién sabe si aún no tiene largos años por delante? Todo puede acontecer...

El capellán hablaba apresuradamente, abreviando la charla e intentando disimular sus penosas impresiones olfativas, pero el ingenuo moribundo, continuó:

–Tengo miedo, mucho miedo de morir...

–Bien –contemporizó el religioso, sin ocultar un gesto de enfado que pasó desapercibido a los ojos del creyente, –necesitamos preparar el espíritu para lo que venga.

–¡Oiga, Padre...! ¿Cree que me salvaré?

–Sin duda. Usted siempre fue un buen católico...

–¡Pero...escuche!, –y la voz del enfermo se hizo más triste, más llorosa y sofocada. –Desearía morir en otras condiciones. Según le confesé, hace muchos años fui abandonado por mi mujer... Sabe que ella me cambió por otro hombre y huyó para nunca más volver... Siempre admití que sufrí semejante prueba por la incapacidad de comprensión por parte de ella, pero ahora Padre... encarando la muerte frente a frente, reflexiono mejor... ¿Quién sabe si no fui yo el culpable directo? Tal vez llevé demasiado lejos mi propósito de vivir para la religión, faltándole con la asistencia necesaria... Recuerdo que a veces me llamaba “padre sin sotana”. Posiblemente mi irreflexiva actitud habría dado origen al desvío de mi compañera...

Después de mirar al clérigo detenidamente, imploró:

–¿Podrá su caridad continuar indagando por mí? Necesito verla, a fin de apaciguar mi conciencia... Hace once años, la perdí de vista...

No obstante, el sacerdote no parecía íntimamente interesado en satisfacerlo y repetía con impaciencia:

–Descanse, descanse... Proseguiré con las diligencias. ¡Tenga valor, Cavalcante!, es probable que todo salga según nuestros deseos.

El moribundo, con la voz entrecortada por el cansancio, murmuró:

–¡Muchas gracias, Padre, muchas gracias...!

El religioso intentó salir, pero Cavalcante, amedrentado, preguntó aún:

–¿Cree que me demoraré mucho tiempo en el purgatorio?

–¡Qué idea!, –rezongó el interlocutor fastidiado. –¿Le falta suficiente confianza en el poder de Dios?

Enunció las últimas palabras con tanta irritación que el enfermo percibió su mal humor, sonrió humilde y se calló.

El sacerdote, al alejarse, aliviado, encontró a cierto médico e indagó:

–Por fin, ¿qué sucede con Cavalcante? ¿Se muere o no se muere? Estoy cansado de tantos casos extenuantes.

–Ha sido un gigante en la reacción –informó el clínico, de buen humor. –Pero, considerando sus males sin posibilidades de curación, estoy examinando la posibilidad de la eutanasia.

–Me parece que es hacerle una caridad –contestó el religioso, –porque el infeliz se pudre en vida...

El esculapio reprimió una sonrisa franca y se despidieron.

La escena chocaba por la falta de respeto. Ambos profesionales, el de la Religión y el de la Ciencia, denotaban situaciones meramente superficiales, incapaces de penetrar en los sagrados misterios del alma. Pero, para compensar tanta falta de caridad y de comprensión, Cavalcante era objeto de nuestro mejor cariño. Por mi parte, no sabría cómo administrarle beneficios, dada la insipiente de mi sencilla colaboración, pero Jerónimo y Bonifacio lo rodeaban de singulares cuidados, amparándolo como si fuera un niño muy amado.

Cuando el eclesiástico se alejara, mi Asistente consideró:

–El pobre sacerdote no posee aún “ojos para ver”. Cavalcante fue, sobre todo, un perseverante trabajador del bien.

Mientras tanto, el enfermo buscaba enjugar sus copiosas lágrimas. La actitud del capellán lo había alertado del deplorable estado de su cuerpo físico. Pasó a sentir el olor desagradable de sus propias vísceras, agravándole el malestar. Bajo incoercible angustia, pidió la comparecencia de determinada religiosa, entre las diversas que atendían la casa. Sufría una profunda sed de consuelo, necesitaba de algún coraje que le viniese del exterior. Probablemente encontraría en el corazón femenino el consuelo que el confesor no le supiera prodigar. Pero “la hermana de la caridad” no traía consigo mejor humor. Hizo cuestión de escucharlo inhalando un desinfectante enérgico, con lo cual le infundió una sorpresa aún más dolorosa. Cavalcante lloró y se quejó. Necesitaba vivir algunos días más, declaró humillado. No deseaba partir sin la reconciliación conyugal. Rogaba por recursos médicos más eficientes y prometía pagar todos los gastos, tan pronto pudiese volver al servicio común. Pretendía recurrir a parientes adinerados que residían a distancia. Rescataría la deuda hasta el último centavo.

La “hermana de la caridad”, después de oírlo con impasible frialdad, fue más sucinta todavía:

–Amigo –dijo con aspereza, –tenga fe. La casa está repleta de enfermos, algunos en peores condiciones que la suya.

Como el enfermo insistiese en su solicitud, concluyó rápida y secamente:

–No tengo tiempo.

El agonizante dio curso al llanto silencioso. Recordó, con el alma oprimida por la angustiada nostalgia, la infancia y la juventud. Había recorrido las sendas terrenales, con el corazón abierto a la práctica del bien. No comprendía a Jesús encerrado en los templos de piedra, a distancia de los hambrientos y sufrientes que lloraban por fuera. La doctrina que había abrazado no le ofrecía ocasión para una aplicación más amplia del ejemplo evangélico. Era compelido a satisfacer obligaciones convencionales y a perder mucho tiempo en manifestaciones del culto externo; pero se había valido de todas las oportunidades para dar testimonio de entendimiento cristiano. Porque había amado el ejercicio del bien, constante y fiel, era aborrecido por los sacerdotes y familiares en general. La parentela, inclusive la esposa, lo consideraba fanático, desequilibrado e inútil. Aun así, perseveraba. No obstante las condiciones elevadas en las que desarrollara la fe, ignoraba las lecciones de Ultratumba y recelaba de la muerte. Apreciaría conocer con certeza el destino a seguir. La visión mental del Infierno, según las concepciones católicas, le causaba escalofríos a su espíritu exhausto. La probabilidad de pasar por los sufrimientos purgatoriales lo henchía de temor. Deseaba algo mejor, más bello que el viejo mundo en el que había vivido hasta entonces... Suspiraba por ingresar en una colectividad diferente, en la que pudiese encontrar corazones que pulsasen sintonizados con el suyo; sentía hambre y sed de comprensión, de profunda comprensión, pero, perjudicado por los principios dogmáticos de la escuela religiosa a la que se afiliara, repelía nuestra acción.

El Asistente, poniendo en práctica recursos magnéticos,

intentó propiciarle un sueño suave, para poder –con auxilio directo, fuera del cuerpo físico– sustraerle los temores. Sin embargo, el moribundo luchó por mantenerse en vigilia. Temía dormir y no despertar, pensaba, ansioso. Quería ver a la esposa antes del fin, decía para sí mismo. ¿No era efectivamente, probable? ¿No sería justo morir tranquilo? ¡Oh! ¡Si ella surgiese!, –acariciaba la posibilidad– se arrepentiría por los errores pasados y le pediría perdón. Tan inmensa era la humildad que le brotaba de lo íntimo, que en aquella hora de gran abatimiento, no le afligiría recibir su visita en compañía del “otro”. ¿Por qué odiar? ¿Acaso no le enseñaba la lección de Jesús que la fraternidad constituye siempre la bendición del Altísimo? ¿Quién sería más culpable, él, que había mantenido una fuerte indiferencia hacia las exigencias afectivas de la compañera, por la arraigada devoción de la fe, o aquel hombre, despreocupado de cualquier responsabilidad, que la había recogido, tal vez en aguda desesperación? Si pugnaba siempre por la práctica de la caridad, ¿por qué motivo él, Cavalcante, había faltado con la necesaria demostración, puertas adentro del propio hogar? Verdaderamente, las sugerencias sublimes de la fe religiosa le inflamaban el espíritu de amor universal. No toleraba la sofocación del idealismo ardiente. Nadie podría reprobarlo. Pero, si ese era el camino escogido, ¿qué razones lo habían llevado a desposar a una pobre criatura, incapaz de comprender su hambre de luz? ¿Por qué había hecho firmes promesas a un corazón femenino, consciente de que él no podría atenderlas? El dolor diseña la tela de la lógica en el fondo de la conciencia, con mucha más nitidez que todos los compendios del mundo. La muerte próxima henchía a aquella hermosa alma de sublimes reflexiones. Pero el miedo se había alojado dentro de ella como un sicario invisible.

Cavalcante, que veía tan bien en el paisaje de los sentimientos humanos, permanecía ciego para “el otro lado de la vida”, de donde intentábamos auxiliarlo, en vano.

Jerónimo podría aplicarle recursos extremos, pero se abstuvo. Inquirido por mí acerca de sus infinitos cuidados, explicó, con mucha calma:

–Nadie corte, donde pueda desatar...

La respuesta me caló profundamente.

Pero en balde se procuró prodigar al enfermo la tregua de un reconfortante sueño preparatorio. Cavalcante reaccionaba con insistencia. Sintiendo nuestra aproximación e interferencia, en voz baja hacía apresurados movimientos de los labios, recitando oraciones en las que imploraba la gracia de ver a la compañera, antes de morir.

–¡Desventurado hermano! –comentó Bonifacio, conmovido. –No sabe que la consorte desencarnó hace más de un año, en un catre, víctima de una infección sifilítica.

Jerónimo no se movió y yo luché contra mí mismo para no disparar preguntas por doquier, en busca de pormenores. Felizmente me cohibí. El momento no admitía un interrogatorio inútil. Mi Asistente, como si hubiese recibido la más natural de las informaciones, dirigió la palabra al compañero, recomendando:

–Bonifacio, nuestro amigo no puede soportar por más tiempo la existencia del cuerpo carnal. La máquina se rindió. Dentro de algunas horas, la necrosis ganará terreno y necesitamos liberarlo. Insiste en aferrarse a la carne putrefacta y pide, conmovedoramente, la presencia de la esposa. Ya intentamos auxiliarlo a desprenderse, aflojando los lazos de la encarnación en el plexo solar, pero él reacciona con espantoso poder. En vista de eso, resolví abrir pequeños vasos en el intestino para que la hemorragia sea constante, hasta la noche, cuando efectuaremos la liberación. Pero antes, le pido que traiga por un instante a la compañera desencarnada. El debilitamiento físico se acentuará vertiginosamente de ahora en

adelante, y dentro de pocas horas las percepciones espirituales de Cavalcante se harán sentir. De ese modo verá a la esposa, antes del deceso que se aproxima y dormirá menos inquieto.

Bonifacio se dispuso a cumplir la orden y aseguró su cooperación integral.

Enseguida, el Asistente operó con cautela, sobre la región intestinal, rompiendo ciertas venas de menor importancia, atenuando su capacidad de resistencia.

Nos ausentaríamos por pocas horas, considerando que el reloj señalaba pocos minutos después de mediodía. Pero antes de que nos alejáramos, observando el cuadro emocionante de la enfermería gratuita en la que el moribundo se había recluido, pregunté a Jerónimo, admirado:

–Puesto que nuestro tutelado se debilitará, hasta el punto de divisar el plano invisible con los ojos mortales, ¿llegará a ver también los paisajes de vampirismo que me impresionan en el recinto?

–Sí –informó el orientador con espontaneidad.

–¡Oh! ¿Pero tendrá suficiente energía para verlo todo sin perturbarse?

–No lo puedo garantizar –respondió sonriendo. – Naturalmente, cualquier Espíritu encarnado, ante un cuadro como este, podría ser víctima de la locura y posiblemente, atravesar algunas pocas horas en franco desequilibrio, dada la novedad del espectáculo. Cuando la luz aparece en un determinado plano, donde la criatura esté “apta para ver”, se divisa tanto el pantano como el cielo. Simplemente, es una cuestión de claridad y sintonía.

La noticia me hizo sentir piedad...

La enfermería estaba repleta de escenas deplorables. Entidades inferiores –retenidas por los propios enfermos, gracias

a la perversión de las mentes— se apostaban en diversos lechos, infligiéndoles padecimientos atroces, chupándoles, cual vampiros, preciosas fuerzas, así como atormentándolos y persiguiéndolos.

Desde el servicio inicial del tratamiento de Cavalcante, me desagradaron tales demostraciones en aquel departamento de asistencia caritativa y llegué incluso a consultar al Asistente sobre la posibilidad de mejorar la situación, pero Jerónimo, sin extrañarse, informó que sería inútil cualquier esfuerzo extraordinario, pues los propios enfermos, debido a la falta de educación mental, se incumbirían de llamar de nuevo a los verdugos, atrayéndolos hacia sus males orgánicos, compitiéndonos tan sólo irradiar buena voluntad y practicar el bien, tanto como fuese posible, pero sin violar las posiciones de cada uno.

Confieso que experimentaba una enorme dificultad para desempeñar los deberes que me retenían allí, porque las interpelaciones de los amigos desencarnados me alcanzaban insistentemente. Pedían toda clase de beneficios, reclamaban mejoras y explotaban en lamentaciones sin fin. Sereno y fuerte, mi orientador conseguía trabajar con la mente centralizada en la tarea, inaccesible a las perturbaciones exteriores. En cuanto a mí, por lo pronto, no había alcanzado aún semejante poder. Las peticiones, los lamentos, los improperios, herían mis sentimientos, impidiéndome conservar la paz íntima.

Por eso mismo, al retirarme, pensé en la amarga sorpresa del moribundo, al abrírsele la cortina que le velaba la visión espiritual.

Aguardé curioso la llegada de la noche, cuando en compañía del orientador, atravesé, de regreso, la puerta del hospital.

Cavalcante se acercaba al coma. La sangre anegaba las sábanas, que eran sustituidas repetidamente. El debilitamiento general progresaba con rapidez.

El agonizante inspiraba pena. En el avanzado abatimiento del cuerpo, se le abrieron los centros psíquicos, y el infeliz comenzó a divisar a los desencarnados que se encontraban allí, no lejos de él, en la misma esfera evolutiva. No identificaba aún nuestra presencia, como sería de desear, pero observaba, atemorizado, el paisaje interior. Otros enfermos lo miraban, ahora, amedrentados. Para todos ellos, el compañero de sufrimiento deliraba, inconsciente.

-¿Estaré en el Infierno o vivimos en una casa de locos? – vociferaba bajo un horrible tormento moral. –¡Oh!, ¡los demonios!, ¡los demonios...! ¡Vean al “espíritu malo” royendo llagas...!

Y, con el rostro contraído, señalaba a un mísero anciano cuyas piernas estaban varicosas.

-¡Oh! ¿Qué dice él?, –afirmaba con visible asombro. –Dice que no es el diablo, afirma que el enfermo le debe...

Oía con atención y guardaba silencio, ansioso por registrar las palabras delirantes y criminales del verdugo desencarnado, pero al no conseguirlo, se desahogaba en gritos de lamentos, infundiendo compasión. Si no fuera por la debilidad invencible, se habría levantado con los impulsos de un loco. Enfermos y enfermeros, alarmados, optaban por la remoción del moribundo. Tenían miedo. Cavalcante desvariaba. Sin embargo, se consolaban con la expectativa de que la abundante hemorragia presagiaba el término próximo.

Jerónimo le administró, entonces, piadosamente, recursos fortificantes y el agonizante se calmó, muy despacio...

No pasó mucho tiempo y Bonifacio entró conduciendo a un verdadero fantasma. La ex consorte, convocada a la escena, se asemejaba en todo, a una sombra espectral. No veía a nuestro cooperador, pero obedecía sus órdenes. Penetró al recinto, casi arrastrándose. Satisfaciendo al guía, automáticamente vino hasta

el lecho de Cavalcante, lo miró con intraducible impresión de horror y gritó largamente, perturbando su hora de alivio.

El moribundo se volteó y la vio. Una alegre sonrisa se le estampó en el cadavérico rostro.

–¿Pues eres tú, Bella? ¡Gracias a Dios no moriré sin pedirte disculpas...!

La ternura con la que se dirigía a tan miserable figura causaba compasión.

La esposa se acercó al lecho, intentando arrodillarse. Oyéndolo, asombrada, contestó, afligida:

–¡Joaquín, perdóname, perdóname...!

–¿Perdonarte de qué? –respondió él, buscando inútilmente acariciarla. –Yo sí que fui injusto contigo, abandonándote a tu propia suerte... Por favor, no me quieras mal. No te pude comprender en otro tiempo y facilité tu paso en falso, colaborando, sin pensarlo, para que te precipitases en el oscuro despeñadero. No entendí los problemas de nuestro hogar tanto como debía... Pero hoy, que la muerte me busca, deseo la paz de la conciencia. Confieso mi culpa y ruego que me perdones... Discúlpame...

Conversaba venciendo enormes obstáculos. No obstante, se notaba que aquel entendimiento le hacía inmenso bien. La mente se le apaciguara. Contemplaba a la esposa, reconocido y casi feliz.

–¡Oh, Joaquín!, –suplicó la desventurada mujer. – ¡Perdóname! Nada tengo contra ti. El tiempo me enseñó la verdad. ¡Siempre fuiste mi leal amigo y dedicado marido!

El moribundo la escuchó esbozando una expresión de intensa alegría en el rostro. La miró extasiado, totalmente modificado y murmuró:

–Ahora, estoy satisfecho, ¡gracias a Dios!

En ese instante, el mismo médico que habíamos visto por la mañana, se acercó al lecho para la inspección nocturna, acompañado de una diligente enfermera.

Llamado por él, Cavalcante se volvió hacia él y poniendo en los labios todas las fuerzas que le restaban, le notificó, feliz:

—¡Vea doctor, por fin mi esposa llegó!

E interesado en conquistar la atención del interlocutor, proseguía:

—Estoy contento y resignado... Pero mi pobre Bella parece estar enferma y abatida... ¡Ayúdela por amor de Dios!

Y enseguida, mirando de relance hacia la extensa enfermería y observando los tristes cuadros entre encarnados y desencarnados, preguntó:

—¿Por qué motivo fueron internados aquí tantos locos? ¡Miren, miren a aquél! Parece sofocar al infeliz...

Indicaba una particularidad dolorosa en la que cierta entidad asediaba a un pobre enfermo atacado por el asma cardíaca.

El médico lo contempló compadecido y dijo a la enfermera:

—Es el delirio que precede al final.

Mientras tanto, Jerónimo recomendó a Bonifacio que retirase a la sombría figura de la ex consorte de Cavalcante, afirmando:

—De ahora en adelante no nos conviene que permanezca por aquí esta desafortunada criatura. Ella ya cumplió con las obligaciones que la trajeron hasta aquí y aún posee numerosos acreedores a la espera.

La desventurada reaccionó, buscando quedarse, pero Bonifacio empleó una fuerza magnética más activa para alcanzar el objetivo necesario.

Pero, viendo que la ex compañera se apartaba protestando, el agonizante se puso a gritar, alucinado:

–¡Vuelve, Bella, vuelve!

El clínico se esforzó en traerlo a su propia esfera de observaciones, pero en balde Cavalcante, con voz ronca, oprimida, y sumisa, continuaba invocando la presencia de la esposa.

El médico movió la cabeza y exclamó casi en un susurro.

–Es imposible continuar así. Será aliviado.

Jerónimo penetró en sus más íntimos pensamientos, porque pasó a mostrar extrema preocupación, comunicándome la gravedad:

–Beneficiemos por nuestra parte al moribundo, empleando medidas drásticas. El doctor pretende inyectarle un anestésico fatal.

Atendiendo a su orden, aseguré la frente del agonizante, mientras él le aplicaba pases longitudinales, preparando el desenlace. Pero el obstinado amigo continuaba reaccionando:

–¡No!, –exclamaba, mentalmente, –¡no puedo morir!, ¡tengo miedo!, ¡tengo miedo!

Pero el galeno no se demoró mucho, y como el enfermo luchaba, desesperado, oponiéndose a nuestro auxilio, no nos fue posible completar el desenlace. Sin ningún conocimiento de las dificultades espirituales, el médico le administró la llamada “inyección compasiva”, ante el gesto de profunda desaprobación de mi orientador.

En pocos minutos, el moribundo se calló. Los miembros se le pusieron yertos. Se le inmovilizó la máscara facial. Los ojos se le pusieron vítreos, exánimes.

Para el espectador común, Cavalcante estaba muerto. Pero,

no para nosotros. La personalidad del desencarnante estaba presa al cuerpo inerte, en plena inconsciencia e incapaz de cualquier reacción.

Sin perder la serenidad y el optimismo, el orientador me explicó:

–La carga fulminante de la medicación para el descanso, al actuar directamente en todo el sistema nervioso, interesa los centros del organismo periespiritual. Cavalcante permanece ahora pegado a trillones de células neutralizadas, adormecedoras, e invadido él mismo de un extraño sopor que le imposibilitaba dar cualquier respuesta a nuestro esfuerzo. Probablemente, sólo podremos liberarlo después que hayan transcurrido más de doce horas.

Habiendo regresando Bonifacio, mi dirigente le prestó informaciones exactas y le confió al pobre amigo, que fue transportado a la morgue de inmediato.

Y, conforme a la primera suposición de Jerónimo, sólo nos fue posible la liberación del recién desencarnado cuando ya habían transcurrido veinte horas, después de un servicio muy laborioso. Aún así, Cavalcante no se retiró en condiciones favorables y alentadoras. Apático, somnoliento, desmemoriado, fue conducido por nosotros al asilo de Fabiano, demostrando necesitar de mayores cuidados.

LA SIERVA FIEL

Cavalcante liberado, ofrecía una amplia ocasión para mis infatigables investigaciones. La inyección sedante, aportando altas dosis de anestésicos, le había afectado el cuerpo periespiritual, como si hubiese sido un choque eléctrico. Debido a eso, permanecía casi inerte, ignorándose a sí mismo. Le inquirí en diversas oportunidades, pero no podía concatenar pensamientos para responder a las preguntas más rudimentarias, alusivas a su propia entidad personal.

Notando mi interés en el asunto, Jerónimo, después de administrarle los primeros socorros magnéticos en la Casa Transitoria, me prestó los siguientes esclarecimientos:

—Cualquier droga, en el campo infinitesimal de los núcleos celulares, se hace sentir por sus propiedades eléctricas específicas. Combinar aplicaciones químicas con las verdaderas necesidades fisiológicas constituirá, efectivamente, el objetivo de la Medicina en el porvenir. El médico del futuro aprenderá que todo remedio está saturado de energías electromagnéticas en su radio de acción. Es por eso que el veneno destruye las vísceras, entorpeciendo y

modificando la naturaleza de las células en sí, e imponiéndoles incapacidad temporal. La gota medicamentosa tiene principios eléctricos, como también acontece con las asociaciones atómicas que van a recibirla. Según sabemos, en ningún plano la Naturaleza actúa dando saltos. El periespíritu, formado a partir de materia sutil, moviliza igualmente a trillones de estructuras unicelulares de nuestra esfera de acción, que abandonan el campo físico saturadas de la vitalidad que les es peculiar. De ahí los sufrimientos y angustias de determinadas criaturas, más allá del deceso. Los suicidas acostumbran a sentir, durante largo tiempo, la aflicción de las células aniquiladas violentamente, mientras los viciosos sufren gran inquietud por el deseo insatisfecho.

La elucidación era lógica y humana. Poco a poco, fui comprendiendo, por mi parte, la importancia del desapego a las emociones inferiores para los hombres y mujeres encarnados en la Corteza Terrestre. Materia y espíritu, vaso y contenido, forma y esencia, se confundían a mis ojos como la llama de la vela y el material incandescente, integrados uno en el otro, produciendo la luz necesaria para los objetivos de la vida.

El examen de los casos de muerte me había traído un singular enriquecimiento en el sector de la ciencia de la mente. El espíritu, eterno en sus fundamentos, se vale de la materia, transitoria en sus asociaciones, como un material didáctico, siempre más elevado, en el curso incesante de la experiencia para la integración con la Divinidad Suprema. Perjudicando la materia complicaremos el cuadro de servicios que nos es indispensable, y continuaremos, en cualquier situación, hasta restaurar el patrimonio sublime puesto a nuestra disposición por la Bondad Imperecedera. Tanto seremos compelidos al trabajo regenerador, en la encarnación, como en la desencarnación, en la existencia de carne como en la muerte del cuerpo, tanto en el presente como en el futuro. Nadie se colocará victorioso en la cumbre de la vida eterna, sin aprender el equilibrio

con que debe elevarse. De ahí las actividades complejas del camino evolutivo, las innumerables diferencias, la multiplicidad de posiciones, las escalas de posibilidades y los grados de inteligencia, en los variados planos de la vida.

Para solucionar los apremiantes problemas de Cavalcante, nuestro dirigente designó al Padre Hipólito para acompañarlo, orientándolo sobre la renovación. El “convaleciente” nos miraba receloso, creyéndose víctima de una pesadilla, en un hospital diferente. Se declaraba interesado en continuar en el cuerpo terrestre, llamaba insistentemente a la esposa, repetía descripciones del pasado con admirable expresión emotiva. Por más de una vez repelió a Jerónimo, con severa argumentación. Pero al lado de Hipólito se aquietaba humildemente. Influían en él el respeto y la confianza con las que se había habituado a consagrar a los sacerdotes. Nuestro compañero poseía sobre el recién liberado un importante ascendente espiritual. Podría beneficiarlo con más facilidad y en menos tiempo. A pesar de eso, nuestro Asistente le administraba con regularidad recursos magnéticos, irguiéndole el patrón de salud espiritual.

El desencarnado iba despertando con extrema lentitud, demorándose largo tiempo en volver a tomar posesión de sí mismo. Sin embargo, eran impresionantes los coloquios con el Hermano Hipólito, en los cuales acribillaba a intempestivas preguntas al ex sacerdote. En la medida en que sus condiciones mentales mejoraban, apretaba el cerco. Quería saber dónde se localizaban el Cielo y el Infierno; pedía noticias de los santos, pretendiendo visitar aquellos a quien consagraba más entrañable devoción; rogaba explicaciones referentes al limbo; reclamaba el encuentro con parientes que lo habían precedido en la tumba; solicitaba aclaraciones sobre el valor de los sacramentos de la Iglesia Católica; comentaba la naturaleza de diversos dogmas, hasta que, cierto día, llegó al absurdo de preguntar si no le sería posible obtener una

audiencia con Dios, en la Corte Celestial. Hipólito necesitaba movilizar infinita buena voluntad para tratar con respeto y provecho aquella buena fe tan inmensa.

Con frecuencia, la Hermana Zenobia asistía al curso de los sorprendentes diálogos y en una ocasión, cuando nos hallábamos juntos, a pequeña distancia del enfermo, comentó risueña:

–Nuestra antigua Iglesia Romana, tan venerable por las tradiciones de cultura y servicio al progreso humano, es de hecho, en la actualidad, gran especialista en “niños espirituales”...

Examinando las dificultades naturales del servicio de esclarecimiento, Jerónimo recomendó a Hipólito y a Luciana que dispensaran al recién liberado los recursos posibles, en virtud de la escasez de tiempo.

Ya habían transcurrido veinticinco días desde el inicio de la tarea.

–Necesitamos regresar –informó el Asistente, –necesitamos regresar tan pronto como se verifique la venida de Adelaida, quien no permanecerá en esta Fundación más de un día. Así pues, nos corresponde acelerar la preparación de Cavalcante, con todas las posibilidades a nuestro alcance.

Y los compañeros se mostraban cariñosos. En el fondo, todos sentíamos nostalgia por el hogar distante, que nos congregaba en bendiciones de paz y luz. El propio Fabio, equilibrado y bien dispuesto, colaboraba para la solución del asunto, suspirando por el acceso a santuarios de lo Alto.

Atendiendo a la división de los servicios, Jerónimo y yo continuábamos en acción en la institución evangélica, donde la sierva leal de Jesús recibiría la carta liberadora. Pero Adelaida parecía no depender de cadenas físicas. No conseguí, por mi parte, auscultarle el organismo denso, porque la noble misionera, debido al avanzado debilitamiento del cuerpo, lo abandonaba a la primera

señal de nuestra presencia, colocándose junto a nosotros, en sana conversación.

Generalmente, distinguidos compañeros de nuestro plano participaban con nosotros de los ágapes fraternos.

Dos días antes del desenlace, tuve la ocasión de observar la extrema sencillez del abnegado Bezerra de Menezes, que se encontraba en visita de estímulo junto a la fiel servidora.

–No deseo dificultar el servicio de mis benefactores –decía ella algo triste, –y por eso, estimaría conservar la buena forma espiritual en el supremo instante de la separación del cuerpo.

–Sí, Adelaida, –consideró el apóstol de la caridad –morir es mucho más fácil que nacer. Para organizar, en la mayoría de las circunstancias, son precisos, generalmente, infinitos cuidados; mientras que para desorganizar, a veces basta con un leve empujón. En ocasiones como esta, la resolución es casi todo. Ayúdese usted misma, liberando la mente de los lazos que la imantan a las personas, acontecimientos, cosas y situaciones de la vida terrena. No se detenga, cuando sea llamada, no mire hacia atrás.

Y sonriendo, agregó:

–Recuerde que la mujer de Lot, convertida en estatua de sal, no es un símbolo inexpresivo. Hay criaturas que, en el instante justo de abandonar la carne, a veces enferma e inservible, vuelcan el pensamiento hacia el camino recorrido, reviviendo recuerdos poco constructivos... Tropiezan con sus propias aprensiones, como si éstas fuesen piedras sueltas al acaso, en la senda recorrida, y permanecen muchos días ensartadas en el anzuelo del incoherente e insatisfecho deseo, sin suficiente energía para una renuncia ennoblecedora.

–Espero –aseveró la interlocutora, en tono grave, –que los

amigos me auxiliien. Me siento socorrida, amparada, pero... tengo miedo de mí misma.

–¿Por qué está así tan preocupada, amiga mía? –volvió a decir el antiguo médico, satisfecho. –No vale la pena. Sin embargo, comprendo su ansiedad. También pasé por ello. Pero, crea que el recuerdo de Jesús, al pie de Lázaro, fue una ayuda segura para mi corazón, en trance similar. Busqué aislarme, cerrar los oídos a los llamados de la sangre, cerrar los ojos a la visión de los intereses terrenales, y finalmente, la liberación se dio en pocos segundos. Pensé en las enseñanzas del Maestro, al llamar a Lázaro, de nuevo, a la existencia, y recordé sus palabras: “¡Lázaro, levántate y anda!” Centralizando la atención en el pasaje evangélico, me separé del cuerpo denso sin ningún obstáculo.

La simplicidad del narrador encantaba.

Adelaida sonrió, pero sin poder disfrazar su preocupación íntima.

Valiéndose de la pausa, Jerónimo adujo:

–Además, nos corresponde destacar las condiciones excepcionales en que partirá nuestra amiga. En tales circunstancias, solamente dan lástima aquellos que se aferran en demasía a los caprichos carnales. Para esos, sí, la situación es desagradable, porque el sembrador de espinas no puede aguardar una cosecha de flores. Los que se consagran a la preparación del futuro con la vida eterna, a través de manifestaciones de espiritualidad superior, instintivamente aprenden todos los días a morir para la existencia inferior.

Observé que a esa altura, la abnegada hermana se mostraba más serena y confortada.

La conversación se interrumpió, porque Adelaida fue obligada a reanimar repentinamente el cuerpo, a fin de recibir la última dosis de medicación nocturna. Al regresar a nuestro plano,

Jerónimo le ofreció su brazo amigo para una rápida excursión al establecimiento de Fabiano.

La Hermana Zenobia deseaba verla, antes del desenlace. La gran orientadora del asilo errático admiraba sus servicios terrestres y, por más de una vez, se valió de su cooperación fraternal en actividades de regeneración y esclarecimiento.

Adelaida nos acompañó, contenta.

En pocos minutos, fuimos recibidos por la administradora y se repetía la misma conversación de minutos antes, apenas con la diferencia de que Zenobia tomó la posición del consagrado Bezerra, dándole nuevos bríos.

La bondadosa discípula de Jesús, en vías de retirarse de la Corteza Terrestre, era el blanco del cariño general.

Después de consideraciones convincentes por parte de Zenobia, que se esmeró en administrarle buen ánimo, Adelaida, humilde, le expuso las últimas dificultades.

Se había unido, fuertemente, a la obra iniciada en los círculos carnales y se sentía estrechamente vinculada, no sólo a la obra, sino también a los amigos y auxiliares. Por fuerza de circunstancias imperiosas, había acumulado diversas funciones en el cuadro general de servicios. Poseía todo un equipo de hermanas dedicadísimas, que colaboraban con sincero desprendimiento y alto valor moral, en el amparo a la infancia desvalida. Estimaba profundamente a las cooperadoras, e igualmente, era muy querida por todas ellas. ¿Cómo actuar ante las dificultades que se agravaban? En lo íntimo estaba preparada; no obstante, reconocía la extensión y la complejidad de los inconvenientes mentales. Su dormitorio, en la casa terrenal, se parecía a una redoma de pensamientos retentivos que interceptaban su salida. Cuanto menos se veía presa al cuerpo, más se ampliaban las exigencias de los parientes y de los

amigos... ¿Cómo comportarse ante esa situación? ¿Cómo hacerles sentir la realidad? Había contraído vastos compromisos, convirtiéndose, involuntariamente, en la escora espiritual de muchos. No obstante, ella misma reconocía que su instrumento físico era inservible. La máquina fisiológica había llegado a su fin. No conseguiría mantenerse, aunque los valores de intercesión le consiguiesen una prórroga de tiempo.

La orientadora, cual médico experimentado frente a un enfermo afligido, la escuchó con atención, y finalmente, observó:

–Reconozco los obstáculos, pero no se incomode. La muerte es el mejor antídoto de la idolatría. Con su venida se operará la necesaria descentralización del trabajo, porque se dará la imposición natural de un nuevo esfuerzo de cada uno. Alégrese, mi amiga, por la transformación que ocurrirá dentro de poco. Reanítese, sobre todo, para que su situación se reajuste naturalmente sin ningún punto de interrogación al término de la experiencia actual.

Guardó silencio durante algunos segundos y le notificó, enseguida:

–Aún tenemos la noche de mañana. La aprovecharé para dirigirme a sus colaboradores, rogándoles la comprensión general. Amigos nuestros contribuirán para que se reúnan en asamblea, como se hace indispensable.

La visitante agradeció, cautivada.

Proseguíamos en la misma vibración de cordialidad, pero Zenobia modificó el rumbo de la conversación.

Abandonando los asuntos de la muerte y del sufrimiento, comentó sobre los servicios edificantes que se llevaban a efecto junto a cierta expedición socorrista, cuyos miembros realizaban admirables experiencias en el instituto en los días en los que no

tenían obligaciones inmediatas de trabajos en la Corteza Planetaria. Y discurrió tan brillantemente sobre la tarea, que Adelaida olvidó, por minutos, la situación que le era peculiar, interesándose vivamente por los lances descriptivos. La iniciativa se coronaba de halagadores resultados, porque la interesante conversación le había hecho enorme bien, propiciándole provisoriamente un efectivo apaciguamiento mental.

La desencarnante volvió al cuerpo, bien dispuesta y reanimada.

En el transcurso del día, Jerónimo y la directora de la Casa Transitoria combinaron medidas relativas a la reunión pautada para la noche. El Asistente empleó todo el esfuerzo necesario para que la organización fisiológica de la enferma estuviese en las mejores condiciones, mientras dos activos auxiliares de Zenobia se incumbirían en cooperar para conducir el personal de Adelaida a la asamblea.

De ese modo el día estuvo lleno de tareas referentes a la programación prevista.

A través de reiterados pases magnéticos sobre los órganos de la circulación –para los cuales mi participación fue dispensada por innecesaria, en vista de la extrema pasividad de la enferma–, Adelaida entró en una fase de inesperada calma, tranquilizando el campo de los afectos terrenales.

De inmediato se les renovaron las esperanzas. La reacción orgánica había resurgido con un nuevo impulso, mejorando el cuadro de los pronósticos en general. Se multiplicaron las vibraciones de paz y las oraciones de reconocimiento.

En vista de eso, después de la media noche, se inició con gran facilidad el trabajo preparatorio para la gran reunión.

Auxiliares de nuestro plano trajeron a compañeros de la

Institución, localizados en diversas regiones, provisionalmente desprendidos del cuerpo físico por la actuación del sueño.

Integrando el grupo de trabajadores que organizaban el ambiente, reparé curioso que el mayor porcentaje de recién llegados estaba compuesto por mujeres, y nos corresponde anotar que daba satisfacción observar su reverencia y cariño. Respetuosas y tímidas todas traían la mente polarizada en la oración, a favor de la benefactora enferma, objeto de admiración y ternura para ellas, dirigiéndonos pensamientos de súplica, sin recuerdos inútiles o nocivos. Los pocos hombres que comparecieron estaban contagiados por la veneración colectiva y se mantenían en la misma posición emotiva.

La elevación del ambiente esparcía fluidos armoniosos, haciendo posible, agradables sensaciones de confianza y tranquilidad.

Por sugerencia de Jerónimo, la reunión sería realizada en el extenso salón de estudios y oraciones públicas, debidamente preparado. Para ese fin, no economizamos esfuerzos. Accionando piezas de eficaz colaboración, sometimos la enorme dependencia a un riguroso servicio de limpieza. Los componentes de la asamblea podían descansar tranquilos, sin el asedio de corrientes mentales inferiores. Luces y flores de nuestra esfera esparcían notas de singular encantamiento. Por eso mismo, era bello apreciar el continuo ingreso de las señoras que, en oración, a distancia del organismo denso, irradiaban de cada una admirables expresiones de luz nítidamente diferenciadas entre sí.

Permanecíamos junto a todos, en actitud vigilante, para mantener el imprescindible patrón vibratorio, cuando pasada la primera hora, la Hermana Zenobia, acompañada de beneméritos amigos de la Casa, dio entrada en el recinto, conduciendo a Adelaida, extremadamente abatida.

La directora de la organización transitoria de Fabiano tomó

el lugar de orientación y, antes de intervenir en el asunto principal que la traía hasta allí, irguió su diestra, rogando la bendición divina para la comunidad que se reunía allí, atenta y reverente.

Tuve, entonces, la oportunidad de verificar, una vez más, el prodigioso poder de aquella mujer santificada. Su mano despedía rayos de claridad zafirina con tanta prodigalidad, que nos proporcionaba la idea de estar en comunicación con un extenso y oculto reservorio de luz.

Terminada la salutación, pronunciada con una inflexión de ternura, cambió el tono de voz y se dirigió a los oyentes con visible energía:

—Mis hermanas, mis amigos, seré breve. Vengo hasta aquí solamente para haceros una pequeña solicitud. No ignoráis que nuestra Adelaida necesita paso libre en su camino hacia la espiritualidad superior. Enferma desde hace mucho tiempo, cooperó con nosotros, por muchos años, dándonos lo mejor de sus fuerzas. Dócil a las influencias del bien, fue un valioso instrumento en la organización de esta casa de amor evangélico. Administró la obra con sumo cuidado y, muchas veces, en nuestro instituto de socorro, fuera de los círculos carnales, recibimos la preciosa colaboración de su esfuerzo y de su buena voluntad.

Dirigió la mirada firme a la asistencia y dijo con humildad:

—¿Por qué la detenéis? Hace días que la habitación de reposo físico de la enferma, que nos es tan amada, permanece enlazada con pensamientos angustiosos. Sin duda, son fuerzas que parten de vosotros, compañeros diligentes del trabajo en acción, pero olvidados del “hágase tu voluntad” que debemos dirigir, todos los días de la vida, al Supremo Señor. Lamento las circunstancias que me obligan a hablaros con tanta franqueza. Pero no nos queda otra alternativa. ¿Creéis en la victoria de la muerte, en oposición a la gloriosa eternidad de la vida? Adelaida tan sólo restituirá la

maquinaria gastada al laboratorio de la Naturaleza. Pero continuará contribuyendo en los servicios de la verdad y del amor con ánimo inextinguible. En cuanto a vosotros, no olvidéis la necesidad de la acción individual en el campo del bien. ¿Qué decir del viticultor que estima el valor de la viña sólo a través de los servicios de manos ajenas? ¿Cómo apreciar al amante de las flores que nunca descendió a cultivar su propio jardín? No os consagréis a la ociosidad manteniéndoos a distancia del desenvolvimiento de vuestras infinitas posibilidades. Indudablemente, la cooperación y el cariño son estimulantes sublimes en la ejecución del bien, pero hay que evitar la intromisión del fantasma del egoísmo expresado en tiranía sentimental. No podemos aseverar que impedís a propósito la liberación de la compañera de la cárcel. La existencia carnal constituye un aprendizaje demasiado sublime para que podamos reducirla a la categoría de un simple calabozo común. No, mis amigos, no nos atreveríamos a semejante declaración. Tan sólo nos referimos al violento sentimiento de idolatría al que os entregáis impulsivamente, por los desvaríos de la ternura mal comprendida. La aflicción con que intentáis retener a la misionera del bien, es hija del egoísmo y del miedo. Alegáis a favor de vuestro indeseable estado del alma la confianza de la que Adelaida se volvió depositaria fiel, como sino debieseis desarrollar las facultades espirituales que os son propias, creando la confianza positiva en Dios y en vosotros mismos, en el trabajo improrrogable de la autorrealización. Pretextáis orfandad espiritual simplemente por el recelo de enfrentar por vosotros mismos, los dolores y los riesgos, las adversidades y los testimonios inherentes a la iluminación del camino para la vida eterna. Os valéis de la bendita oportunidad para repetir una vieja experiencia de incomprensible idolatría. Convertís a compañeros de buena voluntad, pero tan necesitados de renovación y luz como vosotros mismos, en oráculos erguidos en pedestales de barro frágil. Creáis semidioses y gastáis el incienso de infinitas referencias personales, estableciendo problemas

complejos que les reducen la capacidad de servicio, olvidando las simientes divinas de las que sois portadores. Personalizáis el ídolo en el altar de la mente, infundiéndole vida fugaz, e indiferentes al glorioso destino que el Universo os señala, estimáis el menor esfuerzo que os encierra en automatismo y recapitulaciones. Si el ídolo no corresponde a vuestra expectativa, alimentáis la discordia, la irritación, la exigencia; si falla, después del inicio de la excursión hacia el conocimiento superior, os sentís desarbolados; si cae del pedestal de cera, sufrís el frío pavor de lo desconocido por el auto relajamiento en la propia renovación. ¿Por qué erigir semejantes estatuas para la contemplación, si inevitablemente las vais a quebrar en la jornada de ascensión? ¿No os hartasteis aún de las peregrinaciones sobre desmesuradas reliquias? Comprendiendo nuestras deficiencias mentales en la conquista de la vida eterna, la voluntad del Supremo Señor colocó en la monumental entrada de la legislación antigua el “no pondrás otros dioses delante de mí”. El Padre conoce nuestros milenarios vicios en materia de inclinaciones afectivas y prevenía a nuestro espíritu contra las falsas divinidades. Recurrimos a semejantes figuras, en la reducida esfera de nuestras reflexiones del momento, con el propósito de llevar a vuestra comprensión a círculos más altos, para que así os desprendáis de la hermana consagrada y digna servidora que os precederá en la gran jornada de la liberación.

La palabra de Zenobia causaba extraordinaria impresión en los oyentes. Muchísimas señoras y los caballeros presentes, tocados por la intensa luz de la orientación y desarmados por su palabra sabia y sublime, revelaban, sin poderlo disimular, una gran emoción en su rostro. La oradora hizo un delicado gesto de benevolencia y prosiguió:

—No estamos opuestas a las manifestaciones de cariño. La nostalgia y el reconocimiento caminan juntos. Sin embargo, en el ámbito de las relaciones amistosas, toda imprudencia resulta en desastre. ¿Qué sería de nosotros, si Jesús permaneciese en

continuada convivencia con nuestras organizaciones y necesidades? Tal vez no pasaríamos de maravillosas flores de invernadero, sin vida esencial. Por exceso de consulta y abuso de confianza, no desarrollaríamos la capacidad de administrar o de obedecer. Carentes de valor propio, erraríamos de región en región, en compactos rebaños de incapaces, procurando al Oráculo Divino. Tal vez en vista de eso, el Maestro Sabio haya limitado al mínimo el tiempo del apostolado personal y directo, trazándonos servicios dignificantes para muchos siglos, en pocos días. De ese modo nos dio a entender que el hombre es la columna sagrada del Reino de Dios, que el corazón de cada criatura debe iluminarse, como un Santuario de la Divinidad, para reflejar su grandeza augusta y compasiva. No os olvidéis mis amigos, que todos nosotros, individualmente considerados, somos herederos dichosos de la sabiduría y de la luz.

Zenobia interrumpió su arenga y en ese instante, como si desde lo alto atendiesen sus silenciosos ruegos, comenzaron a caer sobre nosotros rayos de luz balsámica, acentuándonos la sensación de felicidad y alegría.

Transcurrido un largo silencio, durante el cual la directora del Instituto de Fabiano pareció consultar las disposiciones más íntimas de la asamblea, volvió a decir, en un tono muy significativo:

–Afirmáis mentalmente que Adelaida es la viga maestra de esta estancia de amor, que surgirán dificultades, tal vez invencibles, para que sea sustituida en el timón de la orientación general; sin embargo, debéis saber que vuestra hermana, no obstante de los incontestables valores que adornan su personalidad, sólo fue un instrumento digno y fiel de este albergue de caridad, pero sin haber sido su fundadora. Por su amor al espíritu cristiano, al cual nos estamos adaptando, fue utilizada por el Donador de Bendiciones en los trabajos de extensión del Evangelio Purificador. No le pongáis en la frente amiga la corona de la responsabilidad total,

cuyo “peso de glorias” debe repartirse con todos los siervos sinceros de las buenas obras, como se dividen, inevitablemente, los valores de la cooperación. Adelaida conoce su condición de colaboradora leal y no desea laureles que de ningún modo le pertenecen. Tan sólo aguarda que los compañeros de lucha transfieran a Cristo el patrimonio de reconocimiento, rogando simplemente a las amistades la simpatía y la comprensión para sus necesidades en la nueva vida. Liberémosla, pues, ofreciéndole pensamientos de paz y de júbilo, compartiendo su esperanza en la esfera más elevada.

De inmediato la orientadora terminó, orando con mucho sentimiento y suplicando para todos nosotros la bendición divina del Padre Poderoso y Bueno.

Diversos oyentes se retiraron del recinto, regresando al ambiente común bajo la custodia de amigos vigilantes. Pero algunas señoras se aproximaron a la oradora, dirigiéndole palabras de alegría y de gratitud.

Unos minutos después la asamblea se dispersaba, tranquila. Por último, se despidieron igualmente la Hermana Zenobia y los otros compañeros.

Adelaida, al retornar a la materia, respiraba radiante. Pero, debido al soberano júbilo de aquella hora, ganó tanta energía en el cuerpo periespiritual que el regreso a las células de la carne fue complicado y doloroso. Un súbito malestar la invadió, al entrar en contacto con los depauperados centros físicos.

Los tomaba y los abandonaba sucesivamente, como un pájaro al sentir la exigüidad del nido.

Preguntando a Jerónimo sobre la sorpresa, se recibió de él la explicación necesaria.

–Después de las palabras esclarecidas de Zenobia –dijo afablemente el mentor, –se extinguieron las corrientes mentales

de retención que se mantenían por la ahora fraterna comprensión de la reconocida comunidad. Se privó al cuerpo carnal del permanente socorro magnético, al que alimentaba el influjo de esas corrientes, atenuándole la resistencia y precipitando la caída del tono vital. Más allá de eso, la alegría de esta hora le robusteció, sobremanera, los centros periespirituales. De esa forma, es imposible evitar la sensación angustiosa en el contacto con los órganos enfermos.

Y, con benévola expresión, acarició con ternura a la enferma, hablándole, después de un breve intervalo:

–¡No se incomode, amiga mía! El capullo se redujo, pero sus alas crecieron... Piense ahora en el vuelo que vendrá.

Adelaida se esforzó para mostrar satisfacción en el semblante abatido de nuevo, y rogó tímidamente que le fuese concedido el obsequio de intentar, ella misma, a solas, la desencarnación de los lazos más fuertes, en un esfuerzo, personal, espontáneo.

Jerónimo asintió, satisfecho.

Y manteniéndonos vigilantes en la cámara próxima, la dejamos entregada a sí misma, durante las largas horas que consumió en el complejo y persistente trabajo.

No sabía que alguien pudiese efectuar semejante tarea sin ayuda ajena, pero el orientador vino en auxilio de mi asombro, aclarando:

–La cooperación de nuestro plano es indispensable en el acto concluyente de la liberación; sin embargo, el trabajo preliminar del desenlace, en el plexo solar y aun en el corazón, puede en varios casos ser llevado a efecto por el propio interesado, cuando éste haya adquirido, durante la experiencia terrestre, el preciso entrenamiento llevando una vida espiritual más elevada. Por lo tanto, no hay motivo para la sorpresa. Todo depende de la preparación adecuada en el campo de la realización.

Mi dirigente se había explicado con mucha lógica. Efectivamente, sólo en el último minuto intervino Jerónimo para desatar el apéndice plateado.

¡Al fin, la agonizante estaba libre...!

Evangelizados por el verbo constructivo de Zenobia, los cooperadores encarnados, aunque no guardasen los pequeños detalles en el recuerdo, sustentaron una discreta actitud de respeto, serenidad y conformidad.

La denodada trabajadora, ahora liberada, declinó, gentilmente, la invitación para partir de inmediato. Esperó a la inhumación del cadáver, consolando amigos y recibiendo a su vez consolaciones.

Después de orar fervorosamente en la última morada de las células exhaustas, agradeciéndoles la preciosa cooperación en los benditos años de permanencia en la Corteza Terrestre, Adelaida, serena y confiada, rodeada de numerosos Amigos, partió en nuestra compañía rumbo a la Casa Transitoria, punto de referencia sentimental de la gran caravana afectiva.

ACCIÓN DE GRACIAS

Congregados ahora en el instituto socorrista de Fabiano, nos preparamos para un viaje de regreso dichoso.

Efectivamente, las nostalgias de nuestra vida armoniosa y bella, en planos más elevados, dominaban nuestros corazones. Verdaderamente, el servicio en las regiones inferiores nos proporcionaba experiencia y sabiduría, nos acentuaba el equilibrio, nos enriquecía el cuadro de las adquisiciones eternas; pero el reconocimiento de tales valores no saciaba la sed de aquella paz que nos aguardaba, a distancia, en el hogar cálido y suave de las afinidades más puras.

En todos nosotros preponderaba el júbilo resultante de la tarea ejemplarmente realizada, pero el mismo Jerónimo no disimulaba la alegría de regresar, en la impresión de calma y buen ánimo que le fulguraba en el semblante feliz.

Al esfuerzo sincero, le seguía la tranquilidad del deber cumplido.

Marcada la postrera reunión en la Casa Transitoria, se rodeaban los recién liberados de varios amigos que les traían

alegres noticias y bienvenidas vivificadoras. Dimas y Cavalcante, renovados en espíritu, ignoraban como expresar el reconocimiento que les vibraba en el alma, mientras Adelaida y Fabio, más evolucionados en la senda de luz divina, comentaban problemas trascendentes del destino y del ser, a través de observaciones hermosas y sorprendentes, recogidas en la vasta esfera de las experiencias individuales. Notas de alegría y optimismo se traslucían de todas las charlas, proyectos y recuerdos.

La Hermana Zenobia solicitó que la esperásemos en la cámara consagrada a la oración, donde nos abrazaría, dándonos las despedidas.

Reunidos con franca alegría, aguardábamos a la directora con dilatada expresión de entendimiento fraterno.

Pocos minutos después, Zenobia entraba al salón, seguida de gran número de auxiliares, y como siempre, vino hacia nosotros bondadosa y acogedora. Estimaba, sobremanera, a los miembros de la expedición y se había consagrado cariñosamente a los recién liberados. En vista de eso, nos rodeaba de atenciones personales directas en aquel momento maravilloso del adiós.

Asumiendo la posición de orientadora de los trabajos, nos exhortó de modo conmovedor a la fiel ejecución de la Voluntad Divina, comentando la belleza de las obligaciones de fraternidad que se entrelazan en el Universo, fortaleciendo la grandeza de la vida. Finalmente, saludando a cada uno de los recién desencarnados, recomendó a Adelaida que pronunciase allí la oración de gracias, que se haría acompañar del himno de reconocimiento que ella, Zenobia, nos ofrecería, en señal de afectuoso aprecio.

Adelaida se levantó, en medio de un profundo silencio y oró, fervorosa y conmovedoramente:

—¡Son para ti Señor nuestros agradecimientos por esta hora

de intraducible paz y de infinita luz! ¡Ahora que cesó nuestra oportunidad de trabajo en los círculos de la carne, nosotros te agradecemos los beneficios recogidos, las adquisiciones realizadas, los servicios llevados a efectos...! ¡Más que nunca, reconocemos hoy tu magnanimidad indefinible que utilizó nuestro deficiente instrumento en la concreción de sublimes designios! ¡Vacilantes y frágiles, como aves que mal ensayan el primer vuelo lejos del nido, nos encontramos aquí, venturosos y confiados, junto a tus dedicados emisarios que nos amparan hasta el fin...! ¿Cómo agradecerte el inapreciable tesoro de bendiciones celestiales? Tu cariño santificante nos siguió, paso a paso, en todos los minutos de permanencia en el valle de sombras y, no satisfecho, tu inagotable amor nos acompañó, todavía, en esta retirada de la vieja Babilonia de nuestras pasiones amargas y milenarias.

Casi sofocada por la emoción, la misionera hizo un corto silencio para contener las lágrimas y continuó:

–Nada hicimos por merecer tu asistencia bendita. Ningún mérito poseemos, más allá de la buena voluntad constructiva. Claudicamos innumerables veces, dando paso a caprichos envenenados que nos oscurecían la conciencia: fallamos frecuentemente, cediendo a sugerencias indignas. No obstante, Jesús Amado, convertiste nuestro humilde trabajo en manantial de ventura que nos alimenta el corazón, elevado para las esferas más altas. Discúlpanos, Maestro, la imperfección de aprendices, trazo dominante de nuestra personalidad liberada. No poseemos nada bello que ofrecerte, ¡oh, Benefactor Divino!, sino el corazón sincero y humilde, vacío ahora de las benditas preocupaciones que lo nutrían en la Corteza Terrestre... ¡Recíbelo, Maestro, como una demostración de la confianza de tus pequeños discípulos, e hínchelo de nuevo con tus sacrosantas determinaciones! Reconocidos por tu inagotable misericordia, agradecemos la

ternura de tus bendiciones, pero si nos diste protección y consuelo, no nos retires el trabajo y la oportunidad de servir. Condúcenos a tus “otros apriscos” y renuévanos, por compasión, la bendición de ser útiles en tu causa. Llenos de alegría, bendecimos el valioso sudor que nos proporcionaste en la esfera de la carne purificadora, donde al influjo de tu benignidad rectificamos viejos errores del corazón... ¡Bendecimos el camino áspero que nos enseñó a descubrir tus dádivas ocultas, besamos la cruz del sufrimiento, del testimonio y de la muerte, desde cuyos brazos nos fue posible contemplar la grandeza y la extensión de tus bendiciones eternas...!

Adelaida hizo una nueva pausa, enjugando el llanto de emoción, mientras la seguíamos emocionados, y prosiguió:

—Ahora, Señor, señalando nuestros agradecimientos a tus emisarios que nos extendieron manos amigas en las últimas dificultades de la molestia depuradora, deja que te roguemos amoroso auxilio para todos aquellos, menos felices que nosotros, que aún gimen y padecen en las sendas estrechas de la incomprensión. Inspira a tus discípulos iluminados para que representen a tu espíritu sublime al lado de los ignorantes, de los criminales, de los desviados, de los perversos. Toca el sentimiento de caridad fraternal de tus continuadores fieles para que sigan revelando el beneficio y la luz de tu ley. Y, al cerrar este acto de sincera gratitud, enviamos nuestro pensamiento de alegría y de alabanza a todos los compañeros de lucha, en los más diversos departamentos de la vida planetaria, invitándolos, en espíritu, a glorificar tu nombre, tus designios y tus obras, para siempre. ¡Así sea!

Terminada la conmovedora oración, la Hermana Zenobia vino a abrazar a Adelaida, extremadamente sensibilizada, e, inmediatamente después, reasumiendo su lugar, recomendó a los auxiliares que la acompañasen en el hermoso cántico de

agradecimiento al círculo terrenal que los hermanos liberados acababan de dejar. Sumergiéndonos en un diluvio de vibraciones acariciantes que nos arrancaban lágrimas de suave emoción, inició ella misma el himno de indefinible belleza:

*¡Oh, Tierra – madre dedicada,
a ti, nuestro eterno homenaje
de gratitud, de respeto
en la vida espiritual!
¡Que el Padre de Gracia Infinita
te santifique la grandeza
y bendiga la naturaleza
de tu seno maternal!
Cuando errábamos afligidos,
en el abismo de sombra densa,
nos reformaste la creencia
en el día renovador.
Nos envolviste, bondadosa,
en tus fluidos de agasajo,
nos reservaste trabajo
en la divina ley del amor.*

*Nos soportaste sin queja
el menosprecio impensado
en el sublime apostolado
del tierno e infinito bien.
En respuesta a nuestros crímenes,
abriste nuestro futuro,
desde las tinieblas del suelo duro
a los templos de luz del Más Allá.*

*En tus campos de trabajo
en el transcurso de mil vidas
sanamos negras heridas,
tuvimos lecciones selectas.
Entre corrientes santas
de amor y renacimiento,
nuestro oscuro pensamiento
se vistió de claro sol.*

*¡Agradecemos la bendición
de la vida que nos prestas;
Tus ríos, tus florestas
tus horizontes de añil,
tus árboles augustos
tus ciudades vibrantes
tus flores inocentes
del campo primaveral...!*

*¡Agradecemos los dolores
que, generosamente, nos diste,
para la jornada celeste
en la montaña de ascensión.
Por las lágrimas pungentes,
por los pungentes espinos,
por las piedras de los caminos:
nuestro amor y gratitud!*

*A cambio de los sufrimientos,
de las ansias, de las pesadillas,
te recibimos los desvelos
de madre de creyentes e incrédulos.*

*¡Sé bendita para siempre
con tus llagas y con tus cruces,
pues las alegrías que produces
son alegrías en los cielos!*

*¡Oh, Tierra –madre dedicada,
a ti, nuestro eterno homenaje
de gratitud y de respeto,
en la vida espiritual!
¡Que el Padre de Gracia Infinita
santifique tu grandeza
y bendiga la naturaleza
de tu seno maternal.*

Cuando sonó la última nota del himno impregnado de misterioso encanto, con los ojos nublados por las lágrimas, intercambiamos con Zenobia un cariñoso abrazo de despedida.

Nosotros, los de la expedición de socorro, tomábamos a los recién liberados por las manos, imprimiéndoles energía para el prodigioso ascenso, rodeados de amigos que nos seguían, alegres y venturosos, rumbo a zonas más elevadas.

¡Extraño e indefinible júbilo vibraba en nuestros pechos, henchidos de vigorosa esperanza, y después de atravesar los círculos de bajo patrón vibratorio, en los que se localizaba el instituto de Fabiano, ganamos una región brillante y hermosa, cubierta por el cielo centelleante de estrellas...! Saludándonos de muy lejos, apareció el astro de la noche en maravilloso plenilunio, emitiendo rayos de dulce y evanescente claridad, que después de iluminarnos el camino con una pulcritud de ensueño, descendían, aceleradamente, hacia la Corteza de la Tierra, esparciendo entre los hombres la invitación silenciosa a la meditación, en la gloriosa obra de Dios...